

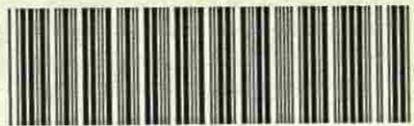
S. SMILER

VIAJE AL
REDEDOR
DEL MUNDO

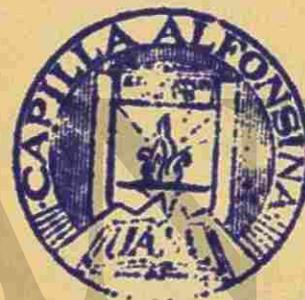
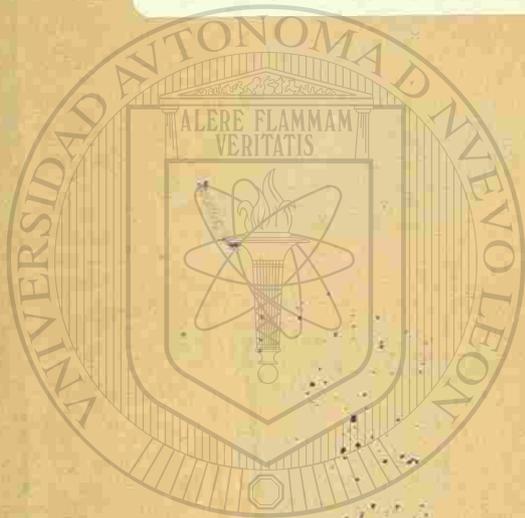
G440

.S6

V5



1020025372

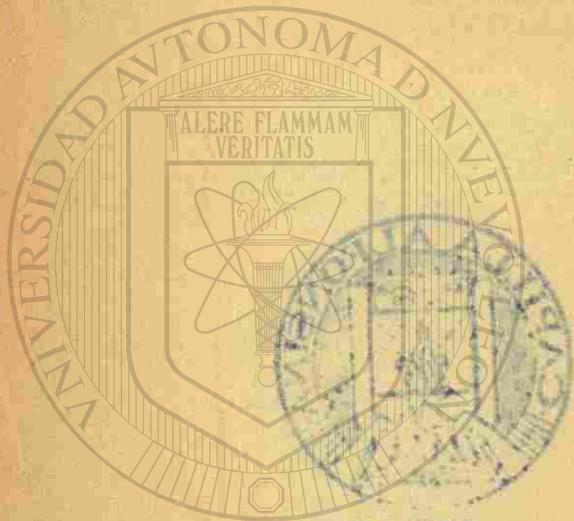


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





06003
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIAJE DE UN MUCHACHO
ALREDEDOR DEL MUNDO

Num. Clas. 910.41

Num. Autor 15391

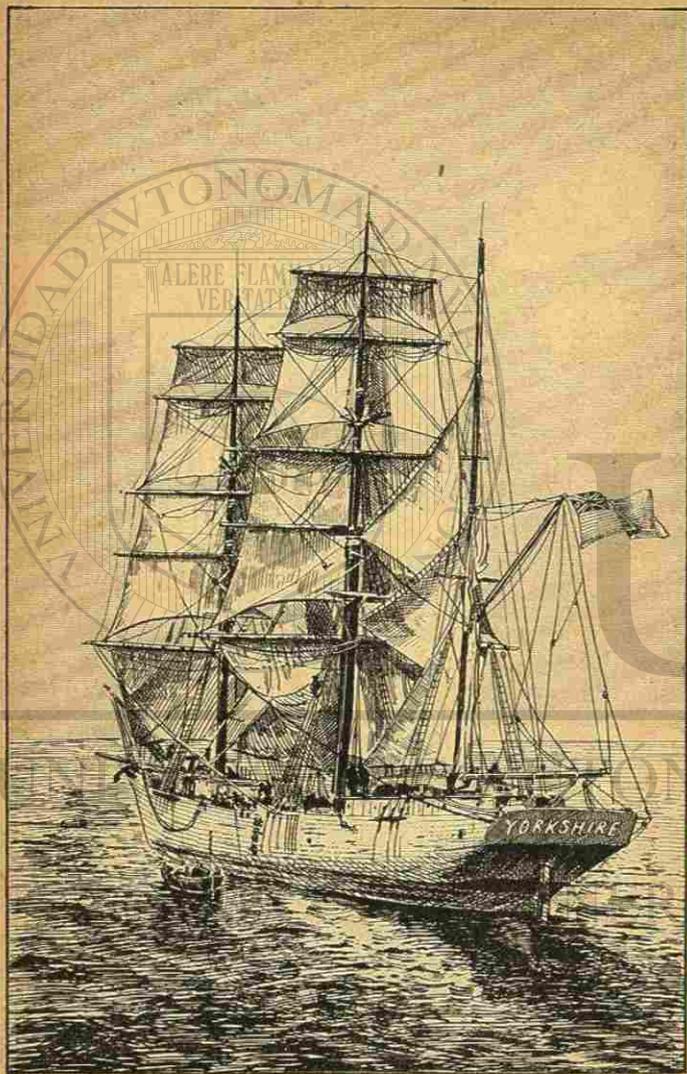
Num. Edg. 15391

Procedencia FCAS

Fecha 6/24

Clasific. 6/24

Catálogo 6/24



El Yorkshire haciéndose á la mar.

Viaje de un Muchacho ALREDEDOR DEL MUNDO

CON LARGA ESTANCIA EN VICTORIA
Y VIAJE EN FERROCARRIL A TRAVÉS DE NORTEAMÉRICA

POR

SAMUEL SMILES

autor de AYÚDATE, EL CARÁCTER, EL AHORRO, EL DEBER
VIDA Y TRABAJO, etc.

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL INGLÉS

100537

POR

PEDRO COROMINAS

EDICIÓN CON GRABADOS

PARÍS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

15331

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R. V. L. S."
1896. 1895 MEMBRADO

9/
S.

G. 240
S. 67
V. 5



CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

PROLOGO

Al editar este modesto libro, experimento un placer, no sólo por ser la obra de mi hijo más joven, sino también porque contiene los resultados de un buen caudal de experiencia de la vida, vista bajo nuevos aspectos por unos ojos frescos, jóvenes y observadores.

El libro fué escrito como sigue : El muchacho cuya narración de dos años forma el motivo de estas páginas, fué atacado á los diez y seis de una inflamación pulmonar, y como se repusiera lenta y poco satisfactoriamente, me aconsejaron los médicos de Londres que lo alejase de los estudios que proseguía entonces en el Yorkshire, para hacerle emprender un largo viaje marítimo. Me recomendaron Australia, por el tiempo considerable que dura el viaje en barco de vela y también por la temperatura agradable y uniforme que se goza en aquellos mares.

Con este propósito se le envió á Melbourne, en un buque de la *Money Wigram*, durante el invierno de 1868-69, con instrucciones para volver en el mismo ó para quedarse algún tiempo en la colonia si la ocasión se le ofrecía propicia. Por su propio relato se verá que, habiendo encontrado ocupación conveniente, resolvió adoptar el último partido; y durante un período de unos ocho meses residió en Mallorca, municipalidad rural situada en el distrito aurífero de Victoria.

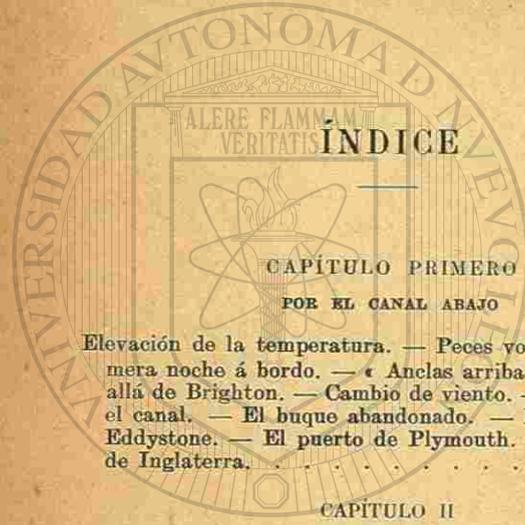
Cuando se hubo restablecido su salud, se le hizo volver á casa á principios del presente año, resolviendo pasar por el Pacífico, vía Honolulu y San Francisco, y seguir desde allí en ferrocarril, á través de los montes Rocosos, hasta Nueva York.

En el mar, llevaba el muchacho un diario de su viaje, destinado á ser leído en el hogar, y, en tierra, se carteaba larga y regularmente con sus allegados, sin perder un solo correo. No abrigaba ni la más remota sospecha de que pudiese aparecer en un libro lo que veía y contaba durante su ausencia. Pero, á su vuelta, se le ha ocurrido al Editor de estas páginas que las notas en ellas contenidas interesarían probablemente á un círculo de personas más extenso que

el de aquéllas á quienes originariamente fueron las cartas dirigidas; y con este pensamiento la sustancia de ellas se reproduce aquí, limitándose el trabajo del Editor á la ordenación de los materiales y dejando que el escritor cuente su propia historia y que lo haga en lo posible á su manera y con sus mismas palabras.

S. S.

Londres, Noviembre de 1871.



ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO POR EL CANAL ABAJO

Elevación de la temperatura. — Peces voladores. —
mera noche á bordo. — « Anclas arriba ». — Más
allá de Brighton. — Cambio de viento. — Brisa en
el canal. — El buque abandonado. — El faro de
Eddystone. — El puerto de Plymouth. — Partida
de Inglaterra. 1

CAPÍTULO II

NAVEGANDO HACIA EL SUR

Los compañeros de viaje. — La vida á bordo. — Pro-
gresos del buque. — Bella travesía hasta la Línea. —
Diversiones de á bordo. — Subiendo por el mesana.
— Las islas de Cabo Verde. — San Antonio. 11

CAPÍTULO III

EN LOS TRÓPICOS

Elevación de la temperatura. — Peces voladores. —
Baño matinal á bordo. — Pagando el peaje. — Las
maravillosas historias del Mayor. — El día de San
Patricio. — Las marsopas. — Buque á la vista. —
El *Lord Raglan*. — Aguaceros en los trópicos. — Las
puestas de sol. — El ballenero yanqui. 24

INDICE

IX

CAPÍTULO IV

EL CHAQUETA AZUL

La inocentada de Abril. — Buque á la vista. — El
Pymont. — El salvamento de los pasajeros del
Chaqueta Azul. — Historia del buque incendiado. —
Sufrimiento de las señoras en el bote abierto. — Su
salvamento. — Escena desgarradora á bordo del
Pymont. 35

CAPÍTULO V

EN EL ATLÁNTICO DEL SUR

Preparándose para el mal tiempo. — El velero *Jorge
Thompson*. — Una carrera en el mar. — Representa-
ción de una escena del *Pickwick*. — La pesca de los
albatros. — Disección y partición del ave. — Balle-
nas. — Fuerte borrasca. — Desastre en el camarote.
— Navegando por un mar verde. — Las aves mari-
nas en nuestra ruta. — Las islas de Crozet. 45

CAPÍTULO VI

CERCA DE AUSTRALIA. — EL DESEMBARCO

Representación á bordo. — El ciclón. — Limpiando el
buque para la llegada. — Vientos contrarios. —
Australia á la vista. — El cabo Otway. — Las pun-
tas de Puerto Felipe. — Piloto tomado á bordo. —
En el interior de las puntas. — *Williamstown*. —
Sandridge. — El desembarco. 59

CAPÍTULO VII

MELBOURNE

Primeras impresiones de Melbourne. — Aspecto de la
ciudad. — Las calles. — Calle de Collins. — El trá-
fico. — Melbourne nueva y joven. — Ausencia de
mendigos. — Melbourne, ciudad inglesa. — El
barrio chino. — La Biblioteca pública. — Cárcel de
Pentridge. — La ribera del Yarra. — San Kilda. —
Experiencias sociales en Melbourne. — Un baile de
boda. — Las señoras de Melbourne. — Visita á una
familia seria 66

CAPÍTULO VIII

HACIA EL INTERIOR

Encuentro colocación en un Banco del interior. — Jornada en ferrocarril. — Castlemaine. — Prosigo el viaje en coche. — Maryborough. — Primera vista de la selva. — Senderos en la selva. — Perspectiva del país durante la noche. — Llegada á mi destino.

PÁGINA

84

CAPÍTULO IX

MALLORCA

Mallorca fundada por una irrupción. — Relato de una irrupción. — Campamento de mineros. — Las minas de oro de Mallorca. — La calle Mayor de Mallorca. — La gente. — Los mesones. — Las iglesias. — El Banco. — Los chinos. — Australia es el paraíso de los trabajadores. — Brindis ruidosos. — Ausencia de mendigos. — Falta de calderilla en el interior.

94

CAPÍTULO X

MI VECINDAD Y MIS VECINOS

Estoy convidado. — Comida dominguera de los mineros. — Los antiguos trabajos. — Las huertas de los chinos. — Las casas de los chinos. — El cementerio. — Las mesetas. — La selva. — Paseo á caballo por la selva. — El leñador saboyano. — Visita á un squatter.

107

CAPÍTULO XI

EL INVIERNO EN AUSTRALIA. — LAS INUNDACIONES

El clima de Victoria. — La selva en invierno. — El encalíptus ó gomero de Australia. — Baile en Clunes. — Fuego en la calle Mayor. — El calesín salvado. — Terrible aguacero. — La vuelta en medio del diluvio. — Las inundaciones. — Clunes sumergido. — Desgracias en Ballarat. — Pérdidas causadas por la inundación. — Las huertas de los chinos arrasadas

119

CAPÍTULO XII

LA PRIMAVERA, EL VERANO Y LA COSECHA

Vegetación primaveral. — La selva en primavera. — Flores de jardín. — Paseo por la tarde. — La luz de la luna en Australia. — El viento cálido del Norte. — Plaga de moscas. — Incendios en la selva. — El verano en Nochebuena. — Frutas australianas. — Ascensión al monte Greenock. — El vino de Australia. — La cosecha. — La granja de un squatter. — La fiesta de la cosecha. — Aurora australiana. — Lluvias de otoño.

PÁGINA

129

CAPÍTULO XIII

ANIMALES DE LA SELVA. — PÁJAROS. — SERPIENTES

La zorra mochilera. — Caza de noche en la selva. — Mosquitos. — Aves barbudas. — La urraca de Australia. — Los « mineros ». — La caza del papagayo. — La Cruz del Sur. — Serpientes. — Animales marsupiales.

146

CAPÍTULO XIV

LA COMPRA Y EL LABOREO DEL ORO

Cómo se encuentra el oro. — Lavado del oro. — Mollienda del cuarzo. — Comprando el oro de los chinos. — Compañías aluviales. — Hombres que vienen á menos. — Alzas y bajas en el laboreo del oro. — Visita á una mina de oro. — En busca del oro. — Historias de felices hallazgos

156

CAPÍTULO XV

VIDA BUDA EN LAS MINAS. — ¡AL LADRÓN!

Las irrupciones. — Campamento de mineros en Havelock. — Asesinato de López. — Persecución y captura del asesino. — Los ladrones expulsados del campamento. — Muerte del asesino. — La policía. — Tentativa de robo en el Banco de Collingwood. — Otro supuesto robo. — ¡Al ladrón! — Uso ingenioso del telégrafo

170

CAPÍTULO XVI

CONCLUSIÓN DE LA VIDA MALLORQUINA

Visita á Ballarat. — Viaje en coche. — Ballarat fundada sobre oro. — Descripción de la ciudad. — El *corner* de Ballarat. — El zapatero especulador. — Brigadas de incendios. — Viaje de vuelta. — Los *crab-holes*. — El baile de Talbot. — La fiesta de Talbot. — Las carreras de Avoca. — La salida del sol en la selva.

PÁGINA

181

CAPÍTULO XVII

CONCLUSIÓN DE LA VIDA MALLORQUINA

La vida inglesa en Victoria. — Llegada del correo de la metrópoli. — Noticias de la guerra franco-prusiana. — Los colonos alemanes en Mallorca. — El único francés. — Tes públicos en Mallorca. — La iglesia. — Los predicadores. — Las sociedades de templanza. — La escuela comunal. — Los católicos romanos. — Fiesta y pasatiempo para la escuela comunal. — El Instituto de Artes y Oficios. — Funerales del secretario del municipio. — Partida de Mallorca. — La colonia de Victoria.

199

CAPÍTULO XVIII

VIAJE Á SYDNEY

Última Nochebuena en Australia. — Partida en vapor para Sydney. — El *Gran Bretaña*. — Excursión barata á Queenscliffe. — Mal tiempo en el mar. — El señor y la señora Mathews. — Botany-Bay. — Cabo exterior del Sur. — Puerto Jackson. — Enseñada de Sydney. — Descripción de Sydney. — Casa del dominio y del gobierno. — El futuro gran Imperio del Sur.

211

CAPÍTULO XIX

VIAJE Á AUCKLAND, EN NUEVA ZELANDA

Salida de Sydney. — Anclamos al interior de las puntas. — Tomamos el correo y pasajeros del *Ciudad de Adelaida*. — Otra vez en el mar. — Nueva Zelanda á la vista. — Entrada en la ensenada de Auckland. — El *Galatea*. — Descripción de Auckland. — Auckland fundada por una especulación. — Hombres y mujeres *maoris*. — Paseo en coche hasta Onehunga. — Vista espléndida. — Gala en Auckland. — Demora en Nueva Zelanda. — Con rumbo á Honolulu.

PÁGINA

224

CAPÍTULO XX

REMONTANDO EL PACÍFICO

Partida para Honolulu. — Monotonía de un viaje en vapor. — Molestias. — Los señores pasajeros. — La única señora en la segunda clase. — Las ratas á bordo. — Los malos olores. — A través del Ecuador. — Cómo se tratan los periódicos á bordo. — Hawái á la vista. — Llegada á Honolulu.

235

CAPÍTULO XXI

HONOLULU Y LA ISLA DE OAHU

El puerto de Honolulu. — Importancia de su situación. — La ciudad. — Iglesias y teatros. — La oficina de Correos. — Los suburbios. — El palacio real. — El valle de Nuuanu. — El *poi*. — Gente que desciende al valle. — El *Pali*. — Perspectiva de las rocas. — Los indígenas (*kanakas*). — Miscelánea. — Las mujeres. — Bebidas prohibidas. — Los chinos. — Teatros. — Mosquitos.

244

CAPÍTULO XXII

DE HONOLULU Á SAN FRANCISCO

	PÁGINA
Partida de Honolulu. — Naufragio del <i>Saginaw</i> . — El <i>Moisés Taylor</i> . — El servicio. — Los compañeros de á bordo. — Funcionamiento del buque. — Fallecimiento de un pasajero. — Impresiones del desembarco en un país nuevo. — Aproximación á la <i>Golden Gate</i> . — Fin del diario del Pacífico. — Primera vista de América	263

CAPÍTULO XXIII

DE SAN FRANCISCO Á SACRAMENTO

Desembarco en San Francisco. — La ciudad del oro. — Las calles. — El barrio comercial. — El barrio chino. — Los revendedores. — Despedida de San Francisco. — La barcaza de Oakland. — La bahía de San Francisco. — Desembarco en la orilla oriental. — Los coches de los trenes americanos. — Los coches de Pullman. — Los <i>sleepings</i> . — Chinos desabridos. — El país. — La ciudad de Sacramento.	271
---	-----

CAPÍTULO XXIV

Á TRAVÉS DE SIERRA NEVADA

Ascensión rápida. — Puentes de caballete. — Perspectivas de montes. — Los placeres. — Puesta de sol. — El cabo de Horn. — Alta. — Las sierras de noche. — Cambios de temperatura. — Vertederos de nieve. — La cima. — Reno. — Desayuno en Humboldt. — La salvia. — Monte-Batalla. — Los nichos <i>soshones</i> . — <i>Ten mile cañón</i> . — Estación de Wilko. — Gran desierto americano. — Llegada á Odgen.	283
---	-----

CAPÍTULO XXV

Á TRAVÉS DE LAS MONTAÑAS ROCOSAS

	PÁGINA
Salida en tren para Omaha. — Mis compañeros de viaje. — Paso por la puerta del Diablo. — Cañón de Weber. — Rocas fantásticas. — <i>El árbol de las mil millas</i> . — Cañón de Eco. — Más puentes de caballete. — Puesta de sol entre los picachos. — Una noche de invierno en ferrocarril. — Vertederos y palizadas contra la nieve. — La ciudad de Laramie. — Las colinas rojas. — La cima en Sherman. — Ciudad de Cheyena. — Los prados occidentales en invierno. — El prado de la Ciudad de los Perros. — El valle del Plata. — <i>Grand Island</i> . — Paso del brazo norte del Plata. — Llegada á Omaha.	294

CAPÍTULO XXVI

DE OMAHA Á CHICAGO

Omaha cabeza de línea. — Paso del Missouri. — Los Cerros del Consejo. — La selva. — Paso del Mississippi. — Los prados cultivados. — Las granjas y aldeas. — Cercanías de Chicago. — La ciudad de Chicago. — Carácter emprendedor de sus habitantes. — Túnel-acueducto bajo el lago Michigán. — Túnel bajo el río de Chicago. — Unión del lago Michigán con el Mississippi. — Descripción de las calles y edificios de Chicago. — Cerdos y cereales. — La avenida. — Paseos en trineo. — Teatros é iglesias.	305
--	-----

CAPÍTULO XXVII

DE CHICAGO Á NUEVA YORK

Salida de Chicago. — La cosecha de hielo. — La ciudad de Michigán. — La selva. — Un desastre ferroviario. — Kalamazoo. — Detroit. — Entramos en el Canadá. — Costumbres americanas. — Puente colgante de Roebling. — Las cataratas del Niágara en invierno. — Isla de las Cabras. — La catarata americana. — La gran catarata de la herradura. — Los rápidos vistos desde el banco de los enamorados. — Mis primos americanos. — Rochester. — Nueva York. — Una catástrofe. — De vuelta á la patria.	319
--	-----

FIN DEL ÍNDICE

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MÉXICO

COLOCACIÓN DE LOS GRABADOS

El <i>Yorkshire</i> haciéndose á la mar.....	Portada
Mapa de la travesía, desde Plymouth á Melbourne	pág. 56-7
Vista de Melbourne (Victoria).....	» 66
Mapa del distrito aurífero de Victoria.....	» 86
Vista de Sydney, puerto Jackson.....	» 211
Vista de Auckland (Nueva Zelanda).....	» 224
Mapa de la travesía remontando el Pacífico.	» 236
Mapas de Auckland y Sydney, puerto Jackson.	» 236
Vista de Honolulu, islas Sandwich.....	» 244
Mapa de Oahu, islas Sandwich.....	» 246
Mapa del ferrocarril del Atlántico al Pacífico.	276-7, 306-7
Vista de las cataratas del Niágara.....	» 319

DIRECCIÓN GENERAL

VIAJE DE UN MUCHACHO ALREDEDOR DEL MUNDO

CAPÍTULO PRIMERO

POR EL CANAL ABAJO

En Gravesend. — Haciendo provisiones. — La primera noche á bordo. — «Anclas arriba». — Más allá de Brighton. — Cambio de viento. — Brisa en el canal. — El buque abandonado. — El faro de Eddystone. — El puerto de Plymouth. — Partida de Inglaterra.

20 de Febrero, en Gravesend. — Acabaron las despedidas, mis últimos adioses fueron enviados á los amigos de la orilla, y me encuentro solo en el buque *Yorkshire*, pronto á salir para Melbourne. A bordo todo es confusión. La cubierta está llena de provisiones, legumbres, gallineros, jaulas para el ganado lanar y adujas de cuerda. Ante la puerta de la cámara hay una pequeña turba de marineros alrededor del cabrestante. Dos oficiales con sendas listas llaman por sus nombres á los individuos contratados para nuestro servicio, indicándoles sus diferentes tareas.

Aunque el buque tenga la orden de hacerse á la vela esta noche, las provisiones no están com-

COLOCACIÓN DE LOS GRABADOS

El <i>Yorkshire</i> haciéndose á la mar.....	<i>Portada</i>
Mapa de la travesía, desde Plymouth á Melbourne	pág. 56-7
Vista de Melbourne (Victoria).....	» 66
Mapa del distrito aurífero de Victoria.....	» 86
Vista de Sydney, puerto Jackson.....	» 211
Vista de Auckland (Nueva Zelanda).....	» 224
Mapa de la travesía remontando el Pacífico.	» 236
Mapas de Auckland y Sydney, puerto Jackson.	» 236
Vista de Honolulu, islas Sandwich.....	» 244
Mapa de Oahu, islas Sandwich.....	» 246
Mapa del ferrocarril del Atlántico al Pacífico.	276-7, 306-7
Vista de las cataratas del Niágara.....	» 319

DIRECCIÓN GENERAL

VIAJE DE UN MUCHACHO ALREDEDOR DEL MUNDO

CAPÍTULO PRIMERO

POR EL CANAL ABAJO

En Gravesend. — Haciendo provisiones. — La primera noche á bordo. — «Anclas arriba». — Más allá de Brighton. — Cambio de viento. — Brisa en el canal. — El buque abandonado. — El faro de Eddystone. — El puerto de Plymouth. — Partida de Inglaterra.

20 de Febrero, en Gravesend. — Acabaron las despedidas, mis últimos adioses fueron enviados á los amigos de la orilla, y me encuentro solo en el buque *Yorkshire*, pronto á salir para Melbourne. A bordo todo es confusión. La cubierta está llena de provisiones, legumbres, gallineros, jaulas para el ganado lanar y adujas de cuerda. Ante la puerta de la cámara hay una pequeña turba de marineros alrededor del cabrestante. Dos oficiales con sendas listas llaman por sus nombres á los individuos contratados para nuestro servicio, indicándoles sus diferentes tareas.

Aunque el buque tenga la orden de hacerse á la vela esta noche, las provisiones no están com-

pletas. El despensero está subiendo montones de cajas; y ¡ qué cantidad de escabeche! Las gallinas van á llenar los gallineros. Traen más carneros; ya tenemos muchos á bordo; y ahí viene nuestra vaca de leche sobre el costado del buque, izada suavemente por medio de una cuerda. El animal parece sorprendido, pero está en manos prácticas. «Suelten», grita el contra maestre, en tanto que la vaca se balancea en el aire; oyes resonar la cadena de la máquina auxiliar, y el freno es puesto en el momento preciso para depositar suavemente á Molly sobre cubierta. Al instante es instalada cómodamente á proa en su cuadra, cerca de la galera del cocinero.

Llegan pasajeros á bordo. Ahí viene uno que sube por el costado del buque, después de un viaje húmedo desde la orilla. Un marinero le da la mano y él gana el resbaladizo y cenagoso puente con dificultad.

Hace un día triste. La lluvia y el aguanieve nos azotan. Todo está húmedo y frío; todos estamos calados. Los pasajeros con sus impermeables y los marinos con sus trajes embreados; Gravesend, con su barrio sucio de la orilla y su ribera triste ante nuestros ojos; la llovizna alternando con los aguaceros, y la confusión y suciedad de á bordo, ofrecen un espectáculo nada agradable á la vista. De modo que pronto bajo para conocer mejor la que ha de ser mi morada durante los tres meses venideros.

Primero se encuentra el salón largo y estrecho, á cuyo alrededor están los camarotes. Es nuestro

comedor, salón y recibimiento, todo en una pieza. Una larga mesa ocupa el centro, rodeada de asientos fijos con respaldos giratorios. En un extremo de la mesa está la silla del capitán, sobre la cual están suspendidos un reloj y un barómetro. Junto al límite del salón pasa, por la escotilla de abajo, el palo mesana, que va á apoyarse en la contraquilla.

Los camarotes que rodean el salón quedan disimulados por una mampara de madera, abierta para facilitar la ventilación. Desde el salón se entra á los camarotes por unas puertas corredizas. Están separados unos de otros por puertas de dos hojas, que están cerradas por el lado opuesto cuando está ocupado un solo camarote, pero que pueden abrirse cuando ambos vecinos lo encuentran agradable.

Mi pequeño camarote no es nada triste ni falto de atractivo. Una ventana con sus pequeños cristales le da aire y luz; y afuera hay una fuerte tabla ó *arandela* que, en casos de temporal, sirve para proteger los cristales. Mi camilla, colocada junto al salón, tiene encima un limpio cobertor blanco. En el rincón hay un pequeño lavabo; sobre la cabecera tengo un anaquel con mis libros favoritos, y al lado una lámpara. Además hay mi pequeño espejo, mi salvilla para las botellas, y una serie de saquitos suspendidos de clavos conteniendo toda suerte de cachivaches. En una palabra, mi camarote así arreglado parece muy alegre y hasta bonito.

Empieza á anochecer, y sobre cubierta la agitación y el tumulto no cesan. Todos están ocupados y se mueven precipitadamente. Hacia las nueve, el ruido parece calmar, y la cubierta queda en algún mayor orden. Como no hemos de levar anclas hasta las cinco de la mañana, algunos pasajeros se van á dar un paseo por la ribera. Yo decido irme á acostar.

Y aquí empieza mi primera dificultad. No encuentro sitio para estirarme ni para revolverme. Estoy literalmente « acurrucado, encajonado y encarcelado ». Además, se oyen los no acostumbrados rumores de afuera, el cacareo de los patos, los balidos de los carneros y los gruñidos de los cerdos, que es fácil discutan la novedad de su posición. Y casi toda la noche, sentados junto á mi camarote, dos ó tres marineros hablan rudamente á media voz.

No me parece haber dormido mucho durante mi primera noche de á bordo. Estábame acostado y medio soñoliento cuando una fuerte voz de afuera me puso de pie en un instante. — « Ya está levada el ancla; ¡ estamos en marcha ! » Salté de mi lecho y, mirando por la ventanilla, vi que apuntaba el alba. Las riberas parecía que se movían y estábamos lejos. Me vestí en seguida y subí al puente. Pero qué frío y helado me pareció el aire cuando subí por la escalera de la toldilla. Un pequeño remolcador marchaba á la proa de nosotros y tiraba del *Yorkshire*. La cubierta estaba ahora un poco despejada, pero blanca de escarcha, mientras que la playa se veía cubierta de nieve.

Otros buques descendían por la corriente abajo, cada uno con su remolcador; pero nosotros les dejamos atrás á todos, especialmente cuando los marinos cargaron las velas al viento, que soplaba fresco. Por último, á los tres cuartos de hora aproximadamente, el vapor izó á bordo su cable de remolque y nos dejó continuar nuestro viaje con una ligera brisa favorable y todas las velas desplegadas.

Más allá del *Nore* saludamos al *Norfolk*, que iba en demanda de puerto, un clíper veloz perteneciente también á la Compañía Money-Wigram, que presentaba un gran golpe de vista, navegando á toda vela. Hubo grandes manifestaciones de júbilo, y los sombreros fueron agitados mientras él remontaba el canal y nosotros nos dirigíamos al mar.

En vano sería molestaros con el relato de mi viaje por el canal abajo. Pasamos sucesivamente por delante de Margate, Ramsgate y Deal. El viento nos fué favorable hasta que avistamos el cabo Beachy hacia las cinco de la tarde, en que cesó casi del todo. Habíamos dejado atrás Brighton cuando salió la luna. La larga línea de luces en la ribera, el cielo claro y estrellado, la luna brillante, el buque balanceándose gentilmente sobre el mar casi en calma y las velas azotando idílicamente el mástil, formaban un conjunto de quietud en mi primera noche marina, que tardaré mucho en olvidar.

Pero me dijeron que esto era una *fineza del tiempo* y me predijeron que éste iba á cambiar.

El barómetro bajaba y eran de esperar golpes de viento. No tardaron éstos en venir. A primera hora de la mañana siguiente, fui despertado por el ruido que venía del puente y por el rodar de las cosas por el suelo de mi camarote. Me vestí con alguna dificultad, no estando aún habituado al andar marino; pero logré llegar á la escalera de la toldilla y ganar la popa.

Vi que el viento había girado en redondo durante la noche y que ahora nos azotaba fuertemente el rostro por el sudoeste. El caso fué que nos pusimos á barlovento para seguir canal abajo, maniobra pesada y molesta para las gentes de tierra. Durante los primeros asomos de mi mareo, me divertí el espectáculo que presentaba á bordo uno de mis compañeros de viaje. Era un hombre pequeño, un hombrecillo, que llevaría una copiosa provisión de vestidos y se sentía evidentemente satisfecho cuando se le ofrecía ocasión oportuna para exhibirlos. Al principio subió con un gorro de marinero puesto al desgaire en la cabeza, y un par de zapatos de cañamazo en los pies, como una especie de Micawber en miniatura, ó como un lobo de mar de primera clase presto á arrojar al agua. La roma nariz del hombrecillo, sus anchas orejas y su abierta boca, completaban el aire burlesco que tenía. Como el puente estaba húmedo y la mañana fresca, encontraría algo impropio su vestido, y se apresuró á descender para subir de nuevo con fuertes botas y sombrero de paja. Pero, después de ulteriores consideraciones, se retiró nuevamente, y de

nuevo reapareció con diferente tocado: un enorme casquete de becerro de mar con bandas que le caían sobre las orejas. Este importante y pulcro personaje fué origen de grande regocijo para nosotros, y apenas quedó prenda en su guardarropa á que no llegase la vez en aquel día.

Toda la noche sopló un vientecillo frío: el viento venía del mismo lado. Seguimos marchando á barlovento entre la costa de Inglaterra y la costa de Francia, adelantando poco, sin embargo, porque el viento nos venía de cara. Durante la noche, cada vez que el buque era vuelto sobre el otro costado, daba generalmente un tremendo bandazo, y algunas veces veníase sobre mí una avalancha de libros que caían del anaquel de arriba. Sin embargo, dormí bastante bien. Una vez fui despertado por un tremendo ruido de afuera, algo así como el disparo de un arma de fuego. Luego vi que había sido ocasionado por la vela mayor, soltada por el viento hacia el mar, fuera de las relingas, que venían justamente sujetas junto á la parte exterior de la ventana de mi camarote.

Quando subí al puente, el viento soplabá todavía muy fuerte y era preciso agarrarse á las cuerdas para sostenerse de pie. La mar estaba picada, las olas se acometían y saltaban unas sobre otras formando crestas de espuma. De cuando en cuando, el buque hundía su proa hasta las bordas en una ola, cortaba el agua y se levantaba con brío, avanzando siempre, aunque con poca vela, á causa de la fuerza del viento.

El mar tiene tristes espectáculos, de los cuales en breve se presentó uno. Hacia medio día, el capitán apercibió á cierta distancia, orientado lo mismo que nosotros, un buque sobre el cual flotaba, en demanda de socorro, una bandera invertida. Nuestro barco se dirigió hacia allí y, como nos aproximábamos al buque, vimos que había sido abandonado y que se sumergía rápidamente en el agua. Dos ó tres velas estaban todavía desplegadas, hechas jirones por el huracán. Las bordas estaban casi destrozadas y, de trecho en trecho, algunas estacas ó postes sueltos que se sostenían, partían en dos las olas que venían á romperse sobre el puente, acostado casi hasta la línea del mar. Vino á saberse que era el *Rosa*, de Guernesey, un hermoso barco de 700 toneladas, que había sido sorprendido y desmantelado por la borrasca que también habíamos encontrado nosotros. Como no parecía quedar á bordo ningún ser viviente y no podíamos ser de ninguna utilidad, proseguimos el viaje y el buque debió sumergirse poco después de nuestra partida. No lejos del buque perdido encontramos un bote volcado que debió pertenecer á aquél. ¿Qué ha sido de los pobres marineros? ¿Se habrán salvado en otros botes ó habrán sido recogidos por algún barco que pasaba? Si no ha sido así, ¡qué desolación en casa para las viudas y los hijos! Realmente era un triste espectáculo.

Pero tales cosas se olvidan pronto en el mar. Nos encontramos demasiado ocupados en nuestras peripecias para pensar mucho en los otros.

Durante dos días fatigosos seguimos á barlovento, porque el viento había caído. A veces descubríamos la costa de Francia á través de la niebla para ser luego alejados otra vez de allí. Al fin presentóse á nuestra vista el faro de Eddystone, y supimos que no estábamos lejos del fondeadero de Plymouth. Así que estuvimos en el interior del muelle, fué como si nos encontrásemos en un remanso.

Habiendo subido al puente por la mañana, vi que nuestro buque había echado anclas en el puerto, casi enfrente del monte Edgumbe. Nada más hermoso que el panorama presente ante nosotros. La noble bahía, rodeada de rocas, villas y acantilados; la isla de Drake erizada de cañones, dejando vislumbrar el Hamoaze adornado con las grandes quillas de viejos barcos de guerra; los puntos dominantes del parque del monte Edgumbe, tapizado de verde césped hasta el borde del agua y franjeado atrás por nobles bosques que semejan masas de esmeraldas cinceladas; y luego, á lo lejos, las colinas de Dartmoor, matizadas de variados tintes y ofreciendo alternativas de luz y sombra, todo esto presentaba un panorama como no lo había visto nunca y que me siento incapaz de describir.

Como hemos de esperar aquí un viento favorable y continúa soplando justamente de la entrada del puerto, no parece probable que vayamos á hacernos á la vela muy pronto. Por otra parte, hemos de embarcar el complemento de provisiones y pasajeros. Los que lo tenían pensado pue-

den, en efecto, bajar á tierra, pasear por la ciudad y visitar el *Hoe*, desde el cual se disfruta de una magnífica vista sobre el puerto, ó variar la carta de la comida yendo á comer en un hotel.

Como quiera que fuese, se recomendó que no durmiésemos en tierra, que volviésemos al buque por la noche y que pusiéramos atención en el viento, pues inmediatamente que éste cambiase saltando al norte, no perderíamos un momento para hacernos á la mar. Se nos dijo, además, que, en la partida de todos los buques, hay pasajeros que por su negligencia ó por sus chicoleos en la ciudad, se quedan en tierra. Yo determiné, por lo tanto, quedarme en el buque.

Después de tres días de enojosa espera, al fin el viento cambió de dirección; el ancla fué izada al grito de *Ho! heave ho!* y en pocas horas, favorecidos por ligera brisa, estuvimos mar adentro, y las rocas oscuras de la vieja Inglaterra se desvanecieron gradualmente á lo lejos.

CAPÍTULO II

NAVEGANDO HACIA EL SUR

Los compañeros de viaje. — La vida á bordo. — Progresos del buque. — Bella travesía hasta la Línea. — Diversiones de á bordo. — Subiendo por el mesana. — Las islas de Cabo Verde. — San Antonio.

3 de Marzo. — Tal como es de suponer sucede á todos los pasajeros que se encuentran juntos á bordo de un buque para hacer un largo viaje, apenas habíamos pasado el faro de Eddystone, cuando comenzamos á informarnos unos de otros. ¿Quién es ése? ¿Cuál es su condición? ¿Por qué viaja? Tales eran las preguntas que interiormente nos hacíamos y que tratábamos de responder.

Encontré varios que, como yo, hacían el viaje por exigencias de la salud. Un largo viaje en buque de vela parece ser la prescripción favorita para las enfermedades de los pulmones, é indudablemente es una honrada prescripción, pues el médico que la da pierde al mismo tiempo el cliente y los honorarios. El caso es que el consejo es saludable, pues que el largo descanso del viaje, la comparativamente uniforme temperatura del aire del mar y probablemente la inme-

den, en efecto, bajar á tierra, pasear por la ciudad y visitar el *Hoe*, desde el cual se disfruta de una magnífica vista sobre el puerto, ó variar la carta de la comida yendo á comer en un hotel.

Como quiera que fuese, se recomendó que no durmiésemos en tierra, que volviésemos al buque por la noche y que pusiéramos atención en el viento, pues inmediatamente que éste cambiase saltando al norte, no perderíamos un momento para hacernos á la mar. Se nos dijo, además, que, en la partida de todos los buques, hay pasajeros que por su negligencia ó por sus chicoleos en la ciudad, se quedan en tierra. Yo determiné, por lo tanto, quedarme en el buque.

Después de tres días de enojosa espera, al fin el viento cambió de dirección; el ancla fué izada al grito de *Ho! heave ho!* y en pocas horas, favorecidos por ligera brisa, estuvimos mar adentro, y las rocas oscuras de la vieja Inglaterra se desvanecieron gradualmente á lo lejos.

CAPÍTULO II

NAVEGANDO HACIA EL SUR

Los compañeros de viaje. — La vida á bordo. — Progresos del buque. — Bella travesía hasta la Línea. — Diversiones de á bordo. — Subiendo por el mesana. — Las islas de Cabo Verde. — San Antonio.

3 de Marzo. — Tal como es de suponer sucede á todos los pasajeros que se encuentran juntos á bordo de un buque para hacer un largo viaje, apenas habíamos pasado el faro de Eddystone, cuando comenzamos á informarnos unos de otros. ¿Quién es ése? ¿Cuál es su condición? ¿Por qué viaja? Tales eran las preguntas que interiormente nos hacíamos y que tratábamos de responder.

Encontré varios que, como yo, hacían el viaje por exigencias de la salud. Un largo viaje en buque de vela parece ser la prescripción favorita para las enfermedades de los pulmones, é indudablemente es una honrada prescripción, pues el médico que la da pierde al mismo tiempo el cliente y los honorarios. El caso es que el consejo es saludable, pues que el largo descanso del viaje, la comparativamente uniforme temperatura del aire del mar y probablemente la inme-

jorable cualidad de la atmósfera respirable, son tan favorables á la sana condición de los pulmones como á la de todo el organismo en general.

De los que se habían embarcado en busca de salud, algunos eran jóvenes y otros de media edad. Entre estos últimos había un enfermo dulce y sufrido, que llegó á bordo con una tos seca y profunda. Otro pasajero joven ha tenido un absceso en la garganta y una incipiente afección en los pulmones. Un tercero tenía la fatiga de los negocios, padecía del cerebro y necesitaba un largo reposo. Otro, en fin, experimentó contrariedades amorosas y quería cambiar de sitio y de ocupación.

Pero también había entre los pasajeros algunos llenos de vida y de salud. Dos apuestos jóvenes robustos y decidores, que subieron á bordo en Plymouth, se dirigían á Nueva Zelanda para arrendar una gran extensión de tierra. Me parecieron modelos de lo que debería ser el arrendatario colonial. Otro iba á dar una vuelta por Victoria, á unas 200 millas al norte de Melbourne. Llevaba consigo tres hermosos perros escoceses, que eran objeto de la admiración general.

Venía también á bordo un joven voluntario que había figurado en la revista de Brighton y estaba ahora en camino de ir á reunirse con su padre en Nueva Zelanda, donde se proponía entrar en el ejército colonial. Teníamos asimismo un caballero yanqui que iba á hacerse cargo de su gobierno de la isla de guano de Maldón, en el Pacífico, situada casi al norte de las islas de So-

ciudad, y comprada, según se decía, por una Compañía inglesa.

Algunos viajaban por especulación. Si encontraban ocasión de hacer fortuna, se establecerían; si no, volverían á casa. Un caballero llevaba consigo una hermosa máquina fotográfica portátil, teniendo el propósito de visitar Nueva Zelanda y Tasmania, como también Australia.

Otros viajaban sin propósito definido. El hombrecillo, por ejemplo, que subió á bordo en Gravesend, con su nutrido guardarropa, se decía que iba á Australia para crecer, pues el clima y la atmósfera de aquel país son reputados por ejercer un benéfico efecto en el crecimiento. Uno me entretuvo con un largo relato para explicarme que abandonaba Inglaterra por causa de su esposa; pero, como era de natural presumido, sospeché que la culpa pudo haber sido de los dos.

Y luego había el Mayor, un caballero militar de aspecto distinguido, que subió en Plymouth acompañado de dos magníficas maletas nuevas. El mismo se apresuró á insinuar que el gran objeto de su misión era levantar un ejército de voluntarios coloniales. Como quiera que sea, tenía las maneras de un caballero. Llevaba muchos años de servicio, pues perdió en Crimea su brazo derecho y estuvo en toda la rebelión de la India con el izquierdo. Era bromista, decididor siempre, un alegre compañero, en una palabra, aunque muy dado á decir cosas que hubiera sido preferible haber callado.

En total, éramos á bordo diez y siete pasajeros de primera, incluyendo la esposa del capitán, única señora que había en el departamento de popa. Había, además, probablemente unos ochenta pasajeros de segunda y tercera en los departamentos de proa.

Aunque el viento era favorable y hacía un tiempo hermoso, la mayor parte de los pasajeros se habían mareado más ó menos; pero al fin, habiéndose acostumbrado al movimiento del buque, fueron saliendo gradualmente de sus camarotes, subieron al puente y tomaron parte en la ordinaria vida de á bordo. Permitidme que os dé una ligera idea de ella.

Hacia las seis de la mañana somos despertados por los marineros que hacen el baldeo de la cubierta, bajo la dirección del oficial de guardia. Dos marineros sacan el agua del mar por medio de una bomba colocada justamente detrás de la rueda. Con ella se llena el tubo hasta que rebosa, corriendo á lo largo de los imbornales de popa, y se derrama sobre el gran puente á través de una cañería. Allí llenan sus baldes los marineros y proceden al baldeo del gran puente. ¡Pero qué barrido y qué fregado!

Casi es ocioso explicar que el baldeo se hace con una ancha piedra dulce que se emplea con agua para rascar la cubierta sucia de los buques. Se friega el suelo con arena, se aclara con baldes de agua, todo se barre bien, y se seca con tacos de goma.

La popa se conserva siempre muy limpia y

reluciente. Así que abandonamos el puerto, tomó un aspecto mucho mejor. Las tablas empezaban á blanquear en fuerza de baldeo. No se veía ninguna mancha ni señal de grasa. Las cuerdas de popa plegábanse los sábados como en los buques de guerra, y todo estaba en su lugar. Los objetos de latón brillaban como botones dorados.

Mientras los pasajeros se vestían, terminábase la limpieza en el puente y las tablas quedaban secas. Después de media hora de paseo por la popa, sonaba la campana para el almuerzo, y el apetito dependía mucho del estado del tiempo y de la marcha del buque. Entre el almuerzo y el *lunch*, nuevos paseos en la popa, y si el tiempo estaba hermoso, algunas veces se formaban grupos sobre cubierta, tratando de insinuarse más en el conocimiento de los otros.

Durante los primeros días nos fué algo difícil aprender á andar por el buque. El paseo de algunos, arriba y abajo de popa, á veces era verdaderamente irregular, y en ocasiones terminaba con un desastre. Sin embargo, no eran sólo los pasajeros los que aprendían; en efecto, un día vimos un camarero que llevaba un grueso jamón y bajaba por los escalones de la repostería, cuando de pronto, en un bandazo del buque, le faltó el pie y nuestro hermoso jamón fué á caer en el imbornal de la basura, sucio y perdido.

El *lunch* era al medio día. Desde aquella hora hasta la de la comida á las cinco, dábamos vueltas por la cubierta como antes, visitábamos los pasajeros enfermos, leíamos en nuestro respec-

tivo camarote, ó bien pasábamos el tiempo conversando, y así se pasaba el día. Después de comer, los pasajeros se reunían en grupos y se hacían sociables. Algunos viejos quedábanse en el salón, deliciosamente iluminado para hacer el *whist*, en tanto que los jóvenes iban á buscar á los grumetes en su camarote del gran puente, junto á la jaula de los carneros, y allí se divertían mutuamente cantando, animados por el concierto y echando nubes de humo de tabaco.

Los progresos del buque despertaban un interés constante. Era lo primero de que se hablaba por la mañana y lo último que se decía por la noche; y durante todo el día, la dirección del viento, el estado del tiempo y de la atmósfera y el camino que habíamos andado, eran los mejores temas de conversación.

Cuando salimos del puerto, el fresco viento noreste soplabá sobre nuestra banda de babor y hacíamos buenos progresos en el golfo de Vizcaya; pero, lo mismo que muchos de los pasajeros, estaba demasiado embebido en mis asuntos particulares para atender á la marcha de las operaciones náuticas sobre cubierta. Todo lo que sabía era que el viento seguía favorable y que llevábamos una buena marcha. En el cuarto día, vi que estábamos en la latitud del cabo Finis-terre y que habíamos andado 168 millas en las últimas veinticuatro horas. Ya en adelante, habiéndome acostumbrado al movimiento del buque, me encontré bastante bien para estar

sobre cubierta temprano y tarde, observando la maniobra de á bordo.

Era una hermosa vista la de aquella nube de velas hinchadas por el viento, desplegándose sobre nuestras cabezas como las alas de un ave gigantesca, en tanto que el buque saltaba por el agua, rechazándola en espuma, hundiendo á veces la proa en sus olas y arrojándola por los aires convertida en sutil llovizna.

Había siempre algo que admirar en el buque y en el modo como era gobernado: así, por ejemplo, cuando las velas del palo mayor eran arriadas por refrescar el viento, ó bien cuando se izaba una vela de estáy por saltar el viento al este. El plegado de la vela maestra en una noche huracanada, es algo que se recuerda toda la vida: veinticuatro hombres reunidos sobre la gran verga cargan la vela acompañados de la música del viento que silba á través del aparejo. Los marineros cantan alegremente durante la maniobra, ordinariamente á la señal del que ha subido más arriba, ó del que está delante en la cubierta:

Atemos la bolina;
el gallardo buque se desliza;
atemos la bolina,
y todos juntos beberemos ron.

El cable se recoge con un *Jo! heave ho!* y una sacudida, hasta que el — ¡ Amarra! — que lanza el contramaestre, anuncia que la maniobra ha terminado. Luego hay la escaladura de la tilla cuando el viento vira, y las vergas han de po-

nerse en cruz porque sopla más hacia atrás. Tales son los interesantes espectáculos que se ven á bordo cuando el viento está revuelto en el mar.

El quinto día, el viento siguió soplando atrás. Nuestro avance durante las veinticuatro horas había sido de 172 millas. El termómetro á 58° (1). El capitán tiene la esperanza de hacer una travesía favorable hasta el Cabo. Este es nuestro primer domingo de á bordo y, á las diez y media, la campana llama para el oficio, y los pasajeros de todas las clases se reúnen en el salón. La alternativa de estar en pie ó de rodillas durante el oficio es de lo más incómodo, pues los sillones fijos se os clavan en las piernas y el torso se apoya en un ángulo desagradable por los bandazos que da el buque, en exceso repelidos y tremendos.

Cuando fui al puente por la mañana siguiente, el viento soplaba fuerte del norte, y el buque se deslizaba con rápido andar sobre las aguas. Le daban tanta vela como podía aguantar, y se lanzaba hacia adelante, dejando atrás una ancha estela de espuma. El capitán manifiesta la mayor alegría por la rapidez con que andamos. « Bonita marcha para la Línea », dice paseando por la popa, sonriente y frotándose las manos, en tanto que los grumetes se hacen lenguas de las condiciones marineras del barco, « que se pasea por el agua como un ser viviente ». A bordo se levantan

(1) Estos grados Fahrenheit equivalen á 14,4 grados centígrados. — Nota del traductor.

los espíritus á regular altura. Tenemos el placer de sentirnos llevados en volandas rápidamente, hacia el asoleado mediodía. No hay reposo, sino una presión constante hacia adelante, y cuando nos asomamos por encima las bordas, vemos las olas que, festoneadas por la espuma que levanta nuestro buque, parecen alejarse de nosotros con prodigiosa rapidez. A medio día notamos que la marcha del buque durante las últimas veinticuatro horas ha sido de 280 millas, avance espléndido para un día y casi igual al de los vapores.

Ahora estamos en los 39° 16' de latitud hacia el este de las Azores. El aire es suave y cálido; el cielo está despejado y el mar es de un azul intenso. ¡Cuán diferente del tiempo que tuvimos en el canal de Inglaterra, hace una semana solamente! Los paños gruesos son puestos de lado, y los vestidos de invierno sofocan. Por la noche, montados sobre el coronamento, contemplamos con interés las chispas blanquecinas que se mezclan junto al timón con la espuma de un azul claro, primeras indicaciones de esas fosforescencias que se dice encontraremos tan brillantes en los trópicos.

El señalamiento de un buque lejano es siempre un acontecimiento interesante en el mar. Hoy divisamos el *Maitland*, de Londres, un hermoso buque, aunque se balancea mucho, bregando con el viento que nos empuja tan prósperamente hacia adelante. Espero que á su llegada dará noticia de nosotros á nuestros amigos, para que sepan cómo hasta aquí todo va bien.

El viento continúa soplando favorable, pero no tan fuerte; sin embargo, hacemos regulares progresos. El tiempo se sostiene muy hermoso. El cielo parece hacerse más claro, más azul el mar, la atmósfera más límpida y hasta las velas parecen más blancas, á medida que nos acercamos al sur. Hacia medio día de la octava jornada, después de la salida de Plymouth, estamos en la latitud de Madera, de la cual pasamos á 40 millas de distancia.

Como el viento cae y la novedad de encontrarse en un buque ya no da de sí, los pasajeros tratan de procurarse diversiones. No se puede leer siempre, y en cuanto al estudio, aunque he intentado alternativamente hacer español y francés, no puedo fijarme en ello, y empiezo á creer que la vida á bordo de un buque no es realmente á propósito para el estudio. Jugamos al tejo en la popa una buena parte del día, usando tejos de cuerda. Pero esto se hace excesivamente monótono, y empezamos á considerar si no sería posible encontrar otro pasatiempo á bordo, para hacer más agradable el paso de las horas. Tenemos algunos conciertos improvisados en uno de los camarotes de los grumetes. Los pasajeros de tercera clase nos ofrecen variados pasatiempos, entre ellos declamaciones que sacan muy bien. Un recitado trágico fué tan bien recibido, que hubo de repetirse. Y así el tiempo se desliza, mientras seguimos avanzando hacia el sur.

El noveno día estamos ya al sur de Madera. El sol aprieta tanto al medio día, que se pone un

toldo sobre el puente, y la sombra que nos proporciona es muy agradable. Estamos ahora en los vientos alisios, que soplan con bastante regularidad en esta parte de nuestra travesía en la dirección del suroeste, y con los cuales podemos contar hasta que nos acerquemos al Ecuador. Al medio día de la décima jornada, veo que hemos hecho una marcha de 180 millas en las últimas veinticuatro horas, con viento constante en la misma banda. Hemos pasado la isla de Tenerife á 130 millas de distancia, demasiado lejos para verla, si bien me dicen que, de haber pasado veinte millas más cerca, probablemente hubiéramos visto el famoso pico.

Para pasar el tiempo, y como una pequeña aventura, resolví por la noche subir al palo de mesana con un compañero de viaje. Cuando dejaba el puente, fui advertido por un grumete que habría de pagar mi noviciado para tener el derecho de subir á la alto del mesana. Llegué á conseguirlo sin tropiezo, aunque, para un aprendiz como yo, parezca bastante peligrosa la empresa á primera vista y realmente lo sea. Tuve un sentimiento de miedo ó aprensión en el preciso momento de pasar por las crucetas. El cuerpo está suspendido en el aire y terriblemente inclinado hacia atrás, y es preciso agarrarse de cualquier modo por un momento, hasta que podéis poner la rodilla sobre la cofa. La vista del navío bajo la presión de las velas, desde la cofa de mesana, tiene algo de grande, y la fosforescencia en la estela que dejamos, ola tras ola de resaca de

cienta espuma, parece más brillante que nunca.

El viento avivó de nuevo, y el día once hicimos otra hermosa marcha de 230 millas. El calor aumenta rápidamente y pronto estaremos en la región de los bonitos, de los albatros y de los peces voladores, ¡quince días solamente después de nuestra partida de Inglaterra!

Nuestro segundo domingo en el mar fué excesivamente hermoso. Hubo el oficio en el salón, como de costumbre, y al salir me encaramé en el mesana y eché una siesta de media hora en la cofa. Verdaderamente el tiempo caluroso y la vida monótona parecen muy favorables á la fantasía. Por la noche tuvimos muy hermosos himnos religiosos en la cámara de segunda clase.

A la madrugada siguiente, durante nuestro paseo por la popa, nos estremeció el grito de un marinero que estaba en el castillo de proa. Por la dirección de los ojos del capitán comprendí que la tierra vista estaba por el lado de sotavento. Sin embargo, aunque fijé los ojos en aquella dirección, no pude ver nada. Pasaron horas antes que pudiese divisarla, y aun entonces más parecía una nube que otra cosa alguna. Al fin la niebla se disipó y vi la tierra extendiéndose á lo lejos hacia el este. Era la isla de San Antonio, una de las islas de Cabo Verde.

Como nos acercábamos á tierra y se veía más distintamente, me pareció ser una gran cosa. Aunque estábamos entonces á quince millas de allí, los más altos picos, que subían hasta las

nubes á una altura de algunos miles de pies, se veían tan claros y tan hermosos, que parecían sacados de las *Mil y una noches* ó de cualquier maravilloso cuento de hadas.

Dícese que la isla es famosa por sus naranjas como por sus lindas muchachas. El Mayor, que realmente es un tanto dado á la exageración, declara haber visto ¡una interesante mujer que le hacía señas con la mano desde una roca! Con la ayuda del telescopio podíamos ver ciertamente algunas de las casas de la ribera.

Como ésta es la última tierra probablemente que veremos antes de llegar á Australia, la miramos todos con el mayor interés, y yo la acecho también en el crepúsculo hasta que se desvanece tras de una niebla azul en el horizonte.

CAPITULO III

EN LOS TRÓPICOS

Elevación de la temperatura. — Peces voladores. — Baño matinal á bordo. — Pagando el peaje. — Las maravillosas historias del Mayor. — El día de San Patricio. — Las marsopas. — Buque á la vista. — El *Lord Raglan*. — Aguaceros en los trópicos. — Las puestas de sol. — El ballenero yanqui.

17 de Marzo. — Ahora estamos de lleno en los trópicos. El calor aumenta de día en día. Esta mañana, á las ocho, el termómetro marcaba 87° en mi camarote (1). A medio día, con el sol casi encima de nuestras cabezas, el tiempo es realmente bochornoso. El cielo es de un azul sin nubes con alguna neblina hacia el horizonte. El mar está azul, profundamente azul y sosegado.

(1) Se habrá observado que nuestro viajero cuenta los grados por el termómetro Fahrenheit, de uso corriente en Inglaterra. El cero de este termómetro corresponde á una temperatura que se produce mezclando en cantidades sal amoniaca y nieve. El limite superior corresponde á la temperatura de ebullición del agua, y el número de grados es 212. Para convertir en centígrados estos grados, se usa la fórmula siguiente : La *f* representa dichos grados conocidos $(f-32) \frac{5}{9}$ — Nota del traductor.

Hemos visto peces voladores en abundancia. Verdaderas multitudes de esos bichos brillantes se deslizan en el aire rozando la espuma de las olas. Se elevan para escapar á sus perseguidores los bonitos, que se arrojan con ímpetu á su alcance, mostrando de cuando en cuando sus hocicos por encima del agua. Pero los pobres peces voladores tienen enemigos, así bajo las aguas como encima de ellas ; pues así que se elevan un poco, corren el riesgo de ser presa de las aves del Océano, que revolotean siempre en torno suyo, prestas á precipitarse sobre sus víctimas. Es aquello de *salir de la sartén para caer en la humbre*. Vuelan más lejos de lo que yo creía. He visto uno que ha volado hoy lo menos sesenta varas, y á veces suben bastante alto para llegar á la popa, unos quince pies sobre la superficie del agua.

Uno de los más agradables acontecimientos del día es el baño matinal de á bordo. Habéis de tener presente la latitud en que nos encontramos. Pasamos á lo largo, aunque fuera del alcance de la vista, de aquella parte de la costa africana donde un collar se considera vestido suficiente. Nosotros simpatizamos con los indígenas, pues encontramos que las ropas se van haciendo intolerables ; lo cual explica la alegría del baño matinal, que consiste en meterse dentro de un holgado cubo de á bordo y echarse agua encima con una manguera. Es lástima que no se pueda tomar más tarde, pues queda un largo intervalo entre el baño y la comida ; pero, de todos modos, refresca maravillosamente, y es una operación en

extremo divertida. Yo, sólo querría que el cubo fuese veinte veces más holgado y la manguera dos veces más gruesa.

El viento sigue siéndonos favorable, aunque amaina gradualmente. Durante los dos últimos días hemos hecho más de 200 millas diarias; pero dice el capitán que, cuando pasemos la Línea, el viento habrá cesado completamente. Para gozar un poco de la brisa, subo por los aparejos hasta la cofa. Dos marineros suben cautelosamente, uno por cada lado de los rebenques. Esos mozos son terribles para hacer pagar el *peaje*, y su objeto era cortarme la retirada hacia abajo. Cuando me alcanzaron, traté de resistir, pero fué en vano. Hubiese sido atado á los rebenques de no prometerles la acostumbrada botella de ron; yo se la ofrecí de buena gana, y desde entonces quedé libre para tomar el aire en lo alto.

Los pasatiempos del puente no varían mucho. El tejo, los naipes, las lecturas, la conversación y algunas veces juegos estrepitosos, tales como « Walk, my lady walk ». Hemos intentado formar un comité con el objeto de preparar lecturas de revistas ó representaciones teatrales, y para asegurarse de si no había algún talento ignorado á bordo; pero el calor causa una languidez muy desfavorable al trabajo y el comité abandona su misión sin hacer nada.

Una de nuestras principales fuentes de regocijo es el Mayor. Es inagotable. Sus relatos por la serviola valen tanto como una comedia. Si uno cuenta una historia algo maravillosa, él la *cubre*

de repente, como se dice en el *Yorkshire*, con otra más maravillosa todavía. Uno de los pasajeros que ha estado en Calcutta, hablando del calor que allí hace, cuenta que era tan grande, que la brea se desleía por los costados del buque. — ¡Bah! dice el Mayor, eso es nada comparado con lo de Ceilán; allí el calor es tan grande, que los botones de los soldados se funden en la parada, y entonces sus casacas se quedan sueltas.

Parece que hoy (17 de Marzo) es el día de San Patricio. El Mayor, que es irlandés, no se entera de ello hasta la noche, y declara que hubiera dado un billete de cinco libras por haberlo sabido desde la mañana. Pero, para ganar el tiempo perdido, grita inmediatamente: — ¡Dispensero! ¡Whisky! — y se cuela unos siete ú ocho vasos, en el salón, antes que apaguen la lámpara; después de lo cual se dirige á uno de los camarotes y allí continúa la celebración del día de San Patricio hasta las dos de la mañana. Al levantarse un poco tarde, dice para sí, bastante alto para que yo lo oiga desde mi camarote: — ¡Bien, Jorge, hijo mío, tú has arreglado la cuenta con San Patricio; pero te ha dejado una horrible jaqueca! — Y no era maravilla.

Al fin se nos promete una novedad á bordo. Se están ensayando algunos originales ministriles de Christy, y el comité del teatro está buscando aficionados para una farsa. Se habla también de lecturas de Dickens. A lo lejos se ve una ballena desperdigada echando resoplidos, y vienen rondando el buque algunas marsopas, los brutos más

feos que se conocen, tres ó cuatro veces mayores que un puerco marino. Cada uno á su vez se asoma, presenta como la mitad de su cuerpo y se sumerge de nuevo.

Hoy, día 20 de Marzo, desde el castillo de proa hemos hecho nuestra primera pesca : un bonito que pesa unas siete libras. Su color es hermosamente variado : el dorso, de un azul obscuro con una raya de azul claro argentino á cada lado, y el vientre, de un blanco plateado. Estos peces suelen pescarse con el botalón de foque y la gamarra, mientras juegan alrededor del buque. El único cebo consiste en un trapo blanco que está suspendido sobre la superficie del agua, semejando un pez volador.

Pero lo que ahora interesa más que nada, es el descubrimiento de algún buque de retorno por el cual podamos enviar las cartas á la familia. Dice el capitán que casi nos encontramos en la ruta de los barcos que se dirigen á Inglaterra desde el sur, y que, si en el transcurso de uno ó dos días no vemos algunos, nos exponemos á no ver ninguno hasta que hayamos avanzado mucho hacia el sur, y aun gracias. Por eso estamos aguardando ansiosamente la señal de barco á la vista ; y en la esperanza de que se divise alguno, estamos todos ocupados en el salón, dando el último toque á las cartas para los de casa.

Poco después del *lunch* corrió la voz de que había tres buques á la vista nada menos. ¡Inmensa excitación á bordo ! Todos subimos á cubierta. Pasajeros que no se veían desde la salida

de Plymouth subieron entonces para ver esos buques. Uno de ellos era un vapor que se distinguía por la línea de humo que dejaba en el horizonte, suponiéndose que es el correo de las Indias occidentales ; otro se alejaba de su país, como nosotros ; y el tercero era el buque de retorno, por el cual todos suspirábamos. Venía justamente atravesado en nuestro camino, pero estaba lejos todavía. A medida que se acercaba, cruzáronse apuestas entre los pasajeros, impulsados por el Mayor, acerca si aceptaría cartas ó no. La escena se hacía cada vez más animada. El capitán ordenó á todos los que tuviesen cartas que estuviesen á punto. Yo había apretado de lo lindo desde que los barcos estuvieron á la vista, y entonces cerré y sellé mis cartas. ¿Aceptaría nuestras cartas el buque ? ¡Sí ! Es un barco inglés, con pabellón inglés en su peñol ; y pide periódicos, leche conservada, jabón y un médico.

Solicité que me dejasen acompañar al doctor, y con gran regocijo mío se me concedió. El viento había cesado casi por completo, y solamente se levantaban de cuando en cuando ligeros soplos. Así es que el mar estaba relativamente tranquilo, sólo con algún oleaje largo y tardío ; sin embargo, á pesar de la calma, siempre hay cierta pequeña dificultad para bajar á un bote en medio del Océano. En un momento, el bote está bajo los pies y se aparta algunos palmos del costado del buque ; por lo tanto, se ha de andar listo para aprovechar la oportunidad y saltar á bordo en el momento preciso.

Cuando nos alejábamos del *Yorkshire* con un buen fajo de diarios y los otros artículos pedidos, echamos una mirada sobre nuestro barco, que presentaba un buen golpe de vista sobre las aguas. El sol daba de lleno sobre su casco majestuoso, presentando el brillo del cobre de cuando en cuando al levantarse y sumergirse pausadamente sobre las largas ondas. Por encima de todo se desplegaban sus masas de tela blanca, destacándose sobre un cielo de color de plomo. Ciertamente no creo haber visto nunca espectáculo más magnífico. Conforme nos apartábamos del buque, las cien ó más personas de á bordo nos saludaron ruidosamente.

Nuestros marineros bogaron con voluntad resuelta hacia el buque, todavía distante. Al acercarnos, observamos que debía haber pasado mal tiempo, pues habían sido arrebatados parte de su palo trinquete y de su mayor. Sus costados parecían sucios y gastados, y todos sus herrajes estaban oxidados, como si hubiese permanecido largo tiempo en el mar. Resultó ser el *Lord Raglán*, de unas 800 toneladas, partido de Bangkok, en Siam, para Yarmouth.

El capitán se regocijó al vernos y nos dió la más cordial bienvenida. Es un excelente sujeto y la benevolencia misma. Se nos llevó á su camarote y nos obsequió con cerveza de la China y cigarros. La estancia tenía un aspecto alegre y confortable, adornada con curiosidades chinas é indianas; pero yo no podría avenirme á vivir allí. Desprendíase un horrible olor á moho que, según

dicen, es peculiar á los buques de la India y de la China. El buque estaba cargado de arroz, y el calor que subía de abajo era horrible.

El *Lord Raglán* partió de Londres hace dos años. Hizo la travesía de Londres á Hong-Kong, y, desde entonces, hacia el comercio entre esta plaza y Siam. Llevaba ochenta y tres días desde su partida de Bangkok. En su viaje ha encontrado un tiempo realmente penoso, que le ha causado averías en su palo trinquete, obligándoles á ajustarlo en redondo. Lo que me chocó era la ligereza de su arboladura y la pequeñez de sus velas comparadas con las nuestras. Aunque su palo mayor es tan alto, no es tan grueso como nuestro mesana y sus berlingas son frágiles, más arriba de la primera cofa. Sin embargo, el *Raglán*, en sus mejores tiempos, era uno de los famosos veleros de Melbourne.

El bueno del capitán parecía poco dispuesto á dejarnos marchar. Casi daba lástima ver los expedientes de que echaba mano para guardarnos con él algunos minutos más. Pero estaba obscureciendo, y, en los trópicos, la noche viene casi súbitamente; así es que nos vimos obligados á desprendernos de él, y le dejamos con su jabón, la leche y los periódicos. En cuanto á él, envió por nuestro conducto una caja de veinte libras de te, como regalo para nuestro segundo de bordo (que estaba con nosotros) y el capitán. Cuando nos alejamos del costado del buque, dimos al capitán y al pasaje del *Raglán* un *viva* tres veces repetido. Durante todo esto, los dos buques han

permanecido casi inmovilizados por la calma; así que no ha sido necesario un largo esfuerzo para encontrarnos de vuelta á salvo en nuestro barco.

Estamos unos cinco días poco menos que estacionados, haciendo ligerísimos progresos, casi en el Ecuador. Los vientos alisios nos han abandonado completamente. El calor es sofocante; 130° (1) al sol; y al medio día, cuando el sol está exactamente sobre nuestra cabeza, es difícil aguantarse sobre cubierta. Hacia la noche, el fresco es muy agradable, y cuando llueve, como sólo llueve en los trópicos, nos precipitamos afuera para recrearnos con el baño. Nos ponemos los más ligeros y extravagantes vestidos, y aguantamos el chaparrón á pie firme, ó bien variamos de diversión arrojándonos baldes de agua unos á otros.

Estamos en los $0^{\circ} 22'$ de latitud, cerca del Ecuador. Aunque nuestras velas están desplegadas, no avanzamos, flotamos solamente: indudablemente derivamos. Tendiendo la vista por el horizonte, no veo menos de diez y seis buques, todos en el mismo estado que nosotros. Nos arrastra juntos una corriente submarina ó remolino, aunque no se mueve un hálito de viento. Sin embargo, no hablamos con ninguno de esos buques, por estar relativamente lejos.

Atravesamos la Línea como á las ocho de la mañana, el día 20 de nuestra partida de Plymouth. En verdad hemos tenido buen tiempo hasta hoy, aunque ahora avancemos pausadamente, pues

(1) Equivalen á $54,3^{\circ}$ centígrados. — Nota del traductor.

apenas llevamos una marcha de milla por hora; pero cuando nos encontremos un poco más al sur, esperamos salir de la calma tropical y encontrar los vientos alisios de suroeste.

El día siguiente, 24 de Marzo, se levanta la brisa y hacemos una marcha de 187 millas. Ahora ya hemos pasado los más grandes calores, y esperamos que en breve refresque el tiempo. Nuestros ánimos se rehacen con la brisa, y de nuevo empezamos á pensar en la organización de pasatiempos á bordo; pues, aunque llevemos ya hechas 4.800 millas desde Plymouth, todavía nos quedan unos cincuenta días antes de que lleguemos á la vista de Melbourne.

Una cosa que me sorprende mucho es la magnificencia de las puestas de sol tropicales. Las nubes toman toda suerte de fantásticas formas, tan sólidas y definidas como no lo había visto nunca. Hacia la noche, su color parece fluctuar alternativamente entre el purpurino, rosa, rojo y amarillo, en tanto que la atmósfera en torno del sol poniente parece de un verde admirable que, gradualmente, se funde con el azul del alto firmamento. Las grandes nubes del horizonte parecen como montañas festoneadas de oro y de rojo vivo. Una puesta de sol así es un espectáculo maravilloso. El sol se hunde en el mar entre dos nubes enormes, únicas que pueden verse, resplandeciendo con los brillantes colores que he descrito y que varían constantemente, hasta que van oscureciendo y se destacan en relieve del cielo, coloreado todavía con delicados tintes. Con

frecuencia subí para ver salir el sol; pero esto en los trópicos no es tan hermoso como la puesta.

Anuncióse barco á la vista, haciendo señales para hablar con nosotros. Nosotros marchábamos con brisa favorable; pero nuestro capitán hizo virar el buque y esperar al extranjero. Resultó ser un ballenero yanqui. Cuando el capitán vino á bordo, dijo *que presumía no necesitar más que diarios*. Nuestro piloto rugía de coraje viéndose detenido por tan trivial motivo, pero no dijo nada. El ballenero navegaba hacía cuatro años, y su último puerto fué Honolulu, en las islas de Sandwich. El capitán yanqui deseaba saber, entre otras cosas, si Grant era presidente y si había sido zanjada la cuestión del *Alabama*; estaba interesado en esta cuestión, porque el *Alabama* había incendiado uno de sus barcos. No parecía estar muy bien á bordo, y en cuanto tuvo sus periódicos se despidió. No pude menos de admirar el bote del ballenero en que volvió á su propio buque. Era un objeto minúsculo y bonito, aunque sucio; indudablemente había servido mucho. Estaba delicadamente modelado, y los dos marineros lo conducían á la perfección. Parecióme algo maravilloso cómo podían mantenerse completamente firmes, mientras el bote, que algunas veces parecía medio sobresalir del agua, levantábase y caía sobre las largas ondas del Océano.

CAPÍTULO IV

EL « CHAQUETA AZUL »

La inocentada de Abril (1). — Buque á la vista. — El *Pymont*. — El salvamento de los pasajeros del *Chaqueta Azul*. — Historia del buque incendiado. — Sufrimientos de las señoras en el bote abierto. — Su salvamento. — Escena desgarradora á bordo del *Pymont*.

1.º de Abril. — Esta madrugada me despertaron los gritos de « ¡Levantáos! ¡levantáos! ¡Por la proa hay un barco que arde! » Me levanté inmediatamente, me vestí y me apresuré á subir sobre cubierta, como muchos otros. Pero no había tal buque ardiendo; y entonces hemos reído, recordando que era el día de los Inocentes.

En el curso de la mañana descubrimos una vela, y poco después observamos que se dirigía hacia nosotros. Lanzóse el grito de « ¡Cartas para casa! », y nos apresuramos á escribir las últimas palabras, cerrar nuestras cartas y subirlas para meterlas en el saco.

(1) En Inglaterra, el día primero de Abril equivale á nuestro día de los Inocentes en el 28 de Diciembre. — *Nota del traductor.*

En esto, el buque extranjero se había acercado considerablemente, y vimos que era una embarcación tristemente cargada. Resultó ser el *Pyrmont*, barco alemán de la matrícula de Hamburgo, pero que venía de Iquique para Yarmouth con un cargamento de salitre á bordo. Cuando estuvo bastante cerca para hablarnos, el capitán preguntó: — ¿Qué os hace falta? — La respuesta fué: — *El Chaqueta Azul* ardió en el mar; sus pasajeros vienen á bordo. ¿Tenéis un doctor? — Esto causó sensación. Nuestra inocentada de Abril era cierta después de todo. Un barco se había quemado, y allí estaban los pobres pasajeros pidiendo socorro. Nada sabíamos del *Chaqueta Azul*, pero pronto íbamos á saberlo todo.

Pronto fué bajado un bote del pescante del arcia, en el cual partieron el doctor y el primer piloto. Era un día nebuloso, bochornoso, tropical, con una brisa muy tenue y el mar muy llano. Bajóse la verga maestra para impedir el avance, y ambos barcos quedaron á corta distancia uno de otro. Quedamos mirando nuestro bote hasta que el doctor y el piloto subieron al *Pyrmont*, y allí aguardamos nuevas noticias.

Poco después vimos que nuestro bote abandonaba el costado del buque, y al aproximarse observamos que traía algunos extranjeros y nuestro doctor, el cual volvía por medicinas, hilas y otros menesteres. Cuando los extranjeros ganaron el puente, vimos que uno de ellos era el piloto del infortunado *Chaqueta Azul*, y el otro, uno de los pasajeros del buque incendiado. Este último,

pobre muchacho, presentaba un aspecto lamentable. No llevaba sobre sí más que la camisa y los pantalones; sus cabellos estaban revueltos, su rostro uraño, y sus ojos hundidos. Iba descalzo y tenía los pies tan doloridos, que apenas podía andar sin apoyo.

Y, sin embargo, resultó que este pobre muchacho era uno de los mejor librados entre los que han podido salvarse del buque incendiado. Nos contó que todos sus compañeros de viaje, dejados á bordo del *Pyrmont*, necesitaban vestidos, camisas y zapatos, y que se encontraban en un mísero estado, habiendo sido zarandeados por el mar en bote abierto unos nueve días, durante los cuales sufrieron los rigores del frío, de la sed y del hambre.

El aspecto, y aún más el relato del pobre muchacho, nos horrorizó. A cada momento nos asombraba con nuevos detalles espantosos. Pero ya era inútil preguntar más. Comprendimos que se debía hacer algo. Todos los pasajeros se movieron á una y fueron á buscar á sus camarotes todos los vestidos de que podían disponer para socorrer á los afligidos. Yo encontré para dar pantalones, camisas, unos calzoncillos, una manta y varios pañuelos de bolsillo; y como los otros pasajeros hicieron lo mismo, pronto se reunió un lío bastante respetable y se envió á bordo del *Pyrmont*.

Por supuesto que todos estábamos impacientes por conocer algunos detalles de la catástrofe que sobrevino al *Chaqueta Azul*. Algún tiempo transcurrió antes que los supiésemos todos; pero dos de los pasajeros, que habían sido buscadores

de oro en Nueva Zelanda, quisieron escribir para el doctor un relato de todo, cuyo original tengo ahora delante, y voy á tratar de daros idea, tan brevemente como sepa, del incendio del buque y de los horribles sufrimientos de los pasajeros.

El *Chaqueta Azul* hizose á la vela en Port Lyttleton (Nueva Zelanda), para Londres, el 13 de Febrero de 1869, con cargamento de lana, algodón, lino y 15.000 onzas de oro. Llevaba siete pasajeros de primera y diez y siete de segunda. El buque tuvo feliz travesía hasta el cabo de Hornos y pasadas las islas de Falkland. Todo iba bien, hasta que el 9 de Marzo, á los 50° 26' de latitud Sur, uno de los marineros observó hacia medio día que salía humo de la escotilla de proa. ¡Se había pegado fuego en el cargamento! Acudióse rápidamente para extinguirlo. Las bombas fueron puestas á la obra, y tanto los pasajeros como la tripulación trabajaron con voluntad, habiendo un momento en que pareció posible sofocar el incendio. Abrióse la escotilla, y el segundo piloto intentó bajar, con el objeto de sacar y echar por la borda las balas incendiadas; pero fué retirado sin sentido. La escotilla fué cerrada de nuevo y se abrieron agujeros en la cubierta para dejar paso al agua; pero no se pudo alcanzar el sitio del fuego. Fué bajada la falúa, junto con los dos botes salvavidas, para usarlos en caso necesario. Hacia las siete y media de la mañana, el fuego invadió el puente, y á la media hora todo el castillo de proa estaba envuelto por las llamas, que se extendían por el aparejo, lamiendo el palo

trinquete y su cofa. Como el palo mayor era de hierro, las llamas subían por el tubo como si fuera una chimenea, hasta ponerlo al rojo vivo. Las señoras que estaban en la popa deben haber estado en completa ignorancia del peligro que corría el buque, pues de otro modo es imposible comprender cómo se vieron obligadas en los últimos momentos á precipitarse á bordo de los buques sin otra cosa que las ropas que llevaban encima. ¡Pocos minutos antes de abandonar el buque, una de las señoras estaba tocando el vals de los *Guardias*, en el piano del camarote!

No quedaba otra esperanza de salvación que los botes, por lo cual se precipitaron en ellos. En el puente todo era confusión. La mayoría de los pasajeros se embarcaron en la falúa, sin ningún marinero para dirigirla. Cuando fué bajado el barril del agua, iba sin tapón y casi se vertió la mitad. En tanto, el buque incendiado ofrecía un grande, pero terrible espectáculo, y el chasquido de las llamas producía escalofríos. Finalmente, la falúa y los botes salvavidas se alejaron, y como flotaban bastante por la popa, los naufragos veían desaparecer los palos uno á uno y convertirse el casco del buque en una rugiente masa de fuego.

Por la mañana, al amanecer, los tres botes se reunieron, y dos de los pasajeros que estaban en los salvavidas, fueron pasados á la falúa. Contena entonces treinta y siete personas, incluyendo el capitán, el primer piloto, el doctor, el despensero, el cajero, algunos marineros robustos y to-

dos los pasajeros; en los dos botes salvavidas había treinta y un hombres de la tripulación. Casi todo el día, los botes fueron zarandeados sin un soplo de viento, y todavía á la vista del buque incendiado. El tercer día, los botes salvavidas se perdieron de vista; llevaba cada uno, á guisa de lastre, una caja de oro á bordo.

Habiéndose levantado una ligera brisa, la falúa desplegó su vela, proponiéndose el capitán hacer rumbo hacia las islas de Falkland. Los sufrimientos de los pasajeros aumentaban de día en día; pronto escaseó el agua, hasta que hubo de reducirse la ración diaria á unas dos cucharadas por persona. Era conmovedor oír los niños pidiendo más; pero no se les podía dar: hombres, mujeres y niños tenían la misma ración. Faltaban provisiones. El bizecho había sido echado á perder por el agua salada; todo quedaba reducido á carnes en conserva, que se acabaron pronto, después de lo cual la ración consistía, además de las dos cucharadas de agua, en una cucharada de sopa en conserva, cada veinticuatro horas. En tanto avivóse el viento, el mar se picó, y las olas se lanzaban impetuosamente sobre los pasajeros, calándolos por completo. Las pobres señoras, ligeramente vestidas, presentaban un aspecto miserable.

Así pasaron siete días de lenta agonía, que no hay palabras para describir, hasta que al fin el alegre grito de « ¡Una vela! ¡una vela! » volvió á los náufragos á nueva vida. Un marinero se encaramó á lo alto del mástil con una bandera en-

carnada para izarla en señal de desgracia. El barco vió la señal y se acercó á la falúa. Resultó ser el *Pymont*, el mismo que teníamos enfrente de nosotros y entre el cual y el *Yorkshire* se estuvo yendo y viniendo la mayor parte del día.

Lo extraño es que los náufragos sufrieron más cuando ya estuvieron á bordo del *Pymont* que durante el período de privaciones y peligros. Pocos podían andar ni mantenerse en pie cuando fueron á bordo, estando todos reducidos á la más extrema debilidad. Apenas habían ganado el *Pymont*, cuando falleció el tercer despensero; al día siguiente, el contador del barco murió loco, y dos días después expiró uno de los pasajeros de segunda. A los que lograron reponerse, les salió una multitud de úlceras y tumores, particularmente en las manos y en los pies; y cuando el *Yorkshire* les encontró, muchos de los pasajeros y de los tripulantes del incendiado *Chaqueta Azul* ofrecían un aspecto lamentable.

Con el tercer bote que partió del costado de nuestro buque para el *Pymont* fui yo. Todo este tiempo habíamos estado en calma y cerca; de modo que el paso en bote entre los dos buques era relativamente fácil. Llevamos con nosotros tanta agua fresca como podíamos disponer, además de las provisiones y otros menesteres. Yo llevé conmigo algunos libros sobrantes para los pasajeros del *Chaqueta Azul*.

Al ganar la cubierta del *Pymont* presencié un cuadro que creo no podré olvidar jamás. Las señoras salvadas estaban en la popa, y

15391

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA DE MONTERREY
"ALFONSO I"
1625 MONTERREY, MEX.

que eran tales señoras á pesar de sus pobres y desgredados vestidos. El porte de una de ellas consistía en una ordinaria camisa de hombre rayada, una capa impermeable convertida en falda y unas pantuflas bastas de cañamazo, mientras que en su dedo brillaba una magnífica sortija de diamantes. Las demás señoras no estaban mejor ataviadas, y ninguna de ellas tenía nada con que cubrirse la cabeza. Sus caras presentaban huellas bien claras de los sufrimientos que habían sobrellevado. Sus ojos estaban hundidos, sus mejillas pálidas, y de cuando en cuando una especie de contracción espasmódica parecía ensombrecer su fisonomía. Una de ellas podía sostenerse en pie, pero no podía andar; las otras estaban todavía más desvalidas. Un caballero estaba acostado cerca de las señoras, padeciendo todavía lastimosamente de las manos y de los pies por efecto de su larga exposición al aire en el bote abierto, además de tener un costado de su cuerpo completamente parálítico. Un pobre chico no podía menearse, y el doctor dijo que había de perder uno ó dos dedos del pie á causa de la gangrena.

Una de las señoras era la esposa del primer pasajero que vino á bordo de nuestro buque. Era una señorita joven, recién casada, que hacía su viaje de novia. ¡Terrible principio de vida conyugal! Había sufrido más que las otras por amor á su marido. Durante algún tiempo estuvo él empleado constantemente en el desagüe del bote, y, á no ser por ella, á menudo se hubiera dejado

caer. Empeñóse ella que tomase la mitad de su ración de agua; de modo que así tenía él tres cucharadas en vez de dos, mientras que ella ¡sólo tenía una!

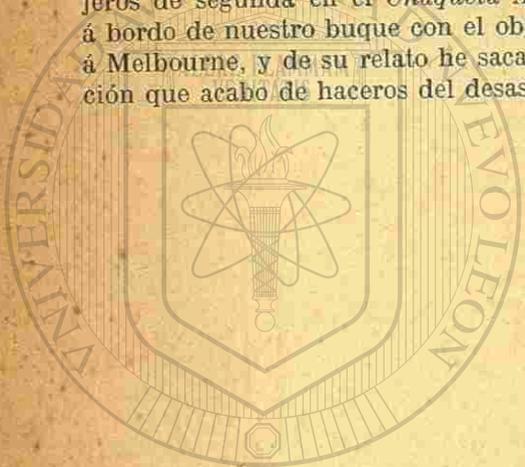
En la falúa, las mujeres y los niños veíanse obligados á estar juntos en un extremo, cubiertos con una manta de lana, sobre la cual venía á estrellarse constantemente el mar, calándolos á través de ella por completo. Ellos estaban en pie, apretados los unos á los otros por temor á que el bote zozobrase; y el poco sueño que pudieron echar fué únicamente estando sentados. Sin embargo, sobrellevaron sus privaciones con gran valor y paciencia, y mientras que los hombres se lamentaban y juraban, las mujeres y los niños nunca emitieron una queja.

Tuve con las señoras una larga conversación, y vi que estaban muy resignadas y muy agradecidas por su salvamento. Ofrecí mis libros, que fueron aceptados con verdadero placer, y la señora recién casada, olvidándose de sus miserias, conversó con gusto é inteligencia de los extremos acostumbrados y de las noticias que se tenían de la patria. Me parecía extraño encontrarme á bordo del *Pymont*, en medio del Atlántico, hablando con aquellas mujeres náufragas acerca de la última novela.

Finalmente, nos despedimos y volvimos á bordo de nuestro buque, acompañados del mayor reconocimiento. Empezaba á obscurecer. Habíamos hecho cuanto podíamos para el socorro de las pobres víctimas recogidas á bordo del *Pymont*, y

habiéndose levantado una ligera brisa, se desplegaron todas las velas y proseguimos nuestro viaje hacia el sur.

Dos de los buscadores de oro, que eran pasajeros de segunda en el *Chaqueta Azul*, vinieron á bordo de nuestro buque con el objeto de volver á Melbourne, y de su relato he sacado la descripción que acabo de hacerlos del desastre.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO V

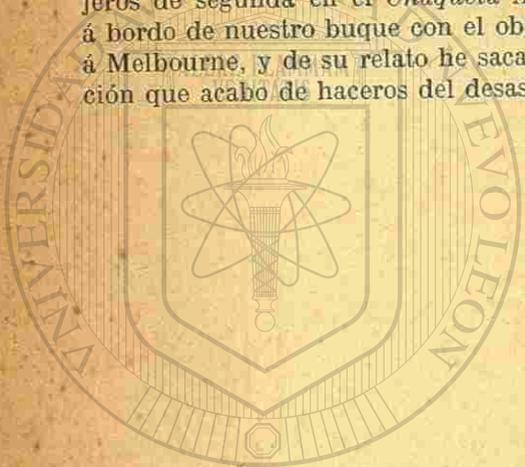
EN EL ATLÁNTICO DEL SUR

Preparándose para el mal tiempo. — El velero *Jorge Thompson*. — Una carrera en el mar. — Representación de una escena del *Pickwick*. — La pesca de los *albatros*. — Disección y partición del ave. — *Balle- nas*. — Fuerte borrasca. — Desastre en el camarote. — Navegando por un mar verde. — Las aves marinas en nuestra ruta. — Las islas de Crozet.

11 de Abril. — Llevamos recorrida la parte más agradable de nuestro viaje y esperamos encontrar el mar más tempestuoso. Todo está preparado para el mal tiempo. Han sido puestas las velas más nuevas y mejores; las viejas y gastadas se retiran. Podemos encontrar tempestades y hasta ciclones en el Océano del sur, y nuestro capitán está dispuesto para cualquier viento que pueda soplar. Hace algunos días hemos resistido un fuerte oleaje que venía del sur, como si por aquel lado soplasen vientos tempestuosos. Verdaderamente ya tenemos hoy un avance de mal tiempo, lluvia y brisa fuerte; pero como el buque marcha todavía con el mismo rumbo que el viento y el mar, no hemos encontrado, sin embargo, muchas dificultades.

habiéndose levantado una ligera brisa, se desplegaron todas las velas y proseguimos nuestro viaje hacia el sur.

Dos de los buscadores de oro, que eran pasajeros de segunda en el *Chaqueta Azul*, vinieron á bordo de nuestro buque con el objeto de volver á Melbourne, y de su relato he sacado la descripción que acabo de hacerlos del desastre.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO V

EN EL ATLÁNTICO DEL SUR

Preparándose para el mal tiempo. — El velero *Jorge Thompson*. — Una carrera en el mar. — Representación de una escena del *Pickwick*. — La pesca de los *albatros*. — Disección y partición del ave. — *Balle- nas*. — Fuerte borrasca. — Desastre en el camarote. — Navegando por un mar verde. — Las aves marinas en nuestra ruta. — Las islas de Crozet.

11 de Abril. — Llevamos recorrida la parte más agradable de nuestro viaje y esperamos encontrar el mar más tempestuoso. Todo está preparado para el mal tiempo. Han sido puestas las velas más nuevas y mejores; las viejas y gastadas se retiran. Podemos encontrar tempestades y hasta ciclones en el Océano del sur, y nuestro capitán está dispuesto para cualquier viento que pueda soplar. Hace algunos días hemos resistido un fuerte oleaje que venía del sur, como si por aquel lado soplasen vientos tempestuosos. Verdaderamente ya tenemos hoy un avance de mal tiempo, lluvia y brisa fuerte; pero como el buque marcha todavía con el mismo rumbo que el viento y el mar, no hemos encontrado, sin embargo, muchas dificultades.

Pocos días hace hablamos con un buque que se ha ido acercando gradualmente, el *Jorge Thompson*, espléndido velero construido en Aberdeen, uno de los mejores buques salidos de Londres. Apenas se supo esto, cuando se discutió con interés si podríamos competir con el velero. A causa de la altura y de la fuerza de su arboladura, nuestro buque puede soportar mucha más vela, y probablemente con una ligera brisa igualáramos al otro buque; pero construido éste como velero, más estrecho y cortante, nos lleva ventaja para los grandes vientos. El capitán estaba encantado de haber pasado hasta aquí delante del otro barco, el cual había partido de Londres cinco días antes de nuestra salida de Plymouth. Como nos acercábamos gradualmente, avivóse la brisa, y entonces se entabló entre ambos buques una lucha emocionante. Nosotros ganábamos terreno sobre nuestro rival, le alcanzamos y gradualmente fuimos dejándole atrás, tanto que, al anoecer, el *Jorge Thompson* estaba á seis millas por la popa. Antes de alcanzarle, nos decía con aire de burla: — Señaladnos al Lloyd; — y cuando le dejamos detrás nosotros, replicamos: — ¡ Os deseamos un buen viaje! —

Habiendo avivado más el viento durante la noche, vióse al *Jorge Thompson* acercarse á nosotros gradualmente á toda vela. El viento nos venía por el través, el casco verde del *Jorge Thompson* parecía á veces casi arrollado por el mar, y sólo veíamos su inclinada cubierta ladeada por la brisa, cada vez más fuerte. ¡ Qué

nube de lona había desplegado! La espuma se arrojaba con violencia sobre su proa, cuando la hundía resueltamente en el agua.

Avanzaba el día, el velero ganaba terreno, y hacia la noche nos pasó delante por nuestro costado de barlovento. El capitán, no hay que decirlo, se puso furioso; pero la carrera no había terminado. Al día siguiente, con viento suave, de nuevo vencimos á nuestro rival, y por la noche le dejamos cuatro ó cinco millas detrás. Al otro día ya no estaba á la vista. Así es que habíamos derrotado completamente al famoso velero (1).

De nuevo vinimos á discutir la cuestión de procurar un pasatiempo popular á bordo. El ordinario juego del tejo y los demás por el estilo cansaban, y se hacía necesaria alguna variedad. Se propone una lectura de *Pickwick*; pero, ¡ si pudiésemos concertar la representación de algunas escenas...! Nos determinamos á poner las tres más atractivas: 1.º La señorita Bardell sorprendida en brazos de *Pickwick*; 2.º Comunicación del proceso de *Dodson* y *Fogg*; y 3.º La vista de la causa. Una gran parte del tiempo se pasa, no hay que decirlo, en preparar las escenas y en los ensayos, siendo esto ocasión de gran divertimento. Un señor de Londres promete hacer un excelente *Sam Weller*; nuestro pastor, un Buzfuz muy bueno; y nuestro joven doctor, el propio gran *Pickwick*.

(1) Debe agregarse, sin embargo, que si bien no volvimos á ver el *Jorge Thompson* en todo nuestro viaje, llegó unas cuarenta y ocho horas antes á Melbourne que nuestro barco.

Al fin todo está dispuesto, y la escena se representará en la escotilla mayor, donde hay holgado espacio para ello. El teatro está adornado con banderas y presenta un aspecto muy alegre. Los pasajeros de todas las clases se juntan en agradable compañía. En conjunto todo va muy bien, indudablemente mejor de lo que esperábamos, si bien se me figura que los pasajeros de tercera clase no aprecian bien el espíritu de la pieza. Lo extraño es que el mayor éxito de la velada fué lo que menos podíamos esperar, el papel de la señorita Cluppino. Uno de los grumetes, que se encargó de este papel, estuvo espléndido y provocó estrepitosas risas.

El éxito nos ha hecho ambiciosos, y pensamos poner otra pieza burlesca, titulada « D. Dagoberto y el Dragón », sacada de uno de mis *Anales de Beeton*. No es una gran cosa y, sin embargo, la pondremos á falta de otra mejor. Pero volvamos la vista á las cosas más interesantes y menos ciudadanas que pasaban á bordo.

Estábamos poco más ó menos en la latitud del cabo de Buena Esperanza cuando vimos nuestro primer albatros; pero á medida que avanzábamos hacia el Sur, fuimos acompañados por un número creciente de esas aves y de procelarias, que son mensajeras de las borrascas en los mares del Sur. El albatros es un ave espléndida, con el pecho y el interior de las alas blanco y el resto del cuerpo moreno obscuro y negro.

Una de las diversiones más agradables es *pes-car* un albatros, lo cual se hace de la manera si-

guiente: Se saca fuera una caña larga y resistente, de la cual pende un fuerte anzuelo cebado con un pedazo de carne, que se hace flotar con un corcho. Esto se deja arrastrar sobre el agua detrás del buque. Alguna de las aves marinas que vuela por allí percibe el objeto que flota sobre el agua, se acerca, lo mira de soslayo y á veces acaba por tocarlo pesadamente con el ala. Entonces se alarga la caña para que el cebo no sea arrastrado detrás del buque. Si esto se hace hábilmente y la caña es bastante larga para que se pueda ir cediendo con viveza, el ave tirará probablemente un bocado á la carne, y el anzuelo hará presa en su encorvado pico. Al instante de haber engullido la carne de cerdo y cuando se siente que el albatros está cogido, se tira de la caña de un golpe y se levanta á toda prisa. El *quid* está en tirar vivamente para evitar que el ave tenga tiempo de extender sus alas y entablar una penosa lucha en la superficie del agua. Es muy penoso para dos hombres izar un albatros si el buque está en marcha. El pobre bruto, puesto sobre cubierta, no es el ave real tan larga como parecia, cuando revoloteaba por encima de nuestras cabezas con sus grandes alas desplegadas, pocos minutos hace solamente. Aquí está completamente desarmado, se balancea al andar como una oca grande, y á menudo, lo primero que hace, es vomitar todo el contenido del estómago, como si estuviese mareado.

El primer albatros que hemos cogido no es de los grandes, pues tiene solamente unos diez pies

de punta á punta de ala, mientras que los grandes miden de doce á trece pies. Una vez cogida el ave se la sujetó firmemente, y el doctor la remató con la ayuda del ácido prúsico. Entonces la despellejaron, y su piel, por razón de sus plumas, fué distribuida entre nosotros. La cabeza y el cuello me tocaron á mí, y después de limpiarlos y adobarlos, colgué mi tesoro, por medio de una cuerda, fuera de la ventana de mi camarote; pero cuando luego fui á contemplarlo ¡ay! la cuerda había sido cortada y la cabeza y el cuello de mi albatros habían desaparecido.

Todo el día, el salón y varios camarotes oían fuertemente á pescado, á causa de las operaciones relativas á la disección y limpia de las diversas partes del pescado. Uno estaba haciendo un tubo de pipa con uno de los largos huesos de las alas. Otro hacía una petaca con el ancho pie del pajarraco. El camarote del doctor parecía una tienda de carnicería, durante este período de la caza. Parte del pavimento estaba ocupado por la piel ensangrentada del animal, extendida por el suelo, y el doctor, de rodillas á un lado, quitaba con su escalpelo y sus pinzas los pedazos grandes de grasa de la piel. El escolapio parecía deleitarse en la operación, en tanto que el pastor, que ocupaba el mismo camarote, apretaba el pañuelo contra sus narices y miraba los despojos de carne y de plumas en el suelo, con horror y desmayo.

Otras aves de una especie que no habíamos visto antes, hicieron pronto su aparición volando alrededor del buque. Hay, por ejemplo, el pájaro

ballena, completamente negro por la parte superior del cuerpo y de las alas, y blanco por debajo. Su talla es entre la de la procelaria y la del halcón *Molly*, el último de los cuales es casi tan grande como el albatros. Pájaros de los hielos y pichones del Cabo volaban también sobre nosotros en gran número: los últimos son, poco más ó menos, como los pichones ordinarios, negros, manchados de blanco en el dorso y de gris en el pecho.

Una vista todavía más interesante es la de una gran marsopa que apareció cerca del buque, presentando su cuerpo al saltar una ola. Luego, después, hemos visto algunas más á gran distancia, como si jugasen y saltasen para divertirnos.

17 de Abril.— El agua se enfría sensiblemente. En vez de asarnos, incluso con las más tenues vestiduras, recurrimos de nuevo á nuestros paños de invierno para mayor comodidad. Hacia la noche, levantóse el viento y fué aumentando gradualmente hasta convertirse en borrasca tan fuerte, que fueron cargadas todas las velas, excepto las del trinquete y las de la gavia maestra, fuertemente rizadas. Felizmente para nosotros, el viento nos azotaba la espalda, por la que sentimos sus efectos mucho menos que si hubiese soplado por el través. Por la noche doblamos el Cabo, veinticuatro días después el Ecuador y cuarenta y cinco después de la salida de Plymouth.

Al día siguiente el viento soplaba con fuerza todavía. Cuando por la mañana subí al puente, vi

que la vela mayor había sido desgarrada por la mitad y arrojada al mar con estruendosa violencia. El buque marchaba ahora con las velas de gavia del mesana, pues no había sido sustituida la vela mayor, y las velas de la gavia maestra, del trinquete y de su cofa estaban fuertemente rizadas. El mar presentaba un golpe de vista espléndido. Olas que parecían pequeñas montañas, venían rodando, detrás de nosotros, á estrellarse á lo largo de ambos costados del buque. Yo fui personalmente víctima de la borrasca. Acababa de subir al puente cuando el viento me arrebató mi capa escocesa con su cardo de plata, y se la llevó al mar. Luego, cuando bajé á mi camarote, encontré mis libros, mis maletas y todo mi equipo hechos un revoltijo, y para fin de fiesta, durante la noche, estando sentado en una silla de la cámara de popa, fui derribado encima y la rompí. ¡ Verdaderamente, éste fué un día lleno para mí de pequeños contratiempos!

Por la noche me despertó el estrépito y el violento balanceo del buque. El palo de mesana se doblada y crujía; algunas sillas se rompieron y desgajaron en el salón; la loza chocaba entre sí y se rompía en pedazos en la despensa. En el camarote de al lado, el jarro y la bañera rodaron de acá para allá; y en medio del tumulto pudo oírse al Mayor gritando alegremente: — ¡ Apuesto dos contra uno por el jarro! Están haciendo un asalto de esgrima, — decía. Pocos hubo que no tuviesen algún estropicio en su camarote. Uno tuvo que recoger el contenido de una maleta que

se había abierto; otro lamentaba la necesidad de correr detrás de su palangana y tener que ponerse en peligro saltando de la cama. Antes del desayuno subí al puente para ver la escena. Todavía continuaba la borrasca. Marchábamos con las velas de gavia y la mayor, y una vela de gavia rizada en el mesana. Desde la popa, el espectáculo era espléndido. Ya estábamos en lo alto de una ola contemplando un valle profundo á nuestros pies, ya nos sentíamos abajo, en el fondo del mar, con una muralla de agua que venía hacia nosotros. Las olas, de un verde claro, tenían cresta de espuma, y, rizadas siempre, no cesaban de rodar. La cubierta se inclinaba de una manera espantosa para los ojos de un hombre de tierra, y ciertamente en vano fui agarrándome á cuanto encontraba, pues caí cuatro veces durante la mañana.

Con dificultad gané el salón, donde los pasajeros estaban reunidos para el desayuno. Apenas habíamos tomado asiento cuando una enorme avalancha se arrojó sobre el buque, penetró por encima de la popa, rompió la claraboya del salón é inundó de agua la mesa. Este fué un acontecimiento deplorable para aquellos que no habían tomado su desayuno. Cuando subía por la escalera de popa, encontré al capitán que bajaba completamente mojado. Había sido derribado y tuvo que agarrarse á una cadena para impedir que el agua le arrastrase por la cubierta. El oficial de guardia me dijo más tarde que había visto su cabeza flotando en medio del agua que invadía la popa.

Esto es lo que ellos llaman « embarcar un mar verde », y se llama así porque se lanza tanta agua sobre la cubierta que, en vez de la apariencia espumosa de las pequeñas avalanchas, parece que se embarca una masa sólida de agua verde. Nuestro patrón nos contó después, durante la comida, que el capitán del *Essex* fué lanzado no hace mucho tiempo por una avalancha así sobre uno de los gallineros que circundaban la popa, rompiendo las barras de hierro con su cuerpo, á consecuencia de lo cual quedó tan quebrantado que todavía no está enteramente repuesto de sus magulladuras. Tal es la tremenda fuerza del agua en las violentas conmociones del mar (1).

Cuando subí de nuevo al puente, el viento había menguado algo, pero el mar estaba todavía revuelto. Estando sobre cubierta, una enorme ola vino rodando hacia nosotros, pareciendo que se nos iba á tragar. Pero la popa se levantó lenta y graciosamente cuando llegó la inmensa ola, y ésta pasó rodando y rebullendo sobre los costados del gran puente, que así quedaba unos dos pies hundido en el mar. Al caer el día, el viento menguó poco á poco y pareció que íbamos á tener otra racha de buen tiempo.

A la mañana siguiente, el sol brillaba despejado; el viento había caído casi por completo.

(1) Mr. G. Stevenson registró una fuerza de tres toneladas por pie cuadrado en Skerryvore, durante una borrasca en el Atlántico, en que las olas se elevaban á una altura de veinte pies.

aunque un oleaje molesto azotaba todavía nuestro costado. Millares de aves marinas volaban alrededor nuestro, y se veían multitud de ellas por nuestra popa en todo lo que alcanzaba la vista. Parecían, aunque en más grande escala, seguir nuestra pista, como las bandadas de cuervos siguen el surco del arado en el campo, seguramente por la misma razón, ó sea para picar los alimentos que se desprendían de la potente quilla de nuestro buque. La mayor parte eran pájaros de los hielos, azules procelarias y pájaros ballenas; mezclados con albatros y procelarias jóvenes. Uno de los pasajeros cogió y mató uno de los últimos, de lo cual resultó algo disgustado el capitán, pues los marinos tienen acerca de estos pájaros la superstición de que es funesto matarlos. Fué cogido un pájaro de los hielos, que es un ave muy linda casi completamente blanca, con los pies y el pico delicados y azules. Otro cogió una paloma del Cabo, y yo cogí un stink-pot, enorme pájaro que mide unos ocho pies de un extremo del ala al otro. El pájaro fué temerario cuando vino sobre cubierta y trató de mordernos; pero nosotros pronto lo abatimos. Como su plumaje no sirve de nada, le atamos una pequeña placa de estaño en el pie, en la que se grabó *Yorkshire*, y lo soltamos. Sin embargo, estuvo algún tiempo sobre cubierta caminando como un pato, antes de extender las alas y remontarse en el aire.

Algunos pasajeros siguen tirando á los numerosos pájaros que vienen tras la popa del buque.

absolutamente más que agua en torno mío. Dos horas transeurrieron antes de que pudiese percibir algo que podía dar la idea de tierra : tres objetos pequeños, brumosos, como nubes, situados hacia el Sur, que se dice son las islas. Cerca de una hora después estamos á unas cinco millas de distancia de los Apóstoles, parte del grupo, habiendo pasado lejos de Cochón. Esta se llama así por el número de cerdos silvestres que hay en la isla. La más grande, la isla de Posesión, ha servido de refugio á la tripulación naufragada de un ballenero cerca de dos años, hasta que al fin fué recogida por una nave que pasaba. Las islas de Crozet son de origen volcánico, y algunas de ellas ofrecen un aspecto cónico, curioso y á veces fantástico, principalmente los Apóstoles. La mayor parte de ellas son completamente estériles, y en las otras, la única vegetación consiste en algunas zarzas raquílicas y achaparradas.

CAPÍTULO VI

CERCA DE AUSTRALIA. — EL DESEMBARCO

Representación á bordo. — El ciclón. — Limpiando el buque para la llegada. — Vientos contrarios. — Australia á la vista. — El cabo Otway. — Las puntas de Puerto Felipe. — Piloto tomado á bordo. — En el interior de las puntas. — Williamstown. — Sandridge. — El desembarco.

¡ Todavía teatro! Se representa « Don Dagoberto y el Dragón », y sale muy bien. El vestuario, impropio, las armas y demás accesorios de la representación son las cosas más divertidas. Los compañeros se disponen á poner « Aladino y el Bandido maravilloso » para pasar el tiempo, que empezaba á parecernos largo. Deseábamos ya la terminación del viaje. Habíamos navegado unas 10.000 millas, pero todavía quedaban unas 3.000 más delante de nosotros.

30 de Abril. — Hoy hemos hecho la más larga singladura desde nuestra salida de Plymouth, nada menos que 290 millas en veinticuatro horas. Antes habíamos hecho 270; pero entonces el mar estaba en calma y el viento era favorable. Ahora

el viento sopla duro por el través, y el mar está agitado. Hacia las tres de la mañana, divisamos un barco que se dirige en ángulo recto hacia nuestra ruta. En poco tiempo lo tuvimos encima, y resultó ser un barco holandés, el *Vrede*, salido noventa y ocho días hace de Amsterdam, con rumbo á Batavia. Nos cruzamos tan cerca por nuestra popa, que se hubiese podido tirar un bizcocho sobre su cubierta.

Durante la noche picóse el mar, el viento soplabá por el través y el barco era sacudido y tambaleado como dicese que no lo había sido nunca desde su construcción. Aquella noche no se pudo dormir mucho á bordo. El viento aumentó hasta convertirse en borrasca, y al fin sopló completamente huracanado. Casi no era posible tenerse en pie sobre cubierta. Sentíase el golpe del viento como si fuese un cuerpo sólido. El buque derivaba furiosamente con las velas de gavia rizadas. Mirando por la borda, veíanse solamente las negras olas alejarse rápidamente coronadas de espuma.

Parece que estábamos en un ciclón, no en lo peor del mismo, sino en el interior del último círculo. Los marinos hábiles saben por experiencia cómo han de escapar de esos furiosos vientos del Océano, y nuestro capitán estuvo á la altura de los acontecimientos. En unas siete horas habíamos salido completamente del ciclón, aunque el viento soplabá vivamente y el barco se balanceaba, porque el mar continúa durante algún tiempo en un estado de gran agitación.

Durante algunos días tuvimos viento favorable, y nuestro buque se precipitaba hacia adelante como si conociese su puerto y estuviese deseoso de llegar á él. Pocos días más y podríamos estar á la vista de Australia. Casi vinimos á contar las horas. En espera de nuestra llegada, se pone sobre el tapete la cuestión del testimonio acostumbrado al capitán, estando todos igualmente dispuestos á declarar en pro de su destreza y cortesía. Sobre cubierta los marineros pasan la piedra dulce por las tablas, bruñen los cobres y lo disponen todo para lucirse en el puerto. Los grumetes se ponen á la obra aquí, en la popa, cada uno « con un cuchillo afilado y una conciencia clara », cortando pedazos de cuerda embreada. Nuevos rebenques van siendo atados de través sobre los obenques. La cubierta y el palo mesana son raspados de nuevo, y se echa mano del cubo de la pintura blanca sin escasearla.

9 de Mayo. — Estamos ahora en aguas de Australia, navegando á lo largo del cabo Leeuwin, aunque la tierra no está á la vista. En torno de nuestro buque revolotean aves australianas, que no se parecen en nada á las que habíamos visto hasta ahora. Luchamos contra el viento de tierra, y las vergas se dividen en todas direcciones. Es irritante encontrarse tan cerca del fin de nuestro viaje y ser empujados atrás casi á la vista del puerto.

14 de Mayo. — Después de cuatro días de viento de tierra, salta al otro lado, y ahora vamos directa-

mente hacia Melbourne. Nuestra última representación teatral fué muy brillante. Después de la comedia, el capitán dió su comida de despedida, y el *menú* fué notable, si se tiene en cuenta que hacia ochenta y un días habíamos partido de Gravesend. Hubo pato, gallina, lengua, jamón con ensalada de langosta, pasta de ostras, gelatina, *blanc-manger* y postre. Seguramente el arte de conservar frescos la carne y los comestibles debe haber llegado casi á la perfección. Al final se cantaron canciones, se pronunciaron brindis y se presentó el certificado del capitán en medio del mayor entusiasmo.

18 de Mayo. — Hoy divisamos la tierra de Australia á unas 13 millas del cabo Otway. La animación á bordo fué muy grande, y no es extraño, después de tan largo viaje. Algunos volvían á su país para reunirse con sus familias y sus amigos. Otros iban para su recreo ó por su salud. Quizás la mayor parte miraban esta tierra como patria adoptiva, una especie de tierra de promisión, donde iban á levantar un hogar y donde esperaban abrirse un camino para su bienestar, si no para su fortuna.

Poco á poco nos acercábamos á tierra, hasta que llegamos á unas cinco millas de la costa. Las nubes se cernían muy bajas sobre la arenosa playa; su masa deshilachada, de un verde obscuro, descendía casi hasta la superficie del agua. La costa es bonitamente ondulada, montañosa en algunos puntos y cubierta de bosque. Todavía nos

alejamos de tierra para rodear el cabo Otway, cuyas luces distinguimos. A la mañana siguiente vemos la casa del faro, y la noticia de nuestra próxima llegada se telegrafiará sin dilación á Melbourne. No obstante, el viento cambia cuando estamos sólo á treinta millas de las puntas de Puerto Felipe, y allí permanecemos en calma toda la tarde, balanceándose el buque gentilmente sobre las aguas de claro azul, con las velas pegadas á los palos ó medio tendidas de cuando en cuando al levantarse un caprichoso soplo de viento. Nuestra única ocupación era contemplar la playa, y con la ayuda del telescopio descubrimos pequeñas casas de madera semiocultas entre los árboles en medio de las tierras cultivadas. Cuando el rojo sol se ponía tras las colinas de un verde obscuro, levantóse la bienhechora brisa de la noche, que hinchó de nuevo nuestras velas; las pequeñas olas lamían los costados del buque como cediendo al viento, y al fin nos encaminamos á toda prisa hacia Puerto Felipe.

Á media noche estamos á la vista del faro de entrada de la bahía. Allí nos toma á remolque un vaperecito que nos conduce hasta las puntas, donde esperaremos hasta la salida del sol para que venga á bordo nuestro piloto. Las puntas son lenguas de tierra bajas con montículos arenosos, uno junto á otro, que guardan la entrada de la extensa bahía de Puerto Felipe. A un lado hay la punta de Lonsdale y al otro la punta de Nepean.

21 de Mayo. — Nuestro piloto viene á bordo temprano y toma á su cargo nuestro buque. Es un tipo curioso, más parecido á un alguacil judío que á otra cosa alguna, y en nada se parece á un inglés castizo. Pero el hombre parece conocer su oficio, y nos ponemos en marcha remolcados por nuestro vapor.

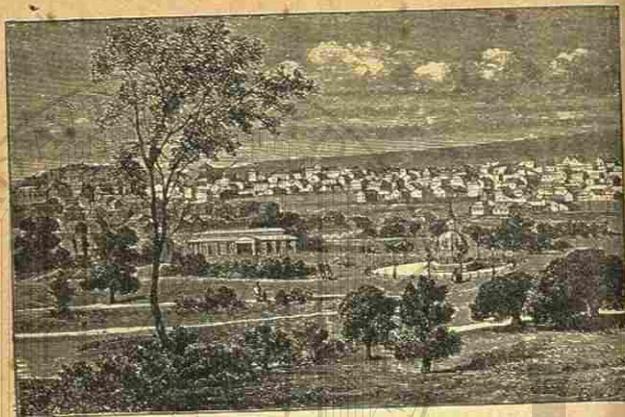
Un poco adentro de las puntas nos aborda el oficial sanitario, que se entera de cómo estamos de salud en el buque, y, como es satisfactoria, seguimos hacia dentro de la bahía. Poco después dejamos, al oeste, Queenscliffe, bonita aldea edificada sobre un promontorio abrupto, cuyas casas se destacan sobre el verde césped. La iglesia de la aldea tiene un aspecto delicioso en el paisaje. Contemplamos curiosamente la tierra á nuestro paso. Con el auxilio del telescopio podemos ver señales de vida en la playa. Observamos, entre otras cosas, el carro de un comerciante madrugador, tirado por un jaquito que trota velozmente á lo largo del camino. Nuevas casitas aparecen en medio de los lindos y bien cultivados paisajes que se suceden.

Al fin perdemos de vista la orilla á medida que nos internamos en la bahía hacia Melbourne, que está á unas 30 millas de distancia y todavía no aparece en el horizonte. Continuando la navegación van descubriéndose las copas de los árboles, luego los bancos bajos de arena, manchas de zarzales achaparrados, y algo más arriba manchones de espacio amarillo y transparentes. Gradualmente van distinguiéndose al oeste dis-

tantes colinas; hacia el norte se desarrolla una región ondulada, dilatándose en círculo por el interior de la bahía.

Ahora nos acercamos á la orilla norte y llegamos á percibir casas, barcos y campanarios. El puerto de Williamstown se aparece á la vista, lleno de buques, según se comprende por la multitud de mástiles. Fuera del puerto está anclado el barco de su majestad, el *Nelson*. A la derecha está la aldea ó suburbio de San Kilda y, todavía más lejos, Brighton. Sandridge, desembarcadero de Melbourne, está frente á nosotros, y por sobre los mástiles de los buques apunta una masa de edificios, á lo lejos, con remate de torres y campanarios. « Allí está la ciudad de Melbourne », se nos dice.

A las cinco de la mañana atracamos en el amplio muelle de madera del ferrocarril de Sandridge, y, al poco rato, algunos de nuestros compañeros de á bordo están en los brazos de sus parientes y amigos. Otros, como yo, no encontramos á nadie que nos dé la bienvenida; pero, como los demás, lomo mi billete para Melbourne, que sólo dista unas tres millas, y, un cuarto de hora después, me encuentro apeado, sano y salvo, en la gran ciudad de las Antípodas.



Vista de Melbourne (Victoria).

CAPÍTULO VII

MELBOURNE

Primeras impresiones de Melbourne. — Aspecto de la ciudad. — Las calles. — Calle de Collins. — El tráfico. — Melbourne nueva y joven. — Ausencia de mendigos. — Melbourne, ciudad inglesa. — El barrio chino. — La biblioteca pública. — Cárcel de Pentridge. — La ribera del Yarra. — San Kilda. — Experiencias sociales en Melbourne. — Un baile de boda. — Las señoras de Melbourne. — Visita a una familia sensata.

Llego a Melbourne al anoecer y, al apearme del ferrocarril me encuentro deslumbrado por los mecheros de gas. Fuera de la estación, las

calles están completamente iluminadas, las tiendas están radiantes de luz y por todas partes circula alegremente gente bien vestida.

¿Qué edificio es ése de la calle de Burke, con la multitud estacionada en sus alrededores? Es el Teatro Real. Una holgada sala de piedra en el interior del pórtico, rodeada de un estrado brillantemente iluminado, está llena de jóvenes reunidos en grupos que pasan el tiempo charlando y riendo. En el fondo del vestíbulo están las puertas de las distintas partes del edificio.

Más arriba, en la misma calle, llego a un amplio mercado, inundado de luz, donde una gran muchedumbre se agita comprando verduras, frutas, carne y otras cosas por el estilo. Al final de la calle, el bullicio y el movimiento son menores y veo un grande edificio levantado en un espacio abierto que se destaca obscuramente del cielo estrellado. Más tarde he sabido que era el Palacio del Parlamento.

Tal fué mi primera introducción en Melbourne. Evidentemente, es una ciudad en plena vida. Después de haber paseado por algunas de las mayores calles y de haber observado en todas partes las mismas señales de riqueza, de tráfico y de población, tomé el tren de Sandridge y eché por última vez un profundo sueño en mi camilla á bordo del *Yorkshire*.

A la mañana siguiente volví á Melbourne en pleno día, hora más propia para observar detenidamente el aspecto de la ciudad. Chocóme la amplitud y regularidad de algunas de las principales

calles, y la manera admirable con que están pavimentadas y conservadas. El conjunto de la ciudad parece haber sido levantado según un plano sistemático que se podría estimar excesivamente regular y uniforme. Pero la ondulación natural del terreno sobre el cual está edificada la ciudad, sirve para corregir este defecto, si en efecto lo es.

Casi todas las calles se cruzan en ángulo recto; en una dirección, calles anchas, y en la otra, calles anchas y estrechas que las cruzan alternativamente. Las más hermosas calles son quizá la de Collins y la de Burke. La vista, desde una altura en el extremo de la calle de Collins, mirando por un lado la pendiente de la calle y por el lado opuesto la colina, es en verdad sorprendente. Esta grande y espaciosa calle tendrá probablemente no menos de una milla de longitud. A los dos lados están los edificios elevados y hermosos de los principales Bancos. Un poco más hacia la colina, en el extremo opuesto, hay un magnífico edificio blanco, que tiene todo el aspecto de un palacio, con fachada ricamente ornamentada y una torre. Es la nueva casa de la ciudad. Más arriba hay un lindo campanario de iglesia, y en el fondo una roja torre de ladrillo, matizada con toques amarillentos, se destaca audazmente sobre el claro azul del cielo. En el centro del arroyo, véase allí el monumento de Bourke y de Will. El hermoso frontispicio gris de la Tesorería cierra en último término la perspectiva.

Entre las particularidades de las calles de Melbourne, son de notar los anchos y profundos ca-

nalillos que hay en los dos lados del arroyo, evidentemente destinados á facilitar el paso de grandes cantidades de agua en la estación de las lluvias. Son tan anchos que hacen necesario tender sobre ellos pequeños puentes de madera en las bocacalles. Se me ha dicho que estos canalillos abiertos, son considerados como perjudiciales á la salud de los habitantes, lo cual puede fácilmente creerse, y es probable que sean cubiertos antes de poco.

Pasead por las calles de Collins y de Burke á las nueve ó las diez de la mañana, y encontraréis los negociantes de Melbourne en su camino de la estación del ferrocarril ó sus oficinas de la ciudad; pues la mayor parte de ellos, como en Londres, viven en los suburbios. Los comercios están abiertos, y todo presenta allí un aspecto brillante y limpio. Volved á las mismas calles por la tarde, y encontraréis las señoras, vestidas con trajes alegres, reuniéndose en las aceras. Los comercios rebosan de compradores. Vense muchos carruajes particulares de dos ruedas, en que los pasajeros se sientan de dos en dos, y estos coches y los ómnibus son los medios de transporte de Melbourne. La calle de Collins puede ser considerada como el paseo favorito, particularmente entre tres y cuatro de la tarde, cuando las compras son nada más que una excusa para sus numerosos y aficionados concurrentes.

Una cosa me choca especialmente, y es el escaso número de personas ancianas ó de cabellos grises que se encuentra por las calles de Mel-

bourne. La mayor parte son personas jóvenes, y son comparativamente pocos los que pasaron de la media edad. No es extraño. Pues ¿qué ciudad más joven la de Melbourne! Hace cuarenta años que no había ni una casa en este recinto.

Donde se levanta ahora la Universidad de Melbourne, un número reducido de miserables negros australianos convocaban y celebraban sus conciliábulos; pero como no fuese algún vagabundo escapado de Sydney, no había ningún hombre blanco en Victoria. El primer colono, John Batman (1), llegó a la bahía de Puerto Felipe recientemente, el año 1835, desde cuya fecha ha sido fundada la colonia, edificada Melbourne, y Victoria cubierta de granjas, minas, ciudades y de habitantes. Cuando Sir Thomas Mitchell visitó por primera vez la colonia en 1836, aunque comprendía un área de más de 100.000 millas cuadradas, no contenía más de 200 blancos. En 1845, la población se había elevado a 32.000; Melbourne había sido fundada y crecía rápidamente; ahora contiene una población de unas 200.000 almas y es ya la ciudad más grande del hemisferio Sur (2).

(1) Mr. Batman murió en Septiembre de 1869, á la edad de 77 años, y sus funerales fueron de los más grandes que se han visto en Melbourne. Este «Padre de Melbourne» tuvo el primer almacén y publicó el primer periódico de la colonia.

(2) El rápido crecimiento de Buenos Aires impediría á nuestro autor decir lo mismo en nuestros días. En efecto, según el censo de 31 de Marzo de 1901, la ciudad de Mel-

No es, por lo tanto, extraño que sea joven la población de Melbourne. En su mayor parte se compone de inmigrantes de la Gran Bretaña y de otros países, hombres y mujeres en la flor de la edad, gente vigorosa, emprendedora y enérgica. No es probable que en algún tiempo se corte esta corriente de inmigración. La tierra en el interior del país no está ocupada en una décima parte; y *el grito es todavía más*. Ciertamente, muchos piensan que los inmigrantes no vienen bastante aprisa. Cada buque trae una hornada de refresco; y los *novatos* son fácilmente conocidos, por reunirse en grupos en las bocacalles, por su color encendido, por su boba curiosidad y por el aire de su país.

Otra cosa que me sorprende en Melbourne, es que no he visto ni un mendigo en la población. Hay trabajo para todos los que lo desean; así no hay excusa para mendigar. Sin duda muchos de los jóvenes que vienen aquí no dan con la fortuna que se figuraban merecer. Creían que algunas cartas de recomendación serían lo bastante para encaminarles al éxito; pero pronto viene la decepción. Han de lanzarse al trabajo si quieren lograr algo bueno. Los simples meritorios que saben escribir y sumar cifras, no son de ninguna utilidad; la colonia tiene un exceso de ellos. Pero si son diestros, prontos al trabajo y quieren

bourne tenía 493.956 habitantes; pero ya en 1900, el censo oficial también de la República Argentina atribuía á Buenos Aires 821.291 almas. — *Nota del traductor.*

emplear su actividad de cualquier modo que sea, no estarán mucho sin que tengan los medios para vivir honradamente.

En muchas cosas, Melbourne se asemeja á mi país. Parece un pedazo de Inglaterra trasplantado aquí, con la única diferencia de que todo parece más fresco y más nuevo. Id á los jardines de Fitzroy ó de Carlton por la mañana, y veréis casi las mismas niñeras y los mismos niños que visteis en los parques de Londres. Por la noche veréis la misma clase de parejas rondando por allí, sin saber lo que se dirán después. Por las calles, veréis un cuerpo de tiradores voluntarios marchando de frente como en nuestro país los sábados por la tarde. Bajad á Sandridge y veréis los vapores baratos, adornados con banderas, embarcando una carga de excursionistas para algún Margate ó Ramsgate australiano de la bahía. En el muelle de madera parecidas grúas de vapor trabajan, cargando y descargando carretillas.

Una cosa, no obstante, hay en Melbourne que no veréis en ninguna ciudad de Inglaterra, y es el barrio chino. Allí las calles son más estrechas y sucias que en ningún otro lado, y véis las gentes de rostro amarillo charlando á la puerta de la casa; en una palabra, un espectáculo verdaderamente nuevo. Los chinos, á pesar del impuesto de capitación que, desde un principio, se les cargó de 10 libras por cabeza, vienen á Victoria en grande y creciente número, y amenazan llegar á ser muy pronto una gran fuerza en la colonia.

Son, en verdad, gente trabajadora, pero hay que confesarlo, ordinaria y sucia.

Aunque muchos de los chinos abandonan su porte natal y adoptan el vestido europeo, principalmente el sombrero de ala levantada, hay una parte de su tocado, al cual no renuncian hasta el último extremo, y es la cola. Ellos la ocultarán bajo su sombrero de ala levantada ó bajo el cuello de su vestido; pero contad con ello, la cola estará allí. Mi amigo, el doctor del *Yorkshire*, que corre tras las curiosidades naturales, tiene, entre otros, un gran deseo, el de poseer una cola de chino. Un día, paseando por la calle de Collins, encontré á mi entusiasta amigo. Al reconocermé sacudió frenéticamente algo que tenía en la mano: — ¡Ya la tengo! ¡Ya la tengo! — exclamaba con grande excitación. — ¿Qué tiene V.? — le pregunté sorprendido. — Venid acá, me dijo, y os la enseñaré. — Nos volvimos de cara á un mostrador, desenvolvió cuidadosamente su paquete y sacó una larga cosa negra. — ¿Qué es esto? — pregunté. — Una cola de chino, dijo triunfalmente, y una curiosidad muy rara; puedo asegurarlo.

Entre las instituciones oficiales de Melbourne, una de las más bonitas es la Biblioteca pública, que dicen contiene ya unos ochenta mil volúmenes. Es realmente una notable Biblioteca para el pueblo. Por lo que oigo decir, nada tenemos en Inglaterra que se pueda comparar con ella (1). Los

(1) La Biblioteca pública fué inaugurada en 1853, durante el gobierno de Mr. La Trobe, siendo votadas 4.000 libras

obreros vienen aquí y leen á su sabor libros científicos, históricos ó cuanto pueden desear. Pueden venir con su traje de trabajo, y firman con sus nombres al entrar, no exigiéndoseles otras condiciones que la quietud y los buenos modales. Unos quinientos lectores van á la Biblioteca diariamente.

No he de olvidar la colección victoriana de pinturas que está en el mismo edificio que la Biblioteca. Las galerías son buenas y contienen muchos cuadros que llaman la atención. Entre ellos encuentro la *Raquel en el pozo*, de Goodall, una copia de *Los Padres Peregrinos*, de Cope, y algunos excelentes ejemplares de Chevalier, un nuevo artista de la colonia.

El Correo es otro edificio espléndido en su clase, una de las instituciones más cómodas del mundo. La llegada de cada correo de Inglaterra se anuncia izando una gran bandera roja con la letra A (*Arrival*, que significa llegada).

Para demostrar la *civilización* adelantada de Melbourne, permitid que os describa una visita que hice á la cárcel. Más que una cárcel, es un gran establecimiento penal de la colonia. La cárcel de Pentridge está á unas ocho millas de Melbourne. Acompañado por un amigo, fuimos en un coche cubierto, por una carretera polvorienta, pero bien conservada. Bajando á la entrada, como

para libros y edificio. La suma fué doblada al año siguiente, y grandemente aumentada en los años sucesivos. En 1863, se llevaban gastadas 40.000 libras de plata en el edificio y 30.000 en libros.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYLS"
MELBOURNE, MEXICO, 1625 MONTERREY, MEXICO

de una fortaleza, que da al patio principal, pasamos por debajo de una pequeña bóveda, detrás de la que había una fuerte verja de barras de hierro, cerrada siempre con llave y vigilada por un guardia. La verja fué abierta, y pronto nos encontramos en el gran recinto de la cárcel, en presencia de muchos hombres con el uniforme gris de los presos y cargados con pesadas cadenas. Atravesamos el anchuroso y limpio patio y nos dirigimos á una verja abierta en la muralla granítica del otro extremo. El guardia que vigila armado desde su garita en lo alto de la muralla, nos baja una llave. Usamos de ella, entramos, cerramos la puerta, y la llave es de nuevo subida.

Entramos en la cárcel de mujeres, donde nos enseñan las celdas, cada una con su mesita y su colchón cuidadosamente arrollado. Sobre la mesa hay una Biblia y un libro de oraciones, y á veces otro libro de instrucción ó recreo. En algunas celdas, cuyos ocupantes aprenden á leer y escribir, hay una cartilla para deletrear y un cartapacio para hacer garabatos. Las presas no están en sus celdas; pero poco después las encontramos reunidas en una anchurosa sala de arriba, sentadas y trabajando. Todas se levantaron al entrar nosotros, y yo eché una buena mirada á sus fisonomías. Entre ellas no había ni un solo rostro decente y honrado. La mayor parte eran mujeres groseras, de mandíbulas cuadradas y mirada dura. A juzgar por sus fisonomías, la fealdad y el vicio parecerían ser algo parientes.

Pronto fuimos conducidos al centro de la cárcel, desde donde veíamos abajo los angostos patios rodeados de altas murallas, en que los presos condenados á reclusión aislada hacían sus ejercicios. Los patios irradian todos de una pequeña torre, desde la cual un guardia estacionado vigila cuidadosamente lo que pasa abajo.

Pronto vimos los presos del departamento A que volvían de su ejercicio en el patio. Cada uno lleva un capuchón blanco sobre el rostro, con agujeros para ver, y ningún preso puede acercarse á otro más de cinco varas so pena de un severo castigo. La procesión era bien triste. A la media luz de la cárcel marchaban uno á uno, con sus rostros ocultos, tocando al pasar su gorra con la mano.

En seguida entramos en el departamento B. Los hombres allí no trabajaban en celdas separadas, sino que iban al trabajo en secciones, custodiados por guardias armados. En toda la cárcel, la puerta de cada celda tiene un ventanillo, por el cual los guardias, que circulan en todas las galerías con zapatos de escucha, pueden asomarse, sin saberlo el preso y ver que está por allí.

Ambas cárceles de hombres y mujeres tienen calabozos negros para el aislamiento de los presos refractarios. Estos lugares tienen un aspecto terrible: son pequeñas celdas de unos diez pies por cuatro de ancho, en las cuales no entra ni una partícula de luz. Tres gruesas puertas, una detrás de otra, impiden al preso que está dentro hacerse oír por los de fuera.

Entramos luego en el departamento C, donde los presos acaban su condena. Aquí duermen muchos en una sala, vigilados estrictamente sin cesar, estando ocupados durante el día en sus respectivos oficios, ó saliendo en secciones á trabajar en los campos contiguos al establecimiento. Unida á este departamento hay una importante factoría con máquinas de hilar, fábrica de tejer y tintorería; todas las ropas y mantas que se usan en la cárcel, así como las mantas que el gobierno proporciona á los naturales del país, las hacen los presos. Adjuntas están la herrería, donde se forjan las manillas; la zapatería, la sastrería, un taller donde se encuadernan los libros de la cárcel, y talleres de otros varios oficios.

La biblioteca de la cárcel está muy bien surtida de libros. Tiene las obras de Dickens y de Trollope, y he visto un ejemplar muy leído de *Ayúdate!* aunque sin duda fué una muy diferente manera de ayudarse la que condujo allí á la mayor parte de los presos que lo leen.

Finalmente, vimos el cacheo de los presos que volvían de trabajar en los campos ó de los distintos talleres. Estaban todos ellos formados en línea, mientras que el guardia les pasaba la mano por el cuerpo y por las piernas, y les miraba el interior del sombrero. Luego volvióse á un barreño de agua que tenía al lado y se lavó las manos cuidadosamente.

Había unos 700 presos de ambos sexos en la cárcel cuando la visitamos. Me dijeron que las murallas de la cárcel cierran una superficie de

132 acres; de modo que hay espacio abundante para toda clase de trabajo. En conjunto fué una excursión interesante, pero al mismo tiempo triste.

No me parece una gran cosa el río Yarra Yarra, á cuya orilla está situada Melbourne. Es un río cenagoso, de corriente gris y nada pintoresco. Ofrece, sin embargo, una gran ventaja sobre la mayor parte de los ríos australianos, como lo indica su nombre, que, en el lenguaje de los indígenas, significa *el que fluye siempre*, en tanto que muchos arroyos y ríos de Australia están secos durante el verano. Alquilé un bote con el propósito de remontar el Yarra. Un poco más arriba de la ciudad, sus orillas son bonitas y ornamentales, especialmente cuando pasa por el Jardín Botánico, que está hermosamente distribuido, y bien provisto de plantas de caucho, árboles de goma y magníficos ejemplares de la fauna del Sur. Más arriba, aunque siguen siendo verdes las orillas, el río es más monótono, y bien pronto nos dejamos llevar por la corriente de vuelta hacia Melbourne.

Lo más interesante de Melbourne es la orilla del mar, Williamstown con sus buques, y más especialmente los bonitos suburbios que se transforman rápidamente en ciudades por toda la orilla de la bahía de Puerto Felipe, tales como San Kilda, Elsternwick, Brighton y Cheltenham. Como véis, conservan los nombres de la antigua patria. San Kilda es el más próximo á Melbourne, del cual dista unas tres millas, que se hacen en ferrocarril, y es el punto favorito á

donde van á solazarse los melbourneses. En efecto, muchos de los principales hombres de negocios viven allí, como los de Londres viven en Blackheath y en Forest-Hill. La explanada á lo largo de la costa, es un hermoso paseo, y la playa es excelente para baños. Hay grandes cercados rodeados de ostacas para los bañistas; encima del cercado, hay cómodos tocadores levantados sobre plataformas, desde los cuales, en vez de estar encerrado en un cuarto de baño poco confortable, podéis echar una ojeada en pleno sol, mientras os vestís. El agua es de un azul claro, y el fondo arenoso de la playa descende hasta alguna profundidad, circunstancia admirable para los nadadores.

Algo he de contaros ahora de mis experiencias sociales en Melbourne. Gracias á los amigos de casa, he sido provisto en abundancia de cartas de recomendación para personas de la colonia. Cuando hablaba de ellas con antiguos colonos en el *Yorkshire*, me dijeron que « ni valían nada », ni eran mejores que los « bonos de sopa » si llegaban á tanto. Por lo tanto, estaba completamente preparado para una recepción fría; pero, aun así, busqué una oportunidad para presentar mis cartas poco después de mi desembarco.

Lejos de ser recibido con frialdad, fui tratado con la mayor benevolencia donde quiera que me presenté. Gente que no me había visto nunca y que nada sabía de mí, ni de mi familia, me daba una bienvenida sincera, franca y en extremo cariñosa. Creo que mis cartas fueron algo más

que « bonos de sopa ». Me proporcionaron agradables compañeros y bondadosos amigos que me recibieron hospitalariamente, me hicieron pasar agradablemente el tiempo y me dieron muchos consejos prácticos y buenos. Ciertamente, á juzgar por mi experiencia personal, la hospitalidad debe ser proverbial.

Una de mis primeras visitas fué á un antiguo compañero mío en la escuela de minas de Ginebra. Le encontré trabajando en un Banco y le sorprendió mucho mi inesperada aparición. Estuvo muy benévolo conmigo durante mi estancia en Melbourne, como también toda su familia, á la cual debo una serie de atenciones que nunca podré olvidar.

Siempre guardaré un agradable recuerdo de una boda á la cual fui invitado una semana después de mi llegada. Por la noche se dió un baile al que asistieron unas 300 personas, la flor y nata de la sociedad de Melbourne. Celebróse bajo una helgada marquesina con magnífico pavimento y ancho espacio para bailar. Todo fué ordenado casi lo mismo que en nuestra tierra. Los vestidos de las señoras me parecieron de más valor, la música probablemente no tan buena, aunque aceptable, y la cena un poco mejor. No hubo champagne en todo el baile.

He de notar, respecto á las señoras, que me parecieron un tanto diferentes de aspecto. Cuando desembarqué, imaginé descubrir un semblante ligeramente mustio, una falta de frescura en la generalidad de la gente. Me dijeron entonces que

esto era efecto del clima seco australiano y de los prolongados ardores del estío, hasta el punto de que los nacidos en Australia tenían tendencia á crecer flacuchos y esquinados. Ahora bien ; no es que carezcan de belleza las muchachas de Melbourne ó que no sean de notar por su lucimiento. Por el contrario, había allí una multitud de muchachas hermosas, algunas de ellas lindas en extremo, ataviadas las más con sumo gusto, y en especial las doce acompañantes de la novia, vestidas de seda blanca con adornos azules, me parecieron encantadoras.

Pasé una noche muy agradable con tan alegre compañía, y, bailando, tomé el desquite de tan larga privación en el mar. Cuando empecé á bailar me pareció que toda la sala estaba en movimiento. Me había acostumbrado tanto al balanceo del barco, que todavía no me sentía firme, y cuando ponía mi pie en el suelo se me iba más lejos de lo que yo esperaba antes de pisar el pavimento. Pero pronto me vi libre de mi andar marino que tanto me costara encontrar.

Antes de terminar mis pocas experiencias de Melbourne, mencionaré otra de un carácter bien diferente al de la anterior. Fui invitado á pasar el sábado y el domingo siguientes con un caballero y su familia. Fui puntual á la cita, y mi cochero me dejó á la puerta de una casa nueva en una linda situación. Fui conducido al recibimiento, donde aguardé algún tiempo á que la señora de la casa hiciese su aparición. Era una matrona en cuyos labios se dibujaba

una suave sonrisa. Su vestido era gris liso con guarniciones del mismo color. Tratamos de entablar conversación, pero al punto decaía. Temo que mis ocurrencias hayan sido todavía más insignificantes que lo son de ordinario en tales ocasiones. Ciertamente, la señora y yo no estábamos felices del todo. Me preguntó si había oído á tal ó cual ministro escocés ó si había leído los sermones de alguna persona que me nombro. ¡Ay de mí! Ni siquiera había oído sus nombres. A juzgar por su aspecto, me ha tomado por un ignorante. Una hora mortal estuvimos sentados juntamente, casi siempre en silencio, en cuyo tiempo alguna vez sus ojos se fijaban directamente sobre mí. Estuvimos un momento reanimados al entrar una señorita joven, hija de la casa, que me fué presentada. Pero ¡ay! no adelantamos nada. La señorita sentóse con la vista baja, atenta á su calceta, no sin que yo me fijase en sus ojos negros y en que era bonita.

Luego vino el amo de la casa, y la comida transcurrió de una manera grave y tranquila. Por la noche, aún hicimos, la señora y yo, algunos esfuerzos para liar conversación. Estábame mirando los libros en la mesa del salón, cuando animándose de repente, me preguntó: « ¿ Ha oído usted hablar de Robbie Burns? » Repliqué, me temo que en son de burla, que « una vez había oído hablar de que tal persona existía ». — En efecto — dijo la señora embebiéndose de nuevo en su garabatillo. El caballero se durmió y la señorita siguió absorta en su calceta. Un poco más

tarde, por la noche, la señora hizo un nuevo esfuerzo. — ¿ Ha probado usted el whisky toddy? — Yo contesté: — Sí, una ó dos veces, — lo cual pareció dejarla atónita. Pero el whisky toddy, que habría podido animar algo la velada, no pareció. Sacóse á colación el tema de la reciente boda, y la señora se sorprendió de que yo hubiese estado en ella, y ¡ que me gustase bailar! Me teme que esto no me haya hecho perder una buena parte de su estima. Total, que mi velada fué un fiasco completo, y que estuve contento de irme á la cama, siquiera fuese ésta de una extensión inmensa y capaz para una docena de personas.

Para acabar en pocas palabras esta historia, diré que á la mañana siguiente fui á la iglesia con la familia á oír un sermón terriblemente largo, durante el cual me mordí los dedos para no dormirme; y que, tan pronto como pude, me escapé para volver á mi cuarto, muy satisfecho de verme libre, pero sintiendo que debía dejar una impresión muy desfavorable en el espíritu de mis honorables huéspedes.

CAPÍTULO VIII

HACIA EL INTERIOR

Encuentro colocación en un Banco del interior. — Jornada en ferrocarril. — Castlemaine. — Prosigo el viaje en coche. — Maryborough. — Primera vista de la selva. — Senderos en la selva. — Perspectiva del país durante la noche. — Llegada á mi destino.

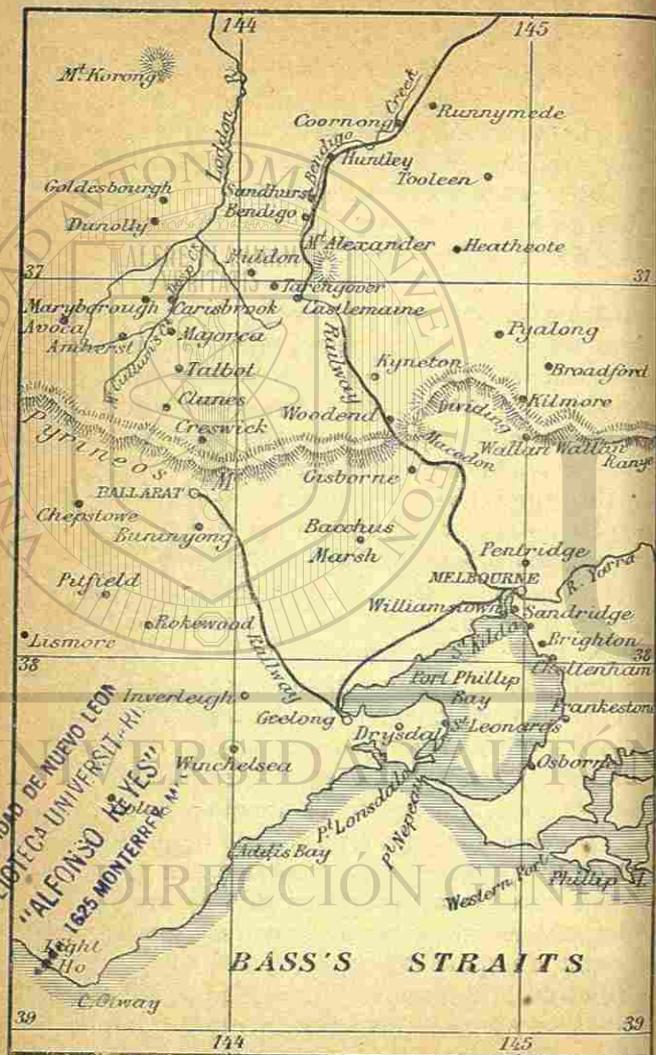
Hacia algunas semanas que estaba en Melbourne y hube de preguntarme: — Y después ¿qué? La vida era muy cara y estaba haciendo un importante drenaje en mi bolsillo. Podía optar entre volver á mi país ó permanecer en la colonia si encontraba colocación en que ocuparme provechosamente mientras tanto. Lo que no podía era seguir mucho tiempo ocioso, sin más ocupación que mis diversiones y mis visitas.

Tomé el partido de consultar al eminente médico Dr. Halford, quien encontró sanos mis pulmones; pero me recomendó que, dados los súbitos cambios de temperatura á que se está expuesto en Melbourne, volviese inmediatamente á mi país si quería consolidar los efectos benéficos del viaje, ó, en caso de quedarme, que me internase en el país al norte de la Cordillera Divisoria, donde la temperatura es más uniforme.

En consecuencia, determiné gestionar la obtención de un empleo fijo en la colonia, que me permitiese permanecer en ella más largo tiempo. Supe que muchos predecesores míos, menos jóvenes y más experimentados que yo, han estado llamando á las puertas de Melbourne por algún tiempo sin encontrar colocación. Es muy natural que los jóvenes de la colonia que desean entrar en las casas de comercio, en los Bancos ó en las sociedades de seguros, sean preferidos á los recién llegados; y por eso los jóvenes que vienen con la esperanza de entrar como pasantes en los escritorios, pronto comprenden que están de más y que son baldíos en el mercado.

La perspectiva de obtener un empleo semejante, no era por lo tanto muy risueña; sin embargo, era preciso probar y exponerme al fracaso como tantos otros. En último caso contaba con el billete de vuelta, del que podía echar mano. Pues bien; probé fortuna y volví á probar, y al fin salí con la mía, gracias á unos amables señores de Melbourne que tan bondadosamente se interesaron en mi favor. En mi caso, ha debido ayudarme la fortuna, pues estoy seguro de no deber mi éxito á ningún conocimiento especial. Sea como fuere, me sentí feliz cuando después de muchas idas y venidas, me comunicaron al fin que había una plaza vacante en una sucursal de un Banco colonial de los principales y que me ofrecían si quería aceptarla.

Acepté la colocación sin vacilar y dispuse mis cosas para entrar inmediatamente á cumplir los



Mapa del distrito aurífero de Victoria.

deberes de mi cargo. Por sabido que yo no conocía el país, ni dónde estaba situada la sucursal, sino que era lo que se llama un país minero, esto es, un país en que la rama principal de la industria es la busca del oro. Cuando expliqué a mis conocidos la ocupación que se me proponía y el país á donde había de ir, trataron de asustarme. Me pintaban un lugar remoto, con algunas chozas situadas sobre un cerro arenoso, rodeado de agujeros y de charcos cenagosos. — Llevará usted una vida miserable — decían; — cuente usted con que no podrá soportarla y con estar de vuelta en Melbourne dentro de un mes, disgustado de su vida rural. — Bueno, veremos — les decía. — Estoy resuelto á probar fortuna, y en el peor caso, puedo volver á Inglaterra en el próximo buque de la *Money Wigram*.

Dos días después de mi nombramiento fui á la calle de Spencer, estación del ferrocarril de Victoria, y tomé billete para Castlemaine, estación que dista unas 80 millas de Melbourne. Dos compañeros míos del *Yorkshire* estaban allí para verme partir, deseándome toda suerte de prosperidades. Otra despedida y ya estoy en marcha para el interior. ¿Qué aspecto tendrá? ¿Entre qué clase de gente iba á vivir? ¿Cuáles serían mis próximas experiencias?

Nos alejábamos rápidamente por el terreno ligeramente ondulado y relativamente monótono que se encuentra al norte de Melbourne hasta llegar á la Cordillera Divisoria, cadena de montañas cubiertas de malezas, de un verde obscuro,

que separan Bourke del condado de Dalhousie, donde la escena viene á ser más variada é interesante.

En el coche del ferrocarril venía conmigo un muchacho de unos doce ó catorce años que, en seguida, me reconoció por un « new chum » (nuevo compañero), como llaman en la colonia á los recién llegados. Entablamos conversación, cuando supe que iba á Castlemaine, donde vivía. La describió como una gran ciudad rural que sólo cedia en habitantes á Ballarat y Melbourne. Pero pronto iba á ver la ciudad con mis propios ojos, pues estábamos ya cerca de ella; y al poco rato me apeaba en la estación de Castlemaine, desde donde hube de continuar en coche hacia mi destino.

La ciudad de Castlemaine no se parecía en nada á la descripción de mi compañero de viaje. Quizás por que esperaba demasiado, tuve un desengaño. La ciudad está edificada sobre un lugar que hizo furor en otro tiempo, llamado Selva de Creek. Encontróse oro en abundancia, y una vasta población fué atraída á los alrededores. Pero habiéndose descubierto otros yacimientos más ricos, la moda se fué á otra parte, dejando en pos de sí el montón de casas que ahora se llama Castlemaine (1). Tenía, sin embargo, pocas calles, y entre ellas ninguna realmente buena. Casi todas las casas son pequeñas y bajas; la mayor

(1) Antes de construirse el ferrocarril, la ciudad era un gran depósito de géneros que se mandaban á las excavaciones del interior.

parte son construcciones de un solo piso. Todo está tranquilo, el tráfico de la población es muy pequeño y las calles tienen el más desolado aspecto.

Los arrabales de la ciudad presentan un golpe de vista nuevo. Cubren el suelo, en todas direcciones, montoncillos de tierras arenosas, de color rojo claro, puestos unos junto á otros, casi en todo lo que alcanza la vista. El país enteró parece haber sido revuelto, cavado profundamente y abandonado, aunque todavía observé alguno que otro charco de agua roja y turbia y algunos hombres que revolvían la tierra buscando oro entre las antiguas labores.

Me alojé en uno de los hoteles para aguardar allí, hasta media noche, la salida del carruaje. El lugar era muy melancólico, las calles eran muy melancólicas y también parecía que toda la gente se hubiese ido á la cama. Al fin transcurrieron las horas y el coche arrancó. Era un vehículo de raro aspecto, tirado por cuatro caballos. El cuerpo iba sencillamente suspendido sobre correas, sin muelle alguno. El carruaje no tenía postigos en sus ventanillas, haciendo sus veces unos delanteros de cuero. El aspecto del carruaje parecía más bien duro que confortable para el viaje.

Al fin salimos á buen paso por una carretera pasablemente buena. Pronto, sin embargo, empezó el traqueteo, pues el carruaje se inclinaba á uno y otro lado. Sólo venía conmigo un pasajero, una mujer que estaba sentada delante de mí. Aguantábame tieso arrimado á las maderas del

carruaje, pero fueron vanos todos mis esfuerzos, pues más de una vez fui arrojado sobre la falda de la señora. Ella parecía, sin embargo, tomarlo todo con la mayor indiferencia, como si se tratase de cosas naturales en un viaje.

Después de cambiar dos veces de caballos y de un nuevo y regular traqueteo, la carretera fué mejor y más lisa, y entonces observé afuera algunas señales de que nos acercábamos á una población importante. Me dijeron que era Maryborough, y poco después el coche paraba á la puerta de un hotel, donde me apeé. Era entre cuatro y cinco de la mañana, y así me acosté y eché un profundo sueño.

Me despertó un caballero joven que se me presentó como uno de mis futuros compañeros del Banco, á quien habian telegrafiado mi llegada. Después de tomar un buen desayuno, me asomé al mirador del hotel, y la calle Mayor de Maryborough se presentó á mi vista. Me pareció una ciudad linda y aseada. Las calles eran blancas y limpias; los comercios, abiertos ahora, eran de ladrillo unos y de madera otros. Había dos Bancos en la misma calle, uno de los cuales tenía un buen edificio. Todo presentaba un aspecto flamante, muy distinto del que tienen las rancias ciudades rurales de Inglaterra.

Se me había destinado á una población distante unas seis millas de Maryborough, y allí me llevó un carruaje por la tarde, lleno de sorpresa y curiosidad con respecto al lugar de mi destino. Al salir de Maryborough en campo abierto, me chocó

sobremanera el paisaje. Era la primera vez que me encontraba entre los árboles gomeros, que tan libremente crecen en las regiones de la Australia del Sur.

Hasta cierta distancia fuera de la ciudad, se pasa por una carretera de verdad á través de antiguas labores, como lo indican los repetidos agujeros y montones de cascajo que se encuentran por allí. Más lejos sólo se encuentran senderos endurecidos por entre árboles y matorrales, y cada cochero escoge el suyo. Cuando vienen á ser impracticables y los surcos son demasiado profundos, se escoge otro. Algunos de esos viejos surcos tienen un aspecto realmente feo. De vez en cuando pasamos junto á la cerca de un jardín; pero no hay aldea alguna á la vista. Los árboles oscuros tienen un aspecto desolado; las puntia-gudas hojas apenas alcanzan á cubrirlos. Hasta los zarzales que crecen á ambos lados del camino extienden sus ramas largas y sin hojas; sin embargo, debe recordarse que en Australia estamos en invierno.

Al fin llegamos á lo alto de una colina, desde donde se goza de un buen golpe de vista sobre las tierras del otro lado. Conservo un vivo recuerdo de mi primera ojeada sobre ese paisaje que más tarde debía serme tan familiar. Los árboles, de un verde oscuro, se extendían hacia abajo por el valle y cubrían el suelo ondulado que se encuentra á la derecha. Luego, en la región más verde y lisa de enfrente, semejaba extenderse una especie de línea blanquecina, algo

que no pude enteramente definir. Al principio pensé que debía ser una ciudad distante con sus grandes casas blancas. En la neblina del crepúsculo, no pude discernir entonces que eran montones de tierra de pipa lo que á mi se me antojaban casas. Más allá, y detrás de todo, había un fondo de oscuras colinas que se desvanecían á lo lejos. Aunque estábamos en invierno, la atmósfera era clara y transparente, y el cielo azul presentaba la mácula de deshilachadas nubes.

Pero pronto perdimos de vista las lejanías rodando hacia abajo de la colina, envueltos por el polvo. Encontramos otra sección de carretera, lo cual nos indica que nos acercamos á una ciudad; y, en efecto, pronto llegamos á una población pequeña junto á un arroyo. Pasamos al pie de un cobertizo en que funcionan pilones movidos al vapor: es un molino de cuarzo; luego pasamos una herrería, después un hotel y otras casas por último. Supuse que ésta sería mi localidad; pero no lo era. El cochero se aparta bruscamente de la carretera y desciende al arroyo. Bajamos la pendiente por un lado y la subimos por el otro con un tremendo arranque en que nuestro calesín se inclina penosamente hacia un costado. Otra vez marchamos por una llanura cavernosa, teniendo cuidado de evitar los troncos de los árboles y los malos pasos. Ahora pasamos entre los escombros que recuerdan las excavaciones abandonadas.

Otro corto trecho de carretera y estamos en la ciudad. Hace bastante claro todavía para que

pueda leer: « Cámaras del Consejo », sobre la puerta de una casa de madera pintada de blanco, alta de un solo piso y con apariencia de cabaña. En lo alto de la calle, pasadas las tiendas con sus grandes muestras de cañamazo, llegamos al fin junto á una casa de madera y de un solo piso, con tejado de hierro y un gran mirador que se destaca de la fachada, proyectándose sobre la acera. El rótulo de encima de la puerta me dice que éste es el Banco. He llegado á mi destino, y heme aquí apeado, sano y salvo, en la ciudad de Mallorca.

CAPÍTULO IX

Mallorca fundada por una irrupción. — Relato de una irrupción. — Campamento de mineros. — Las minas de oro de Mallorca. — La calle Mayor de Mallorca. — La gente. — Los mesones. — Las iglesias. — El Banco. — Los chinos. — Australia es el paraíso de los trabajadores. — Brindis ruidosos. — Ausencia de mendigos. — Falta de calderilla en el interior.

Cuando iba á la escuela, asociaba *in mente* Mallorca con Menorea é Ibiza, y poco esperaba encontrar en Australia una población con este nombre. Parece que en su origen la ciudad se llamó de este modo por la proximidad de un promontorio rocoso llamado Gibraltar, donde se había encontrado oro algún tiempo antes. Como muchas otras ciudades del interior, la fundación de Mallorca fué el resultado de una irrupción.

En los primeros días de la busca de oro, cuando los hombres acudían en tropel á la colonia andando á caza de tesoros, en cuanto se divulgaba la noticia de que algún aventurero afortunado había encontrado una gran pepita, ó que se había descubierto algún rico yacimiento de oro, acudía de todas partes una irrupción súbita al lugar fa-

vorcedido. Una de estas irrupciones ocurrió en Mallorca el año de 1863.

Dejadme describir el cuadro de aquellos primeros días de la ciudad tal como me lo han contado personas que lo vieron. Figuráos de catorce á quince mil mineros reunidos súbitamente en una localidad, acampados en la selva dentro de un radio de milla y media.

Una irrupción grande es un cuadro de mucho bullicio y excitación. Largas líneas de tiendas blancas dominan los montones de tierra de pipa que se hacen más altos de día en día. Los hombres son duros al trabajo sobre los montones de escombros, haciendo maniobrar los malacates con los que se saca el mineral de abajo arriba, ó lavando y quitando el cieno. Sacan á flor los cubos de los pozos donde trabajan los mineros, y la cenagosa agua amarillenta es arrojada por la colina abajo hasta encontrar el lecho del arroyo lo mejor que puede. Carreteras sólo indicadas, ó mejor dicho senderos, surcan la explotación y la llenan de cieno hasta la rodilla, pues el suelo es mantenido en constante humedad por el perpetuo lavado del oro. También es posible que haya disputas á propósito de las estacas limitrofes de una pertenencia, arrancadas por algún pesado carromato que pasaba por allí cargado de víveres de Castlemaine.

Los mineros son escoltados por toda suerte de compañeros errantes, parecidos á los vivanderos que siguen los ejércitos. La vida es muy dura; duro el trabajo y duro el lecho; malo el comer y

malé el beber. Casi todos los mineros viven en tiendas, pues en un principio están demasiado absortos por la busca del oro, para levantar cabañas; pero muchos de ellos duermen al aire libre ó bajo el amparo de los árboles. Un traje de piloto ú otro abrigo más sencillo son protección bastante para los que no se dan la voluptuosidad de una tienda; pero la sequedad y la dulzura del clima son tales, que es raro coger nada malo por pasar la noche al descubierto. Cuando empiezan á abrirse nuevas minas, hay en realidad pocas mujeres, por ser la vida demasiado ruda y penosa; y algunas de las que van mecen la cama, y no la cama de familia, con los hombres. Los mineros, por elegante que sea la vida que hayan podido llevar antes, pronto adquieren un aspecto sucio, rudo y desordenado. Sus groseros vestidos son todos de un color, el de la tierra y de los escombros en que trabajan, y el barro de que se cubren cuando minan.

Un tropel de hombres bebe en una taberna abierta. ¡Y qué taberna! Es una plancha puesta sobre dos barriles: y en esta tienda improvisada las botellas de aguardiente y los vasos son solicitados ávidamente; un par de cajas viejas sirven de asientos en la delantera, y un pedazo de lona aparejado sobre dos perchas, resguarda de los ardores del sol. Muchas buenas fortunas se han hecho en toscas tabernas por el estilo. Pues un número excesivo de mineros, aunque trabajan como caballos, gastan como burros. Hasta aquí en las tiendas de la larga calle principal, donde los

pozos se encuentran á menudo incómodamente pegados al camino, los comerciantes están haciendo estupendos negocios. Hombres robustos, con sólido apetito, reúnen en su casa importante provisión de especies, compran libras de harina, azúcar y manteca, así como grandes cantidades de carne y de pan. El minero mete indistintamente los paquetes en los bolsillos de su vestido cenagoso, especie de grosera camisa, y se marcha aliborrado de especies y algunas veces con una pierna de carnero sobre la espalda. Por la noche se encienden en el campo unas cuatro mil hogueras, á lo largo de las hondonadas, en los valles y en los declives de las colinas, y derraman su lúgubre claridad sobre un cuadro que, una vez visto, no puede olvidarse nunca.

Por sabido que, en Mallorca como en las otras irrupciones, hubo los acostumbrados alborotadores. Pero bien pronto se estableció una ruda disciplina que les tuvo á raya; entonces se constituyó un gobierno local y, casi sin pensarlo, se afirmó el orden. En vano las ciudades vecinas miran por encima del hombro á la *pequeña Mallorca*; dicen que es la últimamente fundada, y cuentan los tumultuosos acontecimientos de los primeros días de la colonia; el caso es que Brough Smyth, cuyo libro sobre los yacimientos auríferos es la mejor autoridad en la materia, cita á Mallorca como población comparativamente ordenada, hasta en los primeros días de la irrupción. « Poco después de iniciarse los trabajos, dice, presentaba un cuadro de actividad industrial, con un orden, una de-

cencia y una buena conducta mayores probablemente que los de muchas localidades mineras de Inglaterra ó del continente europeo » (1).

No obstante, debe haber mucha diferencia entre la Mallorca de hoy y la Mallorca de hace siete años, cuando era un gran campo de buscadores de oro. Como las demás poblaciones de los yacimientos auríferos, tuvo su primera época de esplendor. Cuando se hubo explotado los veneros más ricos y menos profundos, los mineros desfilaron en busca de otros yacimientos, y las pri-

(1) Lo que sigue es del libro de Mr. Brough Smyth :

« He de hablar ahora de Mallorca. Un pozo en el que se cifraban muchas esperanzas fué abierto aquí á principios de Marzo de 1863, en medio de la llanura extensa, conocida con el nombre de : « Llanura del arroyo Mac Cullom ». La profundidad del pozo fué de 85 pies, y se atravesó arcilla densa, arena y cemento. El lavado dió arena blanca, mezclada con pesados guijarros, sobre un fondo blando de tierra de pipa, grueso de dos ó tres pies. Su precio medio era en algunos puntos de 3 onzas por carga. Finalmente vino una irrupción, y antes de tres meses había más de 15.000 mineros en el país. A medida que se adelantaba en los trabajos, los pozos se hicieron más profundos, y la humedad fué tanta, que se hubo de poner vigas ; y en 1865 han podido verse trabajando á la vez 170 hombres de día y de noche. Posteriormente se adquirieron máquinas de vapor, y ahora lo menos hay diez que varían entre una fuerza de 15 á 20 caballos, empleadas constantemente en bombar, hacer girar y revolver cieno. El filón, en su parte más baja, está á 160 pies de profundidad, y evidentemente su dirección es hacia las llanuras de Carisbrook, Moolart y Charlotte, de las que tanto se espera por los hombres de ciencia. » (Mr. E. O'Farrell, antiguo presidente del Consejo minero del distrito de Maryborough. Brough Smyth, pág. 98 y 99.)

meras glorias de Mallorca se eclipsaron poco á poco. Sin embargo, todavía la población continuó prosperando. Las minas llegaron hasta las capas más profundas. Pero á los pocos años cesó la producción, y las máquinas fueron gradualmente retiradas. Más lejos se han encontrado nuevos filones, cuyos resultados son magníficos, y las minas se prosiguen vigorosamente. Dos Compañías están al frente y esperan grandes cosas. Al otro lado del arroyo, en medio de las montañas, hay todavía abundancia de rico cuarzo, que es extraído fácilmente de la madre tierra, y los mineros consideran que tienen ante sí brillantes perspectivas (1).

Lo cierto es que Mallorca ha quedado reducida á una población rural relativamente tranquila, que tiene unos 800 habitantes. En gran parte se sostiene por la población de las próximas granjas. He observado, durante mi residencia en el país, que los mineros más prudentes, cuando habían ahorrado algunos centenares de libras — y algunos ahorraban muchas más — se retiraban ordinariamente del laboreo activo y creaban una granja. La mayor parte de la ciudad consiste en una larga calle, situada sobre una cuesta. No hay en ella muchos edificios de importancia. Casi todas las casas son de madera, de un piso y cu-

(1) Después de mi vuelta, las cartas de Mallorca me informan de que las cosas se han puesto mejor. Varias Compañías mineras están sacando oro en grandes cantidades. Nuevos pozos han sido abiertos en ricos veneros, y las remesas de oro aumentan gradualmente.

biertas de hierro ondulado. Sólo hay en la calle una tienda cubierta con tejas, y se destaca tanto de las otras, que algunos vecinos maliciosos, ó quizás por envidia, aseguran que algún día se derrumbará sobre la acera. Los comercios son, como de costumbre, tiendas de comestibles, tahonas, carnicerías y lencerías; y la clase de establecimiento más corriente es un almacén donde se encuentra todo, desde el pico y el plato de estaño (para lavar el oro) hasta el « Pain-Killer » con patente de Perry Davis. Tenemos, como es de suponer, nuestros mesones: el Imperial, donde vivimos el director del Banco y yo; el Arpa de Erin, punto de reunión de los irlandeses, como indica su nombre, y el papel verde de sus paredes; el Hotel Germánico, donde se reúne la *Verein* (liga) y sobre el cual flota los días festivos la bandera tricolor alemana, y hay también un restaurant suizo, el Guillermo Tell, con la bandera suiza y el gorro frigio pintado en su blanca fachada.

He de mencionar las iglesias situadas en la calle principal, que son los edificios más salientes de Mallorca. La mayor es la capilla Wesleyana, sólido edificio de ladrillo, junto al cual se levanta todavía la antigua cabaña de madera que se utilizaba en los tiempos de la irrupción. Luego viene la iglesia anglicana, lindo aunque sencillo edificio, bien dispuesto y arreglado. Los presbiterianos tienen para el culto un edificio descalabrado de madera, y los católicos tienen una especie de cobertizo que los días laborables se utiliza para escuela.

Nuestros mesones y nuestras iglesias os darán una idea de la población de Mallorca. Puede decirse que en su mayor parte es inglesa. Los irlandeses son bravos trabajadores, pero generalmente derrochan, salvo algunas excelentes excepciones. Los irlandeses marchan compactos en los asuntos de la religión, de la política y de la bebida. Los escoceses no son tan numerosos como los irlandeses, pero en cierto modo tienen una maña para llegar. No son hombres de rebaño como los irlandeses. Cada uno obra por su cuenta. Hay luego los alemanes, que son bastante numerosos, grupo verdaderamente respetable, con algunos italianos y suizos. Los alemanes conservan las antiguas costumbres de su patria, reúnen su *Verein*, pronuncian discursos, cantan canciones, fuman en sus pipas y beben vino flojo. La cerveza del año no ha llegado hasta ellos todavía.

El edificio de Mallorca que más me interesa es, por supuesto, el Banco en que yo hago de *contador* y el otro único empleado de director. Observaréis, pues, que sólo hay oficiales en nuestro establecimiento; nada de soldados; todos somos jefes. Permittedme que os dé una idea de nuestro edificio. Sus muros son de madera, tapizada de lona, y su techo es de acero ondulado. La casa tiene su fachada en la calle Mayor y está dispuesta con un sencillo mostrador frente á la puerta, en uno de cuyos extremos están las balanzas de pesar el oro y en el otro el pupitre del libro mayor. Hay dos habitaciones, en las cuales dormimos, una detrás y otra al lado del despacho.

En la parte posterior hay un lindo jardineillo y un mirador cubierto con una planta trepadora de Australia (el Dolichos), que nos guarece cuando salimos allí á gozar del fresco tranquilo de la noche, leyendo ó conversando.

Por lo tanto, ya habréis colegido que nuestro establecimiento no tiene nada de imponente. Sin duda no está el local al abrigo de las inclemencias del tiempo. Cuando hace viento, la lona golpea las tablas, y en mi extraño y pequeño cuarto de dormir, cuando llueve, el agua corre á lo largo de la lona y deja grandes manchas en el papel claro. Pero yo logré dar al cuartito un aire tolerablemente confortable; colgué en torno mío las fotografías de los amigos y parientes que había dejado en la patria, y, finalmente, mi pequeño retiro llegó á gustarme del todo.

Mirada arriba y abajo la calle Mayor de Mallorca, en ningún tiempo tiene nada de animado. Algunos tenderos están á la puerta de sus comercios, bajo los miradores que cubren la acera y fumando perezosamente su pipa. En la parte más alta de la ciudad, el herrero trabaja con ardor herrando el caballo de algún arrendatario ante el fuego vivo de la forja. Cinco ó seis mineros llegan pesadamente, de vuelta de su trabajo, con los pantalones cubiertos de cieno y la camisa arremangada, un pico ó una pala encima del hombro y un plato de estaño en las manos. Si no fuera el ruido que de cuando en cuando produce un coche ó una carreta, pasando calle abajo, reinaria en la ciudad completa quietud.

Aquí se acerca un buen Juan de chino con su enorme cesta de verduras. Y dejad que os cuente cómo los chinos que viven en los alrededores forman un grupo nada despreciable de la comunidad. Si no fuese por ellos, ¿de dónde sacaríamos nuestras berzas, coliflores y las patatas tiernas? Son los más infatigables y prósperos hortelanos. Todas las mañanas vense venir cuatro ó cinco á la ciudad, desde las grandes huertas que tienen junto al arroyo, cada uno con una percha sobre los hombros y una pesada cesta colgada en cada extremo. ¡Tremenda carga la que consiguen llevar en esta forma! Tratad de levantar una de sus cestas, y veréis cómo apenas llegáis á levantarlas del suelo. Luego los « Juanes » van de casa en casa vendiendo sus provisiones. Es preciso que la mujer sea muy hábil para llevar la mejor parte en el regateo con un chino. Mirándolo con atención, vi que se salían mejor las que escogían lo preferido de la cesta, pagaban lo que les parecía más ajustado y se mantenían firmes. Juan acaba por conformarse, pero se marcha gruñendo.

Como es de suponer, no hay en la población lo que se llama « sociedad ». Como en todas las ciudades nuevas de Australia, se compone en su mayor parte de una colonia de trabajadores. Australia puede ser considerada como el paraíso de los obreros, cuando saben aprovechar las ventajas que les ofrece. Allí tienen siempre trabajo provechoso en abundancia para los laboriosos. Hasta los chinos se hacen ricos. Las familias de los mejores obreros viven con más comodidades

que los escribientes y empleados de comercio en nuestro país. El obrero respetable forma parte del Instituto de Artesanos, donde hay una buena biblioteca circulante; viste bien los domingos y va á la iglesia; alquila un caballo y se da el gustazo de subir á la selva los días de fiesta; coloca dinero en el Banco, y cuando ha reunido un buen pico, levanta una casa para sí ó compra un lote de tierra y establece una granja. Todo hombre laborioso y ordenado puede hacer allí todo esto sin ninguna dificultad.

Cuando el minero ó artesano no prospera y ahorra dinero, la culpa debe achacarse á su propia imprevisión. La vida es barata. Los trajes son caros, pero los obreros no necesitan trajes ostentosos, y el alimento es razonable. El carnero bueno se vende á 3 dineros la libra, y el pan á 6 dineros la libreta de cuatro libras. Gracias á los chinos, también las verduras tienen precios moderados. Pero muchos derrochadores parecen sentir como una necesidad de gastar el dinero en seguida que lo han cobrado. Por supuesto que aquí, como en nuestro país, el recurso principal para el derroche es la bebida. Es una constante invitación á la bebida; se dedican brindis á toda la compañía, esto es, á cuantos conocidos pueden estar presentes. En cuánto termina uno con sus brindis, aparece otro para brindar, y así se consumen grandes cantidades de bebida. No obstante, he de reconocer que aquí hay menos borrachos que en Inglaterra, aunque se beba más. Rara vez he visto un hombre completamente

borracho durante mi residencia en Mallorca. Quizás la pureza y sequedad de la atmósfera puedan haber influido en ello. A veces también, en los brindis, la petición de muchos consiste solamente en limonada ú otras bebidas por el estilo. Debe hacerse constar asimismo, en disculpa de las repetidas visitas que hacen esos hombres á la taberna, que son pocos los locales donde puedan reunirse y echar un párrafo con los otros.

Que todos pueden prosperar aquí á su sabor, lo prueba hasta la evidencia la absoluta ausencia de mendigos en Australia. De vez en cuando se encontrará algún vagabundo estropajoso que busca trabajo. Puede pedir que se le asista. En la taberna le darán un vaso de cerveza y una corteza de pan si lo pide. Y continuará su camino, encontrando las más veces el empleo que busca en la ciudad más próxima. Los únicos mendigos que haya podido encontrar nunca en Mallorca son elegantes, gentes que dan la vuelta con listas, pidiendo suscripciones para tómbolas que se hacen para edificar iglesias y otras cosas semejantes. Ni encuentro la horrible invitación á la propina que tanto molesta en Inglaterra. Podéis brindar unas copas si os place, pero la propina sería considerada como un insulto.

En el interior hay una ausencia casi completa de calderilla; no encontráis cambio por menos de tres peniques, y no podéis comprar nada que valga menos de seis. Nunca he llevado monedas de cobre en mi bolsillo, salvo únicamente un venturoso ochavo. Muchos me lo pidieron para

guardarlo como una curiosidad, diciendo que no habían vuelto á ver ninguno desde que partieron de su patria. Pero yo no quería separarme de mi ochavo.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO X

MI VECINDAD Y MIS VECINOS

Estoy convidado. — Comida dominguera de los mineros. — Los antiguos trabajos. — Las huertas de los chinos. — Las casas de los chinos. — El cementerio. — Las mesetas. — La selva. — Paseo á caballo por la selva. — El leñador saboyano. — Visita á un *squatter*.

No es nada difícil hacerse amigos en Victoria. Los recién llegados de la patria son siempre bienvenidos. Se les invita á comer y se les da hospitalidad por toda clase de gente. Sin los numerosos amigos que tuve en Mallorca y sus alrededores, indudablemente me hubiera aburrido mucho durante el tiempo que estuve allí. Gracias á ellos, mi residencia de diez y ocho meses transcurrió alegre y felizmente.

El primer domingo que pasé en Mallorca, ya estuve *convidado*. No tenía cartas de recomendación, y, por lo tanto, no debí mi comida á su influencia, sino á la más libre y espontánea hospitalidad. La tertulia que me invitó á comer no pertenecía á esos círculos principales en que las cartas de recomendación son de mucha utilidad, pues se trataba de una tertulia de mineros. Voy á explicar ahora lo ocurrido.

guardarlo como una curiosidad, diciendo que no habían vuelto á ver ninguno desde que partieron de su patria. Pero yo no quería separarme de mi ochavo.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO X

MI VECINDAD Y MIS VECINOS

Estoy convidado. — Comida dominguera de los mineros. — Los antiguos trabajos. — Las huertas de los chinos. — Las casas de los chinos. — El cementerio. — Las mesetas. — La selva. — Paseo á caballo por la selva. — El leñador saboyano. — Visita á un *squatter*.

No es nada difícil hacerse amigos en Victoria. Los recién llegados de la patria son siempre bienvenidos. Se les invita á comer y se les da hospitalidad por toda clase de gente. Sin los numerosos amigos que tuve en Mallorca y sus alrededores, indudablemente me hubiera aburrido mucho durante el tiempo que estuve allí. Gracias á ellos, mi residencia de diez y ocho meses transcurrió alegre y felizmente.

El primer domingo que pasé en Mallorca, ya estuve *convidado*. No tenía cartas de recomendación, y, por lo tanto, no debí mi comida á su influencia, sino á la más libre y espontánea hospitalidad. La tertulia que me invitó á comer no pertenecía á esos círculos principales en que las cartas de recomendación son de mucha utilidad, pues se trataba de una tertulia de mineros. Voy á explicar ahora lo ocurrido.

Al salir de la iglesia, mi director me invitó á dar un paseo por los alrededores. Salimos en la dirección del arroyo de Mac Cullom, que dista cerca de una milla. Allí está la aldea que atravésé junto al arroyo cuando anochece, en mi primer viaje de Maryborough. Pasado el arroyo, subimos á la línea de alturas del otro lado, y desde lo alto de la colina gozamos de una bonita vista sobre los alrededores. Mallorca yacía allá bajo resplandeciente entre los montones de tierra de pipa. La atmósfera era clara y el cielo azul y sin nubes. Aunque la ciudad estaba á dos millas de distancia, podía leer algunos nombres escritos en las grandes muestras de lona sobre las puertas de los hoteles, y con la ayuda de unos gemelos de teatro distinguía fácilmente las ventanas de una casa á seis millas de distancia. El día era cálido y hermoso, aunque estábamos en pleno invierno, en Junio; pues ha de tenerse en cuenta que las estaciones vienen invertidas en el hemisferio Sur.

Bajando por el otro lado de la colina, llegamos á una hondonada que pronto nos condujo á un pequeño grupo de cabañas cubiertas de tejamaniles. Sus habitantes estaban fuera, divirtiéndose algunos en el juego de la vilorta, en tanto que otros vigilaban la comida que estaba cociendo en los fuegos encendidos al aire libre fuera de las cabañas. Uno de esos hombres reconoció á mi compañero, trabóse conversación y á ésta siguió la invitación para acompañarles en la comida. Como después de nuestro paseo no deseábamos otra cosa que comer, aceptamos fácilmente la hos-

pitalidad que nos ofrecían. Los compañeros iban por turno á la cocina, y cuando se anunció que la comida estaba dispuesta, entramos en la cabaña.

El local estaba dividido en dos habitaciones, una de las cuales era el dormitorio y la otra el comedor. Estaba empapelado con papel claro, y de los muros colgaban fotografías de los amigos. Fuimos invitados á sentarnos. En obsequio de los forasteros, fueron traídos de fuera una caja vacía y un tronco de madera. No puedo decir que la mesa estaba puesta, dado que no tenía manteles; ciertamente todo el servicio era de lo más rudo. Cuando estuvimos sentados, uno de los compañeros que actuaba de camarero, entró de fuera los platos humeantes y nos los puso delante de nosotros; la comida consistió en asado de vaca y coliflor, y fué una comida excelente, pues nuestros apetitos estaban aguzados, y el hambre es la mejor de todas las salsas. Nos habían dicho que los mineros tienen la costumbre de comer *pudding* los domingos; pero *Bill*, que era el cocinero de semana, fué declarado incapaz de aderezar un *pudding*. No obstante, logramos pasarlo muy bien sin él.

Después supe que esos hombres eran muy ordenados: tres de ellos eran ingleses, y uno, alemán. Trabajaban en una concesión vecina; y á menudo les vi posteriormente en nuestro banco para vender su oro ó depositar sus ahorros.

Después de comer hicimos una excursión por la selva con nuestros huéspedes, y luego, al anochecer, dimos la vuelta para encaminarnos á la

ciudad. Tal fué mi primera experiencia de la hospitalidad minera en Australia, y no fué la última.

Otra tarde hicimos una excursión á las huertas de los chinos, que están más arriba del arroyo, bajo la punta rocosa de Gibraltar, á una distancia como milla y media de la ciudad. Seguimos el filón, ó sea el camino que el oro toma bajo la tierra, fácil de conocer por los restos de las antiguas labores. Cuando el oro se encuentra á cinco ó seis pies de la superficie, todo el suelo se revuelve de arriba abajo. Pero si el yacimiento aurífero está á una profundidad de cincuenta á doscientos pies, y han de abrirse pozos, los escombros de las antiguas labores presentan un aspecto muy distinto. Entonces aparecen en torno á unos quince pies de distancia montículos de tierra blanca y arena, altos de veinte á cuarenta pies. Subid á lo alto de uno de esos montículos, y veréis abajo el pozo abandonado que, en otro tiempo, conducía á las minas del fondo. Echad una ojeada en torno vuestro: ved la inmensa cantidad de montículos y el extenso territorio que cubren, casi tanto como alcanza la vista, é imaginad el animado cuadro que debió presentar aquel paraje en los primeros días de la irrupción, cuando todos los pozos tenían sus cabrias y los mineros se afanaban trabajando sobre los montículos. Todavía quedan en pie dos cobertizos de las máquinas, una menguada construcción que sostenía las cisternas, y por encima de todo se destacan las puntas de las torres, aún guarnecidas de

las ruedas que facilitaban la extracción del oro á la superficie. ¡ Cuán desierto y desolado aparece aquel sitio! El lugar abandonado de una irrupción debe ser un espectáculo tan melancólico para el minero como el de una ciudad desierta para sus vecinos. No todo está aquí muerto, sin embargo. No lejos de allí podéis ver columnas de humo blanco que se elevan detrás de los altos montículos blancos sobre el filón nuevo, indicio cierto de que todavía en la actualidad hay mineros trabajando en los alrededores; y no trabajan faltos de esperanza.

Atravesando las labores abandonadas, pronto llegamos á lo alto de la colina que domina las huertas de los chinos, objeto de nuestra excursión, y, descendiendo al valle, presto llegamos á su vera. Son maravillosamente limpias y bien cultivadas. Los bancales, en forma de paralelogramo, levantan unas diez pulgadas sobre el nivel de los paseos, y la tierra, ligera y margosa, se conserva de primera calidad. Los chinos hacen poco caso de sus viviendas, que son tan pobres como frágiles. Algunas sólo son de lona, sostenida por ramas de árboles gomeros, para resguardarse del viento y del agua. Pero Juan tiene viviendas más sólidas que todo esto; pues allá abajo distingo un limpio y pequeño grupo de casillas, en cuyo centro hay una bien construida, entarimada y con una verdadera ventana de cuatro vidrios.

Atravesamos el foso que rodea la huerta por encima de una tabla que se bambolea, abrimos la pequeña puerta del cercado y entramos. Los chi-

nos, como de costumbre, trabajaban con afán. Unos estaban cavando el suelo, y otros, agazapados en euclillas, escardaban. Levantaron los ojos y nos saludaron con sus « buenas tardes » al pasar por su lado. Cerca del arroyo que bordeaba uno de los extremos de la huerta, un Juan sacaba agua del pozo; yo di una vuelta al malacate, y he de confesar que me pareció el trabajo muy penoso.

Las verduras tiernas son cultivadas con el mayor cuidado, y cada planta es asiduamente vigilada y atendida. He aquí un Juan doblado sobre sus piernas, con una olla de blanca mixtura y una brocha construida en casa, pintando las hojas tiernas de unas pequeñas coles para preservarlas del pulgón. De este modo ha de preservar algunos centenares de coles. Prosiguiendo nuestro camino hacia una de las cabañas mayores, nos asomamos por la puerta abierta y preguntamos á un individuo, de aspecto más importante que los otros, si tenía algún melón. Por un « fourpin » nos da uno espléndido y hacemos una deliciosa merienda. Nuestro huésped, pequeño, seco y descarnado, que viste una sucia chaqueta de algodón azul y unos pantalones grandes que dan contra sus tobillos, recoge las cortezas para sus gallinas. La cabaña no tiene otro pavimento que el suelo endurecido, y el techo es simplemente de corteza.

En uno de los rincones de la cabaña había una cosa de aspecto singular, muy semejante á un teatro de polichinelas. En el proscenio, digámoslo así, estaban pintadas grandes letras chinas.

En el interior había una imagen ó ídolo (el joss) labrado en madera, con suntuoso papel dorado pegado en torno suyo. Un pequeño tropel de chinos diminutos, arrodillados delante de él, le adoraban. En el borde anterior del pequeño escenario había un vaso de cerveza fuerte por si el ídolo bebía, y algo de arroz y frutas para satisfacer el apetito. Numerosas bujías chinas, parecidas á nuestros cirios, estaban colocadas dentro, y el escenario, una vez encendido, debía tener un aspecto verdaderamente curioso.

A los chinos les gusta siempre que se tome nota de sus casas, por lo cual entramos un poco más adentro en la vivienda. En un pequeño cuarto vimos un individuo joven que leía un libro chino con palabras inglesas puestas enfrente. Parecía una especie de libro para deletrear. Mi amigo pidió al chino que tocase alguna pieza con un instrumento colgado encima de él, de aspecto algo parecido á nuestro *banjo* (1) y, en efecto, procedió á tocar algunas melodías del Celeste Imperio. La tonadilla no estaba mal, con tiempo vivísimo, por el estilo de la *jiga* irlandesa, pero los acordes eran más extraños. Tocó luego un aire con el violín chino, muy agudo y chillón. El violín consiste en una pieza de madera larga y estrecha, con un travesaño fijo en su extremo. Dos cuerdas estiradas van desde la punta del travesaño hasta el extremo opuesto de la madera larga. Se pone el instrumento sobre las rodillas, y el arco colo-

(1) Guitarra de los negros. — Nota del traductor.

cado entre las cuerdas se hace rozar primero con una y luego con la otra. Un cantor invisible, en la cabaña vecina, nos obsequió cantando con acompañamiento de violín. Me figuro que debía ser una canción sentimental, por el tono lastimero con que la tocaba: seguramente es el tono de que murió la vieja vaca.

Entramos luego en la alcoba, que me pareció más original todavía. No os figuréis que los chinos duerman en una cama, ó al menos los chinos de aquí no lo hacen. Un camastro de madera cubierto con una estera de paja fina les basta para el caso. La habitación recibía la luz por una pequeña ventana; los muros estaban decorados con uno ó dos grabados de la *Illustrated London News* colocados junto á los retratos de encantadoras mujeres chinas, de pies diminutos y ataviadas con pomposos trajes azules y amarillos.

En otra cabaña vecina encontramos un chino conocido, que de vez en cuando venía al Banco á vendernos oro. Estaba cocinando la cena, agachado cerca del fuego, con una vieja sartén en la que chisporroteaban, envueltas en la grasa, unas cositas muy semejantes á gusanillos desecados. Nos dijo que eran «buenamente buenos»; y para que fuesen mejores añadía después rajitas de pepino á la mixtura. Juan nos enseñó esas pequeñas cosas que parecían gusanos tal como eran antes de echarlos en la sartén, y nos dijo que venían «enteramente por la vía de Cantón». Nos ofreció como refresco el último trago de licor de una botella que tenía la etiqueta *Burnett's Fine Old*

Tom, que supongo guardaba para su particular consumo. Los compañeros de Juan vinieron poco después para la cena, y nosotros nos retiramos. Yo me llevé en el bolsillo un pepino que me dió como presente y que resultó muy bueno. Muchas otras veces volví á ver á los chinos, que son muy originales y cómicos en sus maneras.

Observo que, en el cementerio, los chinos tienen un pedazo de tierra aparte que se les reserva para sus inhumaciones. Allí están enterrados provisionalmente sus cuerpos, pues más tarde se les encierra en cajas y vuelven á China para el entierro definitivo: dicese que entre ellos reina el prejuicio de que si sus huesos no descansan en China, sus almas no pueden entrar en el Paraíso. No sólo tienen el cuidado de que vuelvan sus cuerpos al país natal, sino también todos los pedazos de su cuerpo. Había en Mallorca un chino conocido mío que había perdido un dedo en un accidente. Poco después desapareció de la ciudad; pero á los tres meses volvió un día á parecer por el Banco. Preguntéle dónde había estado y por qué había vuelto á Mallorca. — ¡Oh! dijo levantando su mano: mi venir de buscar mi dedo. — ¿Dónde está? — pregunté. « ¡Oh! mi ponerle en la tierra en la selva, mi saber. » Y no dudo que recobró su miembro y volvió satisfecho.

Nada me gustaba tanto mientras estuve en Mallorca como pasear á pie ó á caballo por la selva, donde la tierra está tal como la naturaleza la hizo y la dejó, no despojada ni habitada todavía sino de vez en cuando por los reba-

ños de ovejas pertenecientes á los *squatters* de los alrededores. Al norte de Mallorca hay una hermosa región, que llamamos de las altas llanuras, porque hemos de rodear un arroyo y subir una alta colina antes de llegar á ellas. Una vez allí echamos al galope por el verde césped, y la brisa refresca tanto más cuanto más veloz es nuestro paso. Aquellas llanuras son realmente magníficas. Semejan un amplio anfiteatro natural, conservan el mismo nivel en una extensión de quince millas en todas direcciones y están completamente rodeadas de altas colinas. Hay poca madera de construcción en esas llanuras.

Los matorrales cubren la línea de colinas situadas entre aquellas llanuras y Mallorca, así como las regiones bajas por entre las cuales corren los arroyos. En algunos puntos crecen los árboles algo apretados; en otros, el suelo aparece descubierto y naturalmente claro. Sin embargo, siempre hay bastantes árboles para desorientar al viajero, á menos que conozca su camino.

Al poco tiempo de residir en Mallorca, supe que uno de mis compañeros de viaje en el *Yorkshire* vivía con un *squatter* á unas catorce millas de distancia, y determiné hacerle una visita. Creía conocer el camino regularmente bien; pero, al atravesar la selva, me ofusqué y, en conclusión, vine á perder mi ruta. Cuando los viajeros se pierden suelen lanzar un *coo-ee* con toda la fuerza de sus pulmones, y la nota prolongada, y aguzada, al fin es oída á una gran distancia en el silencio de la selva. Pero en vano grité tan fuerte como pude, y

escuché: no me respondieron. Volví á trotar, y al fin creí oír un rumor de lejano martilleo. Encaminéme hacia allí y vi que el ruido lo hacía un hombre cortando leña. Satisfecho por que no estaba perdido, acerquéme al hombre para preguntarle mi ruta. Con sorpresa mía, no sabía hablar una palabra en inglés. Le pregunté en alemán, le pregunté en francés y ¡nada! ¿Qué era entonces? Por algunas palabras que me pareció entender de su *patois*, comprendí que era un saboyano recién llegado á la colonia. Un poco por sus palabras y otro tanto por los signos, entendí casualmente la dirección que había de tomar para encontrar de nuevo el camino perdido, y me despedí de mi saboyano dándole las gracias.

Volví á encontrar el camino, en efecto, y di con la casa del *squatter* donde mi amigo residía. Era un gran edificio de piedra, levantado al estilo de una quinta moderna. Al lado existe todavía la morada primitiva del *squatter*. ¡Qué contraste ofrecían una y otra! Aquélla era una casa alta y hermosa; ésta era una cabaña pequeña, de un solo piso, con cubierta de tajamaniles y con puertas y ventanas pequeñas y estrambóticas. Cuando mi amigo salió á recibirme y me dió la bienvenida, invitóme á adivinar lo que estaba haciendo en aquel momento preciso. Dijo que ayudaba á meter el hornillo nuevo en la cocina, pues la nueva casa no estaba terminada todavía. Contóme lo bien que estaba pasando el tiempo, en montar á caballo y hacer lo que quería, disfrutando de una libertad perfecta.

Al poco rato apareció el propio huésped y me dió su cordial bienvenida. Después de comer, dimos un paseo por los alrededores y pude echar un vistazo por la hacienda. Allí vivía enteramente una pequeña comunidad, pues nuestro huésped es *squatter*, labrador y molinero, y toda aquella gente se surte con las provisiones de sus almacenes. Hasta tiene una iglesia, creada por el propietario, y todos los domingos por la tarde viene de Maryborough un pastor para celebrar el servicio y predicar al pueblo. Después de una excursión muy agradable por las orillas del lindo arroyo que pasa cerca de la casa, monté mi jaca y volví á mi casa pausadamente, aprovechando el fresco de la tarde.

CAPÍTULO XI

EL INVIERNO EN AUSTRALIA. — LAS INUNDACIONES

El clima de Victoria. — La selva en invierno. — El eucaliptus ó gomero de Australia. — Baile en Clunes. — Fuego en la calle Mayor. — El calesín salvado. — Terrible aguacero. — La vuelta en medio del diluvio. — Las inundaciones. — Clunes sumergido. — Desgracias en Ballarat. — Pérdidas causadas por la inundación. — Las huertas de los chinos arrasadas.

Yo estaba encantado con el clima de Victoria. Realmente es un placer respirar un aire tan puro, tan seco y que dispone á la alegría. Hasta cuando la temperatura es más elevada, las noches son deliciosamente frescas. No hace nunca aquel calor vaporoso, pegajoso y húmedo que durante el día dificulta algo la respiración en los veranos de Inglaterra; y en cuanto á la primavera de Australia, es sencillamente la perfección.

Quando llegué á Mallorca, estábamos en pleno invierno, esto es, hacia fin de Junio, que corresponde á nuestro Diciembre inglés. Aunque un fuego de leña se hacía muy agradable, especialmente al anochecer, de ordinario hacía calor al medio día. El cielo era de un azul claro, transparente, y algunas veces el sol resplandecía con una

Al poco rato apareció el propio huésped y me dió su cordial bienvenida. Después de comer, dimos un paseo por los alrededores y pude echar un vistazo por la hacienda. Allí vivía enteramente una pequeña comunidad, pues nuestro huésped es *squatter*, labrador y molinero, y toda aquella gente se surte con las provisiones de sus almacenes. Hasta tiene una iglesia, creada por el propietario, y todos los domingos por la tarde viene de Maryborough un pastor para celebrar el servicio y predicar al pueblo. Después de una excursión muy agradable por las orillas del lindo arroyo que pasa cerca de la casa, monté mi jaca y volví á mi casa pausadamente, aprovechando el fresco de la tarde.

CAPÍTULO XI

EL INVIERNO EN AUSTRALIA. — LAS INUNDACIONES

El clima de Victoria. — La selva en invierno. — El eucaliptus ó gomero de Australia. — Baile en Clunes. — Fuego en la calle Mayor. — El calesín salvado. — Terrible aguacero. — La vuelta en medio del diluvio. — Las inundaciones. — Clunes sumergido. — Desgracias en Ballarat. — Pérdidas causadas por la inundación. — Las huertas de los chinos arrasadas.

Yo estaba encantado con el clima de Victoria. Realmente es un placer respirar un aire tan puro, tan seco y que dispone á la alegría. Hasta cuando la temperatura es más elevada, las noches son deliciosamente frescas. No hace nunca aquel calor vaporoso, pegajoso y húmedo que durante el día dificulta algo la respiración en los veranos de Inglaterra; y en cuanto á la primavera de Australia, es sencillamente la perfección.

Quando llegué á Mallorca, estábamos en pleno invierno, esto es, hacia fin de Junio, que corresponde á nuestro Diciembre inglés. Aunque un fuego de leña se hacía muy agradable, especialmente al anochecer, de ordinario hacía calor al medio día. El cielo era de un azul claro, transparente, y algunas veces el sol resplandecía con una

fuerza considerable. Nadie pensaba en salir con gabán de invierno como no fuese para un largo paseo en coche por la selva, ó para andar de noche. En una palabra, la estación apenas podía llamarse invierno; más bien parecía un largo otoño que se extendiese entre Mayo y Agosto. Nunca nieva; al menos no nevó durante los dos inviernos que pasé en la colonia; y aunque hubo de vez en cuando ligeras heladas por las noches del mes de Agosto, nunca encontré hielo más grueso que una hostia. Cierta vez hubo una lluvia de pedrisco, como las del verano en Inglaterra, pero se derritió en el suelo en seguida.

Una prueba de la uniformidad del clima es que la vegetación continúa en Australia durante los meses de invierno. Los árboles permanecen envueltos en su acostumbrado ropaje, aunque las hojas son de color un poco más moreno que en las estaciones sucesivas.

Las hojas del gomero universal, ó eucalyptus de Australia, son puntiagudas, cada una parece crecer por separado, y están dispuestas de tal modo, que dan la menor sombra posible. En vez de presentar una cara al aire y otra á la tierra, como ocurre con los árboles de Europa, están dispuestas á menudo de una manera vertical, con ambos lados igualmente expuestos á la luz. Así el gomero tiene una silueta puntiaguda y angulosa, y sus hojas se extienden en todas direcciones y hacia todos los ángulos. El gomero azul, y algunos otros, tienen la propiedad de que su corteza se desprenda en bandas grises longitudinales, que cuelgan de

las ramas y les dan un aspecto singularmente andrajoso, sobre todo en invierno. De esta descripción se sacará en claro, que el gomero no es un árbol realmente pintoresco; sin embargo, he visto algunos en la lejana selva que eran elegantemente proporcionados, altos, y aun puede añadirse hermosos.

El tiempo agradable del invierno se prolonga durante algunos meses, los días son secos y apacibles, y el cielo transparente y azul, hasta que á fines de Agosto la lluvia empieza á caer en abundancia. Durante el primer invierno que pasé en Mallorca llovió tan poco durante unos dos meses, que el país estaba seco, agrietado y parduzco. Todos hacían entonces rogativas para que lloviese en bien de los pastos y de los ganados, así como de la próxima cosecha. Al fin llovió, y llovió como un castigo.

Aconteció que, á mediados de Octubre, estuve invitado para acompañar á un amigo á un baile que se daba en Clunes, ciudad que dista de aquí unas quince millas, y resolví aceptar la invitación. Como no había llovido, por así decirlo, hacía algunos meses, el camino por la selva estaba seco y fuerte. Salimos por la tarde en un calesín de un caballo, y llegamos sin tropiezo á Clunes antes de que cerrase la noche.

Clunes es una población importante que está en el centro de un considerable distrito minero. Tiene la apariencia de una nueva población rural, consistente en una larga calle, situada en un paso profundo á la margen de un arroyo. Sin embargo,

tanto éste como los demás de la región estaban secos por aquel entonces.

El baile se dió en un gran edificio cuadrado perteneciente á los Rechabites, situado en la parte alta de la población. Empezó la danza hacia las nueve y media, y proseguía muy alegremente cuando se oyó repentinamente el grito de « fuego ». Todos salimos á la puerta; y en verdad se trataba de un gran fuego que hacía estragos á un cuarto de milla calle abajo. Una columna de llamas se levantaba por detrás de las casas, iluminando toda la población. Los señores de la población se marcharon á toda prisa para tener cuidado de sus haciendas, y el baile estuvo á punto de acabarse. Yo no tenía que salvar propiedad alguna, y me quedé. Pero á cada momento llegaban noticias de que el incendio se extendía; y aquí, donde la mayor parte de las casas son de madera, los progresos de un incendio son necesariamente muy rápidos, si no se le domina. Y entonces empezaba á temerse por la salvación de la ciudad.

Decíase que el fuego hacía estragos en la calle Mayor, precisamente junto al principal hotel. De pronto recordé que á mi vez algo tenía que poner á salvo. Allí estaban el caballo y el calesín de que mi amigo y yo éramos responsables, así como los vestidos de viaje. Corrí hacia abajo de la calle, abriéndome paso entre la multitud, y llegué al punto donde los bomberos trabajaban rudamente haciendo maniobrar sus máquinas. Sólo dos pequeñas casas de madera separaban del fuego

nuestro hotel. Me precipité en el establo, pero vi que mi compañero había llegado antes que yo, llevándose fuera el caballo y el calesín: nuestra propiedad estaba á salvo. Se quemaron ocho casas de un mismo lado de la calle; no se logró antes dominar el fuego.

Pasadas estas emociones, no quedaba otra cosa que volver la espalda y acabar el baile. Nuestro periódico local de Mallorca, pues habéis de saber que tenemos un órgano, nos atacó duramente, comparándonos á Nerón, que pulsaba la lira durante el incendio de Roma, mientras que nosotros bailábamos durante el incendio de Clunes. Sin embargo, no reanudamos la danza hasta que se hubo extinguido el incendio. Sea como quiera, todo tiene su fin, y así lo tuvo el baile hacia las cinco de la mañana.

Poco después del incendio empezó á llover copiosamente. Pero esto no nos relevaba de echarnos otra vez al cuerpo las quince millas que nos separaban de Mallorca, pues teníamos que estar en la oficina á las diez de la mañana. Nos pusimos encima nuestros abrigo más gruesos, y partimos en el momento de romper el alba. Al descender la calle pasamos junto al rescoldo del incendio. En el punto donde la noche antes había hablado con un farmacéutico que estaba detrás de su mostrador, no quedaba nada más que las cenizas; todo había ardido hasta á flor de tierra.

Más lejos se veían las maderas carbonizadas y las ruinas humeantes de la casa donde fuera detenido el fuego.

La lluvia arreciaba más y más. Caía como si fuera sólida, en masa, calando las mantas, los abrigos y los impermeables, que hasta entonces por tales los habíamos tenido. Como quiera que sea, la costumbre es el todo, y una vez que estuvimos calados por completo, nos hicimos relativamente insensibles á la lluvia, que no cesaba de caer. Pronto llegamos á la selva, donde apenas quedaba sendero aprovechable. Pero nos dábamos prisa comprendiendo que aumentaba por momentos el riesgo de perder nuestra ruta y quedar detenidos por la inundación. Avanzábamos salpicándonos de agua y de lodo. Al vadear una rambla observamos que había sido antes un camino seco lo que estaba ahora convertido en torrente. ¡Allí sí que habíamos de asir bien la yegua! Estábamos metidos en el agua, que se arrojaba contra sus piernas como si porfiase por arrastrarla hacia abajo. Mas pegó otro tirón valientemente con el cuello y nos sacó á la tierra mejor del otro lado, donde nos vimos á salvo fuera de ese vil torrente amarillo cubierto de espuma.

A la pálida luz de la mañana vimos á nuestro paso correr el agua cuestras abajo por las laderas de las regiones altas. Era evidente que habíamos de darnos prisa si queríamos llegar á Mallorca antes que el agua saliese de sus cauces. Sabíamos que una parte del camino por donde habíamos de pasar, situada junto á la orilla del arroyo, quedaría inundada antes de poco. Según esto, nuestro objeto era forzar la marcha para atrevesar cuanto antes el punto más peligroso de nuestro viaje.

Seguíamos atravesando con el coche los baches del camino, por el cual corrían ahora espumosos torrentes, hasta que se precipitaban en las ramblas hacia otro lado. Era una fortuna que mi compañero conociese tan bien la ruta, pues tratando de evitar los pasos más profundos, podíamos correr el riesgo de caer en los pozos abandonados que hay en aquella dirección. Al fin llegamos sanos y salvos al otro lado de las aguas, bordeando el engrosado arroyo, que rugía furiosamente; y al subir á la última colina respiré con gozo, contemplando desde la cima las casas bajas de Mallorca extendidas abajo delante de mí.

Nosotros fuimos más afortunados que otro grupo salido de Clunes un poco más tarde, que encontró grandes dificultades para volver á casa por causa de la inundación. En algunos puntos los caballeros tuvieron que apearse de los carruajes y meterse en el agua hasta la cintura, para sondear la profundidad de los baches, antes de que los caballos prosiguiesen adelante, y pasaron algunas horas hasta que pudieron llegar á su destino.

Durante el transcurso del día, supimos por telégrafo, pues hay telégrafo bien establecido por toda la colonia, que la calle Mayor de Clunes se había convertido en río. ¡El agua alcanzaba una altura de siete metros dentro del mismo hotel donde nos habíamos aviado para el baile! Todos los dormitorios de la parte posterior, las cuadras y dependencias exteriores fueron arrasados por el agua y arrastrados hacia el arroyo; y las pér-

didas ocasionadas en la parte más baja de la ciudad ascendieron á millares de libras esterlinas.

Algunos días después, cuando ya había cesado la lluvia y cejaba la inundación, bajé hasta la orilla del arroyo para ver algo de los destrozos producidos. En la otra orilla, una vasta extensión de tierra había sido cubierta por un compacto depósito de lodo, alto de uno á cinco pies. Eran escombros que la lluvia arrastró de las grandes minas más arriba situadas; y como eran materias estériles, simple cuarzo machacado, causaban por algún tiempo la ruina de todo el terreno que cubrían. El cuadro que presentaba el camino á lo largo del arroyo era lamentable. Las cercas se las había llevado el agua; las mieses estaban arrolladas; inmensos leños yacían por allí, y en todas partes se veían restos de muebles, de casas y de aparejos agrícolas.

La inundación se había extendido por la mayor parte de la colonia. Las pérdidas han sido incalculables, y han muerto algunas personas. El incidente más doloroso ocurrió en Ballarat, donde los mineros trabajaban en una explotación, cuando se rompieron los bordes de una presa y se inundaron súbitamente las minas. Los que trabajaban en la parte alta del pozo se salvaron; pero abajo diez mineros trabajaban en una galería alta que subía algunos pies sobre el fondo de la explotación. El agua llenó prontamente los puntos de comunicación con el pozo principal, y los mineros no pudieron salir. Allí quedaron presos en su estrecha y obscura galería, sin comer, sin beber y

sin luz, hasta que al fin el agua fué extraída por las bombas y se les encontró. Dos de ellos habían muerto á consecuencia de las privaciones, y los restantes fueron sacados más muertos que vivos.

Las huertas de los pobres chinos, situadas al lado del arroyo á los pies de Gibraltar, también padecieron mucho á consecuencia de la inundación. El arroyo de Mac Cullom es una débil corriente que consiste en una serie de baches unidos entre sí por un hilo de agua. Pero cuando la inundación, se convirtió en furioso torrente y su bramido podía oírse á una milla de distancia. Durante unas cinco horas, el agua alcanzó una altura por lo menos de veinte pies. Esto os dará una idea de la rapidez y fuerza tremenda de la lluvia en este país. No hay que decir si fueron grandes los perjuicios en Mac Cullom como en el otro arroyo. Un fuerte puente de madera ha sido completamente arrastrado sin dejar rastro de sus despojos. Muchas cabañas de mineros han sido completamente arrasadas en los terrenos bajos; en tanto que otras, situadas en sitios más seguros, á cubierto del ímpetu del torrente, han sido sumergidas por completo, habiéndose salvado sus habitantes por su precipitada fuga á las primeras horas de la mañana; algunos fueron despertados por el agua que llegaba hasta sus lechos.

Un escocés excéntrico que determinó quedarse en casa se refugió sobre la mesa del recibimiento cuando el agua subía. Después, como todavía subiese más, colocó una silla sobre la mesa y se

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1525 MONTERREY, MEXICO

encaramó en ella, en tanto que el agua seguía subiendo, primero hasta sus rodillas y luego más y más; sin embargo, él se mantuvo firme sobre la silla. Lo único que sentía, como dijo después, era no poder alcanzar su botella de whisky, que le estaba tentando desde un vasar de enfrente y al cual no llegaba. El agua al fin empezó á bajar, el escocés se hundió hasta el cuello para coger la botella y pronto se salió el agua de la casa; pues casi se retira tan presto como viene.

Yo estaba pesaroso por los pobres chinos que, dos días más tarde, encontré errando todavía por entre las ruinas de sus huertas. Sus margosos bancales han sido arrasados por completo y sus cercas y algunas de sus casas arrastradas enteramente por el arroyo. Uno de ellos me dijo que ha perdido 30 libras en billetes que tenía escondidos en su cabaña, pues la inundación subió tan rápidamente que le fué imposible salvarlos. En el terreno de los chinos recogí una piedra considerable que las aguas habían depositado allí; era un pedazo de lava arrojado por alguno de los montes volcánicos que limitan la llanura, ¡Dios sabe cuántos miles de años hace! Estas piedras volcánicas son tan ligeras y porosas, que flotan como corchos y abundan en muchos puntos de los alrededores.

CAPÍTULO XII

LA PRIMAVERA, EL VERANO Y LA COSECHA

Vegetación primaveral. — La selva en primavera. — Flores de jardín. — Paseo por la tarde. — La luz de la luna en Australia. — El viento cálido del Norte. — Plaga de moscas. — Incendios en la selva. — El verano en Nochebuena. — Frutas australianas. — Ascensión al monte Greenock. — El vino de Australia. — La cosecha. — La granja de un *squatter*. — La fiesta de la cosecha. — Aurora australiana. — Lluvias de otoño.

Pasadas las grandes lluvias, la tierra queda bien empapada de agua y la vegetación crece con rapidez. Aunque de vez en cuando pueda caer un aguacero, la inundación no se repite. Los días son claros y espléndidos, el aire seco, y el tiempo en extremo agradable. Es difícil determinar aquí cuándo empieza una estación y acaba otra; pero puede decirse que la primavera empieza en Septiembre. Entonces las tardes son bastante templadas para dispensarnos de encender fuego, mientras que algunas veces el medio día es positivamente calmoso.

Generalmente hablando, la primavera es la estación más deliciosa en Australia. Las hermosas plantas tiernas del año están en pleno creci-

encaramó en ella, en tanto que el agua seguía subiendo, primero hasta sus rodillas y luego más y más; sin embargo, él se mantuvo firme sobre la silla. Lo único que sentía, como dijo después, era no poder alcanzar su botella de whisky, que le estaba tentando desde un vasar de enfrente y al cual no llegaba. El agua al fin empezó á bajar, el escocés se hundió hasta el cuello para coger la botella y pronto se salió el agua de la casa; pues casi se retira tan presto como viene.

Yo estaba pesaroso por los pobres chinos que, dos días más tarde, encontré errando todavía por entre las ruinas de sus huertas. Sus margosos bancales han sido arrasados por completo y sus cercas y algunas de sus casas arrastradas enteramente por el arroyo. Uno de ellos me dijo que ha perdido 30 libras en billetes que tenía escondidos en su cabaña, pues la inundación subió tan rápidamente que le fué imposible salvarlos. En el terreno de los chinos recogí una piedra considerable que las aguas habían depositado allí; era un pedazo de lava arrojado por alguno de los montes volcánicos que limitan la llanura, ¡Dios sabe cuántos miles de años hace! Estas piedras volcánicas son tan ligeras y porosas, que flotan como corchos y abundan en muchos puntos de los alrededores.

CAPÍTULO XII

LA PRIMAVERA, EL VERANO Y LA COSECHA

Vegetación primaveral. — La selva en primavera. — Flores de jardín. — Paseo por la tarde. — La luz de la luna en Australia. — El viento cálido del Norte. — Plaga de moscas. — Incendios en la selva. — El verano en Nochebuena. — Frutas australianas. — Ascensión al monte Greenock. — El vino de Australia. — La cosecha. — La granja de un *squatter*. — La fiesta de la cosecha. — Aurora australiana. — Lluvias de otoño.

Pasadas las grandes lluvias, la tierra queda bien empapada de agua y la vegetación crece con rapidez. Aunque de vez en cuando pueda caer un aguacero, la inundación no se repite. Los días son claros y espléndidos, el aire seco, y el tiempo en extremo agradable. Es difícil determinar aquí cuándo empieza una estación y acaba otra; pero puede decirse que la primavera empieza en Septiembre. Entonces las tardes son bastante templadas para dispensarnos de encender fuego, mientras que algunas veces el medio día es positivamente calmoso.

Generalmente hablando, la primavera es la estación más deliciosa en Australia. Las hermosas plantas tiernas del año están en pleno creci-

miento; los jardines se llenan de flores; el fresco y verde césped extiende una alfombra gloriosa por la selva, cuando los árboles se despojan de las hojas marchitas del otro año y se visten con su espléndido ropaje de primavera. En algunos puntos, la selva se tapiza de flores, violetas del género de los guisantes y arvejas. Hay también una hermosa planta con flores de escarlata subido que se extiende por el suelo; y, en algunos sitios, las zarzaparrillas, con sus flores violeta, cuelgan como guirnaldas de las ramas de los gomeros. Y cuando las zarzas de la selva (una variedad del género acacia) se cubren con sus flores amarillas llenando el aire con su peculiar y suave perfume, y las flores silvestres se abren espléndidamente, ningún placer más agradable que un paseo á pie ó á caballo por la selva.

He de mencionar también que las flores de jardín que tenemos en nuestro país crecen perfectamente en los jardines de aquí, y entre ellas las anémonas, los ranúnculos, las ixias y los gladiolos. Todas las flores de primavera, las violetas, lilas, primavera, jacintos y tulipanes, crecen á maravilla. Las rosas florecen también de una manera espléndida en primavera, y aun en otoño, cuando no están colocadas en puntos demasiado expuestos al frío. En Maryborough tenía una gran colección de las mejores rosas: lord Raglán, John Hopper, mariscal Niel, la reina Hortensia y otras semejantes, que, cuidándolas y regándolas bien, se mantienen verdes, gruesas y fuertes, y echaban buenas flores casi todo el verano.

A principios de Noviembre, parece que el verano se nos echa encima, según el calor que hace á medio día. Solamente por la tarde, cuando el sol se pone, lo que se realiza casi súbitamente, tras un breve crepúsculo, se siente un poco de fresco y aun frío. Sin embargo, á mediados de mes, el calor aprieta, y empezamos á sentir el viento cálido del Norte. No olvidaré fácilmente mi primera experiencia de pasear con este viento de cara. Era como si recibiese el aliento de la boca de un horno; se colorearon mis mejillas, y el aire era tan seco que sentí como si fuera á levantarme la piel.

El 16 de Noviembre, el termómetro marcaba 98° á la sombra (1). ; Repasad en la memoria si habéis visto nunca en Inglaterra un día tan caluroso y considerad si debía ser insoportable! No obstante, aquí no hace humedad y podemos resistir el calor sin gran esfuerzo, aunque el polvo blanco y fino entra á veces por la puerta abierta y cubre el libro mayor, el de caja y todo. El 12 de Diciembre escribía á casa: « El tiempo es horriblemente caluroso; el gran libro casi me quema las manos cuando vuelvo las hojas. » De nuevo el 23 de Diciembre escribía que « la temperatura se ha elevado á 105° y aun á 110° á la sombra; sin embargo, por la sequedad y pureza de la atmósfera la soporto fácilmente y aun salgo á paseo » (2).

(1) Equivalentes á 36,6 grados centígrados. — *Nota del traductor.*

(2) Equivalen á 40,5 y 43,3 grados centígrados respectivamente. — *Nota del traductor.*

Mi excursión favorita por la selva, á principios del verano, es hacia las cumbres de una línea de montañas situada al sur de la ciudad. Salgo un poco antes de la puesta del sol, cuando ha cesado el calor del día, y se empieza á encontrar la tarde deliciosamente fresca. Todo está quieto; nada se oye, como no sea de vez en cuando el canto de la doliente corneja y el cotorreo de una bandada de papagayos que pasa. Al subir la montaña, paso por una mina de cuarzo abandonada, y entonces hasta esos rumores se desvanecen y reina profunda calma. Desde la cumbre, una perspectiva inmensa se extiende delante de mí. A seis millas hacia el sur, en la llanura, está el pueblo de Talbot; y más allá la selva parece dilatarse hasta el pie de los Pirineos, que extienden su azulada silueta á una distancia de cuarenta millas. Las nubes se allanan sobre las cumbres de los montes, y el astro rey descende lentamente como á un oscuro abismo, dejando en pos de sí una estela de oro resplandeciente. El firmamento, de un azul verdoso, brilla y se enrojece por algunos minutos más, y luego todo se diluye en un gris pálido y melancólico. El cambio es casi súbito. El día está para acabar, cuando ya la noche se viene encima. Tan súbitamente sucede la obscuridad á la luz que, en las noches nebulosas y sin luna, es preciso volver apresuradamente á casa, si no se quiere perder el camino ó correr el riesgo de verse sorprendido por la noche en la selva.

Pero cuando hay luna, las noches son en Australia tan brillantes como los días. El aire es fresco,

el cielo está sin nubes, y es de lo más delicioso entonces dar un paseo por la selva. Los árboles son delgados y parecen fantasmas, y sus ramas se destacan en atrevido relieve sobre la claridad de la luna. No obstante aparece todo tan cambiado, el lejano paisaje es tan suave y deleitoso, que apenas puede uno creer que ese es el mismo cuadro tantas veces visto en pleno día. No es exagerado decir que la luz de la luna es en Australia tan brillante, que se puede fácilmente leer con ella un libro de caracteres medianos.

Sin embargo, el verano tiene también en Australia sus inconvenientes. El peor de ellos es el cálido viento del Norte, cuya primera impresión he descrito antes, si bien dicen los colonos antiguos que es mucho menos intolerable y que sopla más de tarde en tarde desde que se ha colonizado y cultivado el interior del país. Pero os aseguro que los vientos cálidos son todavía muy nocivos. Vienen de las tierras ardientes de la Australia central y traen consigo nubes de insectos y de polvo. Estoy por creer que se parecen al simún africano. La gente de Melbourne llama « bate-ladrillos » á esos soplos abrasadores. El viento asolador quema y da fiebre, y uno se precipita en los cafés en busca de bebidas refrescantes; pero allí hasta los vasos queman al tocarlos. La piel queda tan seca y crispada, que sentís como si fuese á quebrarse. La temperatura sube hasta 120° (1); ¡ linda tempera-

(1) Equivalen á 49 grados centígrados. — Nota del traductor.

tura por cierto! No queda otro recurso que meterse en casa, cerrar herméticamente todos los huecos para que no entre el polvo abrasador, y permanecer en la obscuridad.

Mientras dura el viento cálido, el aire tiene un duro color cobrizo. Todo tiene un aspecto amarillento y marchito. El sol se ve rojo oscuro á través del polvo, y del mismo tamaño que la luna, tal como se ve en Londres en las mañanas cubiertas. A la hora, ó quizás á las dos horas de este calor sofocante, el viento cálido con sus nubes de polvo desaparece hacia el Sur, y disfrutamos de una tarde deliciosamente fresca, tanto más cuanto más contrasta con el malestar del medio día. Nunca he observado que el viento cálido persistiese más de dos días, pero lo ordinario es que sólo dure pocas horas. Los colonos dicen que hasta aquellos vientos son de alguna utilidad, porque se llevan al mar tribus de insectos, sin lo cual, en verano, las cosechas serían completamente devoradas.

Otra causa de incomodidad en verano son las moscas. Abundan en todas partes. Llenan las habitaciones y, al pasar por las calles, levantaís nubes de ellas. A veces ennegrecen el techo por completo, y no se puede sacar un solo instante alimento alguno sin que se cubra de ellas. Hay una mosca de cuerpo amarillo que deposita sus kervas con extraordinaria fecundidad. Las moscas son también muy molestas en la selva, y por esto, cuando se pasea en coche, se usan ordinariamente unos velos para prevenirse de ellas. Y en los

pantanos hay mosquitos vigorosos y atormentadores, como he dicho en otra parte.

Pasado el calor abrasador del verano y especialmente tras la excesiva sequedad ocasionada por los vientos cálidos, toda la superficie del país se hace combustible y los incendios estallan en la selva, según todas las apariencias, espontáneamente, y se propagan con gran rapidez. El « jueves negro » de la colonia, cuando unos quince años hace, el fuego cubría muchos centenares de millas, todavía se recuerda con horror; pero como la población y el cultivo se han extendido mucho, esas súbitas explosiones de fuego han venido á ser relativamente raras.

Cuando llega Nochebuena, estamos en el rigor del verano. Nos encuentra sofocados de calor, sentados en mangas de camisa y suspirando por el freseo de las tardes. Sin embargo, son pocos los que no arreglan su asado y su *plum-pudding* de Navidad, como en nuestra tierra. Como las fresas son entonces fruta del tiempo y las hay en gran abundancia, muchos se reúnen para comerlas á escote en Nochebuena, en tanto que la gente sería y asidua concurrente de la iglesia las saborea en casa.

La abundancia de frutas de todas clases es una de las mejores pruebas de la suavidad del clima. Primero vienen las fresas, siguen en abundancia las ciruelas, melocotones y albaricoques, y por último las peras y manzanas, á granel. La huerta de nuestro director en Maryborough es una cosa digna de verse en verano. Teniendo una buena

provisión de agua, puede hacer madurar su fruta á la perfección. Los cerezos y los melocotoneros parecen doblarse sobre su deliciosa carga. Por el centro del jardín hay una avenida fresca y verde, á la que da sombra un enrejado cubierto de parras. Los racimos de uvas casi maduras cuelgan de todos lados y prometen una cosecha abundante.

Algunos de mis recuerdos más agradables se relacionan con las tardes de Enero pasadas en los verjeles de los alrededores de Mallorca. Un grupo de nosotros partimos un día en coche en busca de una buena huerta frutera. Nos dirigimos á las montañas del sur y descendimos al largo valle por la carretera de Talbot, levantando nubes de blanco polvo á nuestro paso; subimos luego á otra montaña, desde cuya cumbre descubrimos abajo, á orillas de un arroyo y casi al pie del monte Greenock, la huerta que buscábamos. Bajamos y entramos en la huerta, todavía cubierta de verdura á pesar del calor tremendo que habia hecho, y allí encontramos la fruta á manos llenas.

El monte Greenock es una de las montañas volcánicas que abundan en estos alrededores. Casi es un perfecto cono, que tendrá una altura de ochocientos á novecientos pies. — ¡Qué espléndida perspectiva debe gozarse desde la cumbre! — dijo uno de mis compañeros. — Bueno, pues subamos, que en lo alto tendremos probablemente una brisa deliciosa. — Hace demasiado calor — fué la respuesta. — No tanto, dije yo; hemos de hacerlo. — Bueno, dijo mi amigo, podéis subir si

os place; pero si lo hacéis y estáis de vuelta á los tres cuartos de hora, yo me encargo de la fruta y de la bebida para lo que resta de la tarde.

¡Oh noble ofrecimiento! Aligeréme inmediatamente de ropa, eché una ojeada á la cumbre de la escarpada montaña y á la hierba marchita que casi resplandecía á la luz del sol, y partí. Pronto hube cruzado el cercano arroyo que estaba seco, emprendí la ascensión y avancé con bastante facilidad hasta que llegué á unos doscientos pies de la cumbre, donde el calor sofocante empezó á molestarme. Me detuve; miré hacia abajo la escarpada pendiente por la que habia subido, vi la distancia relativamente pequeña que me faltaba salvar, y volví á trepar de nuevo. Fué todavía un esfuerzo largo y fatigoso, hecho en gran parte sobre piedras de lava que se movían. Después de tan tremendo arranque, no creo que nadie se atreva á decir que mis pulmones están enfermos.

A mi alrededor se extendía una vista magnífica. Ciertamente estaba bien empleado el esfuerzo de trepar hasta allí. Primeramente volví mis ojos al norte, hacia Mallorca. Estaba allí, casi oculta tras los montones blancos de tierra de pipa. Más allá, á lo lejos, estaba Carisbrook con su montaña desnuda, que se destaca detrás. Más cerca están las labores mineras de varias Compañías, con sus cobertizos para las máquinas, rodeados de altos montones de escombros. Volviendo mis ojos hacia el sur, vi Talbot, como á una milla lejos, sembrando enteramente una población importante, con sus numerosos edificios de ladrillo rojo y sus

grupos de casas confortables. Al oeste, hacia Maryborough, hay una vasta extensión de selva cubierta de vegetación, cuyo verde obscuro no cambia nunca. El cielo estaba sin nubes, azul y transparente; y aunque el sol brillaba con toda su fuerza, la suave brisa que soplabla en torno de la cima de la montaña, hacia el aire agradable y placentero á la respiración.

Pronto volví mis pasos hacia abajo, dando rodeos y zigzag, por la rápida inclinación de la bajada. Pronto llegué al pie de la montaña, atravesé el arroyo, y descansé en la huerta saboreando la fresca fruta, con algún trago de vino colonial de vez en cuando.

A propósito de vino y de uvas. Algunos que han hecho las mayores experiencias acerca del suelo y el clima de Australia, han pronosticado que antes de poco podría ser uno de los principales países vinicultores del mundo. Las vides crecen lozanas y su fruto madura perfectamente en toda la colonia, pero más particularmente en el hermoso distrito situado á lo largo del río Murray. Casi todos los labradores del interior hacen ellos mismos el vino para el consumo de su casa. Es un clarete áspero y puro. Pero cuando los alemanes, acostumbrados al cultivo de la vid, ponen en ello su atención, obtienen un vino de mucha mejor calidad. Trabajan ya varias asociaciones de viticultores, que esperan exportar antes de poco grandes cantidades de vino á Inglaterra, si bien hasta el presente la mayor parte del que se produce es consumido en la colonia. Un amigo mío

de Maryborough ha plantado una extensa viña en Sunbury, á unas treinta millas al norte de la población, y la hace trabajar por viticultores suizos; y aunque no soy perito en materia de vino, el borgoña que probé en su mesa resultó muy agradable á mi inexperto paladar y me dijeron que era de superior calidad (1).

Después del verano viene la cosecha. Cuando el labrador recoge el producto de su año de trabajo, hace sus provisiones y cuenta sus ganancias. Nuestro Agosto cae hacia fines de Febrero. Cuando fui á caballo á la granja de Perry, el día 2 de Marzo, ya encontré los campos desembarazados, y el grano en el granero. Todos los trabajadores temporeros se habían ido. Una semana antes los campos estaban llenos de segadores, agavilladores y conductores de máquinas.

Ahora el cuadro es perfectamente tranquilo. Las vacas vuelven para ser ordeñadas, y forman una bonita hacienda, pues son quince ó más. Los grandes montones de paja brillan á la luz rojiza del sol, que ya pasa algo bajo, si bien calienta todavía. Llegamos á la granja, después de haber atado las riendas de los caballos en la verja, y entramos por la puerta trasera. Aquí no hace

(1) Las clases de vino que principalmente se producen en la colonia, son el Borgoña Clarete, un vino blanco al estilo del Sauterne y una especie de champaña reposado que es, en verdad, excelente. En otoño se realiza ahora una exportación regular en Melbourne y Geelong, donde se vende el vino á buen precio y en grandes cantidades. En 1870, la producción total fué de 629.219 galones.

falta presentar cartas de recomendación, pues ya sabemos que se nos ha de dar la bienvenida, y en Australia la hospitalidad no tiene límites. Probamos las uvas, que maduran ahora, y las remojamos con un vaso de hidromiel. ¡Pero cuidado con el hidromiel! Aunque tiene apariencia de inofensivo, es en verdad muy fuerte y se sube á la cabeza.

El arrendatario nos condujo al granero y nos mostró orgullosamente, con la punta de su grueso látigo, el dorado grano amontonado sobre el pavimento; después fuimos á la cuadra, donde nos enseñó sus caballos. Allí estaban nuestras jacas, que habían sido entradas para darles pienso. Salimos y montamos de nuevo á caballo para ir un poco más lejos á otra granja situada en la falda de una montaña, en punto algo elevado sobre el valle.

Esta granja es una monada de habitación, levantada en un lugar umbrío y delicioso, en medio de lozano jardín. También aquí nos apeamos y nos metimos en la casa, porque conocíamos al dueño, un buen muchacho cuya honrada fisonomía inglesa siempre gusta volver á ver, por la bondad y buen humor que rebosa. Damos una vuelta por el jardín mientras el sol se pone, y entramos luego para tomar una taza de te bueno, que la señora de la casa había dispuesto para nosotros.

Una de las mayores delicias de nuestro huésped consistía en hablar del « tiempo viejo », aunque, después de todo, sólo se hablase de uno ó dos años atrás; pero los novatos siempre estaban dis-

puestos á escuchar esas historias con la boca abierta. Había sido minero, como la mayoría de los hacendados del país, y nos contó cómo fué el primero que encontró el oro cuando la gran irrupción de Maryborough; cómo vió centellear el oro entre el cascajo un día que pasaba por la selva; cómo durante unas semanas vivió quietamente minando y acumulando oro mañana y tarde, hasta que habiendo hecho su agosto lo bastante para comprar y montar una granja, fué á dar parte al comisario de su descubrimiento. Entonces tuvo lugar en el país la irrupción de millares de mineros, y fué contando cómo se formaron las calles, se abrieron los comercios, se edificaron los hoteles, y cómo en fin Maryborough llegó á ser la gran población, el próspero centro de un gran distrito minero y agrícola.

En estas narraciones del antiguo minero, dos horas transcurrieron, casi sin darnos cuenta de ello, y entonces nos levantamos para salir. Se sacaron los caballos, montamos y cabalgamos cautelosamente hacia casa, porque la obscuridad era completa. La noche era hermosa y apacible, y teníamos tiempo de sobra; así íbamos hablando y riendo por la selva, y nuestras voces eran los únicos rumores que se oían, como no fuese el aleteo de algún pájaro estremecido en la percha por nuestras alegres carcajadas, ó por el choque de las herraduras de los caballos en el duro suelo cuando marchábamos al trote.

Otro día fuí en coche, con uno de los vecinos hacendados, á su finca, situada al otro lado del

arroyo bajo. Cuando llega esa estación tardía, la selva está desecada y tiene un aspecto melancólico, muy diferente del que tenía en los hermosos días de primavera. La selva parece ahora medio muerta revistiendo á toda prisa el ropaje de invierno, en tanto que cubren la llanura restos de marchita hierba. Pasamos cerca de una gran finca de *squatter*, única que existe por aquí, la cual tiene un amplio circuito que se extiende á gran distancia en la llanura. Tiene lo menos 60.000 acres de terreno comprado y otros 60.000 acres del gobierno, en los cuales el *squatter* ejercita los acostumbrados derechos de pastoreo.

Cruzado el arroyo por un puente de madera, pronto llegamos á la granja de mi amigo. En los vecinos campos se oía el zumbido de la máquina trilladora. Allí estaba la máquina trabajando solícitamente como en nuestro país. El vapor se introduce en todas partes, á través de los mares, por encima de los montes y en la selva. Pronto llegamos hasta la máquina donde los obreros estaban al trabajo. Era éste rudo, bajo un sol abrasador, entre nubes de polvo y briznas de paja que volaban en torno de los trilladores. Muchos de ellos usaban anteojos para proteger la vista de los resplandores solares.

La máquina estaba á punto de parar, á fin de permitir á los obreros su turno de descanso meridiano, y pronto estuvieron ante su ración de carne y su te frío. El hacendado sorprendió algunos trabajadores fumando imprudentemente junto á los grandes montones de paja, y estaba furioso por

que su falta de cuidado podía haber causado un incendio que hubiese destruido la paja, el trigo, la máquina y todo. El trigo parecía de excelente calidad y el hacendado estaba del todo contento con su cosecha, lo que no es muy frecuente entre agricultores.

En seguida fuimos á visitar los edificios de la granja, que son limpios y sólidos. Un amplio granero de piedra tiene en un extremo adherida la cocina, donde se hace la comida de los trabajadores durante la cosecha, y al lado hay una confortable casita de piedra para instalación del administrador y su familia.

Al volver de la granja tomé un baño refrescante en un sitio conveniente del arroyo, si bien me advirtieron que no era raro se estremeciesen por una picadura súbita los bañistas que se metían en una charca de agua turbia, encontrándose, al salir del agua, media docena de afamadas sanguijuelas agarradas á la piel. Las sanguijuelas son abundantes en Australia y aun constituyen una materia de considerable exportación á Inglaterra.

Más tarde volvimos á la granja de Perry para asistir á la cena y al baile de la recolección, con la cual es costumbre celebrar la terminación de la cosecha, como en nuestro país. Por este tiempo el trigo estaba todo vendido y sacado del granero, el cual había sido dispuesto para sala de baile. Tuvimos una buena tirada de bailes, al son de un violín y de un *piano de la selva*. ¿No sabéis, acaso, qué es un *piano de la selva*? Consiste en una porción de cuerdas arregladas sobre una ta-

bla, distendidas y templadas, que el tocador golpea con un martillo, arrancando sonidos de ningún modo faltos de armonía. En todo caso el *piano de la selva* servía para acompañar la música de nuestro solitario violín.

Después de la danza, vino el acostumbrado y copioso banquete, con abundante comida y bebida para todos; luego se sacaron nuestros caballos y volvimos á casa. Era á fines del período de la recolección, cuando los días son todavía cálidos y las noches empiezan á ser frías y crudas, como ocurre á principios de Octubre en Inglaterra. Una noche tuvimos una aurora austral espléndida, dícese que una de las más hermosas que se han visto aún en Australia. Una inmensa cortina de color rosa parecía haberse corrido por la baja mitad del firmamento, listada con brillantes fajas doradas, sobre otras amarillentas más oscuras. Bajó la cortina roja, junto al horizonte, se descubría un pequeño semicírculo de luz amarilla y verduzca, como si el sol fuese á nacer; y de allí partían haces de rayos luminosos que se se extendían casi hasta el cenit, mientras que en más las nubes de color de rosa. Los resplandores se extendían casi hasta el cenit, mientras que en la parte más oscura, ó menos brillante del cielo, centelleaban las estrellas. Aunque he hablado de «nubes», no se veía una sola; lo que llamaba nubes eran en realidad masas compactas de luz brillante que velaban el fondo azul del cielo. Me encuentro con una pobreza absoluta de palabras para describir la magnificencia del espectáculo.

La gente conocedora del tiempo anunció un cambio, y en efecto tuvo lugar antes de poco. Hacía semanas que no llovía; pero, á la segunda mañana después de la aparición de la aurora austral, fui despertado muy temprano por el rumor de un fuerte aguacero que caía sobre nuestra ligera cubierta de hierro ondulado. Se desencadenó un furioso huracán y la lluvia parecía desplegarse en masa. En media hora se llenó nuestra gran cisterna de hierro; y, rebosando, el agua se corrió por el pavimento del Banco y casi nos inundó. Pasamos un rato de lo más animado, sacando afuera el agua á medida que entraba, pues como quiera que fuese, el albañal que pasa por debajo de la casa había llegado á taparse. Al fin cesó la lluvia y el agua se escurrió, dejándolo todo completamente mojado: mojadas las sillas y los taburetes, mojada la ropa blanca, mojados los vestidos, mojados los libros, los papeles y mojado todo.

CAPÍTULO XIII

ANIMALES DE LA SELVA. — PÁJAROS. —

SERPIENTES

La zorra mochilera. — Caza de noche en la selva. — Mosquitos. — Aves barbudas. — La urraca de Australia. — Los « mineros ». — La caza del papagayo. — La Cruz del Sur. — Serpientes. — Animales marsupiales.

Uno de los sports favoritos en Australia es la caza de la zorra mochilera. La zorra mochilera australiana es un cuadrúpedo marsupial que vive en los árboles y se alimenta de insectos, huevos y frutas. Su cuerpo tiene unas veinticinco pulgadas de largo, sin contar su larga cola prensil, con la que trepa por las ramas de los árboles en que vive. Su piel está cubierta de espeso pelo, de un color negro ahumado, con manchas de color castaño, y es muy buscada por su belleza y por su color.

La hora á propósito para la caza de la zorra mochilera es por la noche, en los alrededores del plenilunio, cuando uno puede ver casi como si fuese de día. Hasta Venus es tan brillante que, una noche sin luna, he visto que daba luz bastante para guiar un coche.

Un perro adiestrado es casi indispensable para seguir el rastro de las zorras mochileras hasta su árbol, al pie del cual se para y avisa. Cuando el perro se para y aúlla, estad seguros de que allí hay una zorra en el gomero. Nunca tuve la fortuna de llevar conmigo un perro adiestrado, sino perros jóvenes y nuevos en la caza.

Por lo tanto, habíamos de descubrir y ver nosotros mismos nuestra caza. Esto se hace observando cuidadosamente cada rama, dejando el árbol entre el cazador y la luz de la luna; y si hay allí una zorra mochilera, veréis como una pequeña bola vellosa y negra, inmóvil en la horquilla de una rama. La primera noche que salí con un grupo de amigos á la caza de la zorra mochilera, andamos penosamente un buen trecho por la selva y examinamos los árboles largo tiempo en vano.

Por último, el antiguo colono que nos acompañaba, al llegar al pie de un árbol grande, dijo: — ¡Ah! probablemente aquí habrá algo — y nos pusimos á escudriñar cuidadosamente las ramas. — Allí está — dijo el colono, apuntando á una horquilla donde decía que estaba la zorra. Al principio no supe ver nada. Pero al fin descubrí la pequeña bola redonda. Disparó, y el animal cayó muerto en el suelo.

Un poco más lejos buscamos de nuevo y encontramos otra. Ahora me tocaba á mí el turno. Apunté tranquilamente al bulto negro colocado entre mí y la luna é hice fuego. Mirando á través del humo, vi á la fulanita colgada en una rama.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

por su cola, y medio minuto después cayó al suelo. Era un ejemplar de la especie que tiene la cola anillada con un remate pelado de unas dos pulgadas, en forma de anillo blanco. Las zorras de esta clase emplean la cola para encaramarse como algunos monos del África. Así pude llevar mi zorra mochilera colgada de mi dedo por la cola, aun después que fué completamente muerta.

La zorra siguiente cayó herida del árbol y se fué por pies, con los pequeños perros que le iban al alcance y le ajustaron la cuenta después de un breve combate. Algunas veces, cuando ya está herida, la zorra se encarama con su cola por el árbol durante un buen rato, con su cuerpo colgando hacia abajo. Entonces, el que sabe encaramarse mejor y más ágilmente sube para hacerla bajar, y pronto cae entre los perros, que están sumamente animados y dispuestos á echarse encima. De vez en cuando les hace correr un buen trecho, y entonces la cuestión estriba en impedir que suba á otro árbol.

Continuando nuestra batida, nos encontramos en un terreno bajo y pantanoso donde se dice que hay abundancia de zorras mochileras. Pero apenas había entrado en el pantano cuando me encontré cubierto de los más voraces mosquitos. Levantábanse á millares del suelo y se fijaban en mi piel de recién llegado, de la que todavía no había desaparecido el olor de tilo (1); y en pocos minutos

(1) Dícese en la colonia que los mosquitos conocen á los recién llegados, ó la importación fresca, por el olor de tilo que adquirieron á bordo del buque; y que, siendo aficionados

me encontré literalmente en el tormento, y en franca retirada hacia fuera del pantano. Ni la perspectiva de encontrar un zurrón lleno de zorras mochileras me hubiera tentado á ir de nuevo en aquella dirección.

En suma, cobramos siete zorras, lo cual es considerado como una caza muy mediana. Hay en la ciudad un cazador práctico que sale con un perro adiestrado, el caballo y una carreta, y vuelve malhumorado si no lleva á casa la carreta completamente llena de pieles.

Quando hubo terminado nuestra caza y estuvimos resueltos á volver á casa, yo no tenía ni la más remota idea de donde estábamos, ó de la dirección que habíamos de tomar. Sabido es que cerca de la ciudad hay numerosos caminos, pero allí no había ninguno; y es tan completa la uniformidad de la selva, que yo me maravillaba de que mi experimentado amigo acertase á conducirnos á casa. Pero no tuvo ninguna dificultad para encontrar el camino, y pronto estuvimos andando á la luz de la luna, viendo los dispersos gomeros, al parecer más flacos y deformes que de costumbre, pisando las ramas secas que erujían bajo nuestros pies, hasta que llegamos á la ciudad mucho después de media noche.

En otra ocasión acompañé á la selva al doctor de Maryborough para cazar aves barbudas con que hacer un pastel; pero no logramos encontrar

á la sangre fresca, atacan á los recién llegados más que á los habitantes endurecidos.

bastantes. Estoy en la creencia de que el vestido de colores alegres de una señorita que nos acompañaba debió asustar los pájaros. Había por allí abundancia de aves, pero muy pocas de la clase que nos hacían falta; un ave grande como una paloma, gorda y tierna para comer. El doctor nos llevaba en coche, ya entre los árboles, ya fuera de ellos, y una vez hubo de hacernos salir á la fuerza de su calesín, por haber metido las ruedas en el tronco de un árbol.

Los chupamieles, manchados de negro y amarillo, gorjeaban entre los árboles. Los cabeza de cuero, con su cuello pelado y salpicado de plumas blancas, casi parecidos á buitres en miniatura, lanzaban su ruidoso é inopinado graznido; luego batían perezosamente sus alas y se iban volando al árbol vecino. Súbitamente se oye el grito singular del pájaro-campana, semejante al son de una campana de vidrio, en tanto que á lo lejos, en la selva, podéis oír la nota de la urraca de Australia ó corneja silbante, que se parece al sonido de una flauta de plata, claro, dulce y musical. La urraca es, en verdad, un pájaro inteligente, que imita con maravillosa exactitud los graznidos de los otros pájaros, y cuando está domesticado es en extremo divertido, pues aprende con facilidad á silbar canciones y lo hace sumamente bien.

Otro día salí á cazar con el pastor presbiteriano, un entusiasta taxidermista, que ahora se ocupa en formar una escrupulosa colección de pájaros australianos. Aquel día pasamos en la selva un rato divertido. Había en gran número unos pája-

ros negros y grises, conocidos allí con el nombre de « mineros », que cotorreaban por los árboles en grupos de cuatro ó cinco. Son pájaros vivos é inteligentes y algunos de ellos saben imitar la voz humana como algunos de la tribu de los papagayos. Tienen un aspecto muy peculiar, el cuerpo gris, con una mancha negra en la cabeza y un grueso mazo de plumas de un amarillo brillante detrás de los ojos. Dejamos los « mineros » sin molestarles, pues me dijo el pastor que no son buenos para comer, y como ejemplares son demasiado comunes.

Luego hay los diminutos reyezuelos grises, que se sitúan en bandadas por los alrededores, y son tan pequeños que un reyezuelo inglés parece un monstruo á su lado. Cruza la luz de la luna, allá en la hondonada, una banda de verdes y amarillos periquitos que chillan al pasar. Los brillantes colores de sus alas relampaguean al salir de la sombra de los árboles. Ahora vamos en pos de una urraca que pasa de un árbol á otro; pero apenas nos acercamos lo suficiente para tomarle la puntería, lanza su nota y se va. El único modo de cogerla es avanzar cautelosamente de mata en mata; pero aun así, es un pájaro tan esquivo, que se hace verdaderamente difícil echarle mano.

Amontonadas en un alto árbol, hay una bandada de grandes cacatúas blancas, con cresta de color de azufre. A ver si podemos acertar una. Pero ven por adelantado nuestro designio, pues al momento levantan el vuelo y revolotean por encima de nuestras cabezas, con la cresta erguida,

dejando oír sus roncós y penetrantes chillidos. Esos son los animales que tantos malos ratos dan á los agricultores, porque se comen el grano recién sembrado.

Y luego ¡mirad! en aquella rama hay veinte ó treinta periquitos diligentes y hermosos, con alas verdes y de azul obscuro, salpicadas de amarillo. Auxiliándose de sus pequeñas garras van de una parte á otra del escaso follaje, de uno á otro extremo de los árboles, y sólo levantan el vuelo si nos ven bastante cerca para hacer blanco en ellos, en cuyo caso echan á volar chillando y huyen á bandadas.

Una vez que fuí á la caza del papagayo con un joven amigo casi tan novato como yo, faltó poco para que nos perdiésemos en la selva. Fuimos siguiendo una bandada de papagayos azules, de montaña, hermosas aves de las que queríamos ejemplares para nuestra colección. Después de algún meneguado éxito, dimos la vuelta para regresar á casa. El sol se sumergía en el ocaso. Fijando su posición en el cielo, tomamos la dirección que nos pareció más recta. Para guiarnos no había senderos, ni mojones, ni otra cosa que la selva. Después de andar por algún tiempo y de observar de nuevo por la mayor claridad del cielo el punto donde se pusiera el sol, comprendimos que habíamos hecho un circuito y que habíamos andado exactamente en la dirección opuesta á la de nuestra ciudad. Nos apresuramos á volver sobre nuestros pasos, pues sabíamos que pronto habría anochecido, dada la brevedad del cre-

púsculo en Australia. Afortunadamente para nosotros, hacía una noche muy clara y, como las estrellas relucían bien, vimos ante nosotros la Cruz del Sur, que se elevaba á nuestra izquierda y que nos condujo á nuestro camino. Si la noche hubiese sido nebulosa, muy probablemente habríamos tenido que pasarla en la selva; pero gracias á la Cruz del Sur y á nuestras buenas piernas, llegamos al fin sanos y salvos, aunque algo tarde, á nuestra ciudad.

Algunas veces se encuentran serpientes en la selva, aunque yo vi pocas, y esas pocas dispuestas siempre á dejar el paso libre. La mayor que he visto fué encontrada debajo del pavimento de una cabaña edificada en el declive de la colina más arriba de Mallorca. Bajaba, á primera hora de la mañana, de la escuela, cuando me paré en la cabaña para hablar con el inquilino. Es una habitación muy pequeña y aseada, dividida en dos departamentos, el recibidor y el dormitorio. El recibidor estaba cubierto con estampas baratas que recuerdan las de nuestro país, tomadas generalmente de *Punch* y de la *Illustrated London News*. En la cornisa de la chimenea había también fotografías de antiguos amigos. El pavimento estaba limpio; el pequeño puchero estaba cociendo sobre el fuego y todo se estaba disponiendo para el desayuno. Un cuadro muy agradable del hogar de un emigrante próspero.

Quando me disponía á salir en el momento de despedirme, bajé los ojos y vi debajo del banco, junto á la puerta, una cosa larga y de un gris

moreno, echada en completo reposo. En seguida vi que era una serpiente y agarré un zoquete de leña para golpearla; pero mi amigo, que era más experimentado en la materia, me detuvo. — Esperad un momento — dijo — y dejádmela coger. — Rápido como el pensamiento se inclinó hacia el suelo, asíó con firmeza la serpiente por la cola, y volteándola rápidamente tres ó cuatro veces por encima de su cabeza, la arrojó contra las tablas de la cabaña y la dejó caer aplastando la cabeza del reptil con el tacón de la bota. La serpiente tenía cuatro pies y seis pulgadas de largo, y dicen que era de una especie muy venenosa.

Las serpientes son más comunes en la parte menos cultivada de la colonia, y no son raras las mordeduras fatales. El método de tratamiento que ha tenido más éxito, es el inventado por el doctor Halford, de Melbourne, que consiste en inyectar una solución de amoníaco en una vena sacada y abierta con este propósito. Dícese que destruye en seguida y casi completamente los efectos del veneno. Después de mi vuelta á la patria, he sabido que el doctor Halford había sido premiado públicamente por su descubrimiento.

La caza del canguro es uno de los grandes deportes de Victoria; pero yo no tuve la fortuna de ver una caza de esta suerte. Hay ahora muy pocos, si hay alguno, en estos alrededores (1). Sin em-

(1) En Avoca hay un Club Venatorio que caza canguros. Los animales abundan al norte del río Murray, y todavía pululan en algunas partes del país no colonizado, en Gipps Land.

bargo, no faltan animales marsupiales del mismo carácter: la zorra mochilera es uno de ellos. Hay también una especie de canguro llamado el *wallaby*, el cual, si no lo he cazado, lo he comido. Y el *wallaby* estofado no está mal; tiene un sabor muy semejante al venado. Ciertamente, los animales marsupiales de Australia son de infinitas variedades, que van desde un animal muy pequeño, no mayor que nuestro turón, al gran canguro con aires de viejo, que mide entre siete y ocho pies desde el hocico al extremo de la cola. Lo peculiar en todas estas clases de animales desde el más pequeño al mayor, es el marsupio, ó bolsa donde las hembras llevan sus cachorros hasta que son bastante grandes para valerse por sí mismos. El canguro casi está reducido á la Australia, aunque algunas de sus especies se encuentran asimismo en algunas islas cercanas.

CAPÍTULO XIV

LA COMPRA Y EL LABOREO DEL ORO

Cómo se encuentra el oro. — Lavado del oro. — Molienda del cuarzo. — Comprando el oro de los chinos. — Compañías aluviales. — Hombres que vienen á menos. — Alzas y bajas en el laboreo del oro. — Visita á una mina de oro. — En busca del oro. — Historias de felices hallazgos.

Habéis de permitirme ahora que hable un poco como tendero. Aunque hasta el presente la mayor parte de mis relatos se refieren á la vida del campo, á las estaciones, á los recreos y otras cosas por el estilo, mi principal ocupación, mientras viví en Mallorca, consistía en los negocios de banca y en la compra del oro. Los negocios ordinarios de una agencia bancaria son regularmente conocidos; pero la compra del oro es un asunto relativamente nuevo, peculiar de los distritos auríferos, y, por lo tanto, digno de una breve descripción.

El oro se encuentra y nos lo traen en diversas formas. El oro de Mallorca es generalmente de aluvión y consiste en polvo grosero y en pequeños lingotes, sacados por el lavado del cascajo. También hay algunas Compañías mineras de cuarzo

cuyo oro compramos en lo que se llama *estado de retorta*. Me explicaré. El cuarzo que contiene oro es machacado y molido con pesados mazos de hierro; y una corriente de agua que circula constantemente por la caja en que funcionan los pilones, arrastra las partículas solubles, en tanto que las de cuarzo y oro son llevadas más allá sobre unas tablas en que se encuentra á intervalos bolitas de mercurio. Éste se agarra al oro y forma una amalgama con él. Se recoge la amalgama, se saca fuera y se comprime en sacos de piel de gamuza, con lo cual la mayor parte del mercurio sale fuera y se guarda para que sirva otra vez. El residuo se coloca en una retorta y expuesto al calor, con lo que los restos de mercurio se evaporan dejando el oro en sólido lingote. No obstante, hay otros varios procedimientos para separar el oro del cuarzo.

A veces el oro se presenta en bruto, en un estado de imperfecta depuración, y entonces se requiere buen tino para señalar su precio. En el oro de aluvión hay siempre una cierta proporción de chispitas de hierro que se desprenden de los picos usados para golpear y remover el cascajo. Las chispitas de hierro son cuidadosamente extraídas por medio de un imán. Los trozos grandes de oro, si hay alguno, se sacan y se ponen á un lado. El resto se pone en un plato liso de estaño que se sacude con un peculiar movimiento de muñeca, y toda la arena y polvo se reúne así en el extremo del plato. Se sopla esto; luego el oro sube de nuevo, y volvéis á so-

plar hasta que se ha sacado toda la arena. Si todavía queda oro con cuarzo adherido, se ponen esas partículas en un gran mortero de hierro, se baten bien y se repite el procedimiento arriba descrito. El oro queda entonces dispuesto para ser pesado y comprado, y ordinariamente, con mineros ingleses, no hay ninguna dificultad en determinar el precio, que varía según las operaciones que el oro ha sufrido (1).

Nuestra gran dificultad es con los chinos, pues son gente muy ayara. Trabajan sobre todo el cieno que los ingleses ya lavaron antes, y se les encuentra pegados á la cola de las antiguas labores lavando los escombros para extraer el oro que ha quedado. Así los antiguos escombros son lavados á menudo varias veces, nunca sin encontrar oro en mayor ó menor cantidad. Cuando un grupo de chinos cree que puede irle mejor en otra parte, les veréis levantar el campo llevando á la espalda todos sus aparatos mineros, que consisten en cubetas, mantas, cucharones de estaño y un objeto parecido á una cuna para el lavado.

Los chinos obtienen su oro por un procedimiento grosero que, sin embargo, parece responder á su objetivo. Ponen la materia que se ha de lavar en esa especie de cuna, echan encima el agua con el cucharón y, manteniendo el aparato

(1) El precio ordinario del oro bueno es de 3 libras 19 chelines y 6 peniques la onza. En los primeros días de la explotación, el oro nunca se limpiaba, pero se compraba á un bajo precio, 2 libras y 15 chelines ó 2 libras y 17 chelines la onza; así los banqueros realizaban á menudo inmensos beneficios.

en constante movimiento, limpian poco á poco el contenido, dejan verter el líquido sobre dos ó tres dobleces de manta, y el oro fino queda adherido á la lana. Cuando la operación se ha proseguido ya bastante rato, recogen el oro de las mantas, los mismos chinos lo purifican, y luego lo traen para la venta. Ordinariamente la purificación ha sido mal hecha, y queda una buena parte de mercurio y de ácido nítrico adherido al oro. No queda otro recurso que poner el oro en un crisol, calentarlo al rojo y mantenerlo en estado de fusión de 5 á 10 minutos.

Como no tenemos hornillo propio en la casa, frecuentemente voy calle arriba á la tienda del herrero para poner á prueba el oro de Juan chino. Si se permite que vaya Juan por sí mismo, sólo espera que el oro se caliente, lo saca de nuevo y vuelve á traerlo, diciendo: — Todo brilla; buenamente bueno, buenamente buen oro; ningún engaño. — Pero cuando yo mismo voy á casa del herrero, pongo el crisol en lo más vivo del fuego y empiezo á soplar con el fuelle, tendriais que ver á Juan. Cuando el oro comienza á enrojecer con el calor, y conoce que el peso disminuye por el mercurio y el barro que se evapora, exclama: — ¡Bastante calor! ¡demasiado mucho fuego! ¡mi perder demasiado mucho moneda! — Pero hay que hacerlo, y Juan ha de escoger entre su oro sucio, ó el precio regular que tendrá una vez purificado. Hay casos en que, por este procedimiento de purificación, se pierden de cinco á seis anti-
guos peniques por onza.

Algunas veces trae sólo por valor de unos cuantos chelines, y cuando se le entrega la moneda, se queda dándole vueltas en la mano, como en Londres el cochero de punto á quien sólo se da el precio de tarifa. Uno, que casi invariablemente sólo traía una cantidad muy pequeña, empezaba así su conversación: — No más dinero ahora — no más *chow-chow* (comida) — ; no más opio! — A veces las cosas suben de punto y nos dice que nosotros « demasiado mucho mentir y engañarle »; por lo cual le ponemos á la puerta.

Los chinos de las clases bajas sospechan casi invariablemente que los ingleses les engañan; pero hay algunos que son sujetos muy decentes y, ciertamente, bondadosos y aun corteses. Varias veces les pregunté cómo iban á gastar el dinero que les proporcionaba la venta de su oro, digamos cinco chelines; y me respondían con bastante ingenuidad: — Dos chelines para opio, tres chelines para *chow-chow* — sin dejar margen alguno para otras cosas.

Así como á los chinos les compramos oro por valor hasta de tres chelines, á las Compañías mineras les tomamos todo el que presentan. Algunas traen oro por valor de centenares de libras de una vez. Las Compañías de cuarzo traen el suyo en gruesos lingotes amarillos, que pesan más de 200 onzas, acabados de salir del crisol; y las Compañías de los aluviones generalmente depositan su oro en talegas de cuero que contienen los resultados de su lavado hasta el fin de la semana ó de la quincena y venden luego el producto acumulado.

No hay que decir si habrá excitación y ansiedad en la busca del oro. Cuando los mineros dan con un buen yacimiento aurífero, un trabajo asiduo les permite hacerse buenos salarios, y algunas veces una buena cantidad de dinero; pero de ordinario han de trabajar rudamente para conseguirlo. Por supuesto, que los más prósperos son los mineros de oficio, hombres que entienden el negocio, pues la busca del oro es un oficio como otro cualquiera. Los aficionados que vienen en busca de felices hallazgos y rápidas fortunas, raramente hacen nada de provecho. Casi todos los jóvenes, hijos de buenas familias, de los que nada útil podía sacarse en Inglaterra y que vinieron aquí durante las « irrupciones », no están todavía en mejor posición que cuando llegaron. Algunos habrán podido llegar; pero la mayor parte de ellos son conductores de bueyes en el interior, cocheros en Melbourne, pastores en la selva, ó, lo que es peor todavía, matones de taberna.

Conozco algunos de buenas familias y buena educación que trabajan todavía como mineros comunes en estos alrededores. Aunque su vida es ruda, la encuentran mejor que la arrastrada existencia del pasante en nuestro país, y es posible que tengan razón. Uno que fué antiguo estudiante de medicina en Inglaterra, trabaja en las excavaciones, asalariado por una sociedad de mineros, á razón de 2 libras y 10 chelines semanales; pero no ahorra un céntimo. Vino con dos primos, uno de los cuales se volvió y prosiguió su profesión: ahora es jefe de hospital militar en la

India. El otro primo se quedó en la colonia y ahora es un obligado pretendiente á todas las colocaciones del interior. También hay aquí el hijo de un barón que vino cuando la fiebre del oro. Nunca ha adelantado un paso, y es leñador y construye cercas en la selva, como un pobre saboyano. Todavía se ven las huellas de su educación en la camisa del gimnasio y en los pantalones de piel de topo, á pesar de sus maneras rudas y de su penoso trabajo.

Hay muchas alzas y bajas en el laboreo del oro. A veces trabajarán los mineros largo tiempo con perseverancia, y ganarán apenas para alimentarse; pero sostenidos por la esperanza, resuelven persistir, y al fin, quizás, triunfan. Un día vinieron al Banco dos mineros con 120 libras de oro, resultado de cuatro días de trabajo en una nueva concesión. Habían trabajado largo tiempo sin encontrar nada que valiese la pena, y al fin tropezaron con el oro. Las 120 libras habían de repartirse entre seis mineros, y aparte esto, habían de pagar el coste de abrir su pozo, mantener los tres caballos que trabajaban en la extracción del agua y del cieno de la mina. Cuando trajeron su oro en un pequeño plato de estaño, no parecían esos hombres ensoberbecidos por su buena fortuna. Tan acostumbrados están á los súbitos cambios del acaso, en bien ó en mal, como puede suceder, que en esta ocasión la buena fortuna les parecía una cosa natural.

Un día fuimos con mi director á ver un peñasco donde algunos mineros habían encontrado

oro. Era al otro lado de las montañas peladas que hay al norte de la ciudad, en una deliciosa parte de la selva, más cubierta de bosque que las otras. El peñasco no tenía el aspecto de contener tanto oro como se sacó de allí. Había un par de pozos, con pequeñas cabrias encima y dos ó tres montones de escombros y cuarzo moreno y cenagoso. Creo que el peñasco es estrecho, de unas ocho pulgadas á un pie de anchura, y el cuarzo contiene de ocho á doce onzas de oro por tonelada. Así diez toneladas molidas darían un valor de unas 400 libras. Aunque esto parece un buen rendimiento, es pequeño, comparado con el cuarzo más rico. He sabido de una mina que daba 200 onzas ú 800 libras por tonelada de cuarzo molido; pero éste era extraordinariamente rico.

En algunas de las mayores concesiones, los trabajos se hacen en grande escala con el auxilio de una maquinaria completa. Voy á describir una de las minas, próxima á Mallorca, á la cual bajé un día para observar las operaciones. Se llama la mina Lowe Kong Meng y fué primeramente explotada por los chinos hasta que hubieron de abandonarla á causa de la gran cantidad de agua encontrada y de los accidentes que constantemente ocurrían en la maquinaria. La concesión fué luego tomada por una Compañía de arrendatarios ingleses que pagaban un tanto por ciento de los productos de la mina al propietario, el gran comerciante chino Sr. Lowe Kong Meng, que reside en Melbourne.

En algunas excavaciones poco profundas bajan

los hombres á los pozos, metiendo el pie en un nudo corredizo al extremo de la cuerda, y en algunos pozos estrechos y pequeños, apoyan los pies y las rodillas contra los lados de la obra. Pero en las grandes perforaciones como ésta, que tiene unos 150 pies de profundidad, bajamos metidos en un cubo, como en las minas ordinarias. ¡Qué rápidamente bajamos! Parece que caemos en las finieblas. ¡Ahí va! ¡Bum! Ya estamos en el fondo. Pero yo no puedo ver nada; únicamente oigo el glu-glu y el chapoteo del agua.

A los pocos minutos me acostumbro á la obscuridad: luego distingo la tenue luz de una bujía que alguien sostiene cerca de nosotros. — Subid aquí — dice el guía; y pronto nos encontramos en un espacio algo despejado y más claro que el verdadero fondo del pozo. Cada uno de nosotros está provisto de una bujía de sebo, por medio de la cual vemos dónde estamos. Dos galerías parten de este espacio: la mayor tiene 6 pies y 3 pulgadas de altura, es ancha y está espléndidamente recubierta de sólida madera en toda su extensión. Los chinos hicieron este trabajo.

El agua circula por todas partes. Tratamos de pasar por encima de los rails por donde ruedan las vagonetas para salvar nuestros pies de la humedad. Pero de nada sirve, pues hemos de atravesar más agua antes de llegar al fin. De cuando en cuando resbalamos de los rails y nos metemos en el agua. Cuando entramos en las galerías más bajas y estrechas, continuamente me ocurren peripe-

cias, doy de cabeza contra la sucia bóveda, se me cae el sombrero ó se me apaga la bujía.

Se nos conduce primero al punto donde el agua había tan tristemente hecho fracasar á los chinos, y en cuya dirección la mina no podía proseguirse. Fuertes soportes de madera sostenían el cascajo, á través del cual fluía el agua que corría por las galerías abajo hasta la parte más profunda del pozo. ¡Qué laberinto me parecieron estos diferentes corredores! Sin embargo, supongo que esta explotación es pequeña, comparada con otras muchas del distrito aurífero.

Luego nos enseñaron un mono, no el animal, sino un pequeño pozo recto que conducía á una galería inferior por donde salían los residuos del lavado. Si este residuo, que contiene oro, seguía un curso más bajo que el nivel del pozo ó de las galerías que sirven para el desagüe de la mina, el pozo debería entonces hacerse más profundo. Se me hizo algo difícil subir por el interior del mono. No obstante, agarrándome bien y aprovechando las repisas de ambos lados, logré subir, perdiendo como de costumbre mi bujía.

Marchamos por la galería, esperando en un rincón que hubiese pasado una vagoneta de cieno, y su contenido fué arrojado abajo por el mono sobre otra vagoneta dispuesta al efecto. Desde la galería nos metimos á gatas en un estrecho pasadizo, por donde avanzábamos andando con las manos y las rodillas. Pronto encontramos cuatro hombres que sacaban los residuos lavados, ayudándose con el pico, agachados en cuclillas ó

echados en el suelo y en toda suerte de posiciones incómodas. El sudor se evaporaba en los rostros de los mineros que trabajaban, pues el calor era muy grande.

No permanecemos mucho rato en aquel rincón caldeado y no tomé el pico para ver si daba en un filón, como dicen que le aconteció al duque de Edimburgo, si bien cuando subíamos vi un pequeño plato de cieno lavado en el que había uno ó dos pedacitos de oro. Lo vimos « en color », como se dice. Completamente aliviado me sentí al fin al encontrarme en lo alto del pozo y respirar la fresca del aire libre. Aquí el cieno sacado de la mina es puesto en la máquina de hierro para el lavado y se le da vueltas y vueltas, echándole agua encima. Esta se lleva el barro, se sacan las piedras mayores, y el oro se posa como en una cuna en el fondo de la máquina. Tal fué mi pequeña experiencia en materia de minas.

También he de contar mi experiencia todavía más nimia acerca de la busea del oro. Un muchacho trajo cierta mañana, para vender, un pedazo de oro que había encontrado sobre un montón de escombros, mientras paseaba por la parte de las excavaciones fuera de la población. Después de un fuerte aguacero no es raro que queden á la vista pedacitos de oro, y los viejos mineros suelen dar una vuelta por las escombreras después de la lluvia, para escudriñar entre los montículos. Una vez nos trajeron para la venta un pedazo de oro que pesaba unas dos onzas, y había sido así puesto al descubierto por un fuerte aguacero.

Inspirado por el éxito del muchacho, salí por la tarde con un par de gruesos zapatos y un par de ojos penetrantes en busca del tesoro. Había estado lloviendo copiosamente durante varios días, y el momento era á propósito para dar un vistazo en los antiguos montones de escombros lavados de nuevo. Después de prolongadas pesquisas, sólo encontré un cachito de oro que valía unos 4 peniques. Con orgullo enseñé mi hallazgo á una señorita amiga mía, la cual, por jugar, me sacudió la mano y yo perdí mi cachito microscópico de oro, primero y último fruto de mis investigaciones.

Algunas de las historias que cuentan los mineros antiguos de su suerte en los primeros días de las exploraciones, son en verdad interesantes. Una de ellas, que no pasa de ser una historia ordinaria en el laboreo, puedo contarla casi con las mismas palabras del individuo á quien ocurrió el caso.

— Mis compañeros y yo, dice, estábamos acampados en un barranco con otros cuarenta ó cincuenta mineros. Era en un lugar estrecho y apacible, lejos de toda población. Habíamos estado trabajando en un terreno superficial; pero como el lavado, cuando más, sólo rendía unos tres cuartos del peso de un penique por plato (3 chelines aproximadamente), nos cansamos de nuestra explotación, la abandonamos y fuimos á tomar otra no lejos de allí. Uno ó dos días hacía que habíamos tomado nuestra nueva pertenencia, cuando vino á vernos por ventura un antiguo amigo mío. Estaba apurado, verdaderamente apu-

rado, y quería saber si podíamos ocuparle en algo. « Bueno, allí está nuestra antigua pertenencia », le dije; « no es muy buena, pero todavía podéis encontrar con qué alimentar el cuerpo y el alma juntamente ». Encaminóse así á nuestra antigua pertenencia y puso manos á la obra. Al cabo de algunos días de trabajo, observó que cuanto más ahondaba en una dirección, tanto más oro el terreno contenía. En un extremo del terreno encontró una roca muy inclinada hacia dentro. En seguida vió que el terreno en declive junto á la roca hacia la cual se encontraba el cascajo aurífero, debía ser todavía más rico en su fondo. Con animación creciente fué apartando á un lado el cascajo con su pala, para llegar hasta el tesoro que esperaba encontrar. Fué ahondando hasta que alcanzó el declive de la roca donde el cascajo se apoyaba contra ella. Allí, en un rincón del suelo, en el preciso ángulo formado por el cascajo y la roca, centelleaba el oro rico, todo en partículas puras mezcladas con tierra y guijarros. Llenó su plato de estaño con la preciosa mezcla, la sacó arriba y la trajo á nuestra tienda, donde ayudado por los compañeros la limpió de barro, y obtuvo como producto de sus varios lavados ¡ unas mil onzas de oro puro ! Como los mineros acampados en el barranco eran de poca confianza, nada les dejamos traslucir acerca del botín encontrado. Así, sin decir nada, dos de nosotros partieron, avanzada la noche, con el hombre feliz y su fortuna hacia la ciudad más próxima, donde vendió su oro é inmediatamente salió para Ingla-

terra y allí vive ahora según creo. A nosotros nos dejó el resto de su cieno, que no era nada, comparado con lo que se llevaba; y tres de nosotros sacamos de ello 600 libras, ó sea 200 cada uno.

El mismo minero nos contó en otra ocasión cómo y cuándo había encontrado su primer pepita de oro. Declaró que había sido á consecuencia de un sueño. — Soñé que abría un pozo, dijo, á la orilla de un arroyo, precisamente al pie de un gomero, junto al agua; que seguía trabajando hasta unos diez pies de profundidad, abría una galería y mientras proseguía mi tarea, levanté los ojos por ventura, y allí, entre la tierra de pipa, vi un pedazo de oro tamaño como mi puño. Tal fué mi sueño. Hizose dueño de mí completamente, y no podía pensar en otra cosa. Algunas semanas después escogí para abrir pozo un lugar semejante al de mi sueño, al pie de un gomero junto al arroyo, y allí, como novato que era, hice mi galería á una profundidad inconveniente. Pero, un día, cuando ya estaba del todo aburrido de trabajar sin fruto en ese pozo, como levantase casualmente la vista, vi que ciertamente allí estaba mi pepita de oro entre la tierra de pipa, tal como lo había soñado. Saqué el oro, me senté guardándolo en la mano, y reflexioné acerca del caso, sin llegar á comprender gran cosa.

CAPÍTULO XV

VIDA RUDA EN LAS MINAS. — « ¡ AL LADRÓN ! »

Las irrupciones. — Campamento de mineros en Havelock. — Asesinato de López. — Persecución y captura del asesino. — Los ladrones expulsados del campamento. — Muerte del asesino. — La policía. — Tentativa de robo en el Banco de Collingwood. — Otro supuesto robo. — « ¡ Al ladrón ! » — Uso ingenioso del telégrafo.

En los tiempos de las primeras irrupciones en los campos auríferos había, como era de esperar, no poco desorden y anarquía. Cuando el rumor de un nuevo campo aurífero se divulgaba, su riqueza era, como de costumbre, exagerada en proporción directa de la distancia en que se encontraba, y hombres de todas clases acudían de cerca y de lejos á las nuevas excavaciones. Melbourne fué evacuada por su población de labradores; los marineros desertaron de sus buques, los pastores abandonaron sus rebaños y los boyeros su ganado; y lo que es peor, acudió asimismo á Victoria la peor parte de la población penal de las vecinas colonias. Todos afluían á los campos últimamente descubiertos, que invariablemente eran reputados como los más ricos entre los descubiertos hasta la fecha.

Algunos hicieron rápidamente fortuna donde se encontraba oro en gran abundancia; pero cuando el terreno resultaba relativamente pobre, la multitud se dispersaba en busca de otras excavaciones. Una población tan súbitamente reunida por el feroz apetito de riquezas y formada por la mezcla de tan temerarios elementos, no podía apenas esperarse que viviese muy ordenadamente. Es, sin embargo, pasmosa la prontitud con que, pasados los primeros momentos de la irrupción, el campamento se constituía en un estado de tranquilidad y orden relativos. Por esto el interés de la mayoría era siempre poner fin al pillaje y al desorden. Su primer objetivo era asegurar sus vidas, y luego asegurar el oro que llegaban á reunir entre todos.

Cuando los hombres sin ley eran numerosos en torno de un campamento y menudeaban los robos, organizaban los mineros rápidamente una policía, derrotaban á los ladrones y los arrojaban por la fuerza del campamento. Puedo ilustrar este primer estado de cosas con lo ocurrido en Havelock, población situada á unas siete millas de Mallorca. Allí el barranco fué invadido hará cosa de nueve años, cuando unos veinte mil mineros acudieron á la vez, con una proporción mayor que la ordinaria de matones, vagabundos, ladrones y hombres y mujeres de la más baja estofa. En una palabra, la escoria de la población maleante de la colonia parecía haberse acumulado en el campamento, donde se cometió crimen sobre crimen, hasta que al fin un suceso

más horrible y tumultuoso que ninguno de los que le habían precedido, soliviantó á toda la población minera y suscitó un levantamiento, que se terminó arrojando á la selva á toda la pandilla de ladrones y malvados.

El suceso me lo relataron tres personas que fueron actores en la tragedia, y en breves palabras es como sigue: — En el rincón de uno de los principales pasajes del campamento, compuesto de tiendas de lona y almacenes de madera, había un restaurant improvisado, propiedad de un español llamado López. A pocas varas de su instalación estaba el almacén ocupado por el señor S., tendero ahora en Mallorca y cliente de nuestro Banco. Frente al almacén del señor S. había una tienda cuyos habitantes estaban comprendidos entre la peor ralea de rufianes del campamento. El señor S. había visto más de una vez á esos hombres escudriñando su almacén, y estaba en la convicción de que aguardaban una ocasión oportuna para robarle, por lo cual no se acostaba nunca sin tener el revólver cargado debajo de la almohada. Una noche particularmente estaba inquieto de veras. Los hombres estaban plantados frente de su almacén al tiempo de cerrar la puerta, y creyó que le observaban con aire sospechoso. Así es que les miró audazmente, salió á la puerta junto á la cual estaban plantados, disparó al aire su pistola, como se acostumbra en las minas por la noche, la cargó de nuevo, se metió en el almacén y echó el cerrojo. Se metió en la cama á las diez y permaneció despierto escuchando, porque no podía

dormir. Al poco rato oyó pasos muy cerca de su cabaña y un murmullo de voces apagadas. Los pasos se alejaron; y luego, al cabo de unos diez minutos, oyó un disparo, un grito ronco, y pasos precipitados alejándose á lo largo de su cabaña. Quedóse en la cama, resuelto á no salir, pues temía que esto era solamente una treta de los ladrones para inducirle á abrir su puerta. Pero pronto oyó fuera un tumulto de gritos como de personas que persiguen á alguien, y saltó fuera de la cama, salió corriendo á medio vestir y se juntó á los perseguidores.

Ahora bien; he aquí lo sucedido durante los diez minutos que había permanecido escuchando en la cama: Los ladrones habían pasado furtivamente á lo largo de su cabaña, como había oído el señor S., y habían seguido adelante hasta el restaurant propiedad del español. Miraron dentro del mostrador, y por los intersticios de la madera vieron á López que contaba el dinero que había recaudado durante el día. El mostrador estaba cerrado; pero los hombres llamaron á la puerta para que se les dejase entrar. Preguntó López qué deseaban, y le respondieron que deseaban entrar para beber algo. Después de vacilar un poco, al fin López abrió la puerta y los hombres entraron. Pidieron licores, y mientras López alcanzaba una botella, uno de los ladrones, llamado Brooke, metió mano en el dinero que estaba en el cajón abierto. El posadero vió su acción, y agarrando instantáneamente una navaja española que tenía detrás del contador, dió un brinco hasta Brooke y

le tiró una puñalada tan furiosamente, que la navaja le desgarró el abdomen. Con un grito de rabia Brooke sacó su revólver é instantáneamente atravesó de un balazo la cabeza de López, que cayó muerto sin exhalar un gemido.

Entretanto los otros ladrones habían apelado á la fuga, y aun Brooke, sosteniendo la herida con su mano, se alejó de la casa por la calle de tiendas, cruzó el coto y se internó en la selva. Pero la alarma contra el criminal había sido oída; los mineros se precipitaban fuera de sus tiendas, y antes que el asesino pudiese estar al abrigo de la selva, ya una docena de hombres le iban al alcance. Hacía luna llena y pudieron verle proseguir su camino evitando los troncos de los árboles y corriendo á toda prisa, á pesar de su espantosa herida. Entre los perseguidores que más de cerca le seguían, había un soldado de caballería y un hombrecillo activo que vive ahora en Mallorca. Acercábanse más y más á Brooke, que se volvía de tiempo en tiempo para espiar si se adelantaban. El de caballería se le iba acercando velozmente; pero cuando le tuvo á quince varas detrás de él, volvióse Brooke, le apuntó su revólver y le disparó con la mayor sangre fría. La puntería fué demasiado justa: el soldado cayó muerto, con el corazón atravesado por la bala. En seguida que hubo hecho su disparo, Brooke volvióse para huir; pero la raíz de un árbol que salía detrás le hizo caer, y el hombrecillo que seguía de cerca al soldado de caballería se le arrojó encima en un momento, sujetándole en el

suelo con su rodilla apoyada sobre el cuerpo del criminal. Brooke forcejeó para volverse á medias, apuntó el revólver contra su apresador é hizo fuego. ¡ El tiro no salió! Dice mi amigo que no olvidará nunca la mirada que le echó el bandido cuando su pistola falló el tiro. Pasaron algunos minutos, que parecieron horas, y al fin llegaron los socorros y el asesino fué sujetado. El número de mineros encolerizados aumentaba rápidamente en tropel. Al principio quisieron ahorear á Brooke en el árbol más próximo; pero los consejos moderados prevalecieron, y al fin acordaron volverlo á Havelock é ir por un médico.

Cuando la multitud estuvo de vuelta en Havelock, estalló su furia. Determinaron arrasar las tiendas de los ladrones y las tabernas que les habían albergado. ¡ Qué escena salvaje debió desarrollarse! Dos ó tres mil hombres derribando tiendas y cabañas, haciendo añicos la loza y los muebles, destrozando camas y arrasando madrigueras de infamia! Cuando el doctor Laidman, el médico que se había ido á buscar á Maryborough, llegó para asistir al moribundo, vió una nube de cosas blancas en el aire y no pudo distinguir de qué se trataba. Esas cosas que volaban por allí resultaron ser las plumas de los numerosos colchones que los mineros habían despedido. Los mineros estaban justamente indignados y resueltos á hacer un *barrido completo* antes de levantar mano de la obra. Y no sólo arrancaron de raíz enteramente y destruyeron las madrigueras de los ladrones, las tabernas y los

centros de mala fama, sino que persiguieron, tal como suena, hasta el interior de la selva á sus propietarios é inquilinos.

He de contaros ahora el fin del asesino. Fué conducido al rústico teatro de la población y depositado sobre las tablas en medio de sus dos víctimas, el cadáver de López á un lado y el cadáver del soldado de caballería al otro. Cuando llegó el doctor examinó á Brooke y le dijo que trataría de conservarle vivo, para que se hiciese justicia. Y el doctor hizo lo que pudo. Pero la herida del español era terrible y mortal. Brooke murió á la media hora de haber llegado el doctor. El asesino llegó hasta el fin sin arrepentirse, y sólo abrió la boca para proferir una blasfemia. Tal fué el horrible fin de esta tragedia de las minas.

Sin embargo, los casos como éste ocurren raramente. Tan pronto como se establece un coto minero, una policía regular se dedica á conservar el orden, y el gobierno local se organiza al poco tiempo. Teníamos ocasión muy á menudo de ir á caballo á Maryborough llevando oro encima; pero aunque éramos bien conocidos en el lugar y podía adivinarse nuestro mensaje, nunca fuimos molestados ni ciertamente tuvimos la más ligera sospecha de peligro. Es verdad que en el Banco teníamos de ordinario un revólver cargado en el cajón y al alcance de la mano, para el caso de que fuese necesario; pero nunca tuvimos ocasión de usarlo.

Hace algunos años, sin embargo, hubo en pleno

día, en un Banco de Collingwood, suburbio de Melbourne, una verdadera tentativa de robo que fué muy valerosamente rechazada. El Banco se hallaba situado en una parte muy frecuentada de la población, por donde iba y venía gente sin cesar. Un día entraron dos hombres durante las horas de despacho. Uno de ellos cerró la puerta cautamente, y el otro, abalanzándose al mostrador, apuntó con la pistola á la cabeza del contador, que se encontraba detrás. Sin intimidarse, saltó el joven por encima del mostrador, llamó en su ayuda al director en alta voz, y cogió por el cuello al rufián, cuya pistola se disparó al agacharse. Salió el director precipitadamente de su cuarto y agarró al otro bandido. Ambos ladrones eran hombres robustos y esforzados, pero luchaban sin el valor de la honradez. La pelea fué larga y desesperada, hasta que al fin acudió gente y los dos fueron sujetados. Un regalo en plata labrada fué entregado á los dos oficiales que tan valerosamente habían cumplido su deber, y todavía continúan al servicio del mismo Banco.

Contrastando directamente con este caso puedo mencionar un suceso muy misterioso ocurrido en un Banco del interior, situado en un distrito de minas de cuarzo. He de advertir primeramente que el edificio del Banco está situado en una calle con casas á uno y otro lado, y que todo ruido promovido dentro debía ser fácilmente oído por los vecinos. Sólo un compañero joven estaba encargado de la oficina. El director de una sucursal cercana iba á recoger semanalmente el

sobrante de caja y el oro comprado durante la semana. Cuando, un día, el joven empleado notificó que había sido « *stuck up* », que, según frase de la colonia, significa ser robado. Dijo que una noche, cuando iba á entrar en el Banco, donde dormía, en el momento preciso en que estaba poniendo la llave en la cerradura, un hombre se le había echado encima, y aplicándole una pistola á la cabeza le pidió la llave de la caja. Se la dió, le enseñó dónde estaban guardados el oro y los billetes, y en una palabra, orientó al ladrón para llevar á feliz término un razonable desvalijamiento. El hombre, cualquiera que fuese, se llevó consigo todo el dinero. El Banco creyó de su deber proceder contra el pasante como autor del robo. Pero las pruebas fueron insuficientes y el veredicto le declaró « no culpable ».

Un día tuvimos alguna alarma en Mallorca por haber recibido una carta de nuestro director en Maryborough, informándonos de que un gran número de individuos de mala fama pululaban y operaban en el país, y advirtiéndonos para que estuviésemos especialmente sobre aviso. Se nos ordenó que descargásemos con frecuencia nuestras armas de fuego y que las tuviésemos en buen estado á fin de que, en el caso de necesitarlas, no fallasen el tiro. También teníamos que avisar por adelantado cuando pidiésemos billetes de Maryborough, para que el mensajero encargado de traerlos pudiese ser acompañado por una escolta conveniente, esto es, por un soldado de caballería.

Todo esto era ciertamente alarmante, y nosotros nos preparamos para lo que pudiese ocurrir.

Pocas noches después estábamos sentados dentro del mirador, cuando oímos fuertes gritos de « ¡ Al ladrón ! » ; Por lo visto, los cacos estaban ya en la ciudad ! Dimos un salto, y mirando por un ángulo de la casa vimos correr dos hombres tanto como podían, seguidos á cierta distancia por otro que gritaba frenéticamente : « ¡ Al ladrón ! » Inmediatamente salimos en persecución de los supuestos ladrones. Pronto alcanzamos al hombre que había sido robado, el cual estaba blasfemando de la manera más horrible. Esto nos pasmó tanto más cuando reconocimos en él á uno de los más piadosos wesleyanos de la población. Pero pronto le dejamos atrás y ya íbamos al alcance de los ladrones que al principio supusimos serían chinos. Cuando llegábamos cerca de ellos, paráronse en seco, dieron media vuelta y soltaron el trapo á reír. ¡ Seguramente se trataba de alguna equivocación ! En los *ladrones* reconocimos al hijo del viejo señor que acabábamos de dejar atrás, y á uno de sus compañeros, que habían fingido robarle las gallinas, como lo hubiese podido hacer un chino, siendo así que realmente no se habían llevado nada. En fin, nosotros y nuestro respetable amigo wesleyano habíamos sido víctimas de un pego.

La única tentativa de fraude llevada á cabo contra nuestro Banco mientras viví en Mallorca, fué un hurto sin violencia. Acabábamos de ser puestos en comunicación telegráfica con las otras

poblaciones de la colonia. La inauguración del telégrafo fué celebrada, como de costumbre, por el Ayuntamiento, con brindis de champaña. Poco tiempo antes, un obrero que tenía dinero depositado en nuestro Banco, nos había dicho, lleno de confusión, que le habían robado sus recibos. Se tomó nota. Luego vino de Ballarat un telegrama diciendo que había sido presentado al pago un recibo de nuestra sucursal y preguntando si estaba en regla. Contestamos vivamente ordenando que el hombre fuese detenido. En consecuencia fué preso, entregado á la policía y enviado á Newstead, donde había sido robado el recibo. Newstead está lejos de Mallorca; pero nuestro director fué llevado en coche de dos caballos á prestar su declaración. Resultó que el vestido de nuestro cliente con el recibo en el bolsillo había sido hurtado durante el trabajo. Demostróse que el ladrón había estado merodeando por el lugar, y el resultado fué que se le procesó, juzgó y condenó. Por esto veréis que somos bastante ingeniosos aquí y que no le vamos muy en zaga á la vieja Inglaterra, después de todo.

CAPÍTULO XVI

POBLACIONES DE LOS ALREDEDORES

Visita á Ballarat. — Viaje en coche. — Ballarat fundada sobre oro. — Descripción de la ciudad. — El *corner* de Ballarat. — El zapatero especulador. — Brigadas de incendios. — Viaje de vuelta. — Los *crab-holes*. — El baile de Talbot. — La fiesta de Talbot. — Las carreras de Avoca. — La salida del sol en la selva.

Una de las más interesantes excursiones que hice durante mi residencia en Mallorca fué la visita á Ballarat, la capital minera de la colonia, llamada á veces la Manchester de Victoria. La época de mi visita no era de las más á propósito, pues fué poco después de copiosas lluvias que dejaron los caminos en estado intransitable. Voy á describiros mi viaje.

Tres de nosotros habíamos alquilado un calesín de un caballo para llevarnos hasta Clunes, que se encuentra en el camino. La carga era excesiva para el caballo; pero, á fin de aliviarle todo lo posible, bajábamos por turno uno después de otro. En Clunes me separé de mis compañeros, que determinaron llevarse el calesín hasta Ballarat. Pensé que era preferible esperar el coche de la tarde, y después de haber sido hospitalaria-

poblaciones de la colonia. La inauguración del telégrafo fué celebrada, como de costumbre, por el Ayuntamiento, con brindis de champaña. Poco tiempo antes, un obrero que tenía dinero depositado en nuestro Banco, nos había dicho, lleno de confusión, que le habían robado sus recibos. Se tomó nota. Luego vino de Ballarat un telegrama diciendo que había sido presentado al pago un recibo de nuestra sucursal y preguntando si estaba en regla. Contestamos vivamente ordenando que el hombre fuese detenido. En consecuencia fué preso, entregado á la policía y enviado á Newstead, donde había sido robado el recibo. Newstead está lejos de Mallorca; pero nuestro director fué llevado en coche de dos caballos á prestar su declaración. Resultó que el vestido de nuestro cliente con el recibo en el bolsillo había sido hurtado durante el trabajo. Demostróse que el ladrón había estado merodeando por el lugar, y el resultado fué que se le procesó, juzgó y condenó. Por esto veréis que somos bastante ingeniosos aquí y que no le vamos muy en zaga á la vieja Inglaterra, después de todo.

CAPÍTULO XVI

POBLACIONES DE LOS ALREDEDORES

Visita á Ballarat. — Viaje en coche. — Ballarat fundada sobre oro. — Descripción de la ciudad. — El *corner* de Ballarat. — El zapatero especulador. — Brigadas de incendios. — Viaje de vuelta. — Los *crab-holes*. — El baile de Talbot. — La fiesta de Talbot. — Las carreras de Avoca. — La salida del sol en la selva.

Una de las más interesantes excursiones que hice durante mi residencia en Mallorca fué la visita á Ballarat, la capital minera de la colonia, llamada á veces la Manchester de Victoria. La época de mi visita no era de las más á propósito, pues fué poco después de copiosas lluvias que dejaron los caminos en estado intransitable. Voy á describiros mi viaje.

Tres de nosotros habíamos alquilado un calesín de un caballo para llevarnos hasta Clunes, que se encuentra en el camino. La carga era excesiva para el caballo; pero, á fin de aliviarle todo lo posible, bajábamos por turno uno después de otro. En Clunes me separé de mis compañeros, que determinaron llevarse el calesín hasta Ballarat. Pensé que era preferible esperar el coche de la tarde, y después de haber sido hospitalaria-

mente invitado á comer por el director de nuestra sucursal en Clunes, tomé asiento en el coche de Ballarat.

No habíamos andado más de una milla cuando acabó la carretera de piso fuerte y entramos en el *Abismo de la Desesperación*, nombre que se daba á la carretera, si bien no pasaba de ser un camino profundo y cenagoso, que daba la vuelta á una escarpada altura. Todos los pasajeros descendimos y subimos la cuesta á pie. A lo lejos vimos un calesín encallado. Ya había presentado la suerte de mis compañeros que habían pasado delante, y para no compartirla tomé asiento en el coche. Pero también nosotros encontrábamos dificultades no mucho menores. Cuando alcanzamos el calesín, le encontramos completamente hundido en el lodo, en uno de los peores trechos de la carretera, con los arrees rotos. Pasé por debajo de la cerca de la hacienda por la que iban andando los pasajeros del coche, pues era imposible andar por la carretera, y la atravesé para llegar á donde estaban encallados mis anteriores compañeros. Estaban hundidos casi hasta las rodillas en el lodo, tratando de reparar los arrees rotos. Lo cierto es que se encontraban en lastimoso estado.

En lo alto de la montaña volvimos á subir en el coche y seguimos muy bien como unas tres millas, hasta que llegamos á otro mal paso de la carretera. Nos separamos de ella por completo y continuamos por un campo de al lado, costeano el camino y alcanzándolo de nuevo un poco más

abajo. La tierra me pareció muy húmeda, y en efecto lo era. Pues no habíamos adelantado mucho, cuando el coche dió un tumbo y las ruedas se hundieron hasta el eje en un profundo bache. Todas las manos se pusieron entonces á la obra para ayudar á sacar el coche del lodo, en tanto que el mayoral arreaba sus caballos con gritos y chasquidos de su larga fusta. Pero todo era en vano. Los dos caballos de varas estaban completamente exhaustos y sus esfuerzos sólo servían para hundirlos más en el lodo. Luego se quitaron las guarniciones á los caballos, y los tres más fuertes fueron aparejados en línea para que los delanteros tuviesen terreno más firme en que apoyarse. Pero también fué inútil. Los caballos no pudieron, finalmente, arrancar el vehículo hasta que se hubo apartado el lodo que rodeaba las ruedas y hubieron los pasajeros levantado en peso las ruedas traseras y el coche mismo. Todos quedamos entonces en un lamentable estado, calados y cubiertos de lodo, pues se había puesto á llover de firme.

Poco después llegamos al parador, que está á la mitad del camino, y cambiamos los caballos. Luego marchamos á buen paso. Pero de vez en cuando el mayoral gritaba: « ¡Interior, alerta! », y en seguida venía el bandazo seguido de una sacudida y un salto combinados, y os sentíais arrojado sobre vuestro vecino ó éste se os venía encima. Al fin, después de un viaje muy incómodo, llegamos á las afueras de una gran población, y pocos minutos más tarde nos encontramos sanos y salvos, pero bien traqueteados, en Ballarat.

No estoy fuerte en estadísticas de la colonia y no puedo decir la población ó el número de casas habitadas que hay en Ballarat (1). Pero es una plaza inmensa, que en la colonia sólo cede en importancia á Melbourne. Aun siendo tan grande, Ballarat tuvo su origen en una irrupción, como la mayor parte de las poblaciones del interior. Fué en Septiembre de 1851 cuando un herrero de Buningong, llamado Hiscocks, que había andado largo tiempo en busca del oro, siguiendo un torrente entre montañas hacia el norte, llegó al rico yacimiento que bien pronto fué conocido con el nombre de Minas de Ballarat. Cuando se divulgó el rumor del descubrimiento, hubo una gran irrupción de gente en el lugar, con los naturales desórdenes; pero poco á poco se estableció el orden y Ballarat fué fundado. Todo el suelo de la población resultó que contenía más ó menos oro. Se encontraba en las montañas, en las llanuras, en las corrientes de agua, y especialmente en las pequeñas venas de tierra azul situadas casi encima de la llamada *tierra de pipa*. El oro parecía completamente puro y se encontró en rodillos ó guijarros irregulares de diversos tamaños, que pesaban de un cuarto á la mitad de una onza, incorporado á veces con redondas guijas de cuarzo, que parecen haber sido su ganga original.

Al principio, las excavaciones fueron en su mayor parte en busca de los aluviones; pero

(1) La población, en 1857, tenía 4.971 habitantes; en 1861, 21.104, y ahora tiene aproximadamente 50.000.

cuando llegaron hábiles mineros de Inglaterra, se empezaron operaciones en mucha mayor escala, hasta que ahora se prosiguen con un sistema regular por medio de costosa maquinaria y un trabajo perfectamente organizado. Para dar una idea de la extensión de las operaciones, puedo mencionar una Compañía, el *Grupo de la Esperanza*, que ha instalado máquinas por valor de 70.000 libras. El pozo principal, de donde parten las diversas labores, tiene una profundidad de 420 pies, y 350 hombres están empleados dentro y fuera de la mina. He de mencionar también que los trabajos más profundos han conducido á los más ricos yacimientos de oro. Esta Compañía, en un período relativamente corto, ha sacado oro por más de medio millón de libras esterlinas.

La cantidad producida por las minas de Ballarat, desde el descubrimiento del oro en Septiembre de 1851 á fines de 1866, ha sido apreciada en ciento treinta millones de libras.

La mañana siguiente al día de mi llegada en Ballarat, la emplee en recorrer la ciudad. Quedé verdaderamente sorprendido al ver las lindas calles, las grandes construcciones y la multitud de gente que paseaba á lo largo de las anchas aceras. Quizás mi sorpresa fué mayor por la circunstancia de hacer cerca de quince meses que no había estado en una gran ciudad; y después de Mallorca, Ballarat me pareció como una gran capital. Después de haber vagado por las calles durante media hora, eché una ojeada en el interior del palacio de justicia, donde se juzgaba un

caso de embriaguez poco interesante. Entré luego en un gran edificio que había al lado, el cual resultó ser la Biblioteca pública. La cómoda sala de lectura estaba bien provista de libros, ilustraciones y diarios, y allí pasé el rato durante una hora, leyendo un libro nuevo. Sobre la chimenea de esta anchurosa sala está colgado un cuadro al óleo representando al príncipe Alfredo y á sus compañeros despues de la visita que hicieron á una de las minas de Ballarat. Esta provisión de excelentes salas de lectura, libres y abiertas á todo el mundo, me parece un rasgo admirable de las ciudades de Victoria. Son la mejor clase de complemento de las escuelas ordinarias, y proporcionan un saludable refugio para todos los hombres juiciosos, contra la tentación de la taberna. Junto á la Biblioteca pública hay también el Instituto de Artes y Oficios, en la calle de Sturt, bonito edificio provisto asimismo de una copiosa biblioteca y de todos los últimos diarios ingleses, donde el forastero es admitido libremente.

Los rasgos de la ciudad que más me llamaron la atención en el transcurso del día fueron éstos. Primeramente, la calle de Sturt, hermosa y ancha calle, que mide tres cadenas de agrimensor de parte á parte. En ambos lados hay grandes y bonitos comercios, y en medio, por toda la extensión de la calle, corre una ancha hilera de jardines con grandes árboles y bien cultivados bancales de flores. Tiene los Bancos principales, de los que pude contar nueve, espléndidos edificios de piedra todos ellos, siendo quizás el más bello,

desde el punto de vista arquitectónico, el Banco de Londres, levantado sobre cimientos de piedra azul. Junto al Banco está el famoso *Corner*. Lo que la Bolsa en París, *Wall Street* en Nueva York y el *Exchange* en Londres, es el *Corner* en Ballarat. Bajot el mirador del hotel del Unicornio, y junto á las casas de cambio, hay un continuo enjambre de especuladores, directores de Compañías y mineros, que forman grupos en los alrededores, como otros tantos círculos de apostadores en un hipódromo. Allí se originan todas las estafas mineras. Se enseñan muestra de cuarzo aurífero, se compran y venden acciones, se examinan nuevos proyectos y se hacen revivir otros antiguos. Muchas fortunas han sido perdidas y ganadas en este trozo de calle.

En Ballarat un hombre vale otro hombre. Hasta el aprendiz de panadero corre el albur de hacerse rico, en tanto que el hinchado corredor que mangonea en minas, puede ser en pocos días reducido á la indigencia. Como uno de los muchos ejemplos de hombres que súbitamente se hicieron ricos por medio de la especulación, voy á mencionar el siguiente: Hace poco tiempo que un zapatero remendón de Ballarat recibió un regalo de veinte cédulas de una Compañía tan mal reputada, que sus acciones habían llegado á ser invendibles. El zapatero no sabía nada de la mina, pero guardo las cédulas. Y no sólo hizo eso, sino que compró más á uno ó dos chelines cada una, y fué acumulándolas hasta tener, á fines del año, cédulas reunidas en cantidad de dos ó trescientos.

tas. Al fin, oyó decir que se había encontrado oro. Fué al Banco, depositó sus acciones certificadas y tomó sobre ellas todo el dinero que le quisieron prestar. Compró más acciones. Esas triplicaron en valor. El zapatero aguantó firme. Volvieron á triplicar. Y en fin, cuando el oro se sacaba casi á paletadas y se desarrolló una verdadera locura por las acciones, vendiolas el zapatero á 250 libras cada una y quedó rico. Creo que la mina fué la *Sir William Don*, una de las más prósperas de Ballarat, que repartía ahora dividendos de unas dos libras cada mes y por acción, ó sea una renta de 500 por 100 sobre el capital desembolsado.

Pero volvamos á mi descripción de Ballarat. La ciudad se halla situada en un valle entre dos laderas y se extiende por ambos lados hasta la cumbre. Cada punta está coronada por una elevada torre construída por las brigadas de incendios del Este y del Oeste. Esas torres dominan toda la población y están ocupadas constantemente por bomberos que dan al momento la señal de alarma en cuanto estalla un incendio. Aquí dice la gente que la brigada de incendios de Ballarat es la mejor del hemisferio Sur, aunque todas las bombas son manejadas por voluntarios. Y un incendio debe ser asunto grave en Ballarat, donde tantos edificios, así habitaciones particulares como comercios, son construídos enteramente de madera. Además hay muchas calles entarugadas.

Por la tarde remonté la colina del oeste, desde la cual gocé del hermoso espectáculo de la ciudad á vista de pájaro. Las grandes y anchurosas calles,

que se cortan en ángulo recto unas á otras, parecían bien alineadas, limpias y bonitas. Lo que parecía más extraño era el jactancioso resoplido de las máquinas sobre las explotaciones, echando al aire sus blancos penachos de humo. Si no fuese por la anchura de las calles y la limpieza de la población, casi hubiera podido tomarse Ballarat por una ciudad manufacturera del Yorkshire, ¡aunque esas no tienen jardines de flores en el centro de sus calles!

Por la noche fuí á la ópera, pues Ballarat tiene un teatro de la ópera. Ponían el *Faust* y fué representado por la compañía de Lyster y Smith, de Melbourne. Los cantantes lo hicieron lo mejor que sabían; pero no puedo decir que sean todavía muy fuertes en ópera los de las Antípodas.

Después de recorrer por completo Ballarat, emprendí mi viaje de vuelta á Mallorca. Hubo el mismo traqueteo de la otra vez; pero ahora el coche no se hundió en el lodo. Al llegar á Clunes resolví ir á pie á Mallorca directamente, á través de la llanura, en vez de dar el rodeo que hace la carretera. No siempre el camino recto es el más corto, según me lo demostró mi experiencia en esta ocasión. Apenas me había internado en la llanura, cuando me encontré en medio de una serie de *crab-holes*. Son depresiones irregulares, que tendrán una vara de parte á parte, formadas por el agua que se escurre por el suelo durante las inundaciones, y que estaban llenas en aquellos momentos. Fué un aburrido y difícil trabajo abrirse camino por entre ellos, pues parecían jun-

tarse unos con otros, y á menudo tuve que dar un rodeo considerable para dar la vuelta á los peores. Ese terreno de *crab-holes* continuaba durante unas cuatro millas, pasadas las cuales me encontré en la selva, orientándome por las cadenas de montañas y tomando como señales delante de mí el monte Greenock y el monte Glasgow. Como no soy hábil para andar por la selva, spongo que me aparté varias millas de mi camino. Sin embargo, en fuerza de andar á buen paso logré hacer las diez y seis millas en unas cuatro horas; pero si tengo ocasión de volver á pie desde Clunes, tendré cuidado de tomar la desviada carretera, renunciando á hacer el viaje en *zigzag* alrededor de los *crab-holes* y á través de la selva.

Entre las otras poblaciones cercanas que visité están Talbot, que dista unas siete millas, y Avoca, que dista unas veinte. Una de las ocasiones de mi ida á Talbot fué para asistir á un baile que allí se daba, y la otra concurrir á una gran fiesta á beneficio del hospital de Amherst. Talbot da su nombre al condado, aunque no sea la población mayor del mismo. El pueblo es bonito y aseado y contiene algunos buenos edificios de piedra y de ladrillo. Consta de una calle principal, con varios pequeños ramales.

El baile fué muy parecido á los de nuestro país, si bien un poco más abigarrado. Había señoritas muy lindas y vestidas con gusto, algunas de ellas con trajes *mandados hacer en Londres*, en tanto que ciertas señoras mayores estaban espléndidas, sí, pero extravagantes. Una señora anciana, con

traje de moza, llevaba un enorme broche de oro, bastante grande para contener los retratos de varias familias. Quedé pasmado al enterarme de la distancia que algunas señoras y caballeros habían recorrido para asistir al baile. Algunos han hecho en coche por la selva veinte y hasta treinta millas; pero aquí la distancia no se tiene en cuenta, especialmente cuando hay probabilidad de encontrar gente reunida. El baile se dió en el salón de los *Amigos Extravagantes*, que es una gran pieza cuadrada. Uno de los extremos se aisló para *buffet*, y encima del biombo se puso en grandes letras este pareado del *Childe Harold*:

Se espera en claro el día cuando la juventud y el placer
Se juntan para perseguir las ardientes horas con voladores
[pies.

Y á decir verdad, así los jóvenes como las señoritas presentes hicieron honor al texto. Hasta el alba se prolongó la danza, y nosotros volvimos á Mallorca cuando salía el sol; pero no olvidéis que eso era en verano, durante el mes de Noviembre, cuando el sol sale muy temprano.

Un pequeño incidente que tuvo su origen en este baile, puede servir de ilustración á la libertad relativa de costumbres del país. Una linda señorita con quien bailé, me preguntó si quería trabar grande amistad con ella. — ¡Oh! sí, ciertamente! — Y fuimos grandes amigos en seguida. Quizás había sentido piedad por el joven forastero que estaba tan lejos de su casa. Me preguntó si era

aficionado á montar. — Muy aficionado. — Entonces yo vendré á Mallorca, preguntaré por usted, y daremos un paseo, á caballo, juntos por la selva. — Añadió que estuviese dispuesto y que preparase algunos bombones para ella, pues le gustaban mucho. Pensé que esto sería una bromita de salón de baile; pero juzgad de mi sorpresa cuando al día siguiente, por la tarde, apareció á caballo la señorita á la puerta del Banco, y me invitó á cumplir mi promesa, á lo cual accedí, sin olvidar los dulces.

La fiesta anual, que se celebra el día del cumpleaños del príncipe de Gales, que en Victoria se conserva como fiesta pública, es un gran acontecimiento en Talbot. La fiesta de este año se dió á beneficio del hospital de Amherst, una valiosa institución local. Toda la población de los alrededores se reunió en Talbot para asistir á la fiesta. Empezó á medio día con una gran procesión que recorre la ciudad. Trataré de daros una idea del espectáculo. Primero pasan los lanceros de caballería de Clunes, 150 jinetes con brillantes uniformes de blanco y azul y otras tantas banderolas de los mismos colores que flotan en lo alto de sus lanzas. Vienen luego filas de socios de los Montepíos de socorros mutuos, con sus lucidas fajas y presididos por sus estandartes. Luego, una banda de música. El escuadrón 42 de lanceros de Talbot aparece en un recodo de la calle, reluciente de blanco y escarlata. Sigue luego un cuadro cómico, una señora y un caballero del país de Gales montados á pelo en un jaquito. Viene

detrás una pareja irlandesa también montada. Luego aparece un escocés tocando la gaita en un vehículo tal como no hayan visto otro semejante en las montañas de Escocia. Sigue un gran bote descubierto montado en un carro; está lleno de niños marineros vestidos de blanco y azul. Este bote es una copia del *Cerberus*, navío de torres que Mr. Reed construye en Inglaterra para la defensa de Puerto Felipe. Un viejo salado, con su larga cabellera blanca, desempeña el papel de almirante. Con su sombrero armado, su casaca azul de almirante y sus pantalones blancos, agita frenéticamente la espada y da la orden de mando para rechazar el abordaje; y á todo esto los dos pequeños cañones del bote disparan constantemente, vuelven á cargarse y disparan de nuevo. Pasada esta bulliciosa exhibición aparece un trofeo representando la caza australiana. Un cazador vestido de verde, tocando su cuerno, está en pie en medio de algunos matorrales y detiene una hermosa jauría de perros cazadores; en torno suyo yacen canguros muertos y otros animales australianos. Luego siguen más lanceros. Después de esto, viene un inmenso carro de dos pisos con toda suerte de personajes extravagantes: un payso, con su *Aquí nos tienen ustedes*, haciendo travesuras á dos chinos apacibles, un precioso niño ó niña coqueteando con un mago; dragones que muerden; pajarracos extraños chillando roncamente; tres osos, uno de los cuales toca el violín, si bien los aires que toca se pierden en el tumulto de la bulla y de las bandas. Una señora

del tiempo de Isabel, con mangas espléndidas, sigue á caballo. Vienen luego caballeros armados, uno de ellos con una zorra mochilera disecada, enredada en la cima de su yelmo. Otra banda. Después llegan los solemnes hermanos de la Orden de los Druidas con blancas túnicas, cabezas calvas y barbas grises. Sigue sus pasos una compañía de deshollinadores, asistida por un mono muy activo. Ahora aparece un doctor de la India, fumando su larga pipa en su carro tirado por un toro brahmánico. Otra banda, y cierra la cabalgata más caballería. Había siete buenas bandas en la procesión; tardando veinte minutos en pasar por delante del hotel, donde yo estaba en un balcón. He visto en Londres la comitiva del Lord Corregidor; pero he de confesar que la procesión de Talbot la deja tamañita.

Después de la procesión, todo el mundo se dirigió al hipódromo, donde había de tener lugar la colecta para el hospital. La entrada costaba diez y ocho peniques; una cantidad respetable para los obreros, á pesar de lo cual todos fueron allí. Había la barraca de un Richardson aficionado, una tienda de mago, divertidos payasos toda suerte de pasatiempos de pago. Por encima de todo había el bazar presidido por las damas de Talbot, que acertaban á vender una gran cantidad de cosas inútiles á los precios exorbitantes que son de costumbre en tales casos. Había también una holgada plataforma con cubierta de lona para bailar, la cual fué muy frecuentada. Lo más popular fueron quizás los puestos de refrescos,

donde los taberneros vendían licores á discreción, pero con los precios usuales aumentados á beneficio del hospital; y los miembros de las sociedades de templanza, para no ser menos, arreglaron una casa de té, muy confortable. En suma, todos los acostumbrados expedientes para sacar dinero fueron hábilmente explotados, y el resultado fué que en la caja del hospital entraron de 1.400 á 1.500 libras, de las cuales unas 500 procedían del bazar presidido por las damas. Lo menos había 5.000 personas en el mercado, si bien yo creo que los periódicos dieron una cifra mucho más elevada.

Las carreras de Avoca no son diferentes de las carreras que se verifican en Inglaterra. Por aquí, todas las poblaciones tienen sus carreras, hasta Mallorca. El hipódromo de Carrisbrook, á unas cuatro millas de nuestro pueblo, se considera que es de los mejores de la colonia. Sin embargo, Avoca es una población mayor, y sus carreras atraen mucho más gentío. Se habían de andar veinte millas para ir, ya por la carretera, ya por los senderos de la selva. El suelo estaba perfectamente seco, pues hacía algún tiempo que no había llovido por allí; y como el viento nos venía de cara, levantaba nubes de polvo detrás de nosotros. La población me pareció grande y bien edificada. Lo que me chocó especialmente fué la enorme anchura de la calle Mayor, que medía á lo menos tres cadenas de parte á parte. Las casas de ambos lados del arroyo estaban tan apartadas de las de enfrente, que hubieran podido pertenecer á

poblaciones distintas. La razón que me dieron de esa gran anchura de la calle, fué que el gobierno había reservado este espacio despejado porque la calle principal de Avcca forma parte de la carretera de Adelaida, que con el tiempo puede llegar á ser muy importante y muy frecuentada. Uno de los edificios más hermosos de la población es un espléndido hotel de piedra y ladrillo, provisto de sala de baile, salas de billares y otras por el estilo. Es en un todo el establecimiento mejor en su clase que he visto en el interior. Hacemos alto aquí y nos agregamos á la multitud de curiosos reunidos bajo la marquesina. Jóvenes petimetres se presentan en traje de verano á la última moda, con traje corto, sombrero blanco y velos azules de tul, lo mismo que en Epsom el día del Derby. Hay también groseros coloniales que vienen evidentemente para darse un buen día, y que están ya dispuestos á beber aguardiente frío y agua á discreción. Arriba y abajo de la calle pasan coches y ómnibus en busca de pasajeros para el hipódromo, distante unas dos millas de la población.

Allí encontramos la misma clase de pasatiempos dispuestos para el público, que en nuestro país en casos semejantes. La pista tiene como una milla y media de extensión, con el terreno bien preparado. Allí está el recinto del *pesage* que tanto interés inspira á los inteligentes; y allí están los acostumbrados puestos para la venta de refrigerios, y especialmente bebidas. Delante de la gran tribuna me enseñan los apostadores de

Melbourne, grupo de gentes de aspecto rudo y áspero, vestidos con trajes de *Tweed* y corbatas llamativas, luciendo sortijas de diamantes. Uno de ellos, legañoso, alto, fuerte, con espesas patillas negras, iba voceando su *dos contra uno* á favor de tal ó cual caballo, y era un sujeto de mala catadura que me describieron como uno de los mayores pillastrenes de Victoria. Otro de los apostadores me dijeron que había sido revisor en los ferrocarriles del Sureste hacía unos diez años. No hace falta describir las carreras: fueron como la mayoría de las otras. Hubo carreras lisas y carreras de obstáculos. Seis caballos corrieron por el premio del distrito. Cuatro de ellos llegaron juntos á la meta. La carrera sólo se ganó por una cabeza de caballo.

Mi compañero quedóse en el hipódromo hasta demasiado tarde para que pudiésemos volver á Mallorca antes de cerrar la noche. Como la luna no salía hasta la madrugada, era necesario esperar esa hora, si no queríamos correr el riesgo de pasar la noche en la selva. Tratamos de encontrar cama en el hotel, pero fué en vano. Todas las camas y sofás de Avoca estaban ocupados. Hasta las mesas de billar estaban comprometidas para la noche.

En el preciso momento de salir la luna, emprendimos nuestro viaje de vuelta á Mallorca. Estaba en el cuarto creciente y no daba bastante luz para permitirnos ver bien distintamente nuestro camino, por lo cual marchábamos cautamente al principio. Mientras guiaba mi compañero, apro-

veché la oportunidad para echar un sueño. Cabezeaba y me adormecía á ratos, hasta que me desperté súbitamente al ver una estrella grande y brillante que centelleaba ante mis ojos. La estrella bajaba más y más hacia el horizonte. Los rayos verdes y dorados de la aurora subían á encontrarla. La estrella estaba suspendida entre la creciente y pálida luz de abajo y el azul oscuro del firmamento arriba. Luego se fundió en el fuego de la aurora. La media luna proyectaba todavía nuestra sombra en el polvoriento camino. Pero no fué por mucho tiempo. La zona de luz amarillenta que apareció en el oriente creció con rapidez en extensión y claridad. La brillante punta del dios del día festoneó el horizonte, vino luego una explosión de luz, y el sol de la mañana, precursor del día, *vino danzando por Oriente*. Las copas de los árboles lejanos cubriáanse de oro en el silencio de la selva. Los árboles más próximos, que parecían fantasmas á la luz de la media luna, ahora se revisten de verde. El frío de la noche ha desaparecido. Estamos ya en pleno día. Cuando llegamos á Amherst, á ocho millas de Mallorca, buscamos con placer la sombra que nos defiende del ardiente sol. Una hora más tarde llegamos á nuestro destino y, después de tomar el baño y el desayuno, estamos dispuestos á emprender nuestras cotidianas ocupaciones.

CAPITULO XVII

CONCLUSIÓN DE LA VIDA MALLORQUINA

La vida inglesa en Victoria. — Llegada del correo de la metrópoli. — Noticias de la guerra franco-prusiana. — Los colonos alemanes en Mallorca. — El único francés. — Tes públicos en Mallorca. — La iglesia. — Los predicadores. — Las sociedades de templanza. — La escuela comunal. — Los católicos romanos. — Fiesta y pasatiempo para la escuela comunal. — El Instituto de Artes y Oficios. — Funerales del secretario del municipio. — Partida de Mallorca. — La colonia de Victoria.

El lector observará, por lo que llevo escrito, que la vida en Victoria es muy semejante á la de Inglaterra. La gente es la misma, las profesiones son las mismas, los mismos son los placeres y las aspiraciones, y aun podría decirse que las locuras y los vicios son los mismos también. Hay las mismas corporaciones religiosas, movimientos políticos y agencias sociales, las Sociedades de Templanza, los Institutos de Artes y Oficios, los Montepíos de socorros mutuos y otros por el estilo. Indudablemente, Victoria es únicamente otra Inglaterra, con la diferencia de estar en las Antípodas. El carácter, los hábitos de vida y el modo de pensar de la gente, son esencialmente ingleses.

veché la oportunidad para echar un sueño. Cabezeaba y me adormecía á ratos, hasta que me desperté súbitamente al ver una estrella grande y brillante que centelleaba ante mis ojos. La estrella bajaba más y más hacia el horizonte. Los rayos verdes y dorados de la aurora subían á encontrarla. La estrella estaba suspendida entre la creciente y pálida luz de abajo y el azul oscuro del firmamento arriba. Luego se fundió en el fuego de la aurora. La media luna proyectaba todavía nuestra sombra en el polvoriento camino. Pero no fué por mucho tiempo. La zona de luz amarillenta que apareció en el oriente creció con rapidez en extensión y claridad. La brillante punta del dios del día festoneó el horizonte, vino luego una explosión de luz, y el sol de la mañana, precursor del día, *vino danzando por Oriente*. Las copas de los árboles lejanos cubriáanse de oro en el silencio de la selva. Los árboles más próximos, que parecían fantasmas á la luz de la media luna, ahora se revisten de verde. El frío de la noche ha desaparecido. Estamos ya en pleno día. Cuando llegamos á Amherst, á ocho millas de Mallorca, buscamos con placer la sombra que nos defiende del ardiente sol. Una hora más tarde llegamos á nuestro destino y, después de tomar el baño y el desayuno, estamos dispuestos á emprender nuestras cotidianas ocupaciones.

CAPITULO XVII

CONCLUSIÓN DE LA VIDA MALLORQUINA

La vida inglesa en Victoria. — Llegada del correo de la metrópoli. — Noticias de la guerra franco-prusiana. — Los colonos alemanes en Mallorca. — El único francés. — Tes públicos en Mallorca. — La iglesia. — Los predicadores. — Las sociedades de templanza. — La escuela comunal. — Los católicos romanos. — Fiesta y pasatiempo para la escuela comunal. — El Instituto de Artes y Oficios. — Funerales del secretario del municipio. — Partida de Mallorca. — La colonia de Victoria.

El lector observará, por lo que llevo escrito, que la vida en Victoria es muy semejante á la de Inglaterra. La gente es la misma, las profesiones son las mismas, los mismos son los placeres y las aspiraciones, y aun podría decirse que las locuras y los vicios son los mismos también. Hay las mismas corporaciones religiosas, movimientos políticos y agencias sociales, las Sociedades de Templanza, los Institutos de Artes y Oficios, los Montepíos de socorros mutuos y otros por el estilo. Indudablemente, Victoria es únicamente otra Inglaterra, con la diferencia de estar en las Antípodas. El carácter, los hábitos de vida y el modo de pensar de la gente, son esencialmente ingleses.

Y si no, fijáos solamente en el interés con que es esperada la llegada del correo de Inglaterra, y reconoceréis la fuerza del lazo que sigue uniendo á la gente de la colonia con la vieja patria. En la casa de correos de Melbourne se iza una bandera para anunciar su llegada, y pronto la noticia se difunde por telégrafo por toda la colonia. Todas las casas de correos de provincias son invadidas por los que esperan cartas y periódicos. Yo, de mí sé decir que el día más animado de todo el mes era el de la llegada de mis cartas de familia, y que todo el mes precedente á la partida del correo escribía á intervalos.

La emoción fué intensa en toda la colonia cuando llegaron de Inglaterra las noticias de la derrota de los franceses delante de Metz. La primera noticia vino por la *Punta de Gales*, y luego, seis días más tarde, se supo por la vía de San Francisco el desastre de Sedán. La multitud invadió el despacho de periódicos de Talbot cuando se telegrafió la llegada del correo, y hubo de cerrarse la puerta para contenerla, hasta que el telegrama pudo componerse é imprimirse. Al principio no se creyeron las noticias, por lo extraordinarias é inesperadas; pero los alemanes de la población las aceptaron en seguida como ciertas y empezaron á festejarlas inmediatamente. También los irlandeses estaban muy excitados en Talbot, y deseaban tener una batalla, pero no sabían exactamente con quién.

Hay un número considerable de alemanes establecidos en la colonia, y son una especie de colo-

nos muy útiles é industriosos. La mayor parte son sobrios y fuertes para el trabajo. He de añadir también que contribuyen en no pequeño grado á la diversión del público. En Maryborough dan verdaderos conciertos. Aquí la única banda de la población está formada por colonos alemanes, y como es buena, se la solicita para todos los regocijos públicos. El mayor número de alemanes vive en el arroyo de Mac Cullom, como á una milla de distancia, donde han constituido recientemente un *Verein* ó círculo, celebrando como de costumbre el acontecimiento con un baile. Fué un acto de gran regocijo. Los frenéticos *Deutschers* y sus *Fraus* bailaron, como locos, valsos tiroleses y cuadrillas á la moda antigua. Hubo su buena ración de cantos en honor de la patria y de la amistad, y *Hochs* hasta nunca acabar. Me han dicho que continuaron hasta el día siguiente, dispersándose como á las ocho de la mañana.

Los alemanes celebran también una fiesta anual, que es un gran acontecimiento en la población. Por la mañana hay una procesión, con su banda y la bandera tricolor alemana á la cabeza. Por la tarde vienen los deportes, y por la noche se continúa bailando bajo una gran marquesina. Uno de los principales deportes de la tarde es el *tiro al águila* con una ballesta, y consiste en quitar la corona ó el cetro de la efigie de un ave, coronada como un águila y sosteniendo un cetro, fija en lo alto de una estaca. La corona ó el cetro representan premios elevados, y cada pluma derri-

bada representa un premio de un valor más ó menos grande.

Los franceses sólo tienen un representante en la población. Como pronto conocí á toda la gente del lugar, visitándola en sus casas y hablando con ella de las noticias de la tierra, también trabé conocimiento con un francés. Últimamente vino de Buenos Aires, acompañado de madame. Como es de suponer, las noticias acerca de la derrota del ejército francés eran del todo falsas, un vil *canard*. Pronto lo sabríamos todo. Confieso que este matrimonio francés me gusta mucho. Su casita siempre está bien puesta y aseada. En la cornisa de la chimenea hay de ordinario flores recién cogidas; evidentemente madame se enorgullece de su bien dispuesta ornamentación. El buen gusto es una cosa tan barata y agradable, que desearía fuese posible á esos franceses inocularlo un poco á sus vecinos. Pero una ruda abundancia parece bastar á los anglo-sajones.

Voy á hablaros un poco más de las costumbres del país para demostrar cuán semejante es la vida de aquí á la vida inglesa. Claro está que la población es más nueva, que la agregación de la sociedad es más reciente, que la vida es más ruda y fácil, más libre y cómoda; pero ésta es, sobre poco más ó menos, toda la diferencia. La gente ha llevado consigo de la antigua patria sus hábitos de industria, su gusto por las fiestas, su espíritu religioso, su deseo de educación y su amor á la vida de familia.

Los *tes* públicos son una institución en

Mallorca como en nuestra tierra. Siendo siempre escasos los fondos para el sostenimiento del culto religioso, continuamente os están sacando dinero, y las sesiones de te son recurso acostumbrado para estimular las energías desfallecientes del pueblo. Se hacen venir de lejos los oradores, se reúne te y agua caliente en abundancia, y después de tomar te y bollos, los sermones son fogosos y el sombrero da la vuelta á la reunión.

Una vez tuvimos gran desencanto cuando se pidió al archidíacono de Castlemaine que viniese á predicar el sermón á beneficio de nuestra iglesia, y á presidir la consiguiente reunión de te. Se fijaron carteles y se hicieron grandes preparativos; pero el archidíacono no pudo venir. Alguna dificultad había sobrevenido. Sin embargo, nosotros tomamos el te á pesar de todo.

Los predicadores son también amigos de las reuniones de te, pero todavía lo son más de las reuniones para levantar el espíritu público. Mateo Burnett, *el gran evangelista del Yorkshire*, vino á nuestra ciudad para hacernos salir de nuestra apatía, y ciertamente contribuyó á levantar mucha gente, sobre todo mujeres, á un alto grado de exaltación. Como las reuniones se celebraban por la noche y continuaban hasta muy tarde, los aullidos, las aclamaciones y los llantos eran ruidos nada agradables para los pecadores de la vecindad entregados al dulce sueño, entre los cuales me encontraba.

Burnett era al mismo tiempo la gran estrella de las sociedades de templanza que lo tenían

en mucha estima. Era un hombre de elocuencia ruda, probablemente la mejor para la clase de gente á quien se dirigía y trataba de catequizar, pues los útiles finos son inútiles para los trabajos duros. Otro buen orador en esas reuniones era el conocido por *Yankee Bill*, cuyas sencillas apelaciones eran á menudo sorprendentes y conmovedoras en grado sumo. A intervalos cantaban himnos y los cantaban muy bien. Así mantenían algún gusto por la música. También atraían por algún tiempo á las gentes fuera de las tabernas. Como muchas de las sociedades de templanza son, sin embargo, intolerantes con los que no pertenecen á ellas, algunos llegaban á decir que se debía pertenecer á las sociedades de templanza para ir al cielo. No obstante, todas sus exageraciones hacen mucho bien, y sus llamamientos rudos penetran á menudo oídos y cabezas que serían insensibles á más delicadas y suaves influencias.

No quisiera olvidarme de referir los pasatiempos públicos que se organizaron á beneficio de la escuela comunal de la población. Siendo demasiado pequeñas las escuelas existentes para el gran número de niños que asistían á ellas, se propuso levantar otra ala para dedicarla á escuela de párvulos. Con este objeto se hicieron activos esfuerzos para promover suscripciones, en la inteligencia de que el Gobierno daba una libra por cada libra que se reuniese en el distrito.

Las dificultades para dirigir esas escuelas comunales parecen ser considerables, donde forman parte del Comité organizador miembros de dife-

rentes religiones. La principal dificultad estriba en Mallorca en los católicos romanos; y se dijo que su sacerdote había amenazado con negar la absolución á los padres que llevasen sus hijos á la escuela comunal. Cualquiera que sea la verdad de toda esa historia, lo cierto es que unos treinta y seis niños fueron retirados, y en lugar de continuar recibiendo elementos de buena educación, fueron confiados al cuidado de un viejo enteramente inepto para el oficio, pero que era de la sana doctrina.

Fuí apuntado como colector de fondos para la escuela y dí la vuelta solicitando suscripciones, pero me vino cuesta arriba este trabajo. Mi distrito caía en los suburbios y era poco á propósito para el éxito. Una buena parte de los que llamaba eran del grupo de los predicadores, y sospecho que el último sermón sensacional les había sacado lo que de otro modo hubiera podido caer en mi cepillo. Donde tuve bastante éxito fué entre los mineros que trabajaban en sus explotaciones. Al menos tuvieron siempre para mí una respuesta cortés. Uno de ellos me dijo: — Bueno, si nuestro lavado sale bien el sábado, os daré cinco chelines. — Y el lavado debió salir bien, pues el sábado por la noche el honrado minero me trajo la suma que había dicho.

Para aumentar más el fondo, se celebró una fiesta al aire libre, y se dió una representación de aficionados en el teatro del Príncipe de Gales, pues nuestra pequeña población tiene también su teatro. La fiesta se celebró el lunes de Pascua, que

se tenía por día festivo, y comenzó con una gran procesión de los *Extravagantes*, los *Salvajes*, el Circulo alemán, los *Rechabites* y otros clubs, todos con sus trajes domingueros y ostentando muchos vistosas fajas. La banda alemana marchaba á la cabeza de la procesión, que se dirigió al prado del arroyo de Mac Cullom, donde se acostumbran á celebrar tales festejos. Allí se echó mano de todos los expedientes usuales para sacar el dinero á los visitantes. Había un bazar en que se vendían toda clase de objetos inútiles, y además, loterías, juegos de bochas y de pelota, baile, tiro al águila, justas al anillo y toda clase de deportes. El importe de la entrada era pequeño. Yo estuve en un puesto con una solterona mandada retirar, plantado ociosamente sin compradores, y sólo á costa de diligentes esfuerzos llegué á reunir como una libra en hora y media. Todos hicieron lo que podían. Y así se pasó un día agradable y se recogió una buena cantidad de moneda para la escuela.

La gran función variada fué también un éxito completo. El teatro estaba lleno de un auditorio escogido, en el cual había muchas señoras en trajes de colores alegres, y todas las bellezas de Mallorca y sus alrededores. Por cierto, que me pregunté maravillado de dónde podrían salir en tan gran número. La representación despertó el mayor interés, por ser aficionados muy conocidos en el lugar todos los que tomaron parte en ella. Los cantos estuvieron bien y se pidió la repetición de varios. Después del concierto se qui-

taron las sillas y la función terminó con el acostumbrado baile. Y así fué como nos esforzamos todos en poner nuestra parte de agradable trabajo á beneficio de la escuela comunal.

La sala de lectura del Instituto de Artes y Oficios es siempre un recurso para matar el tiempo cuando no se ofrece otra cosa. La sala es pequeña, pero cómoda, y contiene una hermosa colección de libros. Las oficinas de Correos y Telégrafos, la Cámara del Concejo y el Instituto de Artes y Oficios, ocupaban un solo edificio no muy grande, pues era una construcción de un solo piso. Uno de los principales atractivos de la sala de lectura es la colección de periódicos de la colonia, además del *Punch*, *The Illustrated News* y la *Iris Nation*. El sábado por la noche, cuando los mineros se lavan y vienen á la población, la sala está siempre llena de lectores. Los miembros del Comité son también muy activos en organizar pasatiempos y lecturas populares, y, en una palabra, el Instituto de Artes y Oficios puede ser mirado como una de las instituciones más civilizadoras de la población.

Pero mi estancia en Mallorca llegaba á su fin. Uno de los últimos acontecimientos públicos en que tomé parte fué la asistencia á los funerales del secretario del Ayuntamiento, primer funeral al que había tenido ocasión de asistir. Una larga procesión acompañó sus restos al cementerio. Asistieron casi todos los hombres de la población, porque el difunto era muy respetado. La función fué solemne y tuvo lugar bajo el cielo brillante.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1295 MONTERREY, MEXICO

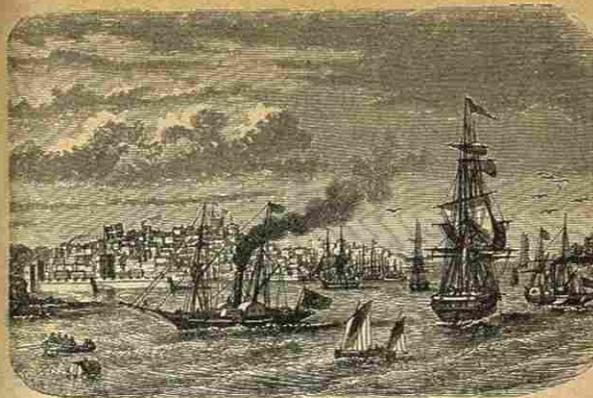
límpido y azul de Australia. ¡Pobre viejo! Yo le conocía bien. Hace poco tiempo le vi en el hospital, donde me dió su bendición tres horas antes de morir. Estaba entonces acostado, con fiebre y sufría mucho. Ahora todo se acabó. *El polvo vuelve á ser polvo y la ceniza vuelve á ser ceniza.* Resonó la tierra al caer sobre su ataúd; y el buen hombre descansa ahora en paz, dejando en pos de sí una santa memoria.

Había recibido la orden de volver á casa. Mi salud se había por completo restablecido. Podía haberme quedado y quizás prosperado en la colonia. Sea como fuese, llevé conmigo, los mejores votos de mis jefes. Pero yo no deseaba proseguir más la carrera de éscribiente de Banco. Aprendía algo, pero poco, y tenía negocios propios que proseguir. De modo que lo dispuse todo para partir de Australia. Me habían mandado bastante dinero de Inglaterra para hacer el viaje de vuelta en primera clase, dejándome en libertad de escoger mi ruta. Como quizás no vuelva á tener nunca oportunidad de ver el grande y nuevo país de los Estados Unidos de América, la cuestión era averiguar si podía ir por el Pacífico á San Francisco, vía Honolulu, y atravesar la América en ferrocarril, desde el Pacífico al Atlántico. Me informé y resultó que sería factible, pero no en primera clase. Así es que resolví hacerlo con menos comodidad y tomar segunda clase, para lo cual tenía fondos suficientes. En consecuencia, hice mis últimas visitas de despedida en

Mallorca, á principios de Diciembre, justamente en lo más recio del verano, y después de pasar tres semanas muy agradables con mis hospitalarios y bondadosos amigos en Melbourne, tomé billete en el vapor de Sydney y partí al día siguiente de Nochebuena.

Echando una ojeada sobre lo que llevo escrito acerca de mi vida en Victoria, comprendo cuán imposible es dar al lector una idea del país considerado en conjunto. Todo lo que hice fué escribir, bajo la influencia de mis primeras impresiones, sin premeditación y con fidelidad, acerca de lo que he visto, y de lo que he sentido y hecho mientras estuve allí. Con una estancia semejante en la colonia y con una experiencia limitada como la mía, no podía transmitir una idea adecuada de la magnitud de la colonia y de sus recursos, aunque mis facultades de observación no hubiesen sido tan moderadas. Pretender escribir una descripción de Victoria y de la vida victoriana con lo poco que he visto, sería tan absurdo como si un natural de Victoria, de diez y seis años, viniese á Inglaterra, viviese dos años en una población del interior y luego escribiese un libro de sus viajes con el título de *Inglaterra*. Y, sin embargo, éste es el modo, del cual se quejan con justicia los australianos, como les tratan los escritores ingleses. Un hombre eminente llega á la colonia, pasa en ella algunas semanas, la atraviesa, quizás en ferrocarril, y de vuelta en la patria, se apresura á publicar una descripción

desdenosa de la gente que en realidad no ha conocido ó del país que en realidad no vió. Estoy seguro de que, si bien puede ser indigesta mi descripción, los victorianos no se ofenderán por lo que he dicho de ellos mismos y de su noble colonia, pues aunque fué pequeña mi esfera de observación, verán que sólo he escrito de lo que conocía, y he relatado, tan fielmente como pude, las circunstancias que se presentaron dentro del radio de mi limitada, pero personal experiencia de la vida colonial.



Vista de Sydney, puerto Jackson.

CAPITULO XVIII

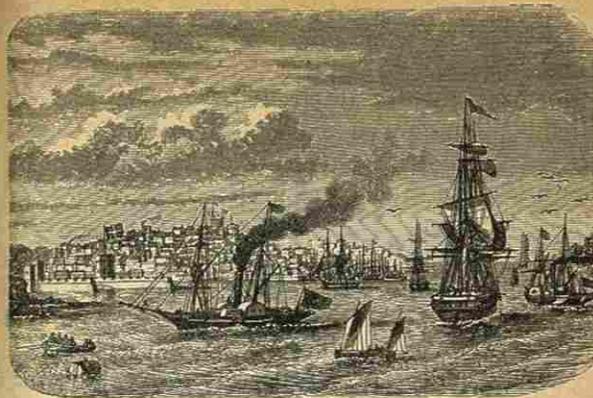
VIAJE Á SYDNEY

Ultima Nochebuena en Australia. — Partida en vapor para Sydney. — El *Gran Bretaña*. — Excursión barata á Queenscliffe. — Mal tiempo en el mar. — El señor y la señora Mathews. — Botany-Bay. — Cabo exterior del Sur. — Puerto Jackson. — Ensenada de Sydney. — Descripción de Sydney. — Casa del dominio y del gobierno. — El futuro gran Imperio del Sur.

Mi última Nochebuena en Australia la pasé con mis bondadosos huéspedes de Melbourne. La Nochebuena apenas lo parecía con el termómetro á 90° en la sombra (1). Hay vaca asada, y plum-

(1) Equivalentes á 32,2 grados centígrados. — Nota del traductor.

desdenosa de la gente que en realidad no ha conocido ó del país que en realidad no vió. Estoy seguro de que, si bien puede ser indigesta mi descripción, los victorianos no se ofenderán por lo que he dicho de ellos mismos y de su noble colonia, pues aunque fué pequeña mi esfera de observación, verán que sólo he escrito de lo que conocía, y he relatado, tan fielmente como pude, las circunstancias que se presentaron dentro del radio de mi limitada, pero personal experiencia de la vida colonial.



Vista de Sydney, puerto Jackson.

CAPITULO XVIII

VIAJE Á SYDNEY

Ultima Nochebuena en Australia. — Partida en vapor para Sydney. — El *Gran Bretaña*. — Excursión barata á Queenscliffe. — Mal tiempo en el mar. — El señor y la señora Mathews. — Botany-Bay. — Cabo exterior del Sur. — Puerto Jackson. — Ensenada de Sydney. — Descripción de Sydney. — Casa del dominio y del gobierno. — El futuro gran Imperio del Sur.

Mi última Nochebuena en Australia la pasé con mis bondadosos huéspedes de Melbourne. La Nochebuena apenas lo parecía con el termómetro á 90° en la sombra (1). Hay vaca asada, y plum-

(1) Equivalentes á 32,2 grados centígrados. — Nota del traductor.

pudding como en nuestra tierra. Sin embargo, las inmensas fuentes de fresas, que son fruta del tiempo, aunque en extremo agradables, nos recuerdan que la Nochebuena de las Antípodas ha de diferir en muchos respectos de la Nochebuena de Inglaterra.

Al día siguiente de Nochebuena, por la mañana, me encontraba á bordo del vapor *Rougatira*, que había de salir para Sydney á las once. Soltando sus amarras del muelle de Sandridge, el buque fué desprendiéndose poco á poco, y después de mandar mis últimos adioses á los amigos de la orilla, me encontré de nuevo en el mar.

Pasamos á lo largo del *Gran Bretaña*, que durante algún tiempo fué el más excelente de los que hacían el pasaje entre Australia é Inglaterra. Era un buque espléndido, que precisamente acababa de llegar de Liverpool con un gran cargamento de mercancías y pasajeros. A medida que avanzamos por la bahía, Melbourne se levanta por encima de la llanura y se engrandece á lo lejos. Todas las cimas parecen cubiertas de casas, y las torres de la hermosa catedral católico-romana se destacan en lo alto de la colina á la derecha y son la última construcción que se ve distintamente desde la bahía.

A las dos horas estuvimos en Queenscliffe, entre las puntas, que por aquel entonces era la estación de baños más de moda en Melbourne. Varios vapores de recreo nos habían precedido desembarcando gran número de pasajeros, para pasar el segundo día de Nochebuena en la playa.

La población parecía muy linda vista desde la cubierta de nuestro buque. Algunos de los viajeros, que habían tomado pasaje para Sydney, desembarcaron allí, temerosos de que el mar estuviese demasiado agitado fuera de las puntas.

Hacia muy poco viento cuando dejamos Sandridge, y las aguas de Puerto Felipe estaban relativamente tranquilas. Pero á medida que avanzábamos se levantaba el viento, y los amigos que conocen el tiempo nos hacían temer que encontraríamos afuera viento tempestuoso. Estábamos á la vista de la blanca línea de rompientes que corren de una punta á otra. Todavía quedaba un corto espacio de agua lisa delante de nosotros; pero aquello se pasó pronto, y entonces nuestro buque hincó su proa en las ondas y tuvo que luchar para abrirse paso como para defender su vida contra la gruesa mar que, procedente del Pacífico, se arremolinaba en el estrecho de Bass.

Los únicos pasajeros distinguidos de á bordo son el señor D. Carlos Mathews y su señora, que se han hecho *estrellas* en Victoria no sin algún designio. Hace pocas noches, el señor Mathews hizo su despedida con un discurso característico, en parte humorístico y en parte serio; el entusiasta auditorio reía y le aplaudía al mismo tiempo, y era divertido leer en los periódicos de la mañana siguiente, que los pasajes más patéticos del actor habían sido recibidos con grandes carcajadas.

El señor Mathews parece ser uno de los hombres más perennemente jóvenes. Cuando subió á bordo en Sandridge, tenía el aspecto gallardo y

vivo de un muchacho. Paseaba arriba y abajo de la cubierta y se interesaba por todo. Esto duró mientras el agua estuvo tranquila. Cuando vió el agua alborotada en las puntas, imagino que el barómetro de su espíritu bajó un poco. Pero cuando el buque hundió su proa en las revueltas ondas, un cambio completo pareció desfigurarle. Pronto me di cuenta de sus retrocesos. Pues los tres días siguientes, tres días rudos, largos, de fuertes sacudidas, se le vió muy poco, y cuando al fin reapareció sobre cubierta no parecía ¡ay! en modo alguno el fresco y juvenil pasajero que se había embarcado en Sandridge pocos días antes.

Lo cierto es que fué una travesía ruda y arrastrada. La mayor parte de los pasajeros estuvieron acostados durante todo el viaje. El mar venía por el este, rodando en grandes oleadas, que nuestro pequeño buque acometía bravamente, no sin ser zarandeado como un corcho, é inclinado en todas las direcciones. No fué mucho lo que pude ver de la costa, como no sea que en algunos puntos es escarpada y en otros admirable. Pasamos muy cerca de la costa en la punta de Ram, y en el cabo Howe, gran promontorio que forma el extremo sureste de Australia.

A los tres días de nuestra salida de Melbourne, hacia la madrugada, vi que estábamos costeano la orilla, á lo largo de obscuras rocas, no muy altas, coronadas de verdura. El viento había cejado, pero el buque cabeceaba en la mar gruesa como antes. Las olas se estrellaban con furia y estré-

pito contra las rocas á lo largo de la costa. A las nueve de la mañana pasamos por Botany-Bay, primer punto de la Nueva Gales del Sur, avistado por el capitán Cook precisamente hace cien años. Allí fué donde desembarcó primero y erigió un baluarte de piedra donde hizo ondear una bandera para conmemorar el acontecimiento (1). Banks y Solander, que estaban con él, encontraron la tierra cubierta de nuevas y hermosas flores, y de aquí el nombre que se le dió de *bahía botánica*, que fué más tarde un nombre terrorífico, asociado solamente á vidas de crímenes y expiación.

Atravesamos la entrada de la bahía, hasta que estamos al pie de las rocas de la punta sur, que guardan la entrada de puerto Jackson. El blanco faro de Macquarie en lo alto de la punta se ve claramente á gran distancia. Pronto estuvimos al otro lado de la punta sur y á la entrada del famoso fondeadero, que, según dicen, es el más hermoso del mundo.

El paso á puerto Jackson es relativamente estrecho, tanto, que al pasar delante por primera vez, el capitán Cook creyó que sería únicamente un

(1) El honorable Tomás Holt en cuya propiedad está situado el punto del desembarco, erigió el año pasado un obelisco con la inscripción: *Aquí desembarcó el capitán Cook en 28 de Abril de 1770*; y puso al pie el extracto siguiente del Diario del capitán Cook: *Al amanecer descubrimos una bahía y anclamos en la orilla sur, á unas dos millas de la entrada y á una profundidad de treinta y seis pies, dejando al sureste la punta sur y al este la punta norte. Latitud, 43° sur; longitud, 208° 37' oeste.*

abrigo para pequeñas embarcaciones y no lo examinó. Mientras tomaba el desayuno, el vigía colocado en lo alto del mástil, un marinero llamado Jackson, le comunicó que había visto la entrada de un fondeadero que parecía bueno, y el capitán, medio en broma, lo llamó *Puerto Jackson*. Me pareció que las puntas sólo distaban unos cuatrocientos pies una de otra, y que la punta norte recubría algo la del sur. Las rocas parecen haberse resquebrajado bruscamente y se sostienen en dirección perpendicular unas sobre otras, á una altura de trescientos pies, dejando entre ellas una grieta ó pasaje que forma la entrada de puerto Jackson. Cuando el Pacífico se arroja con fuerza contra las puntas, las olas se estrellan con gran violencia en las rocas, y la espuma es arrojada hasta el faro en lo alto de la punta sur. Ahora que el mar está menos agitado, las olas no son tan furiosas, y, sin embargo, ofrece un gran espectáculo el choque de la espuma que se remonta hasta la mitad de las rocas acantiladas.

Una vez adentro de las puntas, el agua se encuentra casi en perfecta calma; el escenario cambia súbitamente; las rocas se convierten en una bonita región cubierta de bosque, ondulada en gracioso declive hasta la orilla del mar. Inmediatamente después de la entrada, en la orilla sur, hay una bonita aldea, estación del piloto en la bahía de Watson. Algunos minutos de travesía después, el buque da la vuelta á un ángulo, se pierde completamente de vista el mar y no vuel-

ven á descubrirse ni la punta ni la estación del piloto.

En seguida atrae mi atención una encantadora vista en la orilla norte, una deliciosa y pequeña ensenada, rodeada de hermosos bosques, con un fondo de colinas que se levantan gradualmente á su mayor altura tras el centro de la pequeña bahía. Allí, en medio del verde claro de los árboles, observo una casa como una joya, con una vasta terraza enfrente y escalones que bajan hasta el claro azul del agua. A los pocos minutos perdemos de vista el encantador rincón después de rodear la punta de la ensenada, promontorio rocoso cubierto de musgo y de helechos.

Pero nuestra atención queda pronto absorbida por otras bellezas del paisaje. Delante de nosotros hay una hermosa isla deliciosamente cubierta de bosque, con tres ó cuatro casas y sus verdes prados bajando en declive hasta la orilla del agua, en tanto que á la izquierda las colinas varían constantemente de aspecto, á medida que pasamos. Al fin, á unas siete millas de puerto Jackson, los campanarios, las torres y los edificios de Sydney se presentan á la vista; primero pasamos Woolloomooloo, y á los diez minutos damos la vuelta á otra punta y nos encontramos en la ensenada de Sydney atracados al muelle. Aquí estamos en medio de un anfiteatro de una gran belleza: en el lado opuesto, una isla llena de bosques, cubierta de quintas y casitas de campo; luego promontorios, ensenadas y bahías, y bellas ondulaciones de paisaje deleitoso en todo lo que

alcanza la vista. En una palabra, creo que puerto Jackson es uno de los más hermosos cuadros de agua y de paisaje que he visto nunca.

Después de nuestros tres días de zarandeo en el mar, alegréme de encontrarme otra vez en tierra: de modo que habiendo visto mis maletas á salvo en el depósito de bagajes para California, me dirigí á la ciudad y tomé habitación por los pocos días que había de permanecer en Sydney.

Por lo que ya llevo dicho de las cercanías del embareadero, se deducirá que la situación natural de Sydney es muy linda. Está situada sobre una roca de piedra arenisca que baja á meterse en la bahía por numerosas lomas ó espinazos de tierra ó de roca, entre los cuales se forman sendas ensenadas naturales, tan profundas, que pueden cargar y descargar en los muelles que se destacan buques de cualquier calado. Así posee Sydney un fondeadero verdaderamente vasto, y sus muelles y sus almacenes son susceptibles de extenderse en grandes proporciones. Entre las ensenadas naturales formadas por la proyección en el agua de las lomas de roca, las más importantes son la bahía de Woolloomooloo, la ensenada de Farm, la de Sydney y el fondeadero de Darling.

Desde la orilla del agua, las casas, alineadas en calles, se elevan como otras tantas terrazas hasta las cumbres de las lomas, y las principales calles ocupan las crestas y laderas de las dos ó tres más altas. Una de ellas, la calle de Jorge, es señaladamente bonita, tiene unas dos millas de longitud y contiene muchas hermosas construcciones.

Mi primera idea de Sydney la adquirí paseando por la calle de Jorge. Encontré el original mercado viejo que lleva la fecha de 1793, singular edificio con raras cúpulas de corte antiguo, con techos de tajamaniles. Un poco más allá llegamos á un gran edificio en construcción, la nueva Casa de la Ciudad, hecho de una especie de piedra amarillenta. Allí cerca está la catedral inglesa, de vasta y elegante estructura. Luego hay la nueva catedral católico-romana, pues la catedral primitiva de Hyde Park fué destruída hace algún tiempo por un incendio.

En suma, Sydney tiene un aspecto mucho más antiguo que Melbourne. Ha crecido en un largo espacio de tiempo, y su aspecto no es tan nuevo. Las calles son mucho más estrechas y más irregulares, de un aire más antiguo y más inglesas en apariencia, á causa sin duda de su pausado crecimiento y de su situación más accidentada. También parece que no hay en Sydney el mismo espíritu progresivo que en tan alto grado caracteriza á su ciudad hermana. En lugar de las calles espléndidamente anchas, bien pavimentadas y bien regadas de Melbourne, hay aquí calles estrechas, mal empedradas y sucias. Una miserable cabaña de madera como la que sirve de oficina de correos no quedaría en pie un solo día en Melbourne. Es el despacho primitivo, que no ha sufrido cambio ni mejora desde cuando se levantó. He de reconocer, sin embargo, que se está construyendo una nueva casa de correos; pero la falta de espíritu público se demuestra con el

hecho de haber dejado en pie durante tanto tiempo la cabaña antigua.

La estación del ferrocarril, situada al extremo de la calle de Jorge, es igualmente ignominiosa. Es el cobertizo más roñoso y sucio que he visto nunca de su clase. Ciertamente les falta un poco de espíritu victoriano en Sydney. La gente de Melbourne, si tuviese la ciudad situada en punto semejante, pronto la habría convertido en la población más bella del mundo. En efecto, nada mejor que su situación; la vista sobre la bahía desde alguna de las más altas calles es incomparable: numerosos buques yacen silenciosos como dormidos abajo en las aguas tranquilas de la bahía, en tanto que los rocosos promontorios que la rodean, cubiertos de verdura, aparecen sembrados de villas y casas de campo de los comerciantes de Sydney.

Uno de los sitios más animados de Sydney es el muelle, donde se realizan una gran parte de negocios navieros. Hay allí diques secos, calas abiertas y un dique flotante, si bien los diques flotantes son de menor importancia aquí donde es tan grande la profundidad del agua á lo largo de la orilla y donde hay tan pequeña diferencia entre la marea alta y la marea baja. En realidad, la ensenada de Sydney puede ser considerada como un dique flotante. La Compañía Australiana de Navegación á Vapor tiene en Pymont grandes arsenales de construcción y reparación, que dan ocupación á un gran número de brazos. La posición dominante de Sydney y el hecho de ser

el puerto principal de una gran comarca agrícola y ganadera del interior, hace ciertamente concebir esperanzas de gran prosperidad para lo futuro.

Todo el que visita á Sydney echa un vistazo al palacio del Gobierno y del Dominio, por ser una de las principales curiosidades de la población. Los edificios del Gobierno y el parque ocupan el doble promontorio situado entre Woolloomooloo y la ensenada de Sydney. El palacio del Gobierno es un edificio hermoso y vasto, en forma de castillo y en todos conceptos digno de la colonia, y la vista que se disfruta desde algunos de aquellos sitios es de incomparable belleza. En el parque hay cerca de cuatro millas para paseos en coche, alternados unas veces en espacio abierto y otras por el bosque, descubriéndose á veces una deliciosa perspectiva de la espléndida ensenada, bordeando otras la rocosa orilla, ó internándose entre sombrías arboledas y hondonadas tapizadas de césped. Los jardines están abiertos al público, y como las entradas se encuentran junto á la ciudad y los suburbios, el parque público de Sydney, por su comodidad y belleza, no es sobrepujado quizás por el de ninguna otra ciudad del mundo.

El Jardín Botánico está situado en lo que se llama dominio exterior. Entramos en el parque por una larga avenida de acacias y sicomoros, tan juntos unos de otros, que ofrecen tupida sombra para resguardar del calor del medio día. Al extremo de la avenida encontramos un espléndido ejemplar del pino de la isla de Norfolk, que

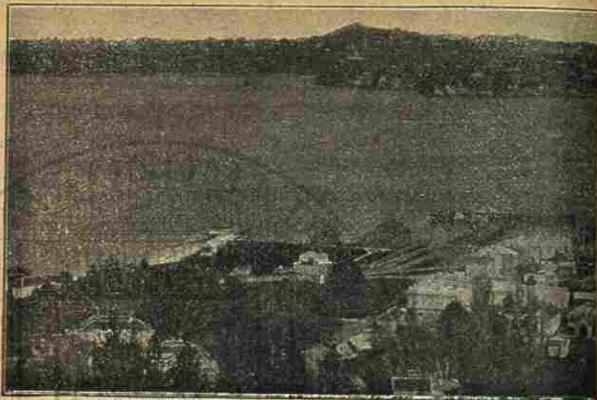
se dice ser uno de los árboles más grandes y más hermosos de toda la isla. Después de reposar un tanto bajo su deliciosa sombra, paseamos por otros senderos bajo un túnel formado con toda clase de plantas floridas; luego, al pasar por una abertura practicada en el muro, se desarrolló súbitamente ante nosotros una radiante perspectiva de la bahía. El césped verdeaba hasta la orilla del agua, interceptado por bancales de deliciosas y bien conservadas flores, y alguno que otro precioso grupo de árboles.

Abajo, en la orilla del agua, hay una vasta explanada, el más encantador de los paseos, en torno del hermoso fondeadero que rodea. Arbustos europeos y tropicales crecen profusamente en todos lados; un rosal inglés en plena florescencia se destaca al pie de un bambú, en tanto que en otro sitio un banano proyecta su sombra sobre una mata florida de guisantes de olor y una campanilla cuelga sobre una margarita. Se disfruta de una hermosa perspectiva sobre la ensenada, y los buques desde la parte del jardín donde se halla la silla de Lady Macquarie, un hueco abierto en la roca, que por sí solo vale la pena de dar un gran paseo para verlo. Volviendo de nuevo al jardín encontramos una casa de monos, una pajarera, y, lo que me interesó más que todo, un prado cerrado donde había numerosos ejemplares de la familia de los canguros, desde el *Viejo Boomer*, que al levantarse tiene seis pies de alto, hasta el canguro de las rocas, no mucho mayor que una liebre. Allí nos detuvimos á espiar los movimientos gro-

tescos de los monos y los saltos de los canguros hasta que llegó la hora de partir.

El interior del país, al sur de Sydney, no tiene nada de pintoresco. Mucha parte consiste en tierra arenosa que sólo es fértil en los valles. Pero nada excede en belleza á las orillas de la bahía hasta Paramatta, á unas veinte millas tierra adentro. Las tierras más ricas de la colonia están en el interior; pero el tiempo de que disponía era demasiado corto para permitirme otra cosa que visitar la capital, de la cual el extranjero que pasa se ha de sentir agradablemente complacido.

Parece enteramente maravilloso que en tan corto tiempo se hayan podido desarrollar los recursos de este gran país. Y lo más maravilloso todavía, es que los habitantes de una isla tan pequeña como Inglaterra, situada en el lado opuesto del globo, á una distancia de diez y seis mil millas, hayan venido aquí, y en tan breve tiempo hayan edificado ciudades como Sydney y Melbourne, cubierto un territorio tan extenso de poblaciones, aldeas y granjas, diseminado por sus pastos ovejas y toda suerte de ganados, construido carreteras, ferrocarriles y telégrafos y echado de este modo los firmes cimientos de un futuro gran imperio del Sur. ¡Seguramente esas son cosas de las cuales Inglaterra, á pesar de todos sus destructores, tiene motivos para enorgullecerse!



Vista de Auckland (Nueva Zelanda).

CAPITULO XIX

VIAJE Á AUCKLAND, EN NUEVA ZELANDA

Salida de Sydney. — Anclamos al interior de las puntas. — Tomanos el correo y pasajeros del *Ciudad de Adelaida*. — Otra vez en el mar. — Nueva Zelanda á la vista. — Entrada en la ensenada de Auckland. — El *Galatea*. — Descripción de Auckland. — Auckland fundada por una especulación. — Hombres y mujeres *maoris*. — Paseo en coche hasta Onehunga. — Vista espléndida. — Gala en Auckland. — Demora en Nueva Zelanda. — Con rumbo á Honolulu.

El último día de Diciembre de 1870 salí para Honolulu, en las islas de Sandwich, embarcado como pasajero de segunda clase á bordo del *Ci-*

dad de Melbourne. Nuestra primera escala era Auckland, en Nueva Zelanda, donde habíamos de detenernos pocos días para tomar el correo y pasajeros.

He tenido la buena fortuna de encontrar por casualidad, en las calles de Sydney, un amigo que conocí en Melbourne. Estaba en sus vacaciones de verano, y cuando supo que yo iba á Nueva Zelanda, resolvió acompañarme, y de este modo he tenido el placer de su compañía durante la primera parte de mi viaje.

Al cruzar de nuevo la bahía he tenido otra ocasión para admirar la belleza de los pequeños recodos y arenosas ensenadas y verdes islas de puerto Jackson. La ciudad, con sus buques, torres y campanarios, se quedaba poco á poco á lo lejos, y al revolver un promontorio, Sydney desapareció finalmente de nuestra vista.

Pronto estuvimos junto á los abruptos promontorios que guardan la entrada de la bahía, y echando el ancla en el lado interior de la punta del sur estuvimos á cubierto del viento que empezaba á soplar vivamente del Este. Allí esperamos la llegada del *Ciudad de Adelaida*, procedente de Melbourne, con el último correo y pasajeros que iban á Inglaterra por la vía de California.

Pero pasó algún tiempo antes de que hiciese su aparición el *Ciudad de Adelaida*. A primera hora de la mañana siguiente al tener noticia de que había atracado á nuestro buque, subí al puente á toda prisa. El correo fué transportado rápidamente del otro buque, junto con siete pasajeros más. Le-

vamos anclas, y á los diez minutos estábamos en marcha. Pronto llegamos á la entrada de las puntas, y por el movimiento de las nubes y la larga línea de espumosas olas que rompían con violencia de una parte á otra de la entrada, comprendí que antes de poco el agua pasaría tempestuosamente por sobre la cubierta. Un minuto más y estamos fuera hincando la proa en las olas y cortando el agua en espuma.

Me quedo sobre la cubierta mientras me puedo sostener en ella. Mirando hacia atrás veo una linda goleta que viene de las puntas, detrás de nosotros, casi á toda vela. Se acerca hundiendo rectamente su proa en el agua, pero flotando como un corcho. Sus marineros estaban encaramados cargando una vela, y las vergas parecían casi tocar el agua cuando se inclinaba á sotavento. Al pasar por nuestra proa cambió de dirección, y la temeraria goleta quedóse á lo largo de la costa con rumbo á uno de los puertos del Norte.

Echando una última ojeada á las puntas de Sydney, dejé la ulterior navegación en manos del capitán, y me retiré abajo. Estaba demasiado ocupado en mis particulares trajines para ver gran cosa del mar durante las siguientes veinticuatro horas. Aunque era el día de Año Nuevo hubo muy poco regocijo á bordo, y ciertamente el mayor número de pasajeros lo pasaron de triste manera.

El tiempo, sin embargo, abonanzó poco á poco, hasta que mejoró del todo el tercer día de nuestro viaje, en que el viento soplabá por la popa. Al

quinto día el viento cesó por completo y sólo quedó la larga y profunda marea del Pacífico; pero el buque se balanceaba tanto, que sospeché debía haber una fuerte corriente submarina por aquellos alrededores. Á primera hora de la mañana vimos las islas de los Tres Reyes, situadas en la costa norte de Nueva Zelanda. Al principio parecían consistir en tres rocas separadas; pero al acercarnos á ellas vimos que eran un grupo de pequeñas islas rocosas con muy escasa vegetación. Pronto estuvo á la vista la tierra firme, aunque todavía era demasiado distante para permitarnos reconocer su aspecto.

Á la madrugada siguiente estábamos navegando junto á la costa, pasado el cabo de Brett, cerca de la entrada de la bahía de Islands. Los acantilados de la costa son atrevidos y grandiosos; de vez en cuando se ve una cascada y alguno que otro valle abierto, que deja ver en el fondo los verdes bosques. Á lo lejos se alzan numerosas montañas cónicas, demostrando el primitivo carácter volcánico del país. Durante la madrugada pasamos por delante de una enorme roca que de lejos parece un grandioso buque con todas las velas desplegadas, por lo cual se le llama *Peña con velas*.

La entrada de la ensenada de Auckland, aunque de ningún modo comparable á la de puerto Jackson, es en alto grado pintoresca. Á un lado está la ciudad de Auckland, situada en un hueco extendiéndose por las vertientes de ambos lados, en tanto que frente á ella, en la orilla norte de la desembocadura del Támesis, se levanta una gran

colina redonda, habilitada para estación del piloto. A sus pies se levantan muchas lindas fincas de recreo con jardines á la orilla del mar. La vista se extiende por encima de la ensenada, que se dilata y termina en el fondo de altas montañas azules. Desde Auckland, lo mismo que desde Sydney, no se ve el mar; tantas son las vueltas y recodos que se pasan antes de llegar al fondeadero.

Un hermoso buque de guerra estaba anclado en la bahía, el cual resultó ser el *Galatea*, mandado por el duque de Edimburgo. El *Clio* también estaba anclado no lejos de allí. Pronto estuvimos marchando á lo largo del muelle de madera, donde estaban amarrados varios hermosos veleros, y proseguimos nuestro camino hacia la ciudad. Como la calle principal es continuación en línea recta del muelle, en poco tiempo estuvimos en disposición de visitar los principales edificios de la plaza.

Aunque Auckland es sólo una pequeña ciudad marítima, parece que se hacen en ella una cantidad considerable de negocios. Hay un buen mercado, algunas importantes casas de banca y tres ó cuatro hermosos comercios; pero las calles son sucias y mal pavimentadas. El Tribunal Supremo y la casa de Correos, que son dos hermosas construcciones, están fuera de la calle principal. El palacio del gobernador, que ocupa una colina á la derecha, domina la bahía, así como el delicioso y verde valle que tiene detrás.

Como Auckland, á semejanza de Sydney, está en su mayor parte edificado en alturas, queda divi-

dido por barrancos que se abren hacia el mar, formando pequeñas ensenadas ó bahías, tales como la bahía de las Máquinas, la bahía Comercial y la bahía Oficial. Los edificios de la bahía de las Máquinas, como lo indica su nombre, son principalmente destinados á la construcción de buques y lanchas y á la fabricación de cuerdas. La orilla de la bahía Comercial es ocupada por los tenderos y comerciantes, mientras que la bahía Oficial está rodeada por los principales edificios públicos, los depósitos y otros por el estilo.

Me han dicho aquí, que Auckland está completamente fuera de sitio como capital de la colonia, pues está situada en la parte más estrecha de la isla, lejos de los principales centros de población que se encuentran en el estrecho de Cook y más hacia el Sur todavía. Circula la historia de que Auckland se fundó por una especulación de empleados del Gobierno que lo combinaron todo para comprar las tierras de los alrededores, y cuando se hubo fijado allí el emplazamiento de la capital vendieron sus tierras á precios fabulosos, con los cuales pudieron embellecer su propio nido.

Un gran número de indígenas ó maoris circulan por la población. Parece que están en mayor número que de costumbre, porque se necesitaron sus votos para la aprobación ó confirmación de algunas medidas territoriales. Permanecen en las calles formando grupos que conversan y gesticulan; todavía se ven en mayor número en las cercanías de las tabernas, á donde entran de cuando en cuando para beber un trago. No puedo decir

que me guste el aspecto de estos hombres; son individuos verdaderamente feos, con sus cejas salientes, cabizbajos y sus frentes ruines y aplastadas. Acaban de hacer repugnante su aspecto los grandes círculos tatuados en sus rostros. Ciertamente, cuando un nuevo zelandés está lleno de tatuajes, que es el caso de los viejos aristócratas, apenas queda visible un pequeño espacio de su primitivo rostro, excepto quizás la nariz y los negros ojos relucientes.

La mayor parte de los hombres vestían á la europea, aunque unos pocos seguían con sus mantas primitivas, que llevaban con gracia y aun con dignidad. Los hombres eran de buen ver, altos, fuertes y bien hechos, y al ver sus ojos fieros y penetrantes, no me extrañó que hubiesen dado tanto que hacer á nuestros soldados. No pude dejar de pensar al verles en las cercanías de las tabernas, algunos de ellos embriagados, que las bebidas inglesas serán á la larga mejores para conquistarles que los rifles ingleses.

Mezcladas con los hombres había muchas mujeres maorís. Algunas de ellas eran bien parecidas. Su piel es de un color aceitinado claro; sus ojos son moreno oscuros ó negros; sus narices son pequeñas, y sus bocas grandes. Pero casi todas tienen un horrible tatuaje azul en sus labios, lo que sirve para darles, á lo menos á los ojos europeos, un aspecto repulsivo.

Muchas mujeres, y aun los hombres, llevan un pedazo de diorita nativa colgando de las orejas, al cual se ata un trozo largo de cinta negra. Los

maorís suponen que esta piedra posee una virtud mágica. Otros, así hombres como muchachas, llevan en sus orejas y bamboleándose alrededor de su rostro, dientes de tiburón cubiertos en su parte de arriba con lacre de un rojo vivo.

Revueltos con los maorís estaban los marineros del *Galatea* rondando por las calles, y como aquéllos, frecuentando mucho las tabernas. En una palabra, los marineros y los maorís parece que constituyen una parte considerable de la población de la plaza.

El patrón del hotel donde paramos, el *Waitemata*, nos recomendó que diésemos en coche un paseo por el interior, y al efecto salimos á medio día en la diligencia de Onehunga. Como Auckland está situado en la parte norte más estrecha de la isla, Onehunga, que está en la costa este, sólo dista por tierra siete millas, mientras que por mar dista quinientas.

La diligencia partió á medio día y fué un trabajo rudo para los cuatro caballos arrastrar el vehículo hasta lo alto de la escarpada colina que se levanta á la espalda de la ciudad. Deliciosas casas de campo aparecían á los dos lados de la carretera en medio de verdes y lozanos jardines, y las casas quedaban casi ocultas en el follaje.

Desde la alta carretera un magnífico paisaje se dilataba ante nosotros. Me recordaba mucho una cierta vista del lago de Ginebra, aunque ésta era todavía más extensa y grandiosa. El mar estaba tan lejos, y su vista quedaba tan obstruida por las alturas intermedias, que apenas podía distin-

guirse. La encantadora bahía con sus numerosas ensenadas, islas y rodeada de verdes colinas se extendía á nuestros pies. El agua azul serpenteaba por entre las colinas á la derecha hasta una distancia de unas quince millas. Al oeste había una vasta extensión de agua rodeada de altas montañas. Delante de nosotros estaba la entrada de la bahía con la colina que sirve de estación al piloto en un lado y monte Victoria en el otro. Entre estas dos colinas se veían á lo lejos altas tierras, tanto que el conjunto más bien daba la impresión de un bello lago interior que de una perspectiva sobre el mar. Sin excepción alguna era el espectáculo de mayor magnificencia que había visto nunca. Sin embargo, me dijeron que todavía los había mejores en otras partes de Nueva Zelanda, en cuyo caso debe ser un país en extremo pintoresco.

Avanzábamos por una región deliciosamente verde con hermosas perspectivas de llanuras á la derecha, con un fondo lejano de montañas azules. Al cabo de otro cuarto de hora, después de pasar por la aldea de Epsom, se ofreció á nuestra vista el mar en la costa occidental, y pronto bajamos á Onehunga, situada á la orilla de la bahía de Manukau. Onehunga es una pequeña población que tiene escasos comercios, además de algunas casas particulares y uno ó dos hoteles. También aquí es hermosa la vista, pero no es tan interesante como el lado oriental de la isla. A lo largo de la costa se extienden las llanuras cerradas por lejanos montes, y, enfrente de nosotros, altos acantilados

corren á lo largo de la orilla y limitan el mar. Después de una hora de descanso en Onehunga, volvemos á Auckland, disfrutando mucho en la vuelta á pesar de lo amontonados que íbamos en la diligencia.

Aquella noche hubo una especie de función de gala en Auckland. Se dió un concierto en el sitio de la parada en los cuarteles, en el cual tomó parte la banda del *Galatea*. Se anunció que el mismo príncipe tomaría parte en el acto. Fué una hermosa noche iluminada por la luna, y los habitantes de Auckland se echaron afuera. Debía haber á lo menos dos mil personas bien vestidas paseando y escuchando la música. También estaba allí el elefante propiedad del príncipe, y contribuía en buena parte al regocijo. Para mí era un misterio cómo se pudo desembarcar al pobre animal del *Galatea* y volverlo desde la orilla, de nuevo, á bordo del buque.

Cuando se acercaba la hora de la partida me trasladé al vapor; pero resultó que el *Ciudad* no partía hasta algunas horas después. El correo había de esperar que el señor y la señora Bandman, que estaban representando en Auckland, hubiesen recibido el regalo de los oficiales del *Galatea*. Parece mentira que un vapor correo aplase algunas horas su partida por la conveniencia de una compañía de actores. Pero en esta línea de correos pasan cosas extrañas. El tiempo parece que no tiene importancia aquí, y sospecho que en Nueva Zelanda tiene menos valor que en otras partes. Dícenme que pocos correos parten de Nueva

Zelanda sin tener que esperar por uno ú otro pretexto. Parece que no hay allí la misma actividad, energía y aptitud para los negocios que existen en las colonias australianas. La gente de Auckland tiene un aire lánguido y medio dormido. Quizás su clima dulce, muelle y sin invierno, contribuye á ello.

No teniendo nada más en qué ocuparme antes de la partida del buque, me despedí de mi amigo australiano dándole mis últimos encargos para Maryborough y Mallorca, y me fui á bordo. Hacia media noche me desperté con el ruido que se producía al levar el ancla, y unos minutos después salimos con rumbo á Honolulu, á través del Pacífico.

CAPITULO XX

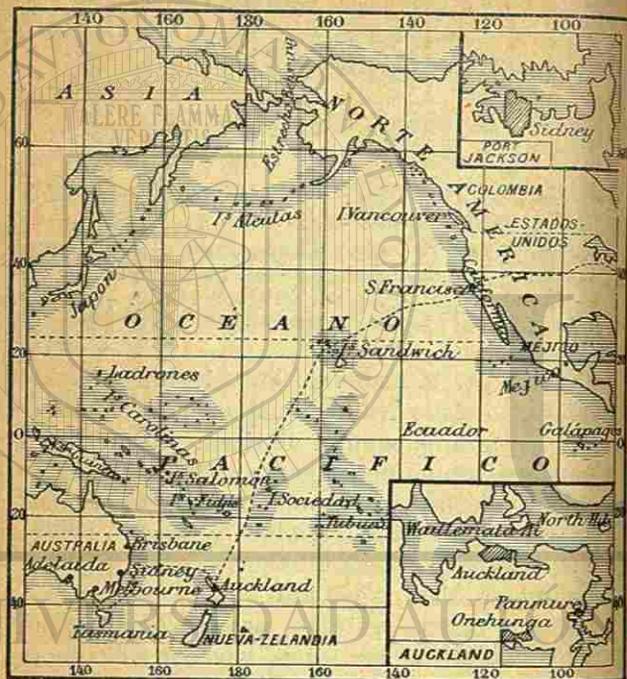
REMONTANDO EL PACÍFICO

Partida para Honolulu. — Monotonía de un viaje en vapor. — Molestias. — Los señores pasajeros. — La única señora en la segunda clase. — Las ratas á bordo. — Los malos olores. — Á través del Ecuador. — Cómo se tratan los periódicos á bordo. — Hawai á la vista. — Llegada á Honolulu.

Cuando por la mañana siguiente subí al puente, habíamos dejado Nueva Zelanda muy lejos de nosotros; ni una sombra de tierra se veía y estábamos en camino de Honolulu. Teníamos delante una travesía de cuatro mil millas aproximadamente, y si nuestras máquinas y nuestro carbón no se echaban á perder, habíamos de hacerla fácilmente en diez y siete días.

Aunque parezca extraño, es más monótono un viaje á bordo de un vapor que á bordo de un buque de vela. No se pone el mismo interés en los progresos del buque, y así falta uno de los recursos infalibles de conversación y de cálculo. Allí no hay vientos que os engañen, ni calmas que os adormezcan, ni alternativas de alegres y refrigerantes marchas viento en popa, como lo tuvimos á la ida desde Plymouth al Cabo. Sólo

sabemos que nuestro andar será de diez millas por hora, haga el tiempo que quiera. Si tenemos viento en popa, correremos delante de él; si sopla



Mapa de la travesía remontando el Pacífico, y de Auckland, Sydney y puerto Jackson.

por la proa, marcharemos á su encuentro. Que sea bueno ó malo, poco importa.

Un viaje en vapor, comparado con uno á la vela, es lo que un trayecto en ferrocarril comparado con un trayecto á través del país en una buena dili-

gencia. Sin embargo, en favor del primero puede decirse que, aun siendo monótono, es mucho más rápido, y en un viaje de algunos miles de millas podemos calcular el día y casi la hora de llegada á nuestro destino.

Pero enfrente de esta mayor brevedad en el tiempo empleado, hay pequeñas molestias en gran número. Hay el sordo é incesante rumor de la hélice, que algunas veces, cuando cabecea el buque y aquélla sale fuera del agua, se trueca en un horrible *birr*. Entonces el buque hace un doble movimiento, se balancea y se hunde, y de este modo ocasiona una sensación molesta é inexplicable. Luego, cuando hace calor, sube del departamento de las máquinas el tufo del aceite caliente que, mezclado con los malos olores del pantoque y quizás de la cocina, no tiene nada de agradable y apetecible. He de reconocer también que un camarote de segunda clase como el que he tomado no es comparable en cuanto á comodidad con los de primera, no sólo en lo que respecta á la compañía, sino también en cuanto á los hedores, alimentación y otras cosas por el estilo.

No hay muchos pasajeros en mi rincón, y los pocos que hay no se hacen muy agradables. En primer lugar hay dos judíos alemanes, que gruñen y murmuran de todo. Es la pareja más insoportable que haya encontrado nunca, no cesan de jurar, gemir y berrear. Tienen al despensero, que es un hombre de natural complaciente, en un estado de constante irritación, y cuando necesito alguna cosa para mí he de ablandarle con

la propina. Así es que son compañeros algo costosos, aunque de una manera especial.

Luego hay un alemán yanqui, un viejo singular que subió á bordo en Auckland. Parece haber reunido algún dinero en un yacimiento aurífero de Nueva Zelanda llamado *La Serpentina*, cerca de Dunedin. El viejo y yo congeniamos muy bien. Vale por una docena de alemanes como los otros dos. Hizo toda la guerra de América á las órdenes de Grant, y cuenta largas historias sobre los partidarios del Norte y los *malditos rebeldes*.

Como había veintisiete camillas en nuestro camarote y sólo éramos cuatro pasajeros, teníamos habitación holgada y en exceso. Había también en nuestro rincón de buque una señora pasajera y tenía para ella sola las quince camas de su camarote. Es de suponer que, habiendo únicamente una señora, sería muy solicitada por sus compañeros de viaje. Pues todo lo contrario. Miss Ribbids, éste era su nombre, resultó ser una persona de lo menos interesante. Siento tener que confesarme tan poco galante; pero el único esfuerzo que hice junto con los otros, fué para evitarla, pues era tonta de remate. Una noche me preguntó muy seriamente *¿si la luna era la misma allí que en Sydney!* De seguro no sabe que la tierra sea redonda. Atravesando un cabello sobre la lente del telescopio, le hice mirar y le mostré la Línea, y no se dió cuenta del pego. Su única gracia se explaya en la mesa, donde, al volcarse algo por el balanceo del buque, exclama:

— ¡Adiós manzana! — Pero basta de la terrible miss Ribbids.

Hay otros pasajeros á bordo que no deben ser olvidados: ¡las ratas! Yo las tenía horror; pero allí pronto me acostumbré á ellas. La primera noche que dormí en el buque percibí al acostarme un olor bastante molesto, y, por último, descubrí que procedía de una rata muerta en la ensambladura del buque. Como todavía mis narices eran algo delicadas, me trasladé al otro lado del camarote. Pero cuatro barriles de manteca que despedían un olor muy fuerte me echaron de allí. Entonces me acosté junto á los judíos alemanes; pero resultó que su proximidad era la que menos podía resistirse; de modo que después de muchos cambios, volví al fin y dormí satisfactoriamente junto á mi invisible y mal oliente compañero la rata muerta.

Pero también hay abundancia de ratas vivas y regocijadas. Una noche vino á andar por mi cara un grueso compañero, y con el susto me puse á gritar. Sin embargo, uno se acostumbra á todo y, al cabo de algunas noches, me hube desprendido por completo de mi azoramiento infantil, así como del miedo á que las ratas se paseasen por mi rostro. ¿Habéis oído alguna vez los cantos de las ratas? Os aseguro que cantan formando un coro muy agradable, aunque confieso haber oído otras veces música mucho más divertida.

En medio de esas pequeñas molestias, el buque marchaba con firmeza. Durante la segunda noche, después de la partida de Auckland, el viento

sopló muy fresco y la escotilla fué cerrada. Aquella noche se sentía abajo un calor sofocante. La luz se extinguió, y las ratas quedaron dueñas del campo. Al día siguiente era imposible subir al puente sin quedar calados, y nos vimos forzados á permanecer abajo. El balanceo del buque era también considerable.

Al otro día hizo buen tiempo, aunque calmoso. La temperatura aumenta sensible y rápidamente á medida que nos acercamos á la Línea. No vemos tierra alguna, aunque pasamos entre las islas de los Amigos, dejando al oeste las islas de Samoa ó de los Navegantes. La vía queda ahora despejada hasta Honolulu. No pudiendo subir al puente en lo más caluroso del día, so pena de pescar una insolación, espero hasta que el sol vaya á su ocaso, y entonces subo á cubierta con mi manta y mi almohada y me gozo echando una siesta bajo las estrellas. Pero á veces me despierta un golpe de viento y he de refugiarme abajo.

Al mismo tiempo que el calor, aumentan á bordo los malos olores. Para ir del puente á nuestro camarote, paso á través de siete perfumes diferentes : 1.º, el olor del humo de la cocina ; 2.º, el perfume de las verduras que se pudren sobre cubierta ; 3.º, el de las gallinas ; 4.º, el del pescado seco ; 5.º, el del aceite y los vapores del cuarto de las máquinas ; 6.º, el de la carne que cuece en la cocina ; 7.º, el de la misma cocina por donde paso, hasta que finalmente entro en el número 8, nuestro perfumado camarote, con la manteca, las ratas y los judíos alemanes.

Otra vez nos encontramos entre los peces voladores, pero ya no me interesan tan vivamente como cuando los vi por primera vez en el Atlántico. Algunos de ellos vuelan bastante lejos, hasta treinta ó cuarenta varas. Grandes bandadas se levantan de la proa del buque á medida que avanza á través de las aguas.

El 19 de Enero cruzamos la Línea á los 160°. Proseguimos nuestro camino en línea recta, haciendo una singladura de unas 240 millas. Ya hace más fresco, pues hemos pasado el calor más grande del sol. Llevamos una vida ociosa y negligente, y yo me paso casi todo el día leyendo, acostado sobre el gallinero ó me siento de vez en cuando para seguir escribiendo este diario, que se ha hecho en medio de considerables dificultades é inconvenientes.

Uno de mis compañeros de viaje está furioso por la manera como se trata los periódicos durante la travesía. Si es verdad lo que dice, fácilmente comprendo cómo se extravían tantos periódicos, cómo tantos números del *Punch* y de la *Illustrated News* no llegan nunca á su destino. Dice mi informante, que cuando un oficial necesita un diario, abre el saco de la correspondencia y toma el que más le gusta. Del mismo modo podría permitírsele abrir cartas con dinero dentro. Muchos pobres coloniales que no pueden escribir una carta compran un periódico y lo envían á su familia para que sepan que vive, y con esta falta de cuidado y de fidelidad es tratado el mensaje por aquellos á quienes confía su con-

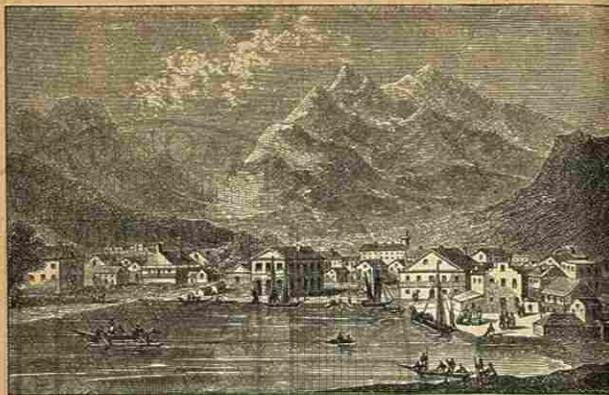
ducción. Durante mi estancia en Victoria he oído muchas quejas por no llegar nunca á su destino periódicos que contenían materias interesantes; de lo cual deduzco que lo mismo ocurre sobre poco más ó menos en la travesía del Atlántico. Realmente esto está muy mal.

A medida que nos acercamos al Norte, el tiempo es tanto más hermoso y tenemos algunos días espléndidos y gloriosas puestas de sol. Pero todos estamos impacientes por llegar á nuestro destino. Al fin, el día 24 de Enero por la mañana descubrimos las alturas de la isla de Hawai, á unas setenta millas de nuestra proa. En esa isla fué asesinado el capitán Cook por los indigenas, en 1779. Distintamente vi la alta montaña cónica de Mauna Loa, que tiene unos 14.000 pies, y muestra su pico despejado por encima de las pardas nubes.

Durante todo el día navegamos, mirando adelante, en busca de la tierra. Vino la noche y todavía nuestro puerto no estaba á la vista. Al fin, á eso de las diez, el faro situado en la roca que se extiende frente á Honolulu brilló en la obscuridad. Se dispararon luego algunos fuegos de artificio, y entre nuestro buque y la orilla se cambiaron cohetes y luces de bengala. También fué disparado un cohete desde un vapor por el lado del mar, y resultó que procedía del *Moisés Taylor*, el buque que había de llevarnos á San Francisco.

Como á la una de la mañana sube á bordo el piloto, y poco después mis amigos alemanes me despiertan para comunicarme que hemos atracado al muelle. Sin embargo, estoy hecho un pájaro

viejo; mi entusiasmo por las novedades ha disminuído considerablemente, y renunció al placer de acompañarles á tierra tan temprano. Honolulu me esperará sin duda hasta la mañana.



Vista de Honolulu, islas Sandwich.

CAPITULO XXI

HONOLULU Y LA ISLA DE OAHU

El puerto de Honolulu. — Importancia de su situación. — La ciudad. — Iglesias y teatros. — La oficina de Correos. — Los suburbios. — El palacio real. — El valle de Nuuanu. — El *poi*. — Gente que descende al valle. — El *Pali*. — Perspectiva de las rocas. — Los indígenas (kanakas). — Miscelánea. — Las mujeres. — Bebidas prohibidas. — Los chinos. — Teatros. — Mosquitos.

Cuando subí al puente, muy temprano, el sol salía tras las montañas que forman el fondo de Honolulu mirado desde el puerto, festoneándolas de oro y rosa y derramando belleza en el paisaje.

Ahora podía contemplar con calma el hermoso cuadro.

Encontré que habíamos entrado en un noble puerto, á cuyo alrededor se levanta la ciudad de Honolulu, con sus muelles, sus depósitos y las vergas de sus buques. Mirando hacia el mar observo que la bahía exterior está casi cerrada en su extremo inferior por la larga colina llamada Cabeza de Diamante. Más cerca, detrás de la ciudad, hay una eminencia notable llamada colina de Punchbowl, evidentemente de origen volcánico, coronada de una batería que guarda la entrada de la bahía pequeña que forma el puerto.

La entrada del puerto se encuentra en el paso abierto en un arrecife de coral de los que rodean la isla, pues los insectos coralíferos edifican sus colonias sobre los flancos sumergidos de la tierra hasta que la roca sale á flor de agua, á mayor ó menor distancia de la orilla. Como en la parte menos profunda de la entrada el agua sólo tiene un fondo de veintidós pies, los barcos que tienen un calado de veinte pies ó más han de quedarse afuera, donde, sin embargo, hay un fondeadero bueno y abrigado, salvo cuando el viento sopla fuertemente del Sur. En el interior de las rocas el agua está ordinariamente en calma, aunque las olas de fuera puedan ser arrojadas espumantes sobre sus crestas.

Basta echar una ojeada á la situación de las islas de Sandwich en el mapa para comprender el papel importante que están destinadas á desempeñar en el comercio del Pacífico. Están casi di-

reclamente en la ruta de todos los barcos que van de San Francisco y Vancouver á la China y el Japón, así como á Nueva Zelanda y Australia. Casi son equidistantes de las costas de Rusia y de América, acercándose más á las costas de América, de las cuales distan unas 2.100 millas.



Mapa de Oahu, islas Sandwich.

Forman como una escala en la gran ruta del Océano Pacífico entre el Este y el Oeste, entre el viejo mundo y el nuevo, así como entre las más recientes y más prósperas colonias de Australia y los Estados occidentales de América. Por esto Honolulu, la ciudad principal de la isla de Oahu y la capital de las islas de Sandwich, poseedora del mejor, más accesible y más conveniente puerto, es una plaza que probablemente será de mucha importancia en lo futuro. No es cosa rara ver de 100 á 150 buques anclados allí.

Vista desde el puerto, Honolulu es una población linda en extremo. Está recostada medio oculta entre el verde y lozano follaje, los tejados de sus casas asoman á trechos entre los árboles, y en algunos puntos la ondeante frondosidad de

los cocoteros se levanta majestuosamente por encima de ellas, contrastando de extraño modo con los escarpados y volcánicos picachos que cierran el fondo lejano. En la parte vieja de la ciudad, á la derecha, las casas están más esparcidas; y por el primer aspecto del lugar nadie supondría que contiene una población de 12.000 almas, si bien muchas casas se ocultan sin duda bajo el follaje y entre las ondulaciones del terreno en que se levanta la ciudad.

Detrás de ésta se extiende una llanura de dos millas de ancho aproximadamente, hasta la cadena de montañas que cierra el fondo. La silueta especial de las montañas, sus ásperos barrancos y escarpados picos, denotan evidentemente la fuerza volcánica que actuó la formación de las islas, y presta al cuadro su aire más característico. A espaldas de la ciudad un valle profundo, ó más bien desfiladero, se corre por una sima de las montañas cuyas laderas están cubiertas de lozano y verde follaje. El terreno, que sube gradualmente hasta la cima de las montañas, es en alto grado pintoresco. En una palabra, la primera idea que formé de la ciudad correspondió plenamente á mis previsiones acerca de la belleza de una ciudad tropical en el Pacífico.

Salí para dar mi primer paseo por Honolulu á las cinco y media de la mañana. Era el 25 de Enero, en la estación de invierno, pero no hay invierno en Honolulu. Hacía tanto calor como en Inglaterra en el mes de Agosto, y aun el calor que durante todo el año hace en el país se demuestra

con el hecho de no tener chimenea ninguna habitación de la ciudad. Pasee por las umbrosas calles hasta el mercado y allí encontré numerosos naturales agachados en cuclillas vendiendo llanthenes, naranjas, bananas, frutas y verduras. Gasté seis peniques en un enorme racimo de bananas que llevé conmigo de vuelta al buque para comerlas en compañía, la cual las recibí con regocijo, pues la fruta era una perfección.

Durante la mañana me puse á explorar Honolulu con toda calma. Vi que la parte central de la ciudad consistía en calles regularmente trazadas, habiendo muchas casas rodeadas de jardín. Los árboles que se levantan á trechos entre los comercios y almacenes, les dan un aspecto fresco y primitivo. Yendo camino del Correo encuentro varios templos, la catedral inglesa, capillas de congregacionistas americanos, de metodistas wesleyanos y de católicos romanos. Hay asimismo el teatro Real de Hawaï y un circo ecuestre, así como una oficina de policía. — ¿Policía? — Sí, señor, ¡nosotros somos civilizados!

Mucho antes de llegar á ella vi la casa de Correos, situada en una pequeña plaza al extremo de una de las principales calles. Era fácil distinguirla por la multitud de gente, indígenas y extranjeros parados en sus escalones. Acababa de llegar el correo en el *Moisés Taylor*, y todo el mundo estaba ansioso de conocer la conclusión de la guerra europea y del sitio de París. Aquella guerra amenazó turbar la paz en Honolulu, pues había anclado en el puerto el *Hamelin*, buque de

guerra francés, acechando un hermoso buque mercante alemán, el *Conde de Bismarck*, que había llegado pocos días antes que el francés. Los alemanes habían tomado la precaución de pintar *Honolulu* en la popa del buque y colocarse bajo la protección del gobierno havayano. Así el comandante del buque francés, viendo que no había medio de efectuar allí la captura, levó anclas y salió del puerto, sin duda para esperar afuera que el buque alemán se aventurase á hacerse á la mar.

La oficina de Correos es á la vez una librería, cuyo principal negocio consiste en la venta de periódicos. Me enteré con sorpresa de que, aun habiendo un servicio regular de vapores entre Honolulu y Australia, ¡no había comunicación postal con Victoria sino por la vía de América é Inglaterra! De esto tiene la culpa el gobierno victoriano, que se negó á subvencionar la nueva línea de correos entre California y Australia. Los victorianos temieron que si tal línea se establecía y prosperaba, ganaría Sydney con ello y, en cambio, Melbourne, en vez de encontrarse en la principal línea de comunicación postal, pasaría á ser un ramal de la misma. Pero seguramente es posible establecer una línea de correos por el Atlántico y otra por el Pacífico, sin que sea esto motivo de celos por parte de Sydney ó de Melbourne.

Una vez hecha mi comisión en la oficina de Correos, di un paseo por la ciudad y los suburbios acompañado por mi compañero de viaje el

yanqui alemán. Es verdad que todo parece un suburbio según es de verde y despejado. Gastamos una pequeña cantidad en naranjas, y las comimos andando de la manera más ordinaria que imaginarse pueda. Dirijimos nuestros pasos hacia la parte de la ciudad donde parece que residen las clases altas, en frescas y umbrosas calles, rodeadas las casas de árboles tropicales de anchas hojas, cocoteros, bananos, árboles de pan, calabaceras y otros por el estilo, con cycas y helechos gigantescos, cuyos tallos alcanzaban á veces quince pies de altura. También abundaban los arbustos con flores, tales como los *hibiscus*, los *mairis*, con los cuales trenzan guirnaldas las mujeres, y las gardenias, con cuyas flores se adornan á sí mismas. En algunos jardines había lindas fuentes con juegos de agua que parecía ser buena y abundante, lo cual hace creer que había grandes depósitos de ella en alguna montaña vecina.

Paseamos por la derecha de la ciudad, hacia el alto monte volcánico donde se halla situado el fuerte y cuyo cráter extinguido se divisa distintamente en la cumbre. Hace algunos años, cuando un barco francés bombardeó la ciudad, los kanakas que guarnecian el fuerte abandonaron las esponjas, atacadores y todo, en seguida que se hubo hecho el primer disparo, dejando al fuerte el cuidado de defenderse por sí mismo.

Volvimos al puerto pasando por delante del palacio real, situado en el centro de la ciudad, fácil de distinguir por la bandera que tiene izada. El palacio está construído con piedra de coral y

sin pretensiones, recordando las casas de campo francesas. Ocupa como un acre de terreno, adornado de flores, arbustos y una avenida de kukuis y de koas. Un centinela indígena hace guardia en la puerta con uniforme de casaca azul y pantalones blancos, y su mosquete debidamente cargado al hombro.

Al día siguiente hice una excursión, con un señor americano que es algo naturalista, al notable valle ó desfiladero de las montañas que se levantan á espaldas de la ciudad, el cual tanto me había llamado la atención cuando lo vi por primera vez desde la cubierta de nuestro buque. Se llama el valle de Nuuanu y es muy digno de visitarlo. La calle principal de la ciudad conduce directamente á la entrada del valle, y el camino por donde pasamos tiene numerosas y lindas casas bajas, rodeadas de jardines hermosamente dispuestos, pertenecientes á los comerciantes ricos y á los cónsules del puerto. Tienen un aspecto enteramente fresco y agradable, envueltas de verdes papiros, tamarindos y palmeras, que las resguardan del ardiente sol tropical con su pomposo follaje. El sol me pareció entonces, en pleno invierno, casi intolerable. Calcúlese, pues, cómo será en verano.

A medida que avanzamos, encontramos la tierra fértil, que se halla casi por completo al pie de las montañas, pues la prolongada desintegración de los terrenos altos ha ido formando un depósito rico para el crecimiento de la vegetación. Junto al camino hay algunos plantíos de *arrow-*

root regados por los arroyos que bajan por la ladera de la montaña. Pero lo que más abunda es el *taxo* (*Arum esculentum*), con el cual se hace una comida del país, llamada *poi*. Dedicaré algunas palabras á este *poi*, por constituir la base principal de la comida havayana. El taro crece en hoyos ó en bancales, que se mantienen muy húmedos, en cuyo caso, incitado por el calor natural del clima, crece con inmensa rapidez y lozania. La suculenta raíz se emplea como alimento. Se machaca en un rancho semifluido, después de lo cual se deja fermentar algunos días; entonces se amasa con las manos hasta adquirir la consistencia necesaria para ser comida y se deposita en calabazas. Ha de tener cierto espesor, ni demasiado blando ni demasiado duro, como la cola espesa y glutinosa, y se come de la siguiente manera: se meten dos dedos en el puchero que contiene el *poi* y se les da vueltas rápidamente hasta que se adhiera á ellos suficiente cantidad de pasta; entonces, con movimiento rápido, se saca el dedo del puchero, se lleva á la boca y se limpia relamiéndolo bien. Las señoritas sólo meten un dedo cada vez y los hombres dos. Con frecuencia se me invitó á meter los dedos en el *poi* y cartarlo, pues me decían que estaba muy rico; pero no tuve el valor de hacerlo (1).

(1) Se dice que el *poi* crece con tal abundancia y con tan poco trabajo en las islas de Sandwich, que tiende á fomentar la natural indolencia del pueblo. Un sembrado de taro no mayor que un salón ordinario, da alimento á un hombre

Pero volvamos á mi paseo por el valle de Nuuanu. A unas dos millas de la ciudad encontramos una preciosa quinta á un lado del camino, y algunas espaciosas cabañas indígenas en umbroso jardín, al otro lado. Resulta que esta quinta es la casa de campo de la reina Emma. Mirando por la verja del jardín opuesto, vemos nada menos que á nuestra antigua pasajera de Sydney, miss Ribbids, ¡reclinada en un banco de la más voluptuosa manera! Vino paseando sola por el valle, y nos cuenta que los naturales han estado muy amables con ella, dándole frutas y ramos de flores para su tocado.

Continuando por el valle, nos encontramos en un terreno elevado después de un camino que en su mayor parte venía cuesta arriba. Volviendo la vista atrás, un encantador espectáculo se despliega ante nosotros. El cielo está radiante y sin nubes. A nuestros pies se extienden la ciudad y el puerto, el mar azul, liso como un espejo, la bahía sembrada de buques y una plateada línea de agua que se rompe á lo largo de las rocas lejanas. Comenzamos á sentir la brisa que sopla de los puntos más elevados del valle, y esto nos refresca y vigoriza después de la bochornosa caminata bajo el sol del medio día.

Subiendo por la carretera, encontramos varias muchachas indígenas que bajaban á caballo. Pa-

para todo el año. La Naturaleza es tan prolífica, que apenas se necesita trabajar en estos climas cálidos. De modo que el sol puede ser un gran desmoralizador.

rece que en la isla hay una verdadera pasión por montar, y á menudo ha de impedirse que se vaya al trote largo por las calles de Honolulu. Los caballos son de una raza miserable; pero las mujeres, que montan á horcajadas como los hombres, parecen jinetes temerarios, y sus vestidos largos y flotantes les sientan muy bien para montar. La mayoría de las muchachas llevaban coronas de *ohelo* y otras flores en la cabeza, pues son apasionadas por los adornos.

Poco después del encuentro con las muchachas, pasó un hombre al galope corto acostumbrado, con un ataúd echado delante de él sobre la silla, y luego le siguió otro jinete con la tapa. Sorprendido de la estrambótica carga, pregunté al delantero á quién iban á enterrar. — A mi esposa, contestó; mi pagar setenta y cinco dólares por el ataúd. — Rechinó los dientes y pareció muy satisfecho de su ataúd, que realmente era hermoso.

A medida que avanzamos, parece que nos internamos en la selva. Tupida vegetación cubre los declives de las montañas á uno y otro lado. Ahora comprendo cuán difícil debe ser el viaje por una selva tropical. Los matorrales ercen tan juntos unos de otros y de tal modo entretrojados, que parece casi imposible abrirse paso entre ellos. Las montañas se elevan más y más á medida que nosotros avanzamos, y se cubren de lozano y verde follaje. Parece que todas se levantan formando lomas iguales, y cada loma que sube por la pendiente se remata en un picacho. De cuando en cuando una pequeña catarata salta por el revés

de una roca, brillando como hebra de plata y desapareciendo abajo entre los matorrales, hasta que viene á engrosar el torrente que corre á nuestro lado junto al camino.

En una vuelta de éste aparecen súbitamente numerosos hombres que bajan de algún rancho de ganado de las montañas, montados á la *mejicana*, con lazos en las sillas y fuertes látigos en las manos, llevando delante de ellos un miserable rebaño. Parece que hay unos 18 hombres para una docena de reses pequeñas. Presumo que un par de pastores australianos, con sus látigos, conducirían fácilmente toda esa comitiva, hombres, caballos y reses.

Estamos ahora á unas siete millas de Honolulu y casi al fin de nuestra excursión por las montañas. Después de pasar por una pendiente más escarpada que las otras, el espectáculo es aún más romántico y pintoresco, y atravesamos una espesura de hibiscus y otros árboles, cuando súbitamente, al dar la vuelta á un pequeño promontorio de rocas volcánicas, salimos á un espacio abierto, y el gran precipicio ó Pali del valle de Nuuanu se abre ante nosotros con pavoroso efecto.

Aquí, en alguna tremenda convulsión de la Naturaleza, la cadena de montañas debió de repente desgarrarse cerca de su cima, y el precipicio que contemplamos tendrá unos quinientos pies de profundidad. Se puede bajar por el revés de la roca siguiendo un estrecho sendero; pero como no tenemos el pensamiento de intentar el descenso,

nos quedamos á admirar la magnífica perspectiva que se extiende delante y debajo de nosotros. Al pie del precipicio hay una selva tan junta á la roca, que fácilmente se puede arrojar una piedra dentro de ella. Encima de la selva se desarrolla una región encantadora llena de montañas y de bosques. El mar, que dista unas siete millas, sirve de límite al espectáculo con su línea plateada de rompientes en las rocas exteriores. La línea blanca y larga presenta un hermoso aspecto en medio de la calma del mar azul y bajo el sol que brilla en lo alto. La región que tenemos delante no parece ser muy cultivada. Alguna que otra cabaña de indígenas se distingue debajo de nosotros entre los árboles; pero no hay á la vista ninguna casa grande ni ninguna aldea.

La cima de la montaña por la cual pasamos es áspera y rasgada. Inmensas masas de rocas oscuras, altas de algunos centenares de pies y casi perpendiculares, forman los dos lados de la cima. A un lado, la montaña parece levantarse á pico en el aire hasta perderse en una blanca nube; al otro, aunque no tan alta, es igualmente escarpada. De esta última la cadena se extiende formando un semicírculo que termina en la costa á unas veinte millas de distancia.

Añadamos algunas palabras acerca de los indígenas, de los cuales sólo incidentalmente he hecho mención. Por de contado, los vi en gran número de una manera ú otra durante mi breve permanencia en Honolulu. Apenas habíamos atracado al muelle, cuando los kanakas, como se les llama,

subieron á bordo, asomando sus cabezas en los camarotes, vendiendo algunos de ellos bananas y naranjas, ofreciendo otros corales y curiosidades; pero la mayor parte vinieron para examinar el buque por mera curiosidad. Por lo que he observado, podría decirse que los kanakas son de la misma raza que los maorís, aunque no tan tatuados, mucho más inclinados á la paz y probablemente más industriosos. Algunos hombres son altos y bien plantados, lo que no me atreveré á decir de las mujeres. Los hombres no trabajan muy á gusto á jornal, pero se portan bastante bien cuando se les paga á destajo. Aquí, en el muelle, les dan un dólar por un día de trabajo, y dólar y medio por la noche. Se les emplea en llenar los recipientes del carbón y en la descarga del buque.

Los kanakas son buenos buzos y trabajan casi tan bien en el agua como fuera de ella. Vi uno de ellos contratado para limpiar los fondos del *Moisés Taylor*, en el cual he de embarcarme para San Francisco. Se le pagan tres dólares por una inspección general ó cinco dólares por un día de trabajo. Le he visto sumergirse para clavar una pieza de cobre en el fondo, que sufrió avería al tocar en una roca cuando su última salida del puerto de San Francisco. Se sumergió con unos treinta clavos de cobre en la boca, con el martillo y la hoja de cobre en la mano, subiendo á respirar después de cada clavo que colocaba. Podía oírse el fuerte martilleo cuando hundía los clavos en el costado del buque. Al mismo tiempo

algunos muchachos kanakas jagaban en el agua cerca de allí sumergiéndose para recoger piedras ó monedas. Apenas llegaba la pieza á hundirse algunos pies, cuando un muchacho se arrojaba tras ella y la cogía. Nunca se les ha escapado la más pequeña moneda de plata. Parecíame que algunos hubiesen aprendido á nadar antes que á andar.

En cuanto á las mujeres, aunque algunos viajeros han divulgado la fama de su belleza, yo no he sabido verla. Mientras el *Moisés Taylor* permaneció en el puerto, el salón se llenó algunas veces de muchachas indígenas, que venían de sus tierras para ver el buque y admirarse á sí mismas en los dos grandes espejos del salón, ante los cuales se quedaban riendo y haciendo monadas. Su vestido ordinario consiste en una túnica larga y suelta que llega hasta los tobillos, sin llevar recogida la cintura, y sus cabezas y sus cuellos llevan usualmente, como adorno, hojas ó flores. Estoy en que se parecen á las mujeres maorís, pero sin el tatuaje azul en los labios, y aunque sus facciones no son tan duras, tienen los mismos rostros anchos, ojos negros, narices abiertas y gruesos labios. Su piel es de variados colores, desde el amarillo hasta el moreno obscuro. Sus pies y sus manos son generalmente pequeñas y limpias.

He oído decir que la raza degenera y se extingue rápidamente. Se dice que la población de las islas es diez veces menor que cuando las visitó el capitán Cook; y esta decadencia se atribuye principalmente á las costumbres impúdicas de las muje-

res. Los misioneros han tratado de ejercer sobre ellas una saludable impresión; pero aunque los naturales profesan el cristianismo en varias formas, es de temer que esto sea una profesión y nada más. El rey también ha tratado de moralizarlos promulgando una ley contra los licores; pero todos los buques que entran en el puerto son asediados por indígenas que piden bebidas y que adoptan varios métodos para eludir la ley. La cuota impuesta por el gobierno á los vendedores de bebidas espirituosas cuesta mil dólares al año; pero no han de vender licores á ningún extranjero los domingos, ni á los indígenas nunca, bajo la pena de quinientos dólares. Esta penalidad se cobra con rigor, y si el vendedor de bebidas espirituosas no puede pagar la multa, se le manda á las rocas coralíferas á trabajar por veinticinco céntimos diarios hasta que ha reunido la suma. En consecuencia, el comercio de licores pocas personas lo practican, y el consumo de bebidas por los naturales es muy restringido, comparado por ejemplo con el consumo de los naturales de Nueva Zelanda, á los cuales se permite beber el *aguardiente*, en provecho de los taberneros y para su mayor desmoralización, sin restricción alguna.

Veo que el gobierno saca también aquí una suma considerable de los chinos por el privilegio de la venta de opio. Cada año se saca á subasta, y algunos años se ha pagado por el monopolio cuarenta y cinco mil dólares, si bien este año produce considerablemente menos, á consecuencia de la crisis comercial. De esta circunstancia se in-

fiere que hay una considerable población china en la plaza. Ciertamente, algunas de las mejores tiendas de Honolulu son de los chinos. Al principio no observé que abundasen mucho; pero después, fijándome más detenidamente, encuentro calles enteras, apartadas, llenas de casas y bañías chinas.

Por los anuncios que veo de funciones teatrales y otros pasatiempos, colijo que la gente debe ser aquí muy aficionada á las diversiones. Ciertamente parece que Honolulu sea un gran centro de recreo en el Pacífico. Todas las *estrellas* errantes pasan por aquí. Cuando estaba en Auckland (Nueva Zelanda), fui al teatro para ver á una compañía de prestidigitadores japoneses. Había visto la misma compañía en Londres, y *All Right* estaba entre ellos. Se dirigía á Honolulu para brillar aquí antes de volver al Japón. Carlos Mathews, con quien hice el viaje de Melbourne á Sydney, también anuncia su aparición, *por pocas noches solamente*, en el Teatro Real Hawayano (1).

(1) En un periódico de California, encuentro el siguiente entretenido relato, escrito por Mr. Mathews, de su aparición ante el auditorio de Honolulu :

« En Honolulu, uno de los más agradables rincones de la tierra, actué una noche por mandato y en presencia de su majestad Kamehameha V, rey de las islas de Sandwich (y no Hoky Poky Wonky Fong, como erróneamente se ha dicho), y resultó una noche memorable. Yendo al singular y pequeño Teatro Hawayano, situado en una rústica callejuela en medio de un lindo jardín rebosante de pomposas flores tropicales y al cual daban sombra cocoteros, bananos, *banyanos*

Y ahora está aquí Bandman, mi compañero de viaje desde Auckland, anunciado en grandes carteles como *actor shaksperiano de fama universal*, etc., que está á punto de dar una serie de tales y cuales representaciones en la misma población.

y tamarindos, encontré el cartel de la velada. Un kanaka ambulante (ó sea un caballero negro) se paseaba metido entre dos tablas (á lo cual se llama en Londres en lenguaje figurado *un hombre sandwich*, si bien aquí tiene un significado literal), llevando en alto una gran linterna blanca encendida, con el anuncio redactado en lenguaje kanaka, para llamar la atención de los habitantes de color : « Carlos Mathews; *Keaka keia Po* (teatro abierto esta noche). *Ka uku o ke komo ana* (asientos reservados, principales), \$ 2.50; *Nohi mua* (platea), \$ 1; *Noho ho* (patio kanakaca), 75 centavos. El teatro estaba (para emplear la frase técnica) *lleno hasta la sofocación*, lo cual significa sencillamente que estaba de *bote en bote*, si bien por la altura del termómetro en esa ocasión la palabra *sofocación* no era de uso tan incorrecto como de costumbre. El auditorio era en realidad elegante (cada billete costaba 10 chelines) y se veían vestidos de recepción, uniformes de toda clase de cortes y de todos los países. *Comandantas* y damas de todos colores, con trajes no menos variados, flores y piedras preciosas, programas de raso, abanicos, ventanas y puertas abiertas de par en par, una escalera exterior que conducía directamente al principal, sin vestíbulo, taquillero ni cobrador alguno. En el jardín de abajo había mujeres kanakas que vendían bananas y guisantes del país á la luz de antorchas encendidas en una bochornosa noche tropical bañada por la luna. El conjunto sólo tenía semejanza á un sueño de una noche de verano. ¿No era cosa extraordinaria ver un patio lleno de kanakas, negros, morenos y bronceados (recientemente canibales todavía), mostrando sus blancos dientes, souriendo y disfrutando ruidosamente como hace pocos años hubiesen celebrado la tostadura de un misionero ó la fritura de un niño? Era una página de la vida que no olvidaré nunca. »

Por hermosa que sea la isla de Oahu, pronto comprendo que no podría vivir aquí. Aun en invierno parecía que estábamos en un horno. A intervalos mi nariz manaba sangre y yo adelgazaba sensiblemente. Además sufría terriblemente por los mosquitos; mis tobillos estaban completamente hinchados á consecuencia de sus picaduras; en uno ó dos días más me hubieran estropeado. Además hay otro tormento, el de las pequeñas moscas, muy parecidas á las moscas de avena de Victoria, que tiran sórdidos pinchazos. Por lo tanto, supe con regocijo, á los cuatro días de estancia en Honolulu, que el *Moisés Taylor* se disponía á partir para San Francisco.

CAPITULO XXII

DE HONOLULU Á SAN FRANCISCO

Partida de Honolulu. — Naufragio del *Saginaw*. — El *Moisés Taylor*. — El servicio. — Los compañeros de á bordo. — Funcionamiento del buque. — Fallecimiento de un pasajero. — Impresiones del desembarco de un país nuevo. — Aproximación á la *Golden Gate*. — Fin del diario del Pacífico. — Primera vista de América.

La partida del *Moisés Taylor* fué evidentemente considerada como un gran acontecimiento en Honolulu. A la hora indicada para nuestra salida, una gran muchedumbre se había reunido en el muelle. Todas las notabilidades de la plaza parece que estaban allí. En primer término estaba el rey de la islas de Sandwich en persona, Kamehameha V, anciano de aspecto gallardo y majestuoso, que mide unos seis pies de alto y pesa más de veinticinco *stones* (1): un rey en peso y en estatura. Estaban luego los principales ministros de su corte, blancos, amarillos y bronceados. Había también ingleses, americanos y chinos, y una multitud de kanakas de pura sangre, con el

(1) Peso inglés de 5 kilogramos y 22 gramos y medio. Por lo tanto, el rey de Sandwich pesaba 125 kilogramos y medio. — *Nota del traductor.*

Por hermosa que sea la isla de Oahu, pronto comprendo que no podría vivir aquí. Aun en invierno parecía que estábamos en un horno. A intervalos mi nariz manaba sangre y yo adelgazaba sensiblemente. Además sufría terriblemente por los mosquitos; mis tobillos estaban completamente hinchados á consecuencia de sus picaduras; en uno ó dos días más me hubieran estropeado. Además hay otro tormento, el de las pequeñas moscas, muy parecidas á las moscas de avena de Victoria, que tiran sórdidos pinchazos. Por lo tanto, supe con regocijo, á los cuatro días de estancia en Honolulu, que el *Moisés Taylor* se disponía á partir para San Francisco.

CAPITULO XXII

DE HONOLULU Á SAN FRANCISCO

Partida de Honolulu. — Naufragio del *Saginaw*. — El *Moisés Taylor*. — El servicio. — Los compañeros de á bordo. — Funcionamiento del buque. — Fallecimiento de un pasajero. — Impresiones del desembarco de un país nuevo. — Aproximación á la *Golden Gate*. — Fin del diario del Pacífico. — Primera vista de América.

La partida del *Moisés Taylor* fué evidentemente considerada como un gran acontecimiento en Honolulu. A la hora indicada para nuestra salida, una gran muchedumbre se había reunido en el muelle. Todas las notabilidades de la plaza parece que estaban allí. En primer término estaba el rey de la islas de Sandwich en persona, Kamehameha V, anciano de aspecto gallardo y majestuoso, que mide unos seis pies de alto y pesa más de veinticinco *stones* (1): un rey en peso y en estatura. Estaban luego los principales ministros de su corte, blancos, amarillos y bronceados. Había también ingleses, americanos y chinos, y una multitud de kanakas de pura sangre, con el

(1) Peso inglés de 5 kilogramos y 22 gramos y medio. Por lo tanto, el rey de Sandwich pesaba 125 kilogramos y medio. — *Nota del traductor.*

mayor orden y admiración. Y en la línea donde acababa el gentío se veían varios coches llenos de señoras indígenas.

A las cuatro de la tarde en punto soltamos nuestras amarras, con tres salvas de aplausos á Honolulu que tributó una tripulación náufraga que habíamos tomado á bordo. Dejando el muelle, pronto pasamos por la barra entre las rocas que forma la entrada del puerto, y navegamos hacia oriente con rumbo á San Francisco.

He de explicar ahora lo que había dado lugar á las tres salvas de aplausos tributadas á Honolulu. El *Saginaw* era un barco de guerra americano que había sido enviado con la misión de volar la roca de coral que se encuentra en la isla de Midway, en el norte del Pacífico, á unas mil quinientas millas el oeste-noroeste de las islas de Sandwich, para procurar un fondeadero á la línea de grandes vapores que hacen la travesía de San Francisco á la China. Habiéndose agotado los recursos votados á este propósito por el gobierno, el *Saginaw* emprendió su viaje de vuelta, y el capitán determinó dar un vistazo á la isla del Océano para ver si quedaba allí alguna tripulación náufraga; pero en medio de la niebla, el barco chocó contra una roca de coral y naufragó á su vez. Los marineros, en número de noventa y tres, pudieron alcanzar la isla, donde permanecieron sesenta y nueve días, durante los cuales se mantuvieron principalmente de becerro marino y algunas provisiones que habían podido salvar del buque. La isla es completamente estéril, teniendo

sólo unos pocos matorrales y una especie de hierba seca, con millones de ratas que se supone han sido engendradas por las ratas de los buques naufragados. Los oficiales mantuvieron una estricta disciplina, y los marineros, como un solo hombre, se condujeron notablemente bien.

Finalmente, como no se viese ningún buque, cuatro marineros voluntarios se embarcaron en un bote abierto para las islas de Sandwich, que distaban más de mil millas, con el propósito de comunicar el naufragio del buque y enviar socorros á los de la isla. El bote partió, alcanzó las rocas que rodean Kanai, isla situada el noroeste de Oahu, y allí naufragó, pudiendo alcanzar la orilla sólo uno de los marineros. Así que en Honolulu se supo la noticia del naufragio del *Saginaw*, el gobierno mandó inmediatamente un vapor para recoger los marineros en la isla desierta; y de aquí las entusiastas salvas de aplausos á Honolulu, tributadas por los oficiales y marineros salvados del buque americano, todos los cuales hacen ahora, á bordo del *Moisés Taylor*, su viaje de vuelta á San Francisco.

Ahora me toca describir mi nuevo buque. Lo llaman el *Rolling Moisés*, pero no puedo decir si es justo el calificativo. Ciertamente es en extremo alto de cubierta y no se parece á los buques ingleses que he visto hasta ahora. Es dos veces mayor que el *Ciudad de Melbourne*, desplaza unas 2.000 toneladas, es de fondo plano y cala unos catorce pies cuando está cargado. Tiene un aspecto parecido al de una gran casa flotante, ó

mejor dicho, de una hilera de casas de una altura mayor de treinta pies. Las cubiertas parecen amontonadas una sobre otra, en la mayor confusión. Primeramente está el comedor, rodeado de camarotes; encima está el salón con más camarotes; más arriba se alza la tilla con numerosos departamentos para el capitán y los oficiales; y luego, dominándolo todo, está el gran eje de la máquina, justamente entre las cajas de sus ruedas. En suma, su aspecto es verdaderamente pesado y ciertamente confiaría mucho más en un barco del tipo del *Ciudad de Melbourne*. Me parece que en un golpe de mar el casco del *Moisés* correría peligro de hacer separación de cuerpos con la inmensa balumba que lleva encima.

El arreglo de los camarotes es, sin embargo, muy superior al de mi último buque; hay mucho más espacio y el conjunto de medidas para el *comfort* de los pasajeros es cuanto puede desearse. Parece que los americanos entienden lo que es el *comfort* en el viaje. El despensero y los mozos son diligentes y atentos, y no parecen esperar continuamente la propina, como se acostumbra en los barcos ingleses. Este buque es también más limpio que el anterior, y no se perciben en él los horribles hedores que tanto me disgustaban a bordo del *Ciudad de Melbourne*. Las comidas son mejores y hay gran variedad de pequeños platos, carne, estofados, patatas amasadas, guisantes, pasteles y otras cosas por el estilo. Así, por lo que concierne á la comida, pienso que estaré muy bien á bordo del *Moisés Taylor*.

Hace un tiempo húmedo y lo que llaman los marineros *tiempo cochino*, y el calor aumenta sensiblemente. Como no da gusto quedarse sobre cubierta, paso la mayor parte del tiempo abajo. Me gusta mucho la compañía, formada en su mayor parte por náufragos del *Saginaw*. Son excelentes y bulliciosos compañeros; me animan á conversar y echamos buenas careajadas juntos. Algunos me cuentan interminables historias de la pasada guerra, en la que habían tomado parte, y me dicen, sin que tenga medio de averiguar si es ó no cierto, que el capitán de nuestro buque fué primer teniente del buque pirata *Florida*. No he encontrado en mis compañeros aquella confianza en sí mismos ó altivez nacional que dicen distinguen á los yanquis, ni les he oído una palabra de hostilidad contra John Bull. Con el propósito de sacarles de quicio, me ponía á hablar fanfarronamente de Inglaterra; pero me dejaban seguir sin contradecirme. No decían nada de política; ó, si tocaban este punto, expresaban ideas muy moderadas. En una palabra: iba bien con ellos y me gustaban mucho.

El *Moisés Taylor* se manifiesta más estable en el mar de lo que esperaba, juzgando por su apariencia. Tiene ciertamente un balanceo prolongado y constante, pero cabecea poco y da pocas sacudidas. Cuando le da un bandazo el mar, todo el buque tiembla de la manera más incómoda. Es un barco antiguo; en otro tiempo hacía la travesía entre Vancouver y San Francisco y está muy gastado. El enorme árbol de la máquina

sacude las barras que lo sostienen; la madera tiembla bajo el pesado choque de la máquina, y de tiempo en tiempo se abren considerables grietas sobre cubierta al virar de un lado á otro. El tiempo, sin embargo, no es tempestuoso, y el buque nos conducirá indudablemente sin novedad al término de nuestro viaje, andando regularmente como lo hace, á razón de unos ocho nudos por hora. Y como la distancia entre Honolulu y la costa americana es de unas 2.100 millas, probablemente haremos el viaje en diez días aproximadamente.

Al octavo día de nuestra salida de Honolulu ocurrió un accidente que me produjo una impresión de sobresalto. Mientras reíamos y charlábamos en el camarote, retenidos abajo por la lluvia, se nos dijo que un pobre hombre, enfermo desde la salida del puerto, había exhalado su postrer suspiro. Parece que alguna afección en la faringe le impedía engullir los alimentos. El cirujano de á bordo carecía del instrumento necesario para introducirle comida en el estómago; de modo que murió literalmente de inanición. Ocupaba el camarote exactamente opuesto al mío, y aunque yo no ignoraba su enfermedad, no llegué á imaginar que su fin estuviese tan próximo. El, sin embargo, lo sabía, y, por esto, deseaba con ansia poder sobrevivir hasta nuestra llegada á San Francisco, donde su esposa había de esperarle en el desembarcadero. Pero no fué así, y su muerte súbita nos produjo á todos una gran conmoción.

Aquel día tomamos nuestro desayuno y nuestra comida estando el cadáver yacente en el camarote. Oíamos los martillazos del carpintero que, en el gran puente, construía un ataúd para el sepelio. Cada vez que aseguraba un clavo me acordaba yo del pobre compañero muerto que yacía cerca de nosotros. Me puse á reflexionar sobre los diversos sentimientos que experimentan los pasajeros al desembarcar en un país. Algunos son simples visitantes como yo, atraídos por la vista de nuevos espectáculos; otros llegan allí henchidos de esperanza para empezar una vida nueva, y hay quien vuelve á casa y confía encontrar en el muelle antiguos amigos que le esperarán y le darán la bienvenida. Pero hay también tristes encuentros; y en este caso habría la anhelante esposa esperado en el desembarcadero, para encontrarse solamente con el cadáver de su marido.

Pero, basta de filosofía, pues estamos acercándonos á la *Golden Gate* (puerta de Oro). Ahora he de empaquetar mis cosas y poner fin á mi diario. Me he afanado en él en todo tiempo y á todas horas; de cuando en cuando he añadido un parrafito en los intervalos que me dejaban el mareo, el dolor de muelas y algún *tic* doloroso; lo he escrito bajo los ardores de un sol tropical y en medio de la llovizna y los aguaceros del Océano Pacífico del Norte; pero he encontrado en ello un placer, porque sabía que gozarían leyéndolo aquellos para quienes lo escribí, y que serviría para demostrar que en medio de mis viajes no he olvidado nunca el viejo mundo de mi tierra.

A las cuatro y media de la mañana del décimo día de nuestra salida de Honolulu, divisamos el faro de la *Golden Gate*, entrada de la espaciosa bahía ó ensenada de San Francisco. En seguida se produce una gran desbandada de pasajeros: todos empaquetan sus bagajes, cepillan las botas, sombreros y vestidos, y se ponen en traje de tierra. El despensero da la vuelta por el buque recogiendo sus propinas, y no queda nadie que no se agite por una cosa ú otra.

Eché mi último descanso en mi camilla, pues todavía era á primera hora de la mañana, hasta que me dijeron que estábamos junto á la orilla; y entonces me levanté, subí á cubierta y contemplé la América por primera vez.

CAPITULO XXIII

DE SAN FRANCISCO Á SACRAMENTO

Desembarco en San Francisco. — La ciudad del oro. — Las calles. — El barrio comercial. — El barrio chino. — Los revendedores. — Despedida de San Francisco. — La barcaza de Oakland. — La bahía de San Francisco. — Desembarco en la orilla oriental. — Los coches de los trenes americanos. — Los coches de Pullman. — Los *sleepings*. — Chinos desabridos. — El país. — La ciudad de Sacramento.

Llegamos del Pacífico por la *Golden Gate*, dimos la vuelta algo hacia el sur, y luego, á lo largo de la orilla oriental de la península que se adelanta para formar la bahía, vi la ciudad de San Francisco. Una gran masa de casas y almacenes de depósito se extiende á lo largo de la orilla detrás de una extensa línea de muelles. Sobre el terreno posterior que sube en declive se levantan montones de casas dominadas por algunas torres y campanarios, coronando las alturas de las colinas del Telégrafo, de Rusia y de la calle de Clay.

Peró tenemos poco tiempo para observar el aspecto exterior de la ciudad, pues ya estamos atracados al muelle. Mucho antes de que se pudiese echar la palanca entre el buque y el muelle, ya teníamos á bordo una invasión de corredores

de hotel, pregonando los nombres de sus respectivos establecimientos y distribuyendo sus tarjetas. La confusión era tremenda. Los mozos se arrojan sobre las maletas y se las llevan, á veces en diferentes direcciones, esperando cada uno asegurar un parroquiano para su hotel. Así, en muy pocos minutos, el harco fué desalojado; todos los pasajeros marchaban rápidamente hacia sus diferentes destinos, y yo también me encontré á los pocos minutos plantado en *El Brooklyn*, hermoso y grande hotel de la calle de *Bush*, situada en la parte comercial de la ciudad, con habitaciones intercaladas entre las casas de comercio.

No hace falta describir San Francisco, pues los viajeros lo han hecho repetidas veces. Por otra parte, no tiene nada que sea de gran interés, salvo para los hombres de negocios. Cada parte de la ciudad se parece á las otras. Me dijeron que algunos de los más hermosos edificios eran de estilo italiano; pero yo diría que el mayor número pertenece al orden *Ramshackle* (que significa *ruinoso*). Aunque la primera casa de la población fué construída en 1835, las calles más próximas á los muelles parecen ya viejas y gastadas. La mayor parte son de madera, y su pintura está salpicada de cieno. Pero aunque prematuramente vieja, no por eso es menos pintoresca la población. Como es natural en una ciudad de 150.000 habitantes y ya tan rica y próspera, aunque tan joven, tiene muchos edificios hermosos y algunas calles bonitas. Sin embargo, los hoteles se llevan

la palma, siendo el más bello el Gran Hotel, en un ángulo de las calles del Mercado y de Nueva Montgomery. También hay iglesias, teatros, hospitales, mercados y todas las demás dependencias de una gran ciudad. Hacía mucho tiempo que no había visto un tráfico tan activo como el que presentan las calles de San Francisco. Toda la plaza parece estar en movimiento. Los transeuntes se empujan unos á otros; los carros y los coches circulan en todas direcciones; los hombres de negocios se amontonan en algunas calles que tienen el aspecto de una bolsa, y, á todo esto, añádanse el bullicioso tumulto y agitación de una ciudad llena de tráfico y de vida. Las tiendas de cambio de monedas son muy numerosas en las dos calles mejores, las de Montgomery y de California. Casi por cada dos tiendas hay una de cambio ó de banquero. Produce un extraño efecto la vista de los montones de reluciente oro en las ventanas, dividido en monedas de diez á veinte dólares, y los paquetes de billetes de Banco.

Juan chino está aquí en gran predicamento. Dicese que hay 30.000 chinos en la ciudad y sus alrededores. Mi extrañeza es que no produzcan una epidemia. Una tarde me pasee por su barrio y quedé sorprendido y lleno de asco por lo que vi. Hombres y mujeres chinos de la más baja ralea estaban amontonados en sus estrechas callejuelas. Echando una ojeada á sus madrigueras, vi de diez á veinte hombres y mujeres viviendo en lugares donde no dormirían dos hombres blancos. Las calles vecinas despedían un hedor

abominable. La calle por donde fui debe ser de las peores, y luego me dijeron que era *peligroso* pasar por ella. En cada extremo de la calle observé un ancho biombo de madera, como si se quisiera tenerla separada del barrio blanco.

Una de las molestias que habíamos de aguantar en las calles, era la de los revendedores de billetes ferroviarios. Apenas traspasábamos la puerta del hotel se precipitaban sobre nosotros hombres puestos en acecho ofreciéndonos billetes para el viaje por tal ó cual línea hasta Nueva York. Debía tener el aspecto acabado de un *new chum* (novato); pues, en una tarde, lo menos fui atracado tres veces por los caballeros de la reventa. Uno de seaba saber si había venido de Sydney, expresándome su admiración por la Australia en general. Otro me preguntó si marchaba hacia el Este, y me ofreció venderme un billete á precio reducido. El tercero sacó también el tema de Sydney y, para induirme á comprarle un billete, me dijo que había *trabajado allí*. A todos me los quité de delante por saber que son gente de peligrosos hábitos. He oído algunas historias de jóvenes que trabaron amistad con tales sujetos y fueron á beber con ellos. La bebida contenía ciertas drogas, y el finchado de Sydney, de paso para Nueva York, se encontraba á la mañana siguiente en la calle, sin bolsa, sin reloj y sin objeto alguno de valor encima.

Sólo hay una ruta que atraviesa las Montañas Roquizas hasta Omaha, por las líneas del Oeste, Central y Unión del Pacífico; pero desde

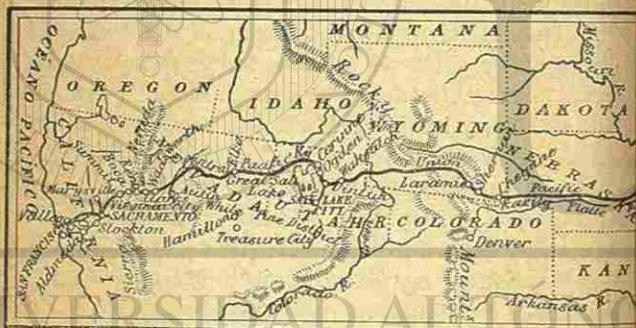
allí hay varias líneas que van á Nueva York, y para asegurar un pasajero más á su respectiva línea, trabajaban tan oficiosamente los revendedores. Todos los hoteles, cafés y comercios están llenos de sus advertencias: — El camino más corto para el Este. — Los coches del palacio de Pullman circulan por esta línea. — El camino de todas las naciones. — El gran camino, vía Niágara. — He aquí algunos modelos de sus apremiantes anuncios. Decidí escoger el camino que pasa por Chicago, Detroit, Niágara y baja por el Hudson hasta Nueva York, y según este plan hice mis preparativos.

Por la mañana del 8 de Febrero salí de San Francisco. El tiempo estaba frío en comparación con el de las islas de Sandwich, y, sin embargo, había pocas señales de invierno. En el suelo no había nieve, y hacia medio día la temperatura era agradable y relativamente apacible. Sabía, no obstante, que apenas habríamos dejado la orilla del Pacífico y empezado á subir por la vertiente occidental de la Montañas Roquizas, ó antes, nos encontraríamos en pleno invierno, y me había preparado con mantas y trajes de abrigo para defenderme del frío.

Mi compañero de viaje de la Nueva Zelanda, el alemán americano de quien hablé antes, que parecía haberme puesto cariño, me acompañó hasta el muelle, donde nos despedimos con mutuo sentimiento. Había de cruzar la bahía en una balsa para ir á Oakland, de donde partía el tren para Sacramento. En el despacho de equipajes

había considerable multitud, y allí dejé mis maletas, recibiendo en cambio dos contraseñas de latón, que me servirán para reclamarlas cuando llegue en el tren á Omaha. Luego me dirigí al muelle y á la balsa. Por cierto que me encontré en ella sin saberlo. Estaba tan rodeada de estacas y de construcciones de madera, y parecía de tal modo una parte del muelle, que no imaginé estar sobre su cubierta, y pregunté si llegaría pronto para llevarsenos, cuando he aquí que la inmensa balsa empezó á alejarse del muelle lentamente.

Era una balsa americana ordinaria, cuya proa estaba construída en la misma forma que la popa,

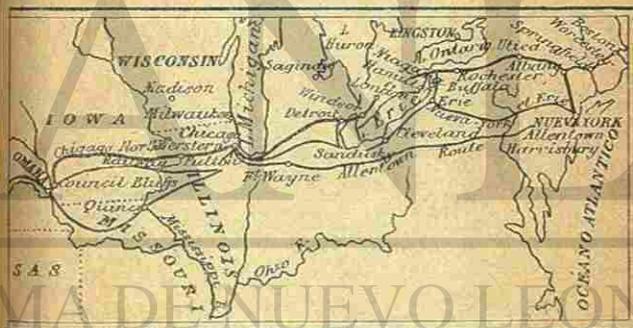


Mapa del ferrocarril del

dispuesta para ir hacia delante ó hacia atrás, y con largos puentes en cada extremo para atracar á uno y otro lado de la bahía y permitir la entrada directa de los carruajes en la cubierta principal, que estaba al nivel del muelle y parecía un holgado patio cubierto. Encima de éste había otra

cubierta con un lindo salón. Allí leí el aviso de: — Se prohíbe escupir, — lo cual revelaba una mayor consideración hacia las señoras que á bordo del *Moisés Taylor*, donde de continuo se arrojaban sobre el puente salivazos y tabaco masticado, sin el más pequeño miramiento por los circunstantes, así fuesen señoras ó caballeros.

Conforme nos alejábamos del muelle, gozábamos de una espléndida vista de la ciudad, que se extendía detrás de nosotros. A lo largo del muelle había una multitud de barcos de todas clases, entre los cuales vimos inmensos costeros americanos de tres puentes, clípers construídos en el



Atlántico al Pacífico.

Clyde, bergantines, goletas y muchas otras pequeñas embarcaciones. Atravesando la bahía, vimos las verdes montañas que se levantaban á lo lejos, perderse en la niebla gris de la mañana. A nuestra izquierda, y como á medio camino, surgía una preciosa isla, en cuyo centro había una

montaña verde, que, á los ojos de un australiano, parecía ofrecer pastos excelentes, y aun se me figuró distinguir en ella una granja.

Una hora después llegamos á la orilla oriental de la bahía, donde vimos que el ferrocarril nos salía al encuentro. El agua en este lado tiene tan poco fondo, que ningún buque de considerable calado flotaría allí: de modo que el ferrocarril penetra hacia dentro del agua como á una milla de distancia sobre un puente de madera. Desembarcamos, y nos metimos en el tren que nos esperaba á lo largo de la balsa; luego la máquina echó un resoplido y partió. Al alejarme de la bahía de San Francisco sentí que había dado un gran paso en mi viaje de vuelta á Inglaterra.

Durante algún tiempo seguimos rodando por el muelle casi vacilante en que están sentados los rails. Al fin llegamos á la tierra firme y atravesamos rápidamente la bonita población de Oakland, pasando con estrépito por sus calles, como un ómnibus ó tranvía, tocando la campana para advertir á la gente el paso del tren. Casi nos paramos en todas las estaciones, y el tráfico local parece ser bastante grande. A uno y otro lado de la vía se extienden tierras de cultivo y paisajes deliciosos.

Dejando de mirar por las ventanillas del coche, empiezo á fijarme en el coche mismo, un verdadero coche de tren americano. Es largo, y tiene un pasillo en medio. A cada lado de éste hay asientos para dos personas, de cara á la máquina; pero como los asientos pueden volverse atrás, un grupo

de cuatro viajeros puede sentarse frente á frente como en los coches ingleses. En cada extremo del coche hay una estufa y un filtro de agua helada. Las puertas de los extremos dan paso á la plataforma, permitiendo al conductor pasearse de una parte á otra.

Esta comodidad del conductor resulta muy molesta. Durante las veinticuatro horas se acerca seis ó siete veces, á menudo durante la noche, y mientras tratáis acaso de conciliar el sueño unos minutos, sentís que os tocan el hombro y véis unos ojos que os miran fijamente al mismo tiempo que os piden los billetes. Sin embargo, esto puede evitarse fijando en el sombrero una tarjeta que os entrega el conductor, con lo cual conoce á primera vista si su pasajero es ó no legítimo.

No he viajado en los coches salones del palacio de plata Pullman, aunque los he examinado, admirando sus comodidades. De día se convierten en espacioso salón con lugar suficiente para pasear, ó jugar á cartas ó al ajedrez en mesas dispuestas al efecto. De noche se arregla una doble hilera de camas confortables y se corre una cortina por delante á fin de reservarlas todo lo posible, dejando sólo un estrecho pasillo en el centro del coche. Al extremo de éste hay todo lo que hace falta para el tocado, agua helada y la indispensable estufa.

El uso de los coches-camas cuesta un suplemento de tres á cuatro dólares cada noche. Yo me ahorré este gasto y llegué á procurarme un buen acomodo en mi coche de segunda clase. Por

fortuna no venían muchos pasajeros, y haciendo uso de cuatro asientos, ó sean dos banquillos, para lo cual volvía uno del revés, colocaba las almohadas á lo largo, y arreglaba un sitio bastante bueno para acostarme por la noche. Pero si el coche hubiese estado lleno, y los pasajeros se hubiesen visto en la necesidad de permanecer sentados durante los seis días que duró el viaje, se me figura que habría llegado á hacerse intolerable hasta llegar á Omaha.

Había algunos molestos compañeros de viaje en mi departamento, varios chinos mal olientes, que fumaban pésimo tabaco, amén de otros fumadores que toman los departamentos de segunda clase como punto de reunión. A no ser por las bocanadas de aire que de vez en cuando nos proporcionaba el paso del conductor, la atmósfera hubiera sido, como lo era á menudo, de un carácter desagradable.

A unas cuarenta y dos millas de San Francisco, vi que ya nos encontrábamos entre los montes de una cordillera, atravesando y rodeando deliciosos valles, donde todas las tierras útiles eran aprovechadas para el cultivo. Describimos curvas que parecían casi imposibles, y por mi parte empecé á sentir la oscilación de los coches, no muy distinta del balanceo de los buques en el mar. Hubiese preferido que estuviésemos en verano en lugar de encontrarnos en invierno, para disfrutar mejor de la belleza de los paisajes que atravesábamos. Por lo que vi, pude comprender que el país debe ser muy hermoso bajo un sol de estío.

Hasta entonces no habíamos encontrado nieve, porque todavía nos hallábamos en la vertiente caldeada del Pacífico y no habíamos subido á terrenos muy elevados.

No tardamos mucho en atravesar la cordillera de montañas á que hice referencia, y entonces desembocamos en una llanura que continúa hasta llegar á Sacramento, capital de aquel Estado. La única ciudad de alguna importancia que habíamos pasado era Stockton, situada como á medio camino entre San Francisco y Sacramento, donde entonces nos encontrábamos. En la ribera vi espaciosos almacenes de madera, lo cual indica un comercio considerable de dicha mercancía. Los muelles eran sucios, como lo son todos en general, pero presentaban un activo tráfico. La población parecía bien dispuesta en espaciosas calles; las casas estaban construidas á distancia unas de otras, con jardines en torno de las mismas, y largas hileras de árboles corrían á lo largo de la mayor parte de las calles. Entre los edificios sobresale la gran casa nueva del Senado, ó Capitolio, que honra realmente á la población. Como la ciudad fué construida originariamente de madera, había quedado expuesta á los incendios que más de una vez la habían destruído casi por completo. También habían barrido el valle las inundaciones, llevándose consigo gran parte de la ciudad; pero habiendo sido reconstruída luego sobre estacas á diez pies encima del nivel primitivo, ha quedado á salvo de semejantes injurias.

Sacramento es el término del ferrocarril

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, N.

dental del Pacífico, y el punto de partida de la Compañía central del Pacífico, que extiende su línea al este, hacia las Montañas Roquizas. Allí están los almacenes de la Compañía, que ocupan una gran extensión de terreno. Dícese que son muy completos y cómodos.

Muchos viajeros de nuestro tren que habían subido en San Francisco ó en las estaciones intermedias, bajaron allí, y yo experimenté gran alivio al observar que entre ellos estaban los chinos, que nos libraron así de sus desagradables emanaciones. Después de una corta parada y recomposición del tren, nos pusimos otra vez en marcha y remontamos la vertiente de Sierra Nevada, la Suiza de California.

CAPITULO XXIV

Á TRAVÉS DE SIERRA NEVADA

Ascensión rápida. — Puentes de caballete. — Perspectivas de montes. — Los placeres. — Puesta de sol. — El cabo de Horn. — Alta. — Las sierras de noche. — Cambios de temperatura. — Vertederos de nieve. — La cima. — Reno. — Desayuno en Humboldt. — La salvia. — Monte-Batalla. — Los indios *soshones*. — *Ten mile cañón*. — Estación de Elko. — Gran desierto americano. — Llegada á Odgen.

Hemos empezado ya la ascensión del país montañoso y áspero que separa los Estados del este y del oeste de la Unión, y aunque el ferrocarril central del Pacífico ha sido recientemente construido y completado, resulta una de las más grandiosas obras ferroviarias de nuestro tiempo. Conforme avanzamos, el paisaje cambia rápidamente. En vez del llano y relativamente monótono país que, durante algún tiempo, hemos atravesado, franqueamos ahora profundas angosturas, trepamos por escarpadas pendientes y atravesamos hermosos valles. A veces parece que estamos encerrados entre montañas con una barrera impenetrable ante nosotros. Pero nos precipitamos en un túnel y salimos pronto al otro lado, para encontrarnos costeano el borde del precipicio.

dental del Pacífico, y el punto de partida de la Compañía central del Pacífico, que extiende su línea al este, hacia las Montañas Roquizas. Allí están los almacenes de la Compañía, que ocupan una gran extensión de terreno. Dicese que son muy completos y cómodos.

Muchos viajeros de nuestro tren que habían subido en San Francisco ó en las estaciones intermedias, bajaron allí, y yo experimenté gran alivio al observar que entre ellos estaban los chinos, que nos libraron así de sus desagradables emanaciones. Después de una corta parada y recomposición del tren, nos pusimos otra vez en marcha y remontamos la vertiente de Sierra Nevada, la Suiza de California.

CAPITULO XXIV

Á TRAVÉS DE SIERRA NEVADA

Ascensión rápida. — Puentes de caballete. — Perspectivas de montes. — Los placeres. — Puesta de sol. — El cabo de Horn. — Alta. — Las sierras de noche. — Cambios de temperatura. — Vertederos de nieve. — La cima. — Reno. — Desayuno en Humboldt. — La salvia. — Monte-Batalla. — Los indios *soshones*. — *Ten mile cañón*. — Estación de Elko. — Gran desierto americano. — Llegada á Odgen.

Hemos empezado ya la ascensión del país montañoso y áspero que separa los Estados del este y del oeste de la Unión, y aunque el ferrocarril central del Pacífico ha sido recientemente construido y completado, resulta una de las más grandiosas obras ferroviarias de nuestro tiempo. Conforme avanzamos, el paisaje cambia rápidamente. En vez del llano y relativamente monótono país que, durante algún tiempo, hemos atravesado, franqueamos ahora profundas angosturas, trepamos por escarpadas pendientes y atravesamos hermosos valles. A veces parece que estamos encerrados entre montañas con una barrera impenetrable ante nosotros. Pero nos precipitamos en un túnel y salimos pronto al otro lado, para encontrarnos costeano el borde del precipicio.

Lo que me sorprendió mucho fué la aparente sutileza de los puentes de caballete por encima de los cuales franqueábamos los barrancos, en cuyo fondo saltan los torrentes de la montaña, á unos cincuenta ó cien pies debajo de nosotros. La primera vez que vi tales pasos me estremecí completamente. Estaba en la plataforma del último coche contemplando el paisaje que se desvanecía detrás de mí, un valle sinuoso y cerrado por las montañas cubiertas de pinos, que hacia algún tiempo estábamos ascendiendo, cuando bajé la vista al camino, y, en vez de la tierra firme, por los intersticios del puente de caballete, ¡vi el suelo á una profundidad lo menos de sesenta pies! La ruta de madera tenía solamente el ancho de la vía única, de modo que, mirando por las ventanas de cualquier lado del coche, se hundía la vista en el espacio profundo de unos sesenta pies. Los caballetes del puente están en algunos casos asentados sobre piedra, pero muchas veces no. No es fácil describir la sensación que se experimenta la primera vez que se siente uno transportado por encima de esos temblorosos viaductos, con la hermosa perspectiva de alguna profunda garganta de montaña, y con la posibilidad de precipitarse súbitamente en una tenebrosa sima al otro lado del caballete. Pero la costumbre es todo, y al poco tiempo me acostumbré por completo á la sensación de mirar por los intersticios que presentan las maderas de la línea, los terrenos quebrados y los torrentes de la montaña que saltaban á una profundidad de cien ó más pies debajo de nosotros.

Salimos de Sacramento á las dos de la tarde y se nos hizo de noche conforme nos internábamos en las montañas. Mucho antes de la puesta del sol, vi todavía numerosas huellas de grandes *placeres*, en que vertientes enteras de montañas han sido minadas y lavadas en busca de oro, para lo cual se hubo de llevar el agua á la cumbre por varios ingeniosos procedimientos. A menudo encontramos señales de actividad minera en las corrientes de agua conducidas á través de los valles á mayor altura que nosotros, en acueductos de madera sostenidos por caballetes semejantes á los que atravesamos con frecuencia. Una vez vi un grupo de hombres que trabajaban solícitamente en la vertiente de una montaña y se disponían á soltar el agua sobre el terreno aurífero que estaban explorando.

Permanecí más de dos horas en la plataforma trasera del tren sin cansarme de contemplar el maravilloso paisaje que continuamente se alejaba de mi vista; á veces la ruta desaparecía por completo al rodear una curva, y luego, mirando hacia delante, encontraba una perspectiva enteramente nueva que se ofrecía á nuestras miradas.

Nunca olvidaré el hermoso cuadro de aquella tarde, cuando el dorado sol fué sumergiéndose hacia la costa del Pacífico. El grandioso disco rojo se hundió pausadamente detrás de una loma baja en el extremo del valle que se extendía á nuestra derecha en lontananza. Los pinos se enrojecieron por breve tiempo á la luz moribunda del sol poniente; luego la cálida é incierta cla-

ridad fué perdiéndose lentamente en el horizonte, y todo se acabó. El cuadro pareció entonces más triste, las montañas más ásperas, y todas las cosas presentaron un aspecto más desolado que antes.

Seguíamos subiendo por las pendientes de las montañas, siguiendo sus recodos, siempre más arriba, y los montes eran cada vez más escarpados y salvajes, y el país más accidentado y estéril. Cruzamos lentamente otro puente de caballete, alto de unos setenta y cinco pies, en la parte superior de un valle describimos una rápida curva y nos encontramos en una elevada vertiente de montaña, á lo largo de la cual había sido abierto el camino, sobre una angostura profunda de 2.500 pies, envuelta en las tinieblas de la noche. Allá bajo parece que ha cerrado la noche, y los árboles están amortajados de tal modo por la obscuridad, que apenas puedo distinguirlos en el fondo del pavoroso abismo. Sólo veo destacarse claramente encima de nosotros contra el cielo las imponentes masas de verticales rocas, oscuras y terribles.

Resultó de mis indagaciones que aquella parte del camino se llama *cabo de Horn*. Tan cortado á pico está en este punto del precipicio que, al construirse la vía, fué preciso bajar los trabajadores sujetos con cuerdas por la superficie de la roca, haciéndoles sostener por hombres colocados en lo alto, hasta que pudieron abrir con los barreiros un hueco en el costado de la sima. Ya hemos subido á una altura de 3.200 pies sobre el nivel

del mar, y como es de suponer, el aire de la noche es cada vez más penetrante y frío. Como no podría ver gran cosa más por ahora, me veo en la necesidad de guarecerme en el interior del coche.

A las seis y media de la tarde hay parada en Alta para tomar el te á 207 millas de San Francisco y á una altura de 3.600 pies sobre el nivel del mar. Aquí hago una buena cena por un dólar, y es el primero que tomo desde mi salida de San Francisco. Si hubiese sabido lo cortas que se hacen las paradas y la distancia á que se hallan situadas las fondas á lo largo de la vía, me hubiera provisto ciertamente de una abundante cesta de merienda antes de salir; pero ya es tarde.

Después de una parada de veinte minutos sonó la gruesa campana, de nuevo tomamos asiento en el coche, y volvimos á marchar subiendo siempre. Ahora en realidad trepamos. Lo oigo por los fuertes resoplidos de la máquina y lo veo por la pendiente del camino. Desearía ver bien en torno mío, pues estamos pasando por uno de los más grandiosos paisajes de la línea. Las estrellas brillan resplandecientes sobre nuestras cabezas, y dan bastante luz para descubrir los manchones de nieve tendidos en las pendientes de las montañas á medida que avanzamos. La nieve es más continua conforme proseguimos la ascensión, hasta que sólo las oscuras rocas y los pinos se destacan en relieve contra su fondo blanco.

Comparaba yo el frío penetrante de la región montañosa con la hermosa temperatura veraniega que dejé atrás en Australia hace pocas semanas

solamente, y el calor más sofocante que experimenté en Honolulu diez días antes, cuando la máquina lanzó uno de sus formidables silbidos, como un toque de cuerno, y nos sumergimos en las tinieblas. Mirando por la ventanilla del coche vi que pasábamos bajo un toldo de madera, un vertedero de nieve, cuya cubierta se apoyaba en la montaña, para dejar paso por encima de la vía a la nieve y a los pedazos de roca que bajaban rodando de las alturas. Había muchas millas de vertederos semejantes a lo largo del camino. En la *Summit* (cima) atravesamos el más largo, que mide 1.700 pies.

Llegamos a la *Summit* a las diez menos diez minutos, después de subir 3.400 pies en una distancia de treinta y seis millas. Estábamos entonces a 7.000 pies sobre el nivel del mar, viajando por una elevada región montañosa. Por la mañana me encontraba en la costa cálida del Pacífico, y por la noche estaba en medio de la nieve de las Sierras. Pasada la *Summit* seguimos un camino bastante tortuoso, y aunque marchamos a gran velocidad durante una hora, como dábamos tantas vueltas, siguiendo el contorno de las montañas, sólo adelantamos siete millas geográficas. Llegamos luego a la *ciudad* de Truckee, sostenida principalmente por la producción de maderas. Era la última población de California, y bien pronto atravesamos los límites del Estado y nos internamos en el territorio de Nevada.

Pasada dicha estación, me acurruqué en mi banco, envuelto en la manta de viaje, y eché un

sueño. Fui despertado por la parada en la estación de Reno, donde me desperecé y salí a dar un vistazo por los alrededores. Al bajar del coche estuve a punto de caer por lo resbaladizo que estaba el andén revestido de hielo. El suelo estaba cubierto de nieve y la helada era fuerte. Al final del andén la nieve formaba un montón de unos veinte pies de alto sobre la cubierta de un vertedero fuera de la estación. Hay dos clases de vertederos de nieve, unos que se usan en la llanura con cubierta puntiaguda para que la nieve se deslice a uno y otro lado, con lo cual se evita el bloqueo de la vía; y otros que se ponen en las laderas de las montañas formando pendiente sobre el camino para dar paso por encima a las avalanchas de nieve que se precipitan hacia el valle.

Pronto volví a subir, me envolví en la manta y dormí profundamente algunas horas. Cuando me desperté ya era de día; el sol penetraba por las ventanillas del coche, y echando una ojeada afuera, vi que atravesábamos una vasta llanura con montañas a uno y otro lado de nosotros. El conductor que pasa por el coche nos comunicó que pronto llegaremos a Humboldt, donde habrá veinte minutos de parada para el desayuno. Veo que estamos a 422 millas de nuestro punto de partida y que durante la noche hemos cruzado el gran desierto de Nevada cubierto de salvia, donde tantos viajeros dejaron a blanquear sus huesos cuando se hacía por tierra el viaje a California, que ahora se salva tan rápidamente y sin

peligro, por medio de este ferrocarril. El tren llega á Humboldt á las siete de la mañana, y al descender encuentro un comedor espacioso y bien servido, con las mesas puestas, y una tentadora provisión de te y café calientes, jamón, carne asada, huevos y otros comestibles. Aseguro que he aprovechado bien mi dólar en el establecimiento de Humboldt y que hice *una comida en toda regla*, para usar el lenguaje del conductor.

Otra vez subimos y empezamos á atravesar las altas llanuras. No se ve otra vegetación que las matas de salvia alternadas de vez en cuando con manchones alcalinos, en los cuales ni la salvia crece. La región de la salvia se extiende desde Wadsworth hasta la estación de Monte-Batalla, en una extensión de doscientas millas. Sólo en las riberas, cerca de la estación, se ve alguno que otro pedazo de tierra cultivada; pero generalmente hablando, el país es estéril, y siempre lo será. Todavía estamos á cerca de 5.000 pies sobre el nivel del mar. Ya no tenemos nieve en los terrenos que nos circundan, pero las montañas que tenemos á la vista están nevadas. Aunque el día es espléndido y claro, y el interior del coche es caliente, con la chimenea constantemente llena de leña ardiendo ó de cok, el aire exterior es frío, penetrante y mordaz.

En Monte-Batalla, así llamado por un rudo combate que se libró allí hace algunos años entre los indios y los colonos blancos, la llanura empieza á estrecharse y las montañas se cierran de nuevo sobre el camino. Por primera vez vi allí nume-

rosos indios shoshones, los primitivos naturales del país, con sus rostros pintados de rojo, y su basto cabello negro flotando sobre sus hombros. Las mujeres, que llevan sus pequeñuelos en chales echados sobre sus espaldas, se acercan al tren á mendigar dinero á los viajeros. Los indios tienen un tipo muy vulgar, y no pueden en modo alguno compararse con los espléndidos maorís de Nueva Zelanda. La única tribu que queda de indios hermosos es, según se dice, la de los sioux, y aun ésta se extinguirá pronto. En la lucha de las razas por la vida, parece que en ninguna parte los salvajes tienen la menor probabilidad de victoria, cuando se ponen en contacto con lo que llamamos *hombres civilizados*. Si no son destruidos por nuestras enfermedades ó nuestras bebidas, lo son por nuestras armas.

Ahora rodamos por la orillas del sosegado río Humboldt y lo remontamos casi hasta su fuente, en las montañas cerca la punta del gran lago Salado. De cuando en cuando cruzamos el tortuoso río sobre puentes de caballete, y pronto volvemos á encontrarnos entre montañas, penetrando en un desfiladero donde los imponentes peñascos aparecen suspendidos sobre la vía. Trepamos por las cuestas y pronto dejamos muy por debajo de nosotros la espumosa corriente del río. Los costados de la garganta suben cada vez más escarpados y altivos, hasta que de pronto, al describir una curva en el *cañón*, veo el pico del Diablo, inmensa masa dentada de rocas oscuras que se levanta perpendicularmente y se quiebra en nu-

merosas puntas, la más alta de las cuales se eleva majestuosamente á 1.400 pies sobre el nivel de la vía. Esto es lo que se llama el *Ten Mile Cañón*, cuyo arrogante espectáculo continúa hasta que salimos del desfiladero. Al fin volvemos á encontrarnos en campo abierto y poco después llegamos á la estación de Elko.

Evidentemente nos acercamos á un distrito más poblado que el atravesado últimamente. Dos pesadas diligencias han subido junto á la vía para tomar los pasajeros de Hamilton y de la ciudad del Tesoro, en el distrito minero argentífero del Pino Blanco, que distan unas 126 millas. Un largo tiro de mulas permanece estacionado con carga de provisiones destinadas á los mineros del mismo distrito. Elko es una población sin importancia, aunque no me extrañaría que aquí se le llamase ciudad. Consiste en su mayor parte en lo que se llamarían cabañas en Victoria, chozas de madera y lona, con los rótulos de *Salón*, *Casa de Comida*, *Comestibles*, *Taller de Pintor* y otros por el estilo, colocados encima de las más grandes. A juzgar por las numerosas personas que se agrupan en las tabernas, la población puede considerarse próspera.

La línea atraviesa ahora valles de aspecto más fértil y mucho más agradables de ver que las desoladas llanuras de la Nevada. El sol declina en mi segundo día de tren conforme atravesamos un hermoso valle rodeado de montañas á uno y otro lado. El suelo aparece otra vez cubierto por densas capas de nieve, y observo que volvemos á

subir un rápido declive, elevándonos mil pies en una distancia de noventa millas, con lo cual alcanzamos de nuevo una altura de 6.180 pies sobre el nivel del mar.

A las seis de la mañana siguiente llegamos á Ogden, en el territorio de Utah. Durante la noche hemos pasado el *gran desierto americano*, que se extiende en un espacio enteramente seco, de sesenta millas cuadradas; de modo que no he perdido nada por haberlo atravesado dormido y envuelto en la manta de viaje. Las cercanías de Ogden están bien cultivadas y presentan un aspecto agradable. Ogden es una población activa, cabeza de línea del ferrocarril central del Pacífico y empalme con los trenes que se dirigen á la ciudad del lago Salado. En este punto empieza la línea de la Unión Pacífico y continúa hacia el este hasta Omaha.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XXV

Á TRAVÉS DE LAS MONTAÑAS ROQUIZAS

Salida en tren para Omaha. — Mis compañeros de viaje. — Paso por la puerta del Diablo. — Cañón de Weber. — Rocas fantásticas. — *El árbol de las mil millas*. — Cañón de Eco. — Más puentes de caballete. — Puesta de sol entre los picachos. — Una noche de invierno en ferrocarril. — Vertederos y palizadas contra la nieve. — La ciudad de Laramie. — Las colinas rojas. — La cima en Sherman. — Ciudad de Cheyena. — Los prados occidentales en invierno. — El prado de la Ciudad de los Perros. — El valle del Plata. — *Grand Island*. — Paso del brazo norte del Plata. — Llegada á Omaha.

Resolví no interrumpir el viaje visitando la capital de Utah, sobre la cual se ha escrito ya tanto, y dirigirme inmediatamente á Omaha, por lo cual tomé asiento en el tren que se disponía á partir hacia el este. Allí encontré un género enteramente nuevo de sociedad americana. Uno de mis compañeros de viaje era un doctor charlatán que proyectaba bajar en la primera ciudad populosa que se encontrase junto al camino, con el objeto de recoger algunos centavos. Un coronel y un cabo del ejército americano regresaban á casa desde alguna avanzada en el Extremo-Oeste, donde habían puesto á los indios en cintura. Había varios jóve-

nes viajeros de comercio, algunos hombres de fortuna que volvían de las minas argentíferas de Idaho, un despensero de un vapor correo del Pacífico que regresaba á Inglaterra, y un herrero que se dirigía á Chicago con su mujer y su hijo.

Al poco rato partió el tren, y durante algunas millas atravesamos una región bien cultivada, dividida en campos y jardines de árboles frutales que ofrecían delicioso aspecto aun bajo la densa capa de nieve, y llevaban á mi memoria los valles de Kent. Pronto dejamos, sin embargo, las tierras cultivadas detrás de nosotros y volvimos á encontrarnos entre desfiladeros de montañas. Iba en la plataforma para mirar en torno mío, y aunque el frío penetrante me molestaba, no podía menos de gozar el maravilloso paisaje que atravesamos durante las tres horas siguientes. Estábamos penetrando en las montañas de Wahsatch, por la grandiosa hendidura llamada Puerta del Diablo. Pasamos por un puente de caballete á cincuenta pies sobre el torrente que rebullía abajo, y por entre las obscuras y amenazadoras rocas que defienden el paso, eché la última ojeada á la abierta llanura iluminada por el sol.

Ahora estamos en el salvaje cañón de Weber, y la escena cambia á cada momento. A la derecha se nos ofrece un espectáculo maravilloso, el *Resbaladero del Diablo*. Dos aristas de rocas grises se destacan unos diez pies afuera de la nieve y de los matorrales y suben paralelamente á 150 pies arriba por el costado de la montaña. Durante unas 35 millas proseguimos por la tenebrosa

y profunda hendidura, entre las rocas que toman toda suerte de fantásticas formas, y casi inmediatamente encima del río Weber, que se lanza impetuoso y enfurecido contra los obstáculos que se levantan en su curso. A veces el valle se ensancha un poco, pero en seguida nos vemos empujados contra un peñasco en cuya sólida superficie hubo de abrirse el camino. En el cañón encontramos un pino que se levanta junto á la vía, el cual tenía colgada una tabla grande con las siguientes palabras: *A 1.000 millas de Omaha*. Por esto se le llama el árbol de las *mil millas*. Este es el camino que hemos de andar en el ferrocarril de la Unión-Pacífico.

Al fin salimos del cañón de Weber, y llegamos á la *Ciudad de Eco*, pequeña población, habitada principalmente por empleados del ferrocarril. Partimos de nuevo y pronto nos encontramos hundidos entre rojizos picachos de rocas, más fantásticos todavía que los encontrados hasta ahora. Pasamos por las fortificaciones de los Mormones en un punto donde una roca abrupta se inclina sobre el estrecho cañón. Allí, en lo alto de la roca, á mil pies encima de nosotros, hay piedras enormes amontonadas junto á la orilla del precipicio; habían sido dispuestas para caer sobre los enemigos del mormonismo, el ejército americano que se mandó contra él en 1857. Las piedras no fueron empleadas, pero todavía se ven allí. Las rocas del cañón son de un color diferente del que tenían las que hemos dejado hace una hora. Las formas que presentan son mara-

villosas. Ya me imagino ver una hermosa catedral con sus campanarios y ventanas, ya un castillo completo con sus almenas y bastiones, ya un anfiteatro digno de los juegos de César. Nada tan imponente como esas grandes masas abruptas de peñascos rojizos, echadas unas sobre otras, elevándose á tan considerable altura encima de nosotros. ¡Cuán fantásticas y curiosas formas han tomado las piedras labradas por el tiempo! Pilares, columnas, cúpulas y arcos que se suceden unos á otros en tropel. Al volver un recodo se presenta á la vista un vasto círculo de peñascos que se elevan grada sobre grada. Allí, sentado sobre la más alta cima, hay un castillo natural con su puerta y sus ventanas. A pesar del frío, la hora pasa rápidamente y yo me siento transportado por algún tiempo á un país de hadas. Aquello parece un sueño. Pero no lo es. Hay allí la magnificencia de una firme realidad, con sus montones sobrepuestos de sólidas rocas que me miran con ceño adusto, con sus grandes masas reunidas en desorden por alguna fuerza gigantesca y con sus alturas perpendiculares, gastadas por el tiempo y azotadas por los elementos. El conjunto me produce un sentimiento profundo de admiración y pavor.

Al salir del cañón de Eco y de las rocas del Castillo, entramos en un valle apacible pasando por un puente de caballete de 450 pies de longitud y 75 de altura. Después de la estación de Wahsatch, doblamos la cima de Aspen y salimos á una región despejada. Desde que salimos

de Ogden hemos subido 2.500 pies en una distancia de noventa y tres millas, y ahora estamos en una región de hielo y nieve. Otra hora de viaje, y el carácter de la escena cambia de nuevo, volviéndose más ruda y quebrada. La línea salva el río de Bear por otro puente de caballete, largo de 600 pies, y siguiendo el valle vamos á parar luego por las tierras más altas á la punta de *Han's Fork*, por la que bajamos sin dejar el valle hasta Bryan ó *Black's Fork*, á 171 millas de Ogden.

Como el día está próximo á su término, echo una última ojeada á la perspectiva exterior antes de recogerme para pasar la noche. El sol se pone en el Oeste, iluminando con sus postreros rayos los rojizos picachos de piedra arenisca y el contraste de esa claridad con el azul obscuro del alto firmamento, produce un efecto nuevo y hermoso. Ahora atravesamos accidentado desierto, ya rodeando un picacho en nuestro rápido descenso, ya cruzando un torrente seco sobre puentes de caballete, y el aspecto de la escena cambia sin cesar. Luego vislumbro á lo lejos prados cubiertos de nieve que pasan, se cortan y desaparecen, y al momento damos la vuelta á otro abrupto peñasco. La luz roja del sol se pierde más y más en el azul del firmamento hasta que la noche envuelve lentamente la escena con su manto gris. Luego aparece la luna con su luz plateada y evoca nuevas visiones de salvaje y maravillosa belleza. Horas enteras permanezco apoyado en la baranda del coche contemplando esas fascinadoras visiones,

y sólo cuando el creciente frío de la noche me estremece, comprendo que ha llegado la hora de recogerse en el coche y prepararse para el descanso.

Después de calentarme en la estufa arreglo mi improvisada cama entre los asientos como las otras veces; pero me despierta el conductor, que me quita una almohada á la cual no tenia derecho; de modo que paso el resto de la noche cabeceando sobre una maleta en el extremo del coche. No obstante, hasta las noches más largas é incómodas tienen fin, y cuando rompe el alba salgo afuera para averiguar por dónde vamos. Encuentro que ha nevado mucho durante la noche, y parece que ahora atravesamos un país muy frío y desolado. El viento sopla horriblemente duro mientras permanezco en la plataforma del coche mirando en torno mío, y el tren levanta, al pasar rápidamente, partículas de nieve helada, que en cierto modo se meten en el interior de los más espesos abrigos y lo penetran todo. Tan finas y livianas son las partículas, que parecen una helada blanquecina volando por el aire.

Observo que llevamos un arado de nieve en la delantera de la máquina, y por el aspecto del tiempo parece que haremos un gran uso de él. Numerosos vertederos y palizadas se encuentran á lo largo de la parte de línea que recorreremos para evitar que los desmontes sean arrasados por la nieve. Al principio no me explicaba bien la naturaleza de tales defensas situadas á diez varas del camino y prolongándose millas y millas en

algunos puntos. Son construcciones de madera, capaces de ser movidas de un lugar á otro, según que la nieve caiga compacta ó en torbellino. Así se hacen cuando la vía pasa por un llano ó por algún corte en las montañas de uno ú otro lado; pero cuando pasamos por una zanja estamos protegidos por un vertedero de nieve, generalmente construido de tablas sostenidas con unas perchas.

En la ciudad de Laramie hay parada para el desayuno. El nombre de ciudad se da á varios pequeños grupos de casas situados á lo largo de la línea. Observo que el autor de la *Guía Transcontinental* llega á la exageración cuando habla en alabanza de esas *ciudades* que, vistas de cerca, no son otra cosa que agrupaciones de chozas. No estaba, por lo tanto, dispuesto á esperar mucho de la ciudad de Laramie, y más aún sabiendo que hace pocos años el primitivo fuerte Laramie consistía simplemente en un cercado cuadrangular habitado por cazadores de animales pelíferos, que lo habían establecido con el objeto de sostener un comercio con los indios. Por esto quedé más sorprendido al encontrar que la moderna Laramie se ha convertido súbitamente en una plaza de bastante población é importancia. Las calles son anchas y bien dispuestas, las casas son numerosas, y algunas de ellas son grandes y sólidamente construídas. La ciudad está ya provista de escuelas, hoteles, Bancos y un diario. La Compañía del ferrocarril tiene aquí un almacén bien construído de piedra, y también se ha procurado un cómodo hospital para uso de sus em-

pleados enfermos ó lisiados, ejemplo que podría ser seguido con buenos resultados aun en poblaciones de mayor importancia.

Después de una parada de media hora, continuamos de nuevo nuestra ascensión más allá del fuerte Saunders y de las *Colinas Rojizas*, llamadas así por los atrevidos picachos rojos de piedra arenisca que bordean el camino á nuestra derecha y alcanzan en algunos puntos alturas de 1.000 pies. Luego subimos todavía á Harney, más allá de la cual pasamos por el puente del barranco Dale, maravillosa construcción de 650 pies de longitud y 126 pies de altura, que salva el barranco de un picacho al otro. Mirando hacia abajo por los intersticios que dejan las tablas del puente, ¡cuán distante parece de nosotros el hilo de agua que corre por el fondo!

En Sherman, á unas dos horas de Laramie, ganamos la cumbre de las Montañas Roquizas, llegando á la altura de unos 8.400 pies sobre el nivel del mar. Como es de suponer, hace mucho frío, y así la montaña como el valle aparecen cubiertos de nieve en todo lo que alcanza la vista. Ahora rodamos rápidamente montes abajo, con los frenos fuertemente apretados, y los coches rechinan al seguir las curvas, levantando nubes de nieve. Ya hemos cruzado la espina dorsal del continente y marchamos á gran velocidad hacia las tierras cultivadas y populosas del Este.

En Cheyena tenemos otra parada para tomar un refrigerio. Esta es una de las ciudades en cuya descripción se extasia el autor de la *Guía*

Transcontinental. Es la *mágica ciudad de las llanuras*, ¡población que *no se necesita ser profeta ni hijo de profeta para enumerar sus recursos y augurar su porvenir!* Sin embargo, Cheyena es ya una población importante y probablemente está en camino de serlo todavía más, dada su situación en el empalme con la línea de Denver, que corre á lo largo del rico y hermoso valle del Colorado. Su población, de 8.000 habitantes, parece muy numerosa para una plaza que hace muy poco tiempo era simplemente el refugio de los Pieles Rojas. Tiene ya manufacturas, depósitos, muelles y almacenes de considerable extensión, amén de las acostumbradas dependencias en una plaza de tráfico y negocios.

Antes de salir de Cheyena compré una tajada de cecina de búfalo para consumirla durante los intervalos de las comidas. Adolece de dura y salada, y se parece algo á la vaca de Hamburgo; pero sazónada con el hambre y con el apetito aguzado por el frío y las heladas de esas altas regiones, la cecina de búfalo resultó útil y nutritiva.

Durante algunos centenares de millas, nuestro camino cruza los prados monótonos y poco interesantes ahora con su sábana blanca, pero cubiertos de lozana verdura y matizados de flores en el próximo verano. Según leo, esta hermosa y bien regada región de cultivo se extiende setecientas millas de Norte á Sur á lo largo de la base oriental de las Montañas Roquizas, con una anchura media de doscientas millas. Se cita como

uno de los más hermosos prados del mundo, con pasto suficiente para millones de carneros y otros ganados.

Poco después de la estación de Antilope, la vía bordea el *prado de la Ciudad de los Perros*, que conocí en seguida por su singular aspecto. Consiste en centenares de pequeños montículos de estiércol que se levantan un pie y medio sobre el suelo. Por lo demás, no se veía perro alguno en aquel entonces. Sin duda el frío penetrante les retenía en casa. En mi viaje á través del continente no vi ningún animal salvaje, á no ser algún negro antilope de cara blanca, en las llanuras próximas al *prado de la Ciudad de los Perros*.

En una extensión de más de quinientas millas, desde que salimos de Cheyena hasta que llegamos á Omaha, el ferrocarril corre á lo largo de la orilla izquierda del arroyo de Lodge Pole, prosigue luego por el brazo Sur ó río Plata, y finalmente costea el brazo principal del Plata hasta cerca de su unión con el Missouri. Cuando me acosté en la noche del 11 de Febrero, la cuarta que pasaba en el tren, viajábamos por la llana pradera, y cuando me desperté á la mañana siguiente vi que estábamos en el mismo prado todavía.

A las siete de la mañana hicimos alto en la estación de Grand Island, así llamada por formarse cerca de allí la isla más grande del río Plata. Allí tomé mi desayuno y me lavé concienzudamente con agua helada. Aunque la nieve sea más espesa que nunca, el clima parece ya más dulce. Sin em-

bargo, es muy distinto del calor sofocante que tenía en Honolulu hace doce días solamente. Como á las diez de la mañana, decimos adiós á la despoblada pradera, que, sin duda, antes de muchos años, estará cubierta de granjas y casas solariegas, y nos acercamos á la parte colonizada del país. Aca y acullá empiezan á verse á lo largo del camino pedazos de tierra cultivada y las chozas de leña de los colonos.

A unas ochenta millas de Omaha atravesamos el brazo norte del río Plata por un largo puente de madera como los anteriores, y continuamos bordeando la orilla norte del Gran Plata, río notable por cierto, que en algunos puntos alcanza una anchura de tres cuartos de milla y sólo tiene una profundidad media de seis pulgadas! Finalmente, el quinto día, por la tarde, la máquina lanza un ronco silbido y nos deslizamos en la estación de Omaha.

CAPITULO XXVI

DE OMAHA Á CHICAGO

Omaha cabeza de linea. — Paso del Missouri. — Los Cerros del Consejo. — La selva. — Paso del Mississippi. — Los prados cultivados. — Las granjas y aldeas. — Cercanías de Chicago. — La ciudad de Chicago. — Carácter emprendedor de sus habitantes. — Túnel-acueducto bajo el lago Michigán. — Túnel bajo el río de Chicago. — Unión del lago Michigán con el Mississippi. — Descripción de las calles y edificios de Chicago. — Cerdos y cereales. — La avenida. — Paseos en trineo. — Teatros é iglesias.

No diré muchas cosas de Omaha, pues estaba ansioso de partir y terminar mi viaje, por lo cual no prolongué mi estancia en la plaza. Llevaba cinco días de tren y había recorrido una distancia de 1.912 millas desde San Francisco, quedándome todavía veinticuatro horas de viaje para llegar á Chicago. Nada me detenía en Omaha. Era, como todas las plazas fundadas súbitamente al pasar el ferrocarril, llena de bullicio y de negocios, pero en modo alguno pintoresca. ¿Cómo no sería así? La ciudad tiene solamente diez y siete años. Sus principales edificios son manufacturas, cervecerías, depósitos y hoteles.

bargo, es muy distinto del calor sofocante que tenía en Honolulu hace doce días solamente. Como á las diez de la mañana, decimos adiós á la despoblada pradera, que, sin duda, antes de muchos años, estará cubierta de granjas y casas solariegas, y nos acercamos á la parte colonizada del país. Aca y acullá empiezan á verse á lo largo del camino pedazos de tierra cultivada y las chozas de leña de los colonos.

A unas ochenta millas de Omaha atravesamos el brazo norte del río Plata por un largo puente de madera como los anteriores, y continuamos bordeando la orilla norte del Gran Plata, río notable por cierto, que en algunos puntos alcanza una anchura de tres cuartos de milla y sólo tiene una profundidad media de seis pulgadas! Finalmente, el quinto día, por la tarde, la máquina lanza un ronco silbido y nos deslizamos en la estación de Omaha.

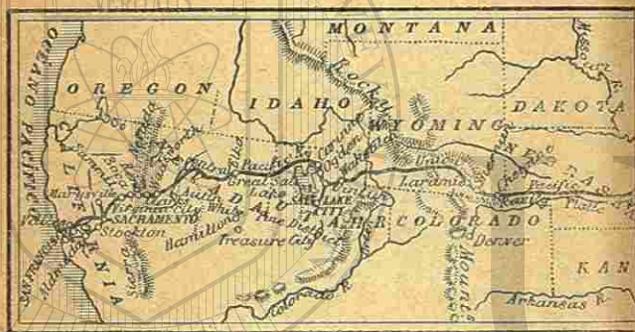
CAPITULO XXVI

DE OMAHA Á CHICAGO

Omaha cabeza de linea. — Paso del Missouri. — Los Cerros del Consejo. — La selva. — Paso del Mississippi. — Los prados cultivados. — Las granjas y aldeas. — Cercanías de Chicago. — La ciudad de Chicago. — Carácter emprendedor de sus habitantes. — Túnel-acueducto bajo el lago Michigán. — Túnel bajo el río de Chicago. — Unión del lago Michigán con el Mississippi. — Descripción de las calles y edificios de Chicago. — Cerdos y cereales. — La avenida. — Paseos en trineo. — Teatros é iglesias.

No diré muchas cosas de Omaha, pues estaba ansioso de partir y terminar mi viaje, por lo cual no prolongué mi estancia en la plaza. Llevaba cinco días de tren y había recorrido una distancia de 1.912 millas desde San Francisco, quedándome todavía veinticuatro horas de viaje para llegar á Chicago. Nada me detenía en Omaha. Era, como todas las plazas fundadas súbitamente al pasar el ferrocarril, llena de bullicio y de negocios, pero en modo alguno pintoresca. ¿Cómo no sería así? La ciudad tiene solamente diez y siete años. Sus principales edificios son manufacturas, cervecerías, depósitos y hoteles.

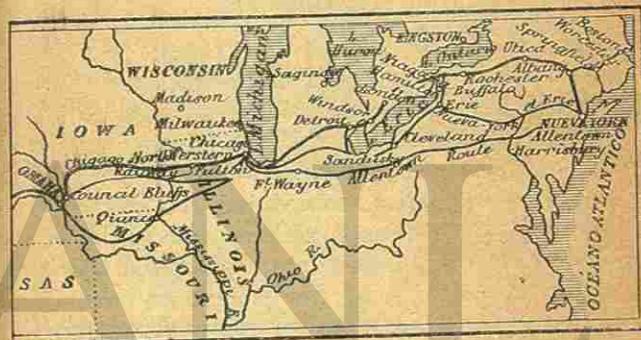
Omaha debe su fundación al hecho de haber sido fijada como cabeza de línea del ferrocarril Unión-Pacífico y á su posición conveniente cerca del gran río Missouri. Ocupa un terreno alto que baja en declive hasta la orilla derecha del río, á 50 pies sobre el nivel de la corriente, y detrás de ella se extienden las grandes praderas que aca-



Mapa del ferrocarril del

hemos de atravesar. En la orilla opuesta del Missouri están los Cerros del Consejo, de donde parten varias líneas ferroviarias hacia el Norte, Sur y Este, para todas las regiones de la Unión. Por lo tanto, es muy probable que antes de muchos años, por grande que sea Omaha en nuestros días, y ya cuenta 20.000 habitantes, aumente todavía en mayores proporciones su población por las ventajas de la posición que ocupa, y que, andando el tiempo, llegue á ser quizás una de las ciudades más grandes del Oeste.

Habiendo tomado mis medidas para proseguir mi viaje hasta Chicago por la línea del Noroeste, entregué mi equipaje á cambio de la acostumbrada contraseña y tomé asiento en el tren. Bajamos por una rápida pendiente al poderoso Missouri, y lo cruzamos sobre un puente de barcas. No hubiera conocido que estábamos sobre



Atlántico al Pacífico

un río rápido y profundo, á no ser por las inmensas barcas de poco calado que vi á lo largo de la orilla aprisionadas por el hielo. Fácilmente se hubiera tomado la inmensa extensión de hielo por un vasto campo cubierto de nieve. Conforme avanzábamos, encontramos numerosos trineos, coches y ómnibus que circulaban por el hielo á lo largo de un camino trazado sobre la nieve no lejos de nuestro puente.

Pasados los Cerros del Consejo pronto perdimos de vista la ciudad y sus arrabales y nos encontra-

mos otra vez en el campo. Pero la perspectiva que entonces se veía desde la ventanilla del coche difería mucho de la desnuda y despoblada pradera que habíamos atravesado durante centenares de millas al oeste de Omaha. Espesos bosques se extendían á uno y otro lado de la vía, dejando de tiempo en tiempo alguno que otro claro para una población, donde dejábamos y tomábamos pasajeros. Pero no continuaré con mis descripciones de los paisajes de invierno que vi pasando desde el tren. Ya estoy temiendo ciertamente que mis descripciones, aunque rápidas, hayan parecido algo monótonas, por lo cual pido al lector que me perdone.

Pasé con deliciosa comodidad mi quinta noche de tren, habiéndola contribuído á ello una cama tolerable. Al poco rato de despertarme cruzamos el Mississipi por un espléndido puente en Fulton. ¡Este sí que es un río noble! Aquí, á mil quinientas millas de su desembocadura, no parece que tenga menos de una milla de ancho. Sin embargo, lo mismo que el Missouri, está ahora helado por completo y cubierto de una espesa capa de nieve.

Otra vez volvemos á pasar por tierra de prados, la tierra fértil del alto Illinois, bien colonizada y cultivada. Encontramos buen número de haciendas y alquerías. Los campos están divididos por cercas de rails, y en algunos puntos los tallos de maíz asoman por entre la nieve. Las lindas casas de madera están á veces semiocultas entre los árboles cargados de nieve que las rodean. Esos

grupos de casas de campo del Illinois recuerdan mucho las de Inglaterra, así por su aspecto cómodo como por su real semejanza con las de nuestro país, y ocupan una región graciosamente ondulada, que sin duda alguna debe ser hermosa en verano. Pero las pequeñas ciudades que encontramos no pueden en modo alguno confundirse con las inglesas. Su disposición es completamente regular, con un jardín alrededor de cada casa, y en las anchurosas calles han sido plantadas sendas hileras de árboles.

La nieve que cubre el suelo es muy espesa y encontramos montones de 20 pies á uno y otro lado de la vía. Pero el día es hermoso, el cielo es límpido y azul, el sol brilla resplandeciente y el paisaje en conjunto tiene un aspecto mucho más placentero que el de las Montañas Roquizas en la región del Oeste.

Bien pronto aparecen señales evidentes de que nos acercamos á una ciudad importante. En efecto, nos aproximamos á Chicago. Pero mucho antes de llegar encontramos una serie de lindas villas y casas de campo, enteramente al estilo de los suburbios ingleses, con jardines, plantíos de arbustos y estufas. Son las moradas de los comerciantes de Chicago. Las casas son cada vez más numerosas, y antes de poco estaremos cruzando calles y pasajes, la máquina silbará sordamente al pasar, y la campana grande advertirá á los pasajeros del andén que se aparten de la vía.

¡ Cuán distinta es la inmensa ciudad negruzca

á donde hemos llegado de la región de prados blanqueados por la nieve que acabamos de atravesar! Parece otra Manchester. Sospecho, sin embargo, que hemos atravesado solamente la parte manufacturera de la ciudad, pues los únicos edificios que hemos visto hasta aquí eran pequeñas casas habitadas y fábricas. Al fin llegamos á la estación y nos apeamos en Chicago.

¡Qué voluptuosidad, la de lavarse bien, después de un viaje no interrumpido de dos mil cuatrocientas millas en ferrocarril! ¡Y cuán digna es también de ser saboreada una vez en la vida, la voluptuosidad de quitarse la ropa para dormir en una cama después de cinco noches de estar acurrucado en un coche del tren! Pero lo que es sólo por el gusto, confieso que no tengo ningún deseo especial de repetir la experiencia.

Y vamos ahora á las maravillas de Chicago. Es realmente una población digna de hacer un largo viaje para verla. El carácter emprendedor del pueblo americano se muestra aquí en su más vivo esplendor. ¡Qué inmenso cúmulo de casas formando anchas y hermosas calles, qué magnificencia de muelles y depósitos, qué espléndidos almacenes, qué primorosas iglesias y elegantes edificios públicos! Uno se resiste á creer que todo eso sea obra de poco más de treinta años.

Es verdad que la situación de Chicago en la punta del lago Michigán, y la grandiosa comarca fértil que se extiende detrás de la ciudad hicieron mucho por ella; pero sin los *hombres*, Chicago no sería nada. La industria y la energía humanas

la han hecho lo que es. Nada parece temerario ó difícil para los hombres emprendedores de Chicago. Una de sus empresas más atrevidas y afortunadas consistió en levantar el primitivo nivel de la ciudad. Se creyó que el barrio comercial era demasiado bajo y, por lo tanto, húmedo y difícil de drenar convenientemente. ¡Pues se determinó levantar el barrio en masa á una altura de seis á ocho pies! Y la extraordinaria empresa fué llevada á feliz término, con la ayuda de crics, satisfactoriamente y sin peligro.

Con el crecimiento de la población, que se verificó rápidamente (de 4.000 personas en 1837 á 350.000 que tiene ahora) (1), la dificultad de encontrar agua potable aumentaba sin cesar. Había agua pura suficiente en el lago exterior; pero junto á la orilla estaba de tal modo corrompida por los desagües de los albañales, que no podía ser usada sin peligro. Dos métodos fueron adoptados para remediar este inconveniente. Consistió el uno en construir pozos artesianos de 700 pies de profundidad, que proporcionaban un millón aproximadamente de galones de agua pura por día; pero el otro proyecto, mucho más osado, consistió en conducir bajo el lecho del lago un túnel á dos mil millas fuera hasta encontrar el agua perfectamente pura, y esta obra se llevó á feliz término y se inauguró el día 25 de Marzo de 1867, en que se introdujo el agua en el túnel para dis-

(1) En la actualidad, la ciudad de Chicago cuenta con 1.550.000 habitantes. — Nota del traductor.

tribuirse por los tubos y barrios de la ciudad. Así se pudo proporcionar á sus habitantes 57 millones de galones de agua cada día.

Otra empresa importante y atrevida, consistió en transportar el tráfico comercial de una orilla del río de Chicago, que atraviesa la ciudad, á la orilla opuesta, sin la mediación de puentes. Esto se consiguió por medio de túneles construídos bajo el lecho del río. El primer túnel fué llevado desde la calle de Washington al otro lado del río, hace algunos años; la bóveda se hizo de ladrillo, el pavimento de madera, y la iluminación por medio del gas. El segundo, más abajo del mismo río, estaba construyéndose todavía cuando mi visita á la ciudad en Marzo último, y no se ha terminado aún. Por medio de esos túneles el tráfico de las calles quedará regularmente asegurado, sin interrumpir el del río, por donde llegan directamente grandes buques hasta los muelles de encima para embarcar y desembarcar su cargamento.

Pero todavía no he dicho nada del más audaz de todos los proyectos. Se trata, ni más ni menos, de cortar la loma de piedra caliza que se interpone entre el nacimiento del río de Chicago y el del río Illinois, que desemboca en el Mississipi. Como la provisión de agua resultaba todavía insuficiente, se proyectó llevar un segundo túnel bajo el lecho del lago. Entonces se les ocurrió á los ingenieros de Chicago que sería un método más sencillo hacer que el agua pura viniese á ellos, en vez de ir á buscarla al interior del lago. La corriente cargada de inmundicias del río de

Chicago fluía hacia el norte para desembocar en el lago. ¿No sería practicable, rebajando el nivel del río en el interior, hacerlo fluir hacia el sur, y atraer el agua así purificada del lago hasta las mismas puertas de la ciudad por medio de una copiosa corriente?

¡Este proyecto se ha llevado actualmente á cabo! La obra estaba en curso de ejecución cuando pasé por allí, y he sabido que ha sido terminada después. La loma de piedra caliza situada al sur de Chicago ha sido cortada con un gasto aproximado de tres millones de dólares, y de este modo se ha asegurado para siempre á la ciudad una abundante provisión de agua. Pero la cortadura de este río artificial para asegurar la provisión de agua ha planteado otro problema mucho más vasto. Se trata de si no se podría ahondar bastante el lecho del río para formar un canal por donde circularsen los grandes buques del Océano, poniendo así á Chicago en comunicación directa con el golfo de Méjico, como lo está hoy con el golfo de San Lorenzo. Si este proyecto, del que se hablaba abiertamente cuando estuve en Chicago, se llevase adelante, podría acarrear muy importantes consecuencias. Así como puede producir el efecto de promover grandemente la prosperidad de Chicago, puede asimismo producir un resultado completamente distinto. *La evacuación de las aguas* no siempre está exenta de peligros, y el desvío de la corriente, ó de una parte de la corriente que ahora pasa por las cataratas del Niágara, para lanzarla al cauce del Mississipi, cuyas

aguas ya resultan á veces en la actualidad bastante difíciles de manejar, podría ser de un efecto realmente extraordinario y aun alarmante en las regiones bajas, junto á la desembocadura del gran río. Pero este punto ha de dejarse á los geólogos é ingenieros, que estudiarán y resolverán lo que convenga.

Poco después de mi llegada á Chicago salí para ir á recorrer las calles. Me acompañó el agente del hotel que, en pocas palabras, me contó su historia. Fué capitán en el ejército inglés, gastó todo su dinero y vino aquí para hacer más. Contaba muchos recuerdos de sus cacerías en el Leicestershire, de su vida en el ejército, de sus locuras en el juego, de sus alzas y bajas en América y de lo que al presente tenía en perspectiva. No le acobardaban los contratiempos, y estaba lleno de esperanza. Era agente de ferrocarriles, agente de una fábrica de mesas de billar, así como de varias patentes, y esperaba volver á ser rico dentro de poco. Pero decía que nadie tenía probabilidades de hacer carrera en Chicago, á no estar dispuesto para el trabajo, y para el trabajo duro. Añadió que *uno ha de tener los ojos muy despiertos para enriquecerse, y que el holgazán no tenía allí ni la más tenue probabilidad de hacer fortuna.*

Mi guía me llevó por las calles principales, que estaban llenas de tráfico y bullicio, y la gente iba directamente á su negocio sin mirar á derecha é izquierda. La mayoría de las calles estaban empedradas, y á pesar de la copiosa nevada que había caído, quedaban limpias y bien conserva-

das. Pasamos por la Casa de la Ciudad, por la Cámara de Comercio y por el Correo, hermosos edificios todos ellos. En la calle principal, las casas son altas de cinco pisos, con hermosas fachadas de mármol. Las oficinas de la *Tribuna de Chicago*, situadas en el chaffán de una de las principales vías, tienen un espléndido edificio, con una vasta entrada en el ángulo. La *Potter Palmer*, ocupada principalmente por una gigantesca tienda de ropas, llamada aquí « *Dry Goods Store* » (tienda de ropas á medida), es una inmensa masa de edificios con maciza fachada de mármol hermosamente labrado. Pero la construcción que amenaza dejar tamañitas á las demás de Chicago, es el hotel del Pacífico, que se estaba levantando entonces, enorme fábrica que cubre un acre y medio de terreno (1) con un frente de 325 pies y una altura de 104. Se considera como el más grande y hermoso edificio de la ciudad, á no ser que se proyecte otro para sobrepujarlo.

Andando por las calles vi funcionar dos enormes grúas de vapor que sacaban materiales de una gran profundidad. Me dijeron que se trataba del segundo túnel en curso de construcción bajo el lecho del río para facilitar el tráfico de un lado al otro sin necesidad de puentes. Encima del túnel el río presentaba un activo movimiento de buques. En una calle vi un considerable montón de cerdos sacrificados delante de una tienda de

(1) Que equivalen á poco más de 60 áreas. — *Nota del traductor.*

tocinero. Entran como cerdos y salen como embutidos. El mercado de cerdos es uno de los mayores de la plaza, pues el número de ellos que se mata en Chicago es una cosa enorme. Las tocinerías y los depósitos de embutidos se encuentran entre los más grandes edificios de la ciudad. Mi guía me asegura que en Chicago lo menos se mata y se adereza durante todo el año un cerdo por segundo. Otra calle estaba ocupada por grandes almacenes de granos, frutas y productos de todas clases. Las aceras se llenaban de labradores y corredores de granos que ajustaban sus ventas y que despachaban sus negocios. Y sin embargo, no era día de mercado, pues entonces es mayor el bullicio y la muchedumbre en las calles.

Puede formarse una idea de la enorme masa de negocios en granos que se hace en Chicago si se considera el hecho de haberse embarcado en sus muelles durante el año 1868 sesenta y seis millones de bushels de cereales. Es el centro del comercio de granos de los Estados Unidos; las líneas ferroviarias concentran allí estos productos desde todos los puntos del interior, y por medio de buques se transportan á los Estados del Este, á la Gran Bretaña, ó á todas partes del mundo donde hace falta.

Los ómnibus pasaban ruidosamente por las calles atiborrados de pasajeros. Una corriente continua de personas iba y venía. Veíanse en gran número mujeres jóvenes que iban á pie á hacer sus compras, con abrigos de pieles, y algunas de ellas con bandas blancas, ó *nubes* como las llaman, alrededor de sus cabezas. Llamativos anuncios de

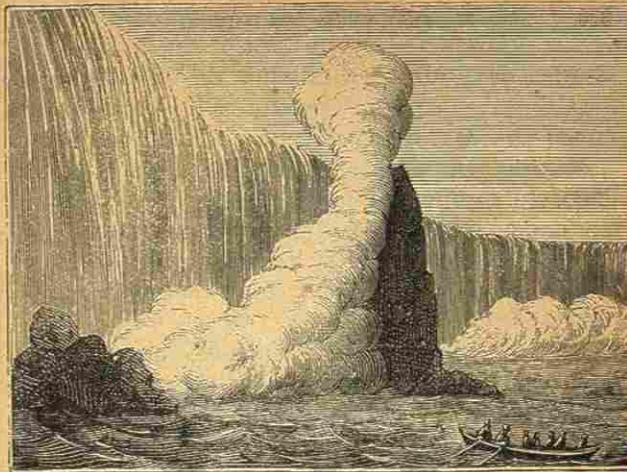
todos colores, formas y tamaños abundan en todas partes. Los vendedores de *pistachos* en sus puestos de las aceras invitan á los transeuntes á comprarlos, anunciando que los hay recién tostados cada media hora. En una calle extraviada de la que no habían quitado todavía la nieve helada, me regocijó ver un buen número de muchachos que patinaban á toda prisa.

Frente al lago está el paseo favorito de la ciudad. Una serie de lindas casas sueltas se levanta á lo largo de la espaciosa vía en una extensión de varias millas. El arroyo, á la sombra de los árboles, debe ofrecer un hermoso aspecto durante el verano. Entonces estaba completamente cubierto por la nieve helada, sobre la cual resonaban alegremente las campanillas de los trineos conforme sus tiros pasaban trofando. Por allí se acercaba un pequeño tilburi con una preciosa jaca negra que se nos adelantó con trote impertinente, seguida de un gran trineo de doble asiento tirado por tres espléndidos caballos grises. Otros trineos ligeros y veloces iban tirados por ágiles corceles, que gustan mucho á los americanos. El objeto de la mayoría de los jóvenes que salen á pasear en trineo parece consistir en dejar atrás á los que tienen delante; de modo que en la Avenida de carruajes se ven de ordinario apasionadas carreras.

Como es de suponer, dada la extensión y riqueza de Chicago, está bien provista de sitios de recreo. Supe que Cristina Nilsson estaba allí por aquel entonces disfrutando de un inmeaso favor.

Hay también hermosas iglesias de piedra en la ciudad, que contribuyen mucho á la belleza de la población. Pero habiendo terminado el tiempo que habia de pasar en Chicago, no pude visitar las iglesias y los teatros, y, por lo tanto, hice mis diligencias para proseguir mi viaje hacia el Este (1).

(1) Se notará que la somera descripción anterior se refiere á Chicago tal como lo vió el autor en Febrero último (1871). Cuando las presentes páginas estaban en prensa, llegó de América la noticia de que la magnífica ciudad habia sido casi enteramente destruída por el fuego. — *Nota del autor.*



Vista de las cataratas del Niágara.

CAPITULO XXVII

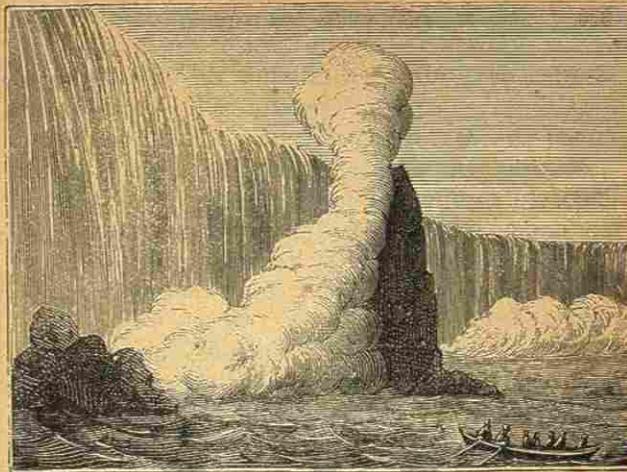
DE CHICAGO Á NUEVA YORK

Salida de Chicago. — La cosecha de hielo. — La ciudad de Michigán. — La selva. — Un desastre ferroviario. — Kalamazoo. — Detroit. — Entramos en el Canadá. — Costumbres americanas. — Puente colgante de Roebling. — Las cataratas del Niágara en invierno. — Isla de las Cabras. — La catarata americana. — La gran catarata de la herradura. — Los rápidos vistos desde el banco de los enamorados. — Mis primos americanos. — Rochester. — Nueva York. — Una catástrofe. — De vuelta á la patria.

Hasta muy lejos de Chicago el ferrocarril bordea la hermosa Avenida frente al lago Michigán. Pasamos delante de una larga serie de villas ro-

Hay también hermosas iglesias de piedra en la ciudad, que contribuyen mucho á la belleza de la población. Pero habiendo terminado el tiempo que habia de pasar en Chicago, no pude visitar las iglesias y los teatros, y, por lo tanto, hice mis diligencias para proseguir mi viaje hacia el Este (1).

(1) Se notará que la somera descripción anterior se refiere á Chicago tal como lo vió el autor en Febrero último (1871). Cuando las presentes páginas estaban en prensa, llegó de América la noticia de que la magnífica ciudad habia sido casi enteramente destruída por el fuego. — *Nota del autor.*



Vista de las cataratas del Niágara.

CAPITULO XXVII

DE CHICAGO Á NUEVA YORK

Salida de Chicago. — La cosecha de hielo. — La ciudad de Michigán. — La selva. — Un desastre ferroviario. — Kalamazoo. — Detroit. — Entramos en el Canadá. — Costumbres americanas. — Puente colgante de Roebling. — Las cataratas del Niágara en invierno. — Isla de las Cabras. — La catarata americana. — La gran catarata de la herradura. — Los rápidos vistos desde el banco de los enamorados. — Mis primos americanos. — Rochester. — Nueva York. — Una catástrofe. — De vuelta á la patria.

Hasta muy lejos de Chicago el ferrocarril bordea la hermosa Avenida frente al lago Michigán. Pasamos delante de una larga serie de villas ro-

deadas de jardines y plantíos de arbustos blanqueados ahora por la nieve y el hielo. Cruzamos luego una ensenada sobre un viaducto de madera sostenido por estacas asentadas en el lecho del lago. En algunos puntos el hielo aparece jaspeado en ondas irregulares y presenta un extraño aspecto. Parece como si la helada lo hubiese solidificado en el preciso instante en que el viento sopla bastante fuerte.

En otros puntos donde el hielo es más liso, algunos hombres recogen la cosecha de hielo junto á la orilla. Primeramente se limpia la nieve de la superficie por medio de un cepillo. El arado tirado por un caballo que guía la cortante reja de acero señala profundos surcos en el hielo. Estos surcos se cruzan con otros en ángulo recto hasta haber dividido en secciones de cuatro pies cuadrados la superficie total que se pretende recoger. Una vez hecho esto se cortan con sierras de mano algunos de los primeros bloques, y luego se cortan fácilmente los restantes por medio de alzaprimas. Los bloques son entonces almacenados en grandes neveras junto á la orilla, algunas de las cuales son tan espaciaosas que pueden contener hasta 20.000 toneladas de hielo.

El consumo de hielo en los Estados Unidos es enorme. Todo el mundo pone hielo en el agua, así en verano como en invierno. Hasta la gente más humilde lo consume en abundancia, y manda á la tienda por diez centavos de hielo, como en nuestro país se manda á la taberna más próxima por seis peniques de cerveza. He oído americanos

que han estado en Londres y se lamentaban de la escasez de hielo en Inglaterra y de la parsimonia con que lo usamos. Pero nosotros no tenemos á nuestras puertas los enormes depósitos naturales de hielo como tienen Chicago y muchas otras grandes ciudades americanas.

Entretanto habíamos dejado las orillas del lago y nos internamos en el país, donde la nieve cubre los campos de tal modo que en algunos puntos llega á ocultar las palizadas. Después de atravesar una región de espesos bosques llegamos á la ciudad de Michigán, situada junto al lago, con un río que corre por el otro extremo, en el cual, aprisionados por el hielo, hay grandes barcazas cargadas de altos rimeros de madera. Michigán debe ser una linda población en verano, cuando los árboles alineados en sus calles y los umbrosos jardines que las envuelven, están cubiertos de verdura. Aun ahora tiene la ciudad un aspecto alegre y placentero. Los trineos circulan regocijadamente por la nieve y los ómnibus se deslizan suavemente á lo largo de las calles.

Echamos una postrera ojeada al grandioso mar interior y seguimos á través de la anchurosa península que forman el lago Michigán á un lado y el lago Hurón al otro, hacia la ciudad de Detroit. En algunos puntos, el país estaba cubierto de espesos bosques, restos seguramente de la antigua selva primitiva. Los ciervos no han sido extinguidos todavía, pues repetidas veces vi sus huellas en la nieve al lado de la vía.

Al llegar á cierto punto del camino el tren

modera su velocidad y la máquina marcha lentamente, silbando conforme avanza. ¿Qué ha sucedido? Salgo á la plataforma para ver. Pronto encontramos un tren destrozado: armazones de coches, restos de cajas, ruedas, ejes y astillas yacen confusamente volcados en montón. Pregunto al conductor qué ha acontecido, y me contesta con entera frescura:

— Supongo que el expreso habrá pasado por ojo el tren de carga (!) — ¡ Y parece que ha sido algo por el estilo !

Durante el curso del día encontramos varias ciudades manufactureras. Cuando se cree uno viajar por los bosques, parece extraño ver no lejos de allí, bajo los árboles, una alta chimenea roja, donde no hace mucho se observaban las huellas del venado silvestre. Una fábrica realmente grande que tiene para su exclusivo servicio un ramal que la pone en relación con el ferrocarril, se levanta en un lugar llamado « Kalamazoo », que recuerda las poblaciones de los Pielos Rojas y cuyo suelo guardaba no hace mucho tiempo huellas de sus guerras. La población de Kalamazoo es grande y animada; y ¿quién sabe si contiene los gérmenes de alguna futura Leeds ó Manchester?

Era de noche cuando el tren llegó á Detroit, donde habíamos de cruzar el río que corre entre el lago de San Clair y el lago Erie, en una barcaza que nos llevaría al Canadá. Como las calles estaban á oscuras me extravié, y al fin me encontré á la orilla del agua cuando menos lo esperaba. Llegué á bordo en el preciso momento de

sonar la última campanada antes de abandonar el muelle. Luego se me facturó el equipaje para el Niágara, pues un oficial aduanero señalaba todos los bultos que sólo entraban de tránsito en el Canadá, con lo cual se evitaba que los registrasen. Todos los reglamentos de los ferrocarriles americanos relativos á los equipajes me parecieron excelentes, y estudiados cuidadosamente para la mayor conveniencia del público que viaja.

Sólo estuvimos á bordo de la barcaza un cuarto de hora, durante el cual tuve tiempo de tomar una buena cena en el espléndido salón que ocupa el piso superior del buque. Llegados á la orilla canadiense hubo una verdadera invasión en el tren, y los coches se llenaron pronto. Muchos pasajeros se lamentaban de que estuviesen llenos por completo los coches Pullman, y no se encontrase una cama, pues parece que de ordinario esas convenientes camas son muy solicitadas, especialmente en el rigor del invierno.

Mi próximo vecino durante la noche fué un caballero americano muy simpático. He de confesar que tuve una agradable sorpresa respecto á los americanos que estuvieron en contacto conmigo. No me he encontrado con ningún ejemplar del yanqui típico pintado por los novelistas y autores satíricos. En mi inocencia esperaba que me harían preguntas por este tener: — ¿Supongo que sois inglés, señor? — ¿De dónde venís, extranjero? — ¿Adónde vais, señor? — ¿Qué pensáis hacer cuando lleguéis allí? — Y otras por el estilo. Es verdad que en San Francisco oí algu-

nas de esas preguntas; pero las personas que me las hicieron en su mayor parte eran agentes de hotel. Entre los americanos de mi condición con quienes he viajado, sólo he encontrado cortesía y buenos modales. Diré más todavía: la generalidad de los americanos son más serviciales que lo acostumbrado en Inglaterra. Siempre están dispuestos á contestar una pregunta, á ofrecer un periódico, á compartir una manta y á ofrecer un cigarro. Generalmente son fáciles en sus maneras, pero discretos. Asimismo añadiré que, á juzgar por mi experiencia, la inteligencia media de los jóvenes americanos es considerablemente superior á la de los jóvenes ingleses. Tienen mejor educación y son más instruidos, y pocos he encontrado, ó bien ninguno, que no fuese capaz de tomar parte en una conversación general y de sostenerla agradablemente.

Poca cosa vi del Canadá, pues sólo he pasado de noche el llamado distrito de Londres. Serían las cuatro de la mañana cuando el tren se acercó al puente colgante suspendido entre el Canadá y los Estados Unidos, una milla y media más arriba de las cataratas del Niágara. Pronto estuvimos sobre el puente, aérea construcción en que predomina el resistente alambre, y salí á la plataforma del coche para mirar abajo en el desfiladero. La luz de la luna era muy clara; de modo que veía bien en torno mío. A uno y otro lado se levantaban las escarpadas rocas cubiertas de nieve, y el vasto abismo bajaba entre ellas á doscientos cincuenta pies de profundidad, en cuyo

fondo corría el río á una velocidad de treinta millas por hora. Casi daba vértigo mirar abajo. Pero pronto hubimos atravesado el puente y nos encontramos otra vez en tierra firme. Ya llegaba hasta nuestros oídos el gran estruendo de las cataratas, algo parecido al rumor de un tren expreso que se acerca á corta distancia por la vía. Poco después estábamos en la estación de llegada y en su hotel adjunto, donde dí al olvido por algún tiempo las cascadas y todo lo demás en un profundo sueño.

La primera cosa que me llamó la atención al despertarme fué el cercano y estrepitoso bramido que sin cesar se oía. En un momento quedé listo y estuve en camino de las cataratas, sentado en un gran trineo tirado por dos bonitos caballos negros. No olvidéis que esto era en el rigor del invierno, el día 15 de Febrero, que no es en modo alguno el tiempo del año más propio para salir á tomar vistas; y sin embargo, yo iba imaginando que la vista del Niágara en el rigor del invierno debía ser asombrosa, y quizás más pintoresca que en otra estación cualquiera.

El trineo se deslizaba por la rizada nieve á través de la limpia aldea, y conforme nos acercábamos á las cataratas cundía el estruendoso bramido del agua. Pronto llegamos á la entrada de un puente, donde se paga peaje para la admisión en la isla que domina mejor la vista de las cataratas. Cruzando el puente, llegamos á la pequeña isla, donde se ha levantado un gran molino de papel, y desde allí me enseñaron la roca en que

un muchacho estuvo durante horas enteras suspendido el último invierno, sin que se pudiese salvarlo aunque estaba á la vista, hasta que, agotadas sus fuerzas, fué arrastrado hacia el fondo del torrente.

Cruzamos otro puentecito y nos encontramos en la célebre isla de las Cabras, que separa la gran catarata canadiense de la más pequeña americana. Mi cochero me condujo primeramente á un punto del lado americano de esta isla, desde el cual se goza de una hermosa vista. El espectáculo era ciertamente de lo más maravilloso. Bajé por una senda en declive que el hielo hacía resbaladiza, gracias á unos escalones cortados en la roca, y de repente me encontré en el borde del precipicio. Juato á mi izquierda el agua se lanzaba á un abismo á ciento sesenta pies de profundidad, desapareciendo bajo una azulada caverna de hielo que parecía engullirla. Por la continua congelación de la espuma, esta gran caverna de hielo se levantaba más y más durante el invierno. Cerriones inmensos, largos algunos de cincuenta pies, colgaban de los lados de las rocas directamente sobre el precipicio. Los árboles de la isla se inclinaban al peso de la espuma helada, suspendida en masa de sus ramas. La confusión del agua y del hielo en lo profundo, bajo mis pies, era un espectáculo notable. Como la espuma y la niebla se aclaraban de cuando en cuando, podía mirar abajo en el obscuro abismo de hielo donde rugía el agua espumante y rebullente.

Luego pasé al otro lado de la isla, completa-

mente fantástico á la luz del sol, adornado con sus joyas de hielo y envuelto en su blanco ropaje. Allí vi ese asombroso espectáculo de la gran catarata de la herradura, que tiene una anchura de 700 pies y por encima de la cual se arroja con tremenda fuerza la enorme masa de agua. Al inclinarse el agua sobre la roca parece una gran cortina verde tendida delante hasta la mitad de su caída; luego se quiebra gradualmente, aparecen en ella bandas blanquecinas, á medida que baja va ensanchándose, hasta que al fin la poderosa masa se desmenuza en espuma y se precipita rugiendo en la horrible hendidura á unos ciento cincuenta pies de profundidad. Un gran puente de hielo se extiende sobre el río más allá del agua rebullente en el fondo de la catarata, tosco y desigual como algunos de los ventisqueros suizos. Nubes de llovizna se levantan semejantes al humo ó al vapor. No hay palabras para describir un espectáculo de tan omnipotente grandeza.

Me llevaron luego por la isla de las Cabras á un puentecillo colgante que cruzamos para ir á una de las tres islas Hermanas, pequeñas porciones de tierra que se levantan en medio de los *Rápidos*. El agua pasa entre cada una de esas islas. Salí al extremo de la más avanzada. La vista que se disfruta desde allí sólo cede quizás á la de la gran catarata. El río, que adquiere una anchura de milla y cuarto, se precipita hacia abajo por la rápida pendiente y se estrecha antes de lanzarse al abismo. El agua se agitaba espumante como en el mar irritado, y me recordaba el Océano

cuando las olas se levantan á gran altura y encorvan su blanca cresta después del huracán.

Esos *Rápidos* me fascinaban más que las propias cataratas. Sentéme y estuve allí algunas horas viendo correr el agua, y me costó mucho dejar aquel sitio, á pesar de que mis pies estaban hundidos en la nieve. Debe ser delicioso sentarse en verano en aquel extremo de la isla á la sombra del tupido follaje de los árboles, y dejar pasar las horas como un sueño. Aquél se llama el *banco de los enamorados*; pero éstos necesitarían buenos pulmones para gritar sus cuchicheos si querían hacerse oír.

Al fin volví la espalda al espumoso torrente y tomé de nuevo el camino del hotel. Al volver me detuve en la tienda de curiosidades auténticas del Niágara, donde se venden fotografías, cuentas indianas, trabajos de plumas y artículos fabricados con el verdadero espato del Niágara. Únicamente las fotografías son genuinas y buenas. Las cuentas indianas son de fábrica y probablemente no han pasado nunca por manos indias, mientras que el espato del Niágara se importa de Matlock, y sin duda vuelve en gran parte á Inglaterra, en forma de curiosos ejemplares del trabajo humano en las grandes cataratas.

Poco más he de añadir relativo á mi viaje á través de los Estados Unidos. No había ido para entretenerme, sino para atravesar rápidamente la América en ferrocarril de paso para Inglaterra, y por eso he descrito solamente de la manera más rápida y sucinta las cosas que llamaron mi aten-

ción durante el camino. Todo lo que me restaba hacer entre el Niágara y Nueva York era detenerme en Rochester y girar allí una inesperada visita á mis primos americanos. ¿Qué familia inglesa no tiene parientes en los Estados? Resulta que yo los tengo en Rochester, Boston y San Luis. Después de todo, la sangre es la misma en ambos países, así en la vieja como en la nueva Inglaterra.

Después de viajar á través del país bien cultivado y bien poblado que se extiende desde el Niágara hasta Rochester, llegué á mi destino hacia las cuatro de la tarde y salí inmediatamente en busca de mis primos americanos. Estaba convencido de tener un aspecto desaliñado después de mi largo viaje de tres mil millas aproximadamente en ferrocarril, y no estaba seguro de la recepción que encontraría al presentarme con mi grosero porte de viaje. Pero todos mis recelos sobre este punto fueron desvanecidos por la cordialidad de mi recepción. En seguida me consideraron de la familia y me trataron como á tal. En el hogar de mi nueva familia pasé cuatro días deliciosos de reconfortante descanso y amigable trato. Para usar una frase corriente en América, tuve un *real buen tiempo*.

La población de Rochester es mucho más grande que la ciudad inglesa del mismo nombre. Es una plaza de importancia y comercio considerables, con una población de 60.000 habitantes aproximadamente. Algunas casas de comercio son muy bonitas, y me dijeron que una de ellas *era el*

más hermoso establecimiento á prueba de incendios que había en el mundo. Es posible que se tratase del mundo americano, el cual no tiene nada de pequeño. Rochester es especialmente famosa por sus viveros, donde se cultivan árboles de todas clases y se envían á los más diversos puntos; de modo que las firmas de sus principales viveros son conocidas en toda Europa.

Cerca de Rochester hay hermosas cataratas, las del Genesee. A no haber visto el Niágara, me hubiera maravillado sin duda su belleza. Tienen la misma altura, pero la cantidad de agua es escasa. Después del Niágara todas las demás cataratas deben parecer relativamente caseras.

Mi breve estancia en Rochester fué en extremo agradable. Me sentía enteramente en casa y á mi gusto en este hogar americano donde tan repentinamente había entrado. Asimismo acompañé á mis primos á dos fiestas nocturnas: un baile de máscaras y una *velada danzante*, donde trabé conocimiento con algunas señoras y caballeros americanos muy agradables. Al partir de Rochester estaba realmente triste, y mientras el carruaje me llevaba por la bonita avenida de la estación, sentí como si me alejase de un nuevo hogar.

De Rochester á Nueva York hice el viaje de noche: pasamos por varias ciudades populosas, y algunos altos hornos que vi funcionando me despertaron la visión nocturna de alguna *Comarca Negra* de Inglaterra. El noble río Hudson estaba fuertemente aprisionado por el hielo cuando pasamos por su orilla; de suerte que perdí

la bella vista que presenta en verano. Pero no es necesario que me extienda hablando del Hudson ó de la ciudad de Nueva York, que la mayor parte de la gente conoce muy bien en nuestros días. En cuanto á Nueva York no puedo decir que me llamase particularmente la atención, como no sea por su situación soberbia y su inmensa magnitud. Me pareció únicamente una Manchester grande, con mayores muestras en las tiendas, una atmósfera más límpida y un magnífico río delante. No contiene ningún gran edificio de carácter metropolitano, á menos que se incluya entre éstos los hoteles, las oficinas de periódicos y las tiendas de ropas á medida, algunas de las cuales ocupan masas verdaderamente enormes. Generalmente hablando, puede definirse Nueva York como una ciudad formada por secciones relativamente insignificantes, exageradas en gran manera y multiplicadas casi hasta el infinito. Es posible que me falte buen gusto; pero Chicago me complació más. Sin duda el momento de mi visita era desfavorable. ¿Quién podría admirar los encantos del magnífico Parque Central en pleno invierno? Quizás no estaba de buen humor para formar juicio de Nueva York por haberme ocurrido allí el único infortunio que hube de lamentar durante los dos años que pasé fuera de mi país. Pues allí fui robado.

Mis amigos de Rochester me recomendaron vivamente que fuese al teatro de Booth para ver á éste representar el *Richelieu*, como una cosa que no se ve tan perfecta en parte alguna. Siguiendo

este consejo fui á saborear el admirable arte escénico de Mr. Booth, y volví al hotel. Al llegar allí tenté mi bolsillo; pero ¡ay! mi portamonedas había volado. Había sido aligerado de él, ó bien en las apreturas de la salida del teatro, ó al salir ó bajar del tranvía cuando volví.

Había salvado mi billete para Liverpool en el bolsillo del chaleco; pero no tenía dinero para pagar la cuenta de mi hotel, ni para los diversos menesteres que requería mi viaje de vuelta á la patria. ¿Qué hacer? A nadie conocía en Nueva York. Estaba demasiado lejos de casa para obtener que me girasen desde allí, y estaba deseoso de partir sin demora. Me acordé de los bondadosos amigos que había dejado en Rochester, les informé de mi infortunio y les rogué que me prestasen temporalmente veinte dólares. A vuelta de correo recibí una orden de ciento. *Los amigos son para cuando se necesitan.*

Por el mismo correo recibí dos cartas de mis amigos de Rochester, en una de las cuales me decían que pocos se libran de mi infortunio en Nueva York. Al autor de la carta le habían robado su portamonedas en un teatro de Broadway (Gran Vía); á su padre le habían hurtado la cartera con dinero y á su suegro un reloj de oro. El otro amable corresponsal que me incluía su cheque, me decía á manera de aviso: — No olvidéis que las principales calles de Nueva York están llenas de rateros y atracadores. Os reconocerán por extranjero y debéis andar listo. Podéis ser señalado al entrar ó salir de las oficinas del

Banco. A menudo sucede que roban á un hombre en pleno día en Wall Street: le derriban y le quitan el dinero á sus propios ojos. Por lo tanto, sed prudente, y no os fiéis de nadie. Id solo á la oficina del Banco ó tomad un mozo de confianza de la casa para que os acompañe. Pero no mostréis el cheque ó el dinero.

No hay que decir si tomé buen cuidado de no ser robado en Nueva York por segunda vez, y á la mañana siguiente salí en el *Ciudad de Brooklyn*, llevando conmigo el muy desagradable recuerdo de lo que me ocurrió en Nueva York. No es necesario describir el viaje de vuelta, pues la travesía de Nueva York á Liverpool es hoy una cosa tan familiar como el viaje de York á Londres. En Queenstown telegrafíe mi llegada á la familia, y cuando el buque entraba en el Mersey me estaba esperando en el desembarcadero para darme su cordial bienvenida. Corrí á la ciudad en el tren de la tarde, y me encontré de vuelta en mi casa. Así terminé mi viaje alrededor del Mundo, en el transcurso del cual he adquirido salud, saber y experiencia, y he visto y aprendido muchas cosas que me darán probablemente materia en que pensar durante todos mis años veintidos.

FIN DE LA OBRA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1025 MONTERREY, MEXICO

ÍNDICE ALFABÉTICO

Agua (aprovisionamiento de), Chicago, 312, 313.
 Albatros, 49, 55.
 Alemanes en Victoria, 100, 101, 200, 201.
 Alisios (vientos), 21.
 Alta, ferrocarril central del Pacífico, 287.
 Americanos (los primos), 329; coches de ferrocarril, 279; los indios, 291; trato de los, 323.
 Apóstoles (islas de los), 58.
Arum esculentum, Honolulu, 252.
 Atlántico (ferrocarril del) al Pacífico, 276, 281, 282; los coches del ferrocarril, 278; la ciudad de Sacramento, 275; el cabo de Horn, 286; vertederos de nieve, 288, 299; la Cima, 288; el desierto de salvia, 290; los indios shoshones, 291; el pico del Diablo, 291; cañón de Weber, 296; la ciudad de Laramie, 300; Cheyena, 301; la Pradera de la Ciudad de los Perros, 303; el río Plata, 303; llegada á Omaha, 304.
 Atlántico del Sur, 45.

Auckland, Nueva Zelanda, 227-234.
 Aurora australiana, 144.
 Australia (primera vista de), 62; última, 226.
 Avoca, 195.
 Azores, 19.
 BAJADA á una mina de oro, 163.
 Baldeo, 14.
 Ballarat (visita á), 181-189.
 Ballena (pájaro), 50, 51.
 Banco, en Mallorca, 101, 145.
 Banco (robo en un), 177.
 Barbudas (aves), 149.
 Barcazas, San Francisco, 275, 276.
 Batalla (Monte), Nevada, 290.
 Battman, el primer colono de Victoria, 70.
 Bebidas (licencia para expendir), 259; Honolulu, 260.
 Bibliotecas públicas en Australia: Melbourne, 73; Ballarat, 186; Mallorca, 207.
 Bonitos, 25, 28.
 Booth (teatro de), Nueva York, 331.
 Borrachos (carencia de), en Mallorca, 104.

Botánico (Jardín), Melbourne, 78.
 Botany-Bay, 215.
 Bourke (calle de), Melbourne, 67.
 Brighton, 65, 78.
 Brindis, 104.
 Brooke (el asesino), 173-176.

CABALLETE (puentes de), ferrocarril del Atlántico al Pacífico, 284.
 Cabeza de enero, aves, 150.
 Cabo de Brehit, 227.
 Cabo de Buena Esperanza, 48, 51.
 Cabo de Horn, ferrocarril central del Pacífico, 286.
 Cabo de Leeuwin, 61.
 Cabo Verde (islas de), 22.
 Cabo de Otway, 62, 63.
 Cabo (pichones del), 51, 56.
 Cabras (isla de las), Niágara, 326.
 Calma en la Línea, 32.
 Calor en verano, Australia, 131, 132.
 Canal (en el), 6, 7.
 Carlton (Jardines de), Melbourne, 72.
 Carrera con el *Jorge Thompson*, 46.
 Castlemaine, 88.
 Castle (Rocas del), Montañas Roquizas, 296.
 Caza de pájaros marinos, 55.
 Central del Pacífico (ferrocarril), 283-293.
 Cereales (comercio de), en Chicago, 316.
Ciudad de Melbourne, 224, 225-243.
 Clima de Victoria: invierno, 119; primavera, 129; ve-

rano, 131; otoño, 139, 144.
 Clunes, 121-123; 189.
 Coche (viaje en): de Castlemaine á Mallorca, 88; de Clunes á Ballarat, 182; de Auckland á Onehunga, 231.
 Cochon (islas de), 58.
 Cola de chino, 73.
 Colgante (puente), Niágara, 324.
 Collingwood (Banco de), tentativa de robo, 177.
 Collins (calle de) Melbourne, 68.
 Consejo (Cerros del), Estados Unidos, 306.
 Cook (cabo de) en Nueva Gales del Sur, 215.
 Corner (el) de Ballarat, 187.
 Correos: Victoria y Honolulu, 249; demora del, en Nueva Zelanda, 232; cómo se trata á los diarios en los correos del Océano, 241; llegada á Mallorca, 190.
 Cosecha (estación de la), Mallorca, 139.
 Cotorras, 151, 152.
Crab-holes, 189.
 Crozet (islas de), 57.
 Cubierta (baño sobre) en los trópicos, 25.
 CHAQUETA AZUL (incendio del), 36-41.
 Cheltenham, Australia, 78.
 Cheyena, Estados Unidos, 301.
 Chicago (llegada á), 310; espíritu emprendedor de, 311; provisión de aguas, 312-313; túneles bajo el

- rio de, 311, 315; edificios, 315, 316; cerdos, 315; comercio de cereales de, 316; trillos, 317; partida de, 318.
- Chino (carácter), 72-73; huertas y hortelanos, 103, 121, 128; música, 113; entierros, 115; mineros de oro, 158-160, 164; en Honolulu, 260; en San Francisco, 272.
- Chupamieles, 150.
- DALE (puente sobre el arroyo), Estados Unidos, 301.
- Defunción a bordo del buque, 268.
- Desembarco en Australia, 65.
- Detroit, Estados Unidos, 322; al Niágara, 323-325.
- Diablo (pico del), Montañas Roquizas, 291; puerta del, 295.
- Diversos, Honolulu, 256.
- Eco (ciudad y cañón de), Estados Unidos, 296.
- Elsternwick, 78.
- Elko, Nevada, 292.
- Embarcar un mar verde, 54.
- Enamorados (banco de los), Niágara, 328.
- Epsom, Nueva Zelanda, 232.
- Equipajes (los) en los ferrocarriles americanos, 323.
- Escuelas, Mallorca, 204, 205.
- Escoceses en Mallorca, 101.
- Eucalyptus, 120.
- FAMILIA SERIA (visita a una), 81.
- Ferrocarril: del Atlántico al Pacífico, véase *Atlántico*; a Castlemaine, 87; coches americanos de, 289; desastre de un, 322; revendedores de billetes en San Francisco, 274.
- Fiesta en Talbot, 192-195; en Mallorca, a beneficio de la escuela, 204.
- Fitzroy (Jardines de), Melbourne, 72.
- Flores, Mallorca, 130.
- Fosforescencia, 19.
- Francés en Mallorca, 202.
- Fruta en Mallorca, 135.
- Funerales del Secretario del Municipio de Mallorca, 207.
- GALATEA (el), buque de guerra inglés, 228, 233.
- Genesee (cataratas del), Estados Unidos, 330.
- Gomero australiano, 91, 120.
- Gran Bretaña (el), de Liverpool, 212.
- Granjas, cerca de Mallorca, 139, 140, 142.
- HAVAY, 242.
- Havelock (irrupción de), 175.
- Hermanas (islas), Niágara, 327.
- Herradura (catarata de la), Niágara, 327.
- Hielo (consumo de) en los Estados Unidos, 320.
- Hielo (cosecha de), 320; Lago Michigán, 321.

- Hielos (pájaros de los), 55.
- Honolulu (de) a San Francisco, 263-270.
- Honolulu: llegada a, 243; puerto de, 244; importancia comercial de, 246; descripción de, 247; iglesias de, 248; casa de Correos, 248; palacio real en, 250; visita al valle de Nuuanu, 251-255; *Poi*, 252; villa de la reina Emma, 253; el *Pali*, 255; los indígenas, 256; las mujeres, 258; licencias para la venta de licores, 259; licencia para la venta de opio a los chinos, 259; teatro de, 260; clima de, 251, 262.
- Hudson (rio), 330.
- Humboldt, Estados Unidos, 290.
- ILLINOIS (pradera del), 308.
- Incendios (brigada de), Ballarat, 188.
- Incendios en la selva, 135.
- Inundaciones, cerca de Mallorca, 124; en Ballarat, 126; en Clunes, 125.
- Invierno en Mallorca, 119.
- Irlandeses en Mallorca, 100.
- Irrupciones en los terrenos auríferos, 94, 95, 170, 184.
- JORGE THOMPSON (el), de Londres, 46.
- Jueves negro en Victoria, 135.
- KALAMAZOO, Estados Unidos, 322.
- Kamehameha V, 263.
- Kanakas, Honolulu, 256-258.
- Kanguro, 154, 222.
- LARAMIE (ciudad de), Estados Unidos, 300.
- Licores (ley de), Honolulu, 259.
- Línea (a través de la), 32, 240.
- Lord Raglan (el), 30, 31.
- Lowe Kong Meng (mina de), 163.
- Luna (la luz de la) en Victoria, 133, 198.
- LLEGADA del correo de la Metrópoli, Mallorca, 200.
- Lluvia en Victoria, 121, 123.
- MAC CULLOM (arroyo de), 127.
- Macquarie (faro de), 215.
- Mallorca (vida en), 93-209.
- Manukau (bahía de), Nueva Zelanda, 232.
- Maoris, 230, 231.
- Marsupiales, 155.
- Maryborough, 90; irrupción en, 141.
- Mathews (el Sr. D. Carlos), 213, 260.
- Mauna Loa, islas de Sandwich, 242.
- Melbourne (llegada a), 66; descripción de, 68; juventud de, 70; rápido crecimiento de, 71; ausencia de mendigos en, 71; el barrio chino, 72; Biblioteca pública, 73; visita a la cárcel de Pentridge, 74-78; Jardín Botánico, 78; el Yarra, 78;

- los suburbios marítimos de, 78; hospitalidad de, 80; Nochebuena en, 211.
- Mendigos (ausencia de) en Victoria, 71, 105.
- Michigan (ciudad de), Estados Unidos, 321.
- Michigan (lago), 310-312, 316-318.
- Mil millas (árbol de las), 296.
- Mineros, en una irrupción aurífera, 94, 95; de afición, 161; chinos, 158, 164; hospitalidad de los, 108, 109.
- Mineros (historias de los), 141, 167, 172.
- Mineros (pájaros), 151.
- Mississippi (río), 308.
- Missouri (río), 306.
- Móisés Taylor (el), 248, 257, 258.
- Monte Greenock, Australia, 136.
- Monumento á Cook, 215 (nota).
- Mormones (fortificaciones de los), 296.
- Moscas en Mallorca, 134.
- Mosquitos, 148, 262.
- NAUFRAGIO del *Saginaw*, 264.
- Niágara (las cataratas del) en invierno, 324-328.
- Nieve (vertederos y defensas contra la), ferrocarril del Atlántico al Pacífico, 288.
- Nochebuena en Victoria, 135, 211.
- Novatos (*new-chums*), 71, 274.
- Nueva York, 331.
- Nueva Zelanda, 225-234.
- Nuuann (valle de), Honolulu, 251.
- OAHU (isla de), 246.
- Oakland, California, 278.
- Oeste del Pacífico (ferrocarril del), 278, 282.
- Ogden, Utah, 293.
- Onehunga, Nueva Zelanda, 231, 232, 233.
- Opio (licencia para la venta de) Honolulu, 259.
- Oro: compra del, 156-160; hallazgo del, 166-168; laboreo minero del, 162-167, 285; purificación del, 157-158; irrupciones de buscadores de, 94-97, 170, 184.
- Otoño (lluvias de), Mallorca, 145.
- PACÍFICO (remontando el), 235-269.
- Pájaro-campana, 150.
- Pájaros en el Atlántico del Sur, 55.
- Pali, del valle de Nuuanu, 255.
- Parlamento (palacio del), Melbourne, 67.
- Pasatiempos á bordo del buque, 20, 26, 27, 47, 59, 62.
- Patter contra Clatter, en Honolulu, 261 (nota).
- Peces voladores, 24, 241.
- Pentridge (cárcel de), 74-78.
- Peña con velas, Nueva Zelanda, 227.
- Plata (río), Estados Unidos, 304.

- Plymouth (bahía), 9.
- Poi, 252.
- Posesión (islas de), 58.
- Primavera (la) en Mallorca, 129.
- Puerto Felipe (puntas de), 63.
- Puerto Jackson, 215, 216, 225.
- Pulmones (enfermedades de los) los viajes marítimos para las, 11.
- Pymont (el), de Hamburgo, 36-37, 41, 43.
- QUEENSCLIFFE, Australia, 64, 212.
- REYZUELOS, de Victoria, 151.
- Robado, en Nueva York, 332.
- Robos, Nueva York, 332.
- Rochester, Estados Unidos, 329.
- Rosa (el), de Guernsey abandonado, 8.
- SACRAMENTO, California, 281.
- Saginaw* (naufragio del), 264.
- Salvia (desierto de), 289.
- San Antonio, 22.
- Sandridge, Victoria, 65, 67, 72, 212, 213, 214.
- Sandwich (islas de), 245, 246.
- San Francisco, 270-278; llegada á, 270; bahía de, 278; edificios, 272; barrio chino, 273; barcaza, 276; cambio de moneda, 273; revendedores de billetes de ferrocarril, 274; cabeza de ferrocarril, 278; calles, 273.
- Sanguijuelas, en Victoria, 143.
- San Kilda, Victoria, 65, 71.
- Selva (animales de la): marsupiales, 146, 147, 148, 149; reptiles, 153; pájaros, 150-152.
- Selva (la), 115; en verano, 116, 141; á la luz de la luna, 198.
- Selva (incendios en la), 135.
- Selva (piano de la), 143, 144.
- Serpientes en la selva, 153.
- Shoshones (indios), 294.
- Sierra Nevada, 283-293.
- Sol (puesta de), en los trópicos, 33.
- Sol (salida del) en la selva, 198.
- Squatters*, 117, 142.
- Stevenson, sobre la fuerza de las olas, 54 (nota).
- Stink-pot, 55.
- Stockton, California, 281.
- Sydney, 211-224; edad de, 219; animales en el Jardín Botánico, 221-222; comparado con Melbourne, 219, 220; enseñanza, 217; descripción de, 219; dominio, 221; fondeaderos, 218; edificios públicos, 219, 221; suburbios, 225.
- Sydney (de) á Nueva Zelanda, 224-234.
- TABERNA, en una irrupción aurífera, 96.
- Talbot, 190-195.
- Taro, 252.

- Teatrales (funciones) á bordo, 59, 62.
 Teatros, Honolulu, 248; Melbourne, 66; Nueva York, 333.
 Tes públicos Mallorca, 202.
 Telégrafo, Victoria, 125, 180.
 Templanza (individuos de las sociedades de), 204.
 Trabajo (el) en Victoria, 71, 103.
 Tres Reyes (isla de los), Nueva Zelanda, 227.
 Unión (ferrocarril de la) Pacífico, 294-304.
 Urraca de Australia, 150.
 Uvas en Victoria, 138.
 VAPOR (monotoma de un viaje en buque de), 235.
 Vercin (círculo), apertura del, Mallorca, 201.
 Verano (el) en Victoria, 131.
 Vida ruda en las minas, 170.
 Victoria (clima de), véase *Clima*.
 Victoria, cuando se colonizó, 70, 71.
 Victoria (la vida en), 199, 202, 209.
 Vientos cálidos en Victoria, 144.
 Vino en Victoria, 138.
 Viñas, Australia, 139.
 Viveros, Rochester, 330.
 WAHSATCH (montes de), Estados Unidos, 295.
 Wallaby, 155.
 Weber (cañón de), 295.
 Williamstown, Victoria, 65, 78.
 Woolloomooloo, Sydney, 218.
 YARRA YARRA (el río), 78.
 Yorkshire (el), 1-65.
 ZORRA mochilera, 146-149.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

